

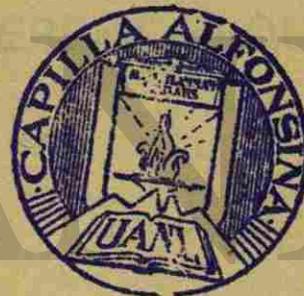


EREN
BAOUIN

RAID
PQ2521
T38
1908



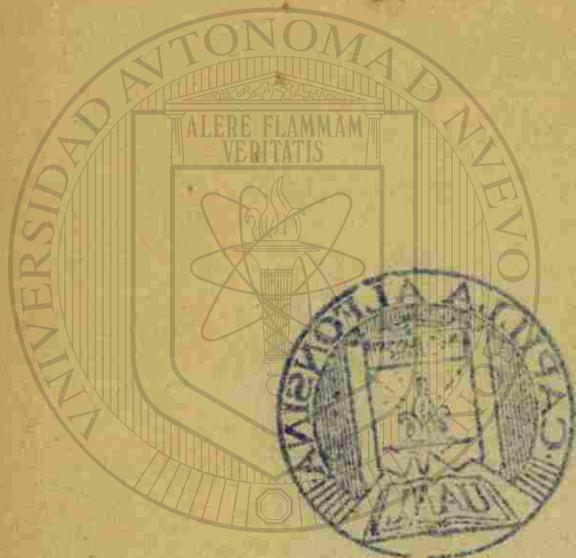
1020026936



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TERESA RAQUÍN

FONDO
RICARDO COARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor 2864
Núm. Arg. 30799
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó fyg

OBRAS DE EMILIO ZOLA

de venta en esta Casa Editorial

Naná	2 tomos
Le roman expérimental	2 »
Teresa Raquin	1 »
Los Misterios de Marsella	1 »
La Débâcle	2 »
Lourdes	2 »
Roma	2 »
Paris	2 »
Fecundidad	2 »
Trabajo	2 »
Verdad	2 »
Epistolario	1 »
Sidonio y Mederico	1 »
La concesión de Claudio	1 »
A orillas del mar	1 »
El capitán Burle	1 »
Naida Micolin	1 »
La voluntad de una muerta	1 »
Santiago Damour	1 »
La fiesta de Coqueville	1 »
Sin trabajo	1 »

EMILIO ZOLA

Teresa Raquin

TRADUCCIÓN

de

Antonio de Nait

QUINTA EDICIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, N.L.



101163

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 109

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1079

1908

30799

848
Z.

PQ 2521
T38
1908



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. S. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y BIBLIOTECAS

Compuesto en máquina Typograph.—Barcelona

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Algunos críticos acogieron con muestras de brutal coraje la publicación de TERESA RAQUIN; hubo, dijo el eminente escritor naturalista francés, quien cogió la obra con unas pinzas y la echó al fuego.

Los mismos periodistas que á diario redactan la crónica de las alcobas, tapáronse las narices y pusieron el grito en el cielo hablando de estercoleros lupanares y pornografía.

Zola no se inmuto: muy al contrario; lamentó, sí, que sus compañeros no hubieran comprendido que en TERESA RAQUIN quiso estudiar temperamentos y no caracteres y que, al efecto, había escogido personajes dominados por sus propios nervios y su sangre, desprovistos de libre albedrío, guiados en cada acto de su vida por las fatalidades de lo que el fisiólogo llama: LA CARNE.

Teresa y Lorenzo, protagonistas de la novela, son brutos humanos y nada más.

El autor, haciendo del arte una madre de la ciencia, del análisis moral de los personajes un capítulo de experimentación fisiológica, ha seguido paso á paso en aquellos brutos la obra de las pasiones, disecando, para buscar en los gérmenes de

corrupción que produjeron la enfermedad, el remedio que la evita.

¿Son mentira sus personajes?

No.

Los amores de *Teresa* y *Lorenzo* son la satisfacción de una necesidad; el crimen que ambos cometen es consecuencia de su adulterio; y lo acatan como acatan los lobos la matanza de los corderos: como cosa natural.

Colocando frente á frente un varón potentísimo y una hembra insaciable, Zola quiso buscar en ellos la bestia y no ver sino á ella: lo consiguió, verificando en los cuerpos vivos ni más ni menos que el trabajo analítico del cirujano sobre los cadáveres.

Teresa y *Lorenzo* nada tienen de inmoral ni que pueda excitar las malas pasiones. En esta novela, como en todas las suyas, el insigne novelista predica el bien pintado sin misericordia los extremos del mal. Por esto los puñetazos que asestó la crítica á TERESA RAQUIN, perdiéronse en el vacío como ha ocurrido siempre que se ha tratado de una nueva obra del maestro.

Completamente desacreditado hoy el vicio de la paráfrasis y entendiendo que una traducción ha de ser siempre fiel producción de lo que se propuso escribir el autor y no una interpretación, he tratado de dar á estas páginas el sentido, la cadencia, las imágenes exactas del original, combinándolo todo con la índole y las exigencias del castellano, pero observando siempre en lo posible el literalismo.

La perfección es en cierto modo inasequible. Si hay quien desee saborear toda la belleza de un modelo: Vuelva los ojos al original.

ANTONIO DE NAIT.

TERESA RAQUIN

I

En el extremo de la calle Guénégaud, más próxima á los muelles, hállase el pasaje del Pont-Neuf, una especie de corredor estrecho y sombrío, que va desde la calle Mazarine á la de Seine. A lo sumo mide este pasaje treinta pasos de longitud por dos de anchura; está empedrado con losas amarillentas, desgastadas, removidas, impregnadas de acre humedad; la claraboya que le sirve de bóveda, cortada en ángulo recto, está negra de puro sucia.

En los hermosos días estivales, cuando un sol abrumador abrasa las calles, una claridad dudosa y pálida se filtra por los cristales y parece arrastrarse miserablemente por el pasaje. En los días pésimos del invierno, en las mañanas de niebla, los cristales sólo proyectaban sombras lóbregas y asquerosas sobre el pegajoso pavimento.

A la izquierda hay algunas tiendas oscuras, bajas, medio hundidas, que despiden frías exhalaciones de sótanos. Allí viven libreros de lance, mercaderes de juguetes para niños y de cajas de

corrupción que produjeron la enfermedad, el remedio que la evita.

¿Son mentira sus personajes?

No.

Los amores de *Teresa* y *Lorenzo* son la satisfacción de una necesidad; el crimen que ambos cometen es consecuencia de su adulterio; y lo acatan como acatan los lobos la matanza de los corderos: como cosa natural.

Colocando frente á frente un varón potentísimo y una hembra insaciable, Zola quiso buscar en ellos la bestia y no ver sino á ella: lo consiguió, verificando en los cuerpos vivos ni más ni menos que el trabajo analítico del cirujano sobre los cadáveres.

Teresa y *Lorenzo* nada tienen de inmoral ni que pueda excitar las malas pasiones. En esta novela, como en todas las suyas, el insigne novelista predica el bien pintado sin misericordia los extremos del mal. Por esto los puñetazos que asestó la crítica á TERESA RAQUIN, perdiéronse en el vacío como ha ocurrido siempre que se ha tratado de una nueva obra del maestro.

Completamente desacreditado hoy el vicio de la paráfrasis y entendiendo que una traducción ha de ser siempre fiel producción de lo que se propuso escribir el autor y no una interpretación, he tratado de dar á estas páginas el sentido, la cadencia, las imágenes exactas del original, combinándolo todo con la índole y las exigencias del castellano, pero observando siempre en lo posible el literalismo.

La perfección es en cierto modo inasequible. Si hay quien desee saborear toda la belleza de un modelo: Vuelva los ojos al original.

ANTONIO DE NAIT.

TERESA RAQUIN

I

En el extremo de la calle Guénégaud, más próxima á los muelles, hállase el pasaje del Pont-Neuf, una especie de corredor estrecho y sombrío, que va desde la calle Mazarine á la de Seine. A lo sumo mide este pasaje treinta pasos de longitud por dos de anchura; está empedrado con losas amarillentas, desgastadas, removidas, impregnadas de acre humedad; la claraboya que le sirve de bóveda, cortada en ángulo recto, está negra de puro sucia.

En los hermosos días estivales, cuando un sol abrumador abrasa las calles, una claridad dudosa y pálida se filtra por los cristales y parece arrastrarse miserablemente por el pasaje. En los días pésimos del invierno, en las mañanas de niebla, los cristales sólo proyectaban sombras lóbregas y asquerosas sobre el pegajoso pavimento.

A la izquierda hay algunas tiendas oscuras, bajas, medio hundidas, que despiden frías exhalaciones de sótanos. Allí viven libreros de lance, mercaderes de juguetes para niños y de cajas de

cartón, cuyas anaquelerías, cubiertas de polvo, parecen dormir en la sombra; los escaparates, fabricados con pequeños vidrios cuadrados, reflejan sobre las mercancías extraños fulgores verdosos; por dentro, las mismas tiendas y detrás de los mostradores, sumidas en tinieblas, aparecen lúgubres agujeros, en los cuales se agitan formas extrañas.

A la derecha, en toda la longitud del pasaje, extendiéndose una muralla junto á la cual los tenderos del lado opuesto han colocado estrechos armarios; allí hay objetos sin nombre, mercancías olvidadas desde hace veinte años, alineadas sobre endebles estantes de horrible color oscuro. Una vendedora de joyas falsas se instaló en uno de aquellos armarios, para exhibir sortijas de á tres reales cuidadosamente colocadas en blando lecho de veludillo azul, en el fondo de una caja de caoba.

Por encima de la cristalería del pasaje descuella el muro negruzco, groseramente revocado, cual si estuviese cubierto de lepra y lleno de costurones.

El pasaje del Pont-Neuf no es sitio de paseo; se cruza para evitar una larga vuelta, para ganar algunos minutos. Es frecuentado por un público compuesto de agentes de negocios, cuya única preocupación consiste en ir deprisa. Se ven por allí aprendices con blusa de trabajo, costureras que van á entregar; hombres y mujeres con paquetes bajo el brazo; se ven también débiles ancianos que se deslizan pesadamente á través del triste crepúsculo y bandadas de muchachos que, al salir de la escuela, acuden allí para armar alboroto corriendo y taconeando con zuecos sobre las losas. Durante todo el día siéntese el ruido seco y precipitado que con una irregularidad irritante producen las pisadas sobre la piedra; nadie habla y nadie se detiene; cada cual vuela á sus ocupaciones, con la cabeza baja, sin dirigir siquiera una mirada á las tiendas, y hasta los mismos comerciantes observan con cierta inquietud á los transeúntes que por casualidad se detienen delante de los escaparates.

Por la noche alumbran el pasaje tres mecheros

de gas encerrados en toscos faroles cuadrados, suspendidos de la claraboya contra la cual proyectan manchas de una claridad amarillenta, dejando caer sobre el pavimento vacilantes círculos de fulgor pálido, los cuales, á ratos, parecen huir y desaparecer. El pasaje toma entonces el aspecto siniestro de una verdadera ladronera; grandes sombras se extienden sobre las losas, húmedas ráfagas penetran desde la calle; diríase que aquello es una galería subterránea vagamente iluminada por tres lámparas funerarias. Los mercaderes se conforman con el alumbrado que les proporcionan los débiles resplandores que derraman sobre sus escaparates los tres mecheros de gas, y encienden solamente en el interior de sus tiendas una lámpara con pantalla, que colocan en un extremo del mostrador, y los transeúntes pueden distinguir entonces lo que hay en el fondo de aquellos agujeros donde de día reside la noche. En la negruzca línea de los escaparates se destacan las vidrieras de un fabricante de cajas de cartón: dos lámparas de esquisto rompen allí la sombra con sus llamas amarillentas. Y del otro lado, una vela, colocada dentro de un tubo de quinqué, siembra chispas de luz sobre una caja de joyas falsas. La vendedora, con las manos escondidas bajo el chal, dormita en el fondo de su angosto armario.

Hace algunos años, en frente de esta vendedora, hallábase una tienda, cuyos escaparates de un color verde botella rezumaban humedad por todas las rendijas. La muestra, un tablón angosto y largo, ostentaba en letras negras esta palabra: *Mercería*; y sobre uno de los vidrios de la puerta aparecía escrito en caracteres rojos un nombre de mujer: TERESA RAQUIN. A diestra y siniestra hallábanse hondas vitrinas empapeladas con papel azul.

Durante el día, la vista más perspícaz sólo podía distinguir desde fuera el escaparate, envuelto en una suave penumbra. Había á un lado diversos objetos de ropa blanca, tales como gorros de muselina, camisetas, medias, calcetines, tirantes, etc.; todo ello, ajado, amarillento, estaba suspendido

de ganchos de alambre. El escaparate, de arriba abajo, hallábase lleno de andrajos blancuzcos que ofrecían un aspecto lúgubre en la obscuridad transparente. Los gorros nuevos, de un color blanco más puro, simulaban manchas sobre el papel azul de los estantes. Colgados de una varilla los calcetines de color proyectaban notas sombrías en el vago y blanquecino desvanecimiento de la museлина. Al otro lado, en una angosta anaquelaria, hallábanse gruesos pelotones de lana verde, botones negros cosidos sobre cartulinas blancas, cajas de varios colores y de todos tamaños, redecillas de cuentas de acero en discos de papel azulado, paquetitos de agujas para hacer calceta, modelos de bordados en tapicería, canillas de cintas; en fin, un hacinamiento de objetos deslucidos, marchitos, que dormían sin duda en aquel sitio hacia cinco ó seis años. Todos los matices habían tomado un color gris sucio, en aquel armario que pudrían el polvo y la humedad.

En verano, hacia el medio día, cuando el sol abrasaba con sus ardientes rayos las plazas y las calles, divisábase detrás de los gorros del otro escaparate, un pálido y grave perfil de mujer joven. Este perfil se insinuaba vagamente en las tinieblas que invadían la tienda. A una frente estrecha y tersa agregábase una nariz larga, delgada, tajante; los labios eran dos tenues líneas de color de rosa pálida; la barba, corta y nerviosa, uníase al cuello por un contorno á la vez suave y grueso. No se veía el cuerpo oculto en la sombra; sólo aparecía el perfil de blanca mate, agujereado por un ojo negro muy abierto, y como sepultado bajo espesa y oscura cabellera. Allí permanecía durante horas enteras, inmóvil y tranquilo, entre dos gorros, en los cuales las varillas húmedas habían señalado mohosas líneas.

Por la noche, una vez encendida la lámpara, veíase el interior de la tienda. Esta era larga y estrecha; en uno de sus extremos había un pequeño mostrador y en el otro, una escalera de caracol que correspondía á las habitaciones del primer piso.

Apoyados en las paredes había vitrinas, armarios, hueras de cajas de cartón verde; cuatro sillas y una mesita completaban el mobiliario. La pieza, en fin, parecía desnuda, glacial; las mercancías empaquetadas y apiñadas en los rincones, no distraían la vista con alegre confusión de colores.

Ordinariamente había dos mujeres sentadas detrás del mostrador: la joven del perfil grave y una anciana de unos setenta años de edad, que sonreía dormitando, y cuyo rostro grueso y plácido aparecía más blanco al reflejar la luz de la lámpara. Un enorme gato atigrado, acurrucado en un ángulo del mostrador, mirábala dormir.

Ma allá, un hombre como de treinta años, sentado en una silla leía ó conversaba á media voz con la mujer joven. Era pequeño, delgado, de aspecto lánguido; tenía cabello rubio deslucido, y escasa barba; su rostro estaba cubierto de pecas: parecía un niño enfermo y mimado.

Un poco antes de las diez de la noche, la anciana despertaba, y toda la familia, después de cerrar la tienda, subía á acostarse. El gato atigrado seguía á sus amos, ronroneando y frotándose la cabeza en los barrotes del pasamano de la escalera.

Arriba, la habitación constaba de tres piezas. La escalera daba á un comedor que servía también para salón y en el cual había, á la izquierda, una estufa de loza colocada en un nicho; enfrente, un aparador: á lo largo de las paredes algunas sillas y en el centro una mesa redonda abierta. En el fondo, detrás de un tabique con cristales hallábase la cocina, oscura; á cada lado del comedor, una alcoba.

La señora anciana, después de abrazar á su hijo y á su nuera, se retiraba á su cuarto. El gato atigrado dormía en una silla de la cocina. Los esposos entraban en su alcoba; este cuarto tenía un postigo interior que daba á una escalera, que comunicaba con el pasaje por un pasillo obscuro y angosto.

El marido, tiritando siempre, agobiado por la fiebre, se acostaba en el acto. Mientras tanto la

Joven esposa abría la ventana para cerrar las persianas, y permanecía durante algunos minutos ante la gran pared negra y toscamente revocada que se eleva y desciende por encima de la galería del pasaje; paseaba por aquella pared una mirada vaga, y á su vez, iba á acostarse silenciosamente, con desdenosa indiferencia.

II

La señora Raquín era una antigua tendera de Vernón. Durante unos veinticinco años vivió en una tiendecita de aquella población. Algunos años después de la muerte de su marido, sintiéndose ya cansada, vendió su comercio. El importe de la venta, unido á sus economías anteriores, dejó en su poder un capital de cuarenta mil francos, que le produjo una renta de dos mil y que había de bastarle, pues llevaba una vida de verdadera reclusa, desconociendo por completo los goces y las zozobras del mundo, en su existencia de paz y de sosiego.

Arrendó, por cuatrocientos francos al año, una pequeña casa, cuyo jardín llegaba hasta la orilla del Sena. Era una vivienda aislada, discreta, que despedía efluvios de claustro conventual; un estrecho sendero conducía á aquel retiro, situado en medio de una ancha pradera, y las ventanas daban al río y á los escollos desiertos de la otra orilla. En aquella soledad se encerró la buena señora, que había pasado ya de los cincuenta años, y gozó serenas alegrías entre su hijo Camilo y su sobrina Teresa.

Camilo tenía entonces veinte años. Su madre le mimaba cual si fuese niño todavía, y le adoraba por haberle disputado á la muerte durante una larga juventud de sufrimiento. El muchacho padeció sucesivamente todas las fiebres y todos los achaques que imaginarse puede; la señora Raquín sostuvo una lucha de quince años contra aquellos males terribles, que llegaban, uno tras otro, á arrebatárla

su hijo: y los venció con su paciencia, con sus cuidados, con su adoración.

Camilo, salvado de la muerte, creció, pero quedó como sujeto á las violentas sacudidas que habían lastimado su naturaleza: detenido en su desarrollo, era pequeño y enclenque, y sus débiles miembros padecieron movimientos de cansancio. Amábale más aun su madre por esa misma debilidad que le encorbaba: ella miraba con alegría de triunfo el rostro pálido del hijo de sus entrañas, y se decía que ella le había devuelto la vida más de diez veces.

En los contados ratos de descanso que le dejaron sus enfermedades, el niño siguió los cursos elementales en una escuela de comercio de Vernón, donde estudió la ortografía y la aritmética; todo su saber quedó reducido al superficialísimo conocimiento de la gramática y de las cuatro reglas; más tarde recibió lecciones de escritura y de contabilidad. La señora Raquín temblaba cuando alguien le aconsejaba enviar á su hijo al colegio; ella sabía que su hijo se moriría si se apartaba de su lado; los libros le matarían. Camilo, pues, quedó ignorante, y su ignorancia fué en él una debilidad más.

A la edad de dieciocho años, ocioso, fastidiándose infinitamente con los cuidados que le prodigaba su madre, entró de dependiente en casa de un comerciante de telas ganando sesenta francos mensuales. Su espíritu inquieto, hacíale insoportable la ociosidad; hallábase más tranquilo y mejor de salud en su trabajo brutal, en aquel trabajo de empleado que le hacía estar durante todo el día encorvado sobre facturas, inspeccionando sumas enormes cuyas cantidades deletreaba con paciencia.

Por la noche, rendido, vacía la cabeza, disfrutaba de infinitos goces en el fondo de su embrutecimiento que se apoderaba de él. Tuvo necesidad de refirir con su madre para entrar en casa del comerciante, porque ella quería tenerle siempre á su lado, entre dos mantas, lejos de los accidentes de la vida; pero el joven habló como amo y señor, y pidió trabajo lo mismo que otros niños piden juguetes,

no por espíritu de deber, sino por instinto, por necesidad de su naturaleza. La ternura y los sacrificios de su madre le habían dado un egoísmo feroz; creía amar á los que le compadecían y le acariciaban, pero en realidad vivía aparte, para sí mismo, no ambicionaba más que su propio bienestar, y procurando aumentar sus goces por todos los medios posibles; cuando el cariño enternecedor de la señora Raquín le hastió se lanzó resueltamente, con verdadera delicia, á aquella ocupación estúpida, que le libraba de las tisanas y los potinques. Por la noche, de regreso del escritorio, corría á la orilla del Sena con su prima Teresa.

Teresa iba á cumplir dieciocho años. Un día, dieciséis años antes, cuando el capitán Degans, que acababa de llegar de Argelia, la puso en los brazos una niña.

—He ahí una niña—dijo él sonriendo—de la que eres tía... Su madre ha muerto... yo no sé qué hacer de ella... Te la doy.

La mercera cogió á la niña, sonrióla y besó sus mejillas sonrosadas. Degans permaneció ocho días en Vernón, y su hermana apenas le preguntó acerca de la hija que la confiaba; sólo supo vagamente, que la niña había nacido en Orán y que fué su madre una mujer indígena de gran belleza. El capitán, una hora antes de marchar, la entregó un acta de nacimiento de Teresa, reconociendo á ésta como hija suya y dándole su nombre. Partió para no volver, pues algunos años más tarde murió en Africa peleando.

Teresa creció, partiendo el lecho de Camilo, bajo las tibias caricias de su tía. Gozaba de una salud férrea, y fué cuidada como niña enfermiza, participando de los medicamentos que tomaba su primo, respirando el aire cálido de la habitación ocupada por el enfermito. Horas enteras permanecía como postrada en el fuego de la chimenea, pensativa, mirando con ojos fijos las llamas, sin cerrar los párpados. Aquella vida de convaleciente forzosa la replegó sobre sí misma, y adquirió el hábito de hablar en voz baja, de andar lentamente y sin

ruido, de permanecer muda é inmóvil en una silla, con los ojos abiertos y sin mirar á nada. Cuando movía un brazo ó avanzaba un pie veíanse en ella una flexibilidad felina, músculos cortos y potentes, y comprendíase que dormitaban en aquella naturaleza amodorrada energía y pasión inmensas. Cierta día se cayó su primo, vencido por la debilidad: levantóle ella y le transportó con un gesto brusco; este desarrollo de fuerza hizo brotar en sus mejillas dilatados arreboles ardientes. La vida de claustro que hacía, el régimen debilitante á que estaba sometida, no pudieron debilitar su cuerpo delgado y robusto; sólo su faz adquirió matices pálidos ligeramente celtrinos y parecía casi fea en la sombra. A veces iba á la ventana y contemplaba en silencio las casas de enfrente, sobre las cuales extendía el sol su manto de oro.

Cuando la señora Raquín vendió su comercio y se retiró á la pequeña casa de la orilla del río, Teresa fué sorprendida por una secreta agitación de alegría. Tantas veces la había dicho su tía: «¡No hagas ruido! ¡Estate quieta!», que se había visto obligada á ocultar, en el fondo de sí misma, todo el ardor de la naturaleza. Gozaba de suprema sangre fría y tranquilidad aparente, pero estas cualidades disimulaban arrebatos terribles. Creíase todavía en el cuarto de su primo, cerca de un niño, moribundo, y sus movimientos eran suaves, silenciosos, plácidos, y sus palabras masculladas cual si saliesen de la boca de una anciana; mas cuando vió el jardín, el blanco río, las vastas colinas verdes que se alzaban en el horizonte, sintió que su corazón latía en su pecho con extraordinaria fuerza; sin embargo, no se alteró ni un solo músculo de su rostro, y contentóse con sonreír cuando su tía la preguntó si la agradaba su nueva morada.

Hízosele entonces la vida más llevadera; conservó su aspecto dócil y su rostro tranquilo é indiferente, cual si fuese todavía la niña que había crecido en el lecho de un enfermo; pero su existencia interior, era una existencia ardiente, arrebatada.

Cuando estaba sola en el campo, á la orilla

del río, arrastrábase por la hierba tendida de bruces como una bestia, desmesuradamente abiertos sus ojos negros, y retorció su cuerpo cual si fuese á saltar. Permanecía así durante largas horas, no pensando en nada, abrasada por el sol, y feliz de poder escarbar la tierra con sus dedos. Tenía ensueños de loca; miraba con provocación al río, que rugía, y se imaginaba que el agua iba á caer sobre ella y á atacarla; entonces se rebelaba, preparábase á la defensa y preguntándose colérico de qué medio podría vencer á las olas.

Por la noche, ya apaciguada y silenciosa, Teresa cosía cerca de su tía; su rostro parecía dormitar impasible bajo el tenue resplandor que se deslizaba con suavidad por la pantalla de la lámpara. Camilo, medio sepultado en el fondo de una butaca, pensaba en sus adiciones del escritorio, y sólo alguna palabra, en voz muy débil pronunciada, turbaba acaso por un momento la paz de aquel interior silencioso.

La señora Raquín miraba á sus hijos con serena bondad, y había decidido casarles: consideraba siempre á Camilo como niño moribundo, y temblaba ante la idea de que si llegase á faltar ella dejaría á aquél solo y doliente; contaba entonces con Teresa, y se decía que ésta habría de ser un guardián vigilante de Camilo. Su sobrina, con su aspecto de tranquilidad y su muda abnegación, inspirábala ilimitada confianza. La había visto siempre trabajadora, y quería darla á su hijo como ángel guardián. El matrimonio de los dos jóvenes era, por lo tanto, un desenlace previsto, determinado.

Los jóvenes, sabían ya desde tiempo que debían casarse algún día; crecieron con tal idea, que llegó á ser en ellos familiar y naturalísima, y se hablaba de este enlace en la familia como de asunto necesario y fatal. La señora Raquín había dicho: «Esperaremos á que Teresa tenga veintidós años.» y esperaban pacientemente, sin fiebre y sin rubor.

Camilo, á quien la enfermedad había empobrecido la sangre, desconocía los ásperos deseos de la adolescencia; permanecía impasible, como un niño,

delante de su prima; abrazábala como si abrazase á su madre, por costumbre, sin perder un punto de su tranquilidad egoísta; veía en ella una compañera complaciente, que le impedía fastidiarse demasiado, y que, en ocasiones, le preparaba su tisana. Cuando jugaba con ella y la tenía entre sus brazos, creía tener á un chícuelo, sin que despertara en él concupiscencia carnal. Jamás pensó en aquellos momentos en besar los ardientes labios de Teresa, que se resistía, riendo con risa nerviosa.

También ella parecía permanecer fría é indiferente. A veces fijaba en Camilo sus grandes ojos, mirándole durante algunos minutos con la intención de una calma soberana, y sólo se notaban entonces en sus labios pequeños y casi imperceptibles movimientos; nada se podía leer en aquel rostro mudo en virtud de una voluntad implacable, pero siempre lleno de dulzura y cariño. Cuando se hablaba del futuro matrimonio, se ponía grave Teresa, limitándose á aprobar con leve movimiento de cabeza todo cuanto decía la señora Raquín, mientras Camilo se dormía.

En verano, por las noches, iban los dos jóvenes á la orilla del río. Camilo se irritaba con los cuidados incesantes de su madre; rebelábase á ratos, quería correr, ponerse enfermo, librarse de mimos que le causaban náuseas; entonces agarraba á Teresa, provocándola á la lucha, á revolcarse por la hierba. Un día empujó á su prima y la hizo caer; la joven se levantó de un salto, con ímpetu de fiera, con la faz ardiente y los ojos inyectados en sangre, y se precipitó hacia él, llevando levantados y amenazadores los dos brazos; Camilo se dejó caer en tierra. Tenía miedo.

Transcurrieron meses y años. El día fijado para el matrimonio llegó por fin; la señora Raquín llamó aparte á Teresa, hablóle de su padre y su madre, y la refirió la historia de su nacimiento: la joven escuchó á su tía, y después la abrazó sin responder una palabra.

Por la noche, Teresa, en lugar de entrar en su

Teresa Raquín—2

cuarto, que estaba al lado izquierdo de la escalera, entró en el de su primo, que estaba á la derecha: tal fué todo el cambio que se efectuó en su vida aquel día; á la mañana del siguiente, cuando los recién casados bajaron á reunirse, Camilo conservaba aun su languidez de enfermo y su plácida tranquilidad de egoísta, y Teresa tenía siempre su dulce indiferencia, su rostro impasible, de calma aterradora.

III

Ocho días después de su matrimonio, Camilo declaró rotundamente á su madre que deseaba salir de Vernón para instalarse en París. La señora Raquín se indignó: tenía ya regulada su vida, y no quería que se cambiase en ella ni aun el detalle insignificante; pero su hijo tuvo un ataque de nervios y amenazóla seriamente con caer enfermo si no cedía á su capricho.

—Yo no he contrariado nunca tus proyectos,—decía él:—me he casado con mi prima y he tomado sin murmurar todas las drogas que me has dado. Déjame una vez siquiera tener voluntad y conformate con mi opinión y mi deseo. Partiremos á fin de mes.

La señora Raquín no durmió aquella noche. La decisión de Camilo trastornada su existencia, pensaba con desesperación en los medios de crearse un nuevo modo de vivir, mas poco á poco fué recobrando la calma, y reflexionó que si el joven matrimonio llegaba á tener hijos, su modesta fortuna no sería bastante para atender á las necesidades de todos. Era indispensable ganar más dinero, volver al comercio y proporcionar á Teresa una ocupación lucrativa. Al día siguiente, habituada ya á la idea de la marcha, ella misma se trazó el plan de una vida nueva.

A la hora del almuerzo, estaba muy alegre.

—Escuchad lo que hemos de hacer—dijo á sus dos hijos.—Iré mañana á París, y buscaré una pequeña mercería; Teresa y yo nos pondremos otra

vez á vender hilo y agujas; esto nos ayudará y entretendrá; tú, Camilo, harás lo que quieras: ó te pascas al aire libre, ó buscas un empleo.

—Encontraré un empleo—respondió el joven.

La verdad era que Camilo deseaba irse á París por ambición casi estúpida; quería ser empleado en una gran administración, y se ruborizaba de contento; soñaba ya verse instalado en un vasto escritorio, luciendo mangas de lustrina, y larga pluma de ganso colocada en la oreja.

Teresa no fué consultada, porque siempre había observado una obediencia tan pasiva, que ni su tía ni su marido se tomaban el trabajo de pedirle su opinión. Ella iba á donde iban ellos y hacía lo que ellos, sin una queja, sin un reproche, sin aparentar siquiera que conocía el asunto de que se trataba.

La señora Raquín fué á París, y marchóse directamente al pasaje del Pont-Neuf. Cierta solterona de Vernón la había recomendado á un pariente suyo, que tenía en aquel pasaje comercio de mercería, del cual quería deshacerse. La antigua comerciante halló la tienda algo pequeña y oscura, pero al atravesar París, la asustó el ruido que ensordecía las calles, el lujo que ostentaban los escaparates, y aquella angosta galería y aquellas modestas vitrinas fueron como un recuerdo de su antiguo y pacífico almacén. Creyóse todavía en la provincia y respiró libremente, pensando desde luego que sus queridos hijos serian felices en aquel rincón ignorado; decidióla, además, el módico precio del comercio, cuyo propietario lo cedía por dos mil francos. El alquiler de la tienda y del piso principal de la casa ascendía sólo á mil doscientos francos al año. La señora Raquín poseía unos cuatro mil francos; calculó en fin, que podría pagarlo todo, sin menoscabar su fortuna, y que el sueldo futuro de Camilo y los beneficios del comercio bastarían para cubrir sus escasos gastos diarios; de suerte que, no teniendo necesidad de tocar á su renta para nada, iría acumulando las

ganancias al capital, á fin de dotar á sus nietecitos.

Radiante de alegría regresó á Vernón, asegurando que había encontrado una perla, un agujero delicioso, en pleno París; y ella misma, poquito á poco, pasados algunos días, en sus conversaciones de la noche llegó á considerar la tienda húmeda y oscura, como gentil palacio; vejala, efectivamente, en el fondo de sus recuerdos, cómoda, ancha, tranquila, dotada de mil inapreciables ventajas.

—¡Ah, mi buena Teresa!—decía alegremente.— ¡Ya verás qué felices seremos en aquel rinconcito! ¡Qué tres hermosas piezas en el cuarto principal!... Y luego el pasaje está siempre lleno de gente... Haremos unos escaparates encantadores... ¡Vaya!... Que no nos fastidiaremos...

Despertábanse todos sus instintos de antigua tendera, y daba previos consejos á Teresa acerca de la venta, de las compras y de las astutas socaliñas del comercio al pormenor. La familia dejó por fin un día la casita de la orilla del Sena, y por la noche se instaló en el pasaje del Pont-Neuf.

Cuando Teresa entró en la tienda donde había de vivir en lo sucesivo, parecióle que bajaba al hediendo hueco de una fosa.

Una especie de náusea la apretó la garganta y sintió estremecimientos miedosos: miró la sucia y húmeda galería, visitó el almacén, subió al cuarto principal, y dió una vuelta por aquellas desnudas habitaciones, sin muebles, frías, espantosas en su soledad y abandono; pero no hizo un gesto de desagrado, no pronunció una sola palabra: quedóse como helada. Cuando su tía y su marido bajaron á la tienda, ella se sentó en un baúl, con las manos rígidas y la garganta preñada de sollozos, pero no pudo llorar.

La señora Raquín, en presencia de la realidad, quedóse algo cortada y como vergonzosa de sus ensueños. Intentó defender su adquisición: hallaba un remedio para cada inconveniente que se ofrecía; explicaba la obscuridad alegando que el tiempo

estaba nublado, y concluía por decir que bastaría un escobazo para dejar la casa limpia.

—¡Bah!—respondió Camilo, todo esto es muy aceptable... Además, sólo subiremos aquí por la noche, y lo que es yo, nunca vendré antes de las cinco ó de las seis... vosotras dos, siempre juntas no os fastidiaréis.

Si él no hubiese contado con las tibias dulzuras del ambiente de su escritorio, jamás habría consentido en vivir en aquel cuchitril; pero decíase que durante todo el día tendría calor en su administración, y que por la noche se acostaría temprano.

Durante más de una semana duró el desorden en la tienda y en las habitaciones. Desde el primer día Teresa tomó asiento detrás del mostrador, y apenas se movía de aquel sitio. La señora Raquín extrañó su abatimiento; ella creyó que Teresa procuraría embellecer su vivienda, poner macetas y flores en las ventanas, pedir papeles nuevos para las paredes, cortinas, tapices, pero cuando ella misma proponía alguna reforma, algún adorno:

—¿Para qué—contestábale tranquilamente su sobrina.—Estamos muy bien, no hay necesidad de lujo...

La señora Raquín fué quien tuvo que arreglar un poco los cuartos y poner en orden los objetos de la tienda. Teresa acabó por impacientarse viéndola dar vueltas constantemente ante sus ojos; obligóla á sentarse á su lado y ajustó á una mujer para que hiciera las labores de la casa.

Camilo estuvo más de un mes sin hallar empleo. Habitaba en la tienda lo menos posible, vagaba todo día de calle en calle y de plaza en plaza. Llegó á aburrirse de tal manera, que habló de regresar á Vernón; mas entonces precisamente obtuvo destino en la administración del camino de hierro de Orleans, con sueldo de cien pesetas mensuales. Vió realizado su ensueño.

Salía de su casa á las ocho de la mañana, bajaba por la calle Guénégaud y llegaba á los muelles; paso á paso con las manos en los bolsillos, seguía por

la orilla del Sena, desde el Instituto, hasta el Jardín de Plantas; aquel largo paseo que verificaba dos veces al día, no le pesaba; deteníase á ver cómo se deslizaba el agua y cómo flotaban los cargamentos de madera. No pensaba absolutamente en nada; solía quedarse plantado en frente de la Iglesia de Notre-Dame contemplando la andamiada que ceñía á la iglesia, entonces en reparación, y aquellas enormes piezas de carpintería le distraían, sin que él supiese por qué.

Después, siguiendo más allá, echaba una mirada hacia Port-aux-Vins, y contaba los coches que volvían de la Estación. Por la tarde, medio aturcido, confuso el cerebro por alguna historia tonta referida en el escritorio, atravesaba el Jardín de Plantas, y si no tenía prisa, acercábase á las jaulas de los osos; allí permanecía media hora asomado encima del foso siguiendo con alenta mirada los movimientos de las fieras que se balanceaban pesadamente; le agradaba el aspecto de aquellos enormes animales, y los examinaba, estudiando su movimientos, con la boca abierta y los ojos desmesuradamente dilatados, disfrutando estúpidos goces; decidíase, por fin, á volver á su casa, arrastrando los pies y mirando á los transeúntes, los coches y los comercios.

Tan pronto llegaba, comía ó se ponía á leer. Compró las obras de Buffón, y todas las noches se imponía la lectura de unas veinte páginas, á pesar del fastidio que le producía: leía además la *Historia del Consulado y del imperio*, de Thiers, publicada por entregas de 10 céntimos, la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, y algunos libros de vulgarización científica, figurándose que de aquel modo perfeccionaba su educación; algunas veces obligaba á su mujer á escuchar algunas páginas y ciertas anécdotas, y asombrábase grandemente de que Teresa pudiera permanecer pensativa y silenciosa en las pesadas horas de la noche, sin caer jamás en la tentación de tomar un libro, confesándose en su interior que su mujer carecía de inteligencia.

Teresa rechazaba los libros con ademán de impaciencia; prefería estar ociosa, con los ojos fijos y el pensamiento flotante y perdido; conservaba un humor siempre igual; toda su voluntad consistía en hacer de su propio ser un instrumento pasivo, de complacencia y abnegación supremas.

El comercio era bien escaso, y los beneficios mensuales casi idénticos. Formaban la clientela unas cuantas obreras del barrio, y de cinco en cinco minutos entraba en la tienda alguna muchacha que compraba por valor de pocos céntimos; servía Teresa á sus parroquianas con palabras siempre semejantes y con una sonrisa que parecía empujada mecánicamente á sus labios; en cambio, la señora Raquín se mostraba más afable, más habladora; siendo ella, en verdad, la que atraía y conservaba la clientela.

Durante tres años los días se sucedieron con imperturbable monotonía. Canilo no faltó á su escritorio una vez siquiera; su madre y su mujer apenas salieron de la tienda. Teresa, viviendo en la sombra húmeda, en el silencio profundo é insoporrible, veía la existencia alargarse ante ella, en toda su desnudez, ofreciéndola fatalmente cada noche el mismo lecho frío y cada mañana la misma jornada vacía.

IV

De los siete días de la semana, únicamente el jueves, la familia Raquín recibía á sus amigos. Encendíase una gran lámpara en el comedor y poníase á la lumbre una cafetera con agua para hacer el té.

Era toda una operación. Aquella velada era diferente de las demás; había ido pasando en las costumbres de la familia como una orgía de burgués. Acostábanse todos á las once de la noche.

La señora Raquín halló en París á uno de sus viejos amigos, el comisario de policía Michaud, que había desempeñado igual destino en Vernón por espacio de veinte años, habitando en la misma casa donde vivía la mercera; establecióse entre

ellos estrecha intimidad, pero cuando la viuda vendió su comercio para vivir en la casita de la orilla del Sena, se fueron perdiendo de vista poco á poco. Michaud abandonó la provincia algunos meses después, y fué á París, calle del Sena, á comerse tranquilamente los mil quinientos francos de su jubilación. Cierta día de lluvia había encontrado á su vieja amiga en el pasaje de Pont-Neuf, y por la noche quedóse á comer en casa de los Raquín.

Así comenzaron las recepciones de los jueves. El antiguo comisario de policía adquirió la costumbre de ir puntualmente allí una vez por semana, y acabó por presentar á su hijo Olivier, buen mozo, unos treinta años de edad, seco y delgado, que estaba unido en matrimonio á una mujer muy pequeña, indolente y enfermiza. Olivier ocupaba en la prefectura de policía un empleo de tres mil francos anuales, que Camilo envidiaba singularmente, y era oficial primero del negociado de Orden y Seguridad Pública. Teresa desde el día de la presentación, detestó á aquel muchacho tieso y glacial, que creía honrar la tienda del pasaje exhibiendo en ella la tiesura de su cuerpo alto y los desfallecimientos de su pobre mujercita.

Camilo introdujo otro contertulio, un viejo empleado en el camino de hierro de Orleans; llamábase Grivet; hacía veinte años que trabajaba en la compañía, y percibía un sueldo de dos mil cien francos: él era quien distribuía el trabajo á los empleados en el escritorio de Camilo, y éste que le profesaba algún respeto, soñaba con frecuencia y decíase que Grivet había de morir un día ú otro, y que él le rememplazaría tal vez, al cabo de una docena de años. Grivet quedó encantado del afectuoso recibimiento de la señora Raquín, y volvió todas las semanas con regularidad perfecta. Después de seis meses, su visita del jueves era para él un deber: iba al pasaje de Pont-Neuf, como iba todas las mañanas á su escritorio; mecánicamente, guiado por un instinto de bruto.

Las reuniones llegaron á ser encantadoras: á las

siete la señora Raquín encendía lumbre, ponía la lámpara en medio de la mesa, colocaba un juego de dominó á su lado, y limpiaba el servicio del té, que relucía en el aparador. A las ocho en punto el viejo Michaud y Grivet se encontraban delante de la tienda, viniendo el uno de la calle de Seine, y el otro de la calle Mazarine; entraban, y toda la familia subía al piso principal; sentados junto á la mesa del comedor, esperaban á Olivier Michaud y su mujer, que siempre eran los últimos en llegar; estando ya la reunión completa, la señora Raquín vertía el té en las tazas, mientras Camilo volcaba sobre el hule la caja del dominó; en seguida cada cual se engolfaba en el juego, y sólo se oía el ruido de las fichas. Al acabarse una partida, los jugadores se querellaban durante dos ó tres minutos, y volvía después á reanudarse el silencio, silencio monótono, cortado únicamente por el ruido seco de las fichas.

Teresa jugaba con una indiferencia que irritaba á Camilo, tenía en la falda á *Francisco*, el gato atigrado que la señora Raquín había traído de Vernón, y le acariciaba con una mano, mientras con la otra colocaba las fichas. Las veladas de los jueves eran para ella un verdadero suplicio, y á menudo se quejaba de algún malestar, de una fuerte jaqueca, para no jugar y permanecer ociosa y medio dormida. Con un codo sobre la mesa y la mejilla apoyada en la palma de la mano, miraba á los contertulios de su tía y su marido, y los veía á través de una especie de niebla amarillenta y humeante que salía de la lámpara. Todas aquellas cabezas la exasperaban. Miraba á uno y después á otro, con disgusto profundo, con sorda irritación. El viejo Michaud tenía un rostro lívido y salpicado de manchas rojas, un semblante inerte de anciano añejado; Grivet ostentaba su estrecha máscara, con ojos redondos y labios delgados de idiota; Olivier, cuyas mejillas estaban salientes y aguzadas por los huesos, llevaba gravemente sobre su ridiculo cuerpo, una cabeza erguida, tiesa é insignificante; en cuanto á Susana, la mujer de Olivier, era extrema-

damente pálida, tenía la mirada incierta, los labios blancos y el semblante inexpresivo. Teresa no hallaba un hombre, ni un sér viviente siquiera, entre aquellas criaturas grotescas y siniestras con quienes estaba encerrada; y algunas veces, alucinada, creíase arrojada al fondo de un sepulcro, en compañía de cadáveres mecánicos, que movían la cabeza y agitaban las piernas y los brazos por medio de resortes. El aire denso del comedor la ahogaba; el silencio estremecedor y los fulgores amarillentos de la lámpara, la infundían espanto vago, angustia indefinible.

Habían colocado en la puerta de la tienda una campanilla, cuyo agudo sonido anunciaba la llegada de las parroquianas. Teresa prestaba atención, y cuando oía aquel timbre agudo, bajaba rápidamente, como aliviada, feliz, de dejar el comedor; despachaba despacio á la parroquiana, y quedando sola, sentábase detrás del mostrador, permaneciendo allí el mayor tiempo posible, temiendo subir, dichosa de no ver ante ella ni á Grivet ni á Olivier.

El aire húmedo de la tienda calmaba la fiebre que la enardecía, y se alérgaba nuevamente en aquella somnolencia pesada que era en ella peculiar.

No podía permanecer así mucho rato; Camilo se sublevaba con la ausencia de Teresa, y no comprendía que los jueves su mujer prefiriese la tienda al comedor. Entonces dejaba su asiento, asomábase por la escalera, buscando á su esposa con la mirada:

—¡Eh! ¡Teresa!—gritaba: ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no subes?... Grivet tiene una suerte endemoniada. ¡Acaba de ganarnos otra partida!

La pobre muchacha se levantaba penosamente, subía, ocupaba de nuevo su asiento en frente del viejo Michaud, cuyo labios colgantes dibujaban repugnantes sonrisas; y hasta las once, Teresa yacía allí, clavada en la silla, acariciando á «Francisco», el gato atigrado, para no ver los muñecos de cartón que gesticulaban á su alrededor.

El jueves, Camilo, al regresar de la oficina, fué á su casa en compañía de un mocetón alto, de anchas espaldas, á quien empujó en la tienda con ademán familiar.

—Madre—dijo á la señora Raquín, presentándosele,—¿reconoces á este caballero?

La anciana mercera miró al arrogante mancebo, trató de recordar algo, y no halló nada. Teresa observaba esta escena con aire plácido.

—¡Cómo!—repuso Camilo. ¿No cooces á Lorenzo, al pequeño Lorenzo, el hijo de aquel Lorenzo que tenía tan hermosos campos de trigo en el término de Jeufosse?... ¿Pero no te acuerdas?... Eramos compañeros de colegio y él venía á buscarme todas las mañanas al salir de casa de su tío que era vecino nuestro, y tú le dabas pan con confitura.

La señora Raquín se acordó súbitamente de aquel pequeño Lorenzo, á quien hallaba ahora muy crecido. Hacía veinte años que no le veía.

Quiso hacerle olvidar en breve su extraño recibimiento y le colmó de sonrisas y zalamerías maternales. El, sentándose, sonrió tranquilamente, contestando con voz clara y dirigiendo alrededor de sí plácidas y escudriñadoras miradas.

—Figuráos—añadió Camilo,—que este pícaro está empleado en la estación del camino de hierro de Orleans hace ya dieciocho meses, y no nos hemos encontrado y reconocido hasta es'a no-he. ¡Cuidado que es grande é importante esta administración!

Y al decir esto, el joven abría desmesuradamente los ojos mordiéndose los labios, orgulloso de ser una modesta rueda de aquella tan admirable máquina. Y continuó después, moviendo la cabeza:

—¡Oh! pero él goza de buena salud; ha estudiado, y gana ya mil quinientos francos anuales... ¡Como que su padre le puso en un colegio, estudió Derecho y aprendió la Pintura! ¿No es verdad, Lorenzo?... ¡Ea! ¡Hoy comes con nosotros!

—Bueno—respondió Lorenzo con la mayor fran-

INSTITUTO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTEREY, MEXICO

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

®

damente pálida, tenía la mirada incierta, los labios blancos y el semblante inexpresivo. Teresa no hallaba un hombre, ni un sér viviente siquiera, entre aquellas criaturas grotescas y siniestras con quienes estaba encerrada; y algunas veces, alucinada, creíase arrojada al fondo de un sepulcro, en compañía de cadáveres mecánicos, que movían la cabeza y agitaban las piernas y los brazos por medio de resortes. El aire denso del comedor la ahogaba; el silencio estremecedor y los fulgores amarillentos de la lámpara, la infundían espanto vago, angustia indefinible.

Habían colocado en la puerta de la tienda una campanilla, cuyo agudo sonido anunciaba la llegada de las parroquianas. Teresa prestaba atención, y cuando oía aquel timbre agudo, bajaba rápidamente, como aliviada, feliz, de dejar el comedor; despachaba despacio á la parroquiana, y quedando sola, sentábase detrás del mostrador, permaneciendo allí el mayor tiempo posible, temiendo subir, dichosa de no ver ante ella ni á Grivet ni á Olivier.

El aire húmedo de la tienda calmaba la fiebre que la enardecía, y se alérgaba nuevamente en aquella somnolencia pesada que era en ella peculiar.

No podía permanecer así mucho rato; Camilo se sublevaba con la ausencia de Teresa, y no comprendía que los jueves su mujer prefiriese la tienda al comedor. Entonces dejaba su asiento, asomábase por la escalera, buscando á su esposa con la mirada:

—¡Eh! ¡Teresa!—gritaba: ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no subes?... Grivet tiene una suerte endemoniada. ¡Acaba de ganarnos otra partida!

La pobre muchacha se levantaba penosamente, subía, ocupaba de nuevo su asiento en frente del viejo Michaud, cuyo labios colgantes dibujaban repugnantes sonrisas; y hasta las once, Teresa yacía allí, clavada en la silla, acariciando á «Francisco», el gato atigrado, para no ver los muñecos de cartón que gesticulaban á su alrededor.

El jueves, Camilo, al regresar de la oficina, fué á su casa en compañía de un mocetón alto, de anchas espaldas, á quien empujó en la tienda con ademán familiar.

—Madre—dijo á la señora Raquín, presentándosele,—¿reconoces á este caballero?

La anciana mercera miró al arrogante mancebo, trató de recordar algo, y no halló nada. Teresa observaba esta escena con aire plácido.

—¡Cómo!—repuso Camilo. ¿No cooces á Lorenzo, al pequeño Lorenzo, el hijo de aquel Lorenzo que tenía tan hermosos campos de trigo en el término de Jeufosse?... ¿Pero no te acuerdas?... Eramos compañeros de colegio y él venía á buscarme todas las mañanas al salir de casa de su tío que era vecino nuestro, y tú le dabas pan con confitura.

La señora Raquín se acordó súbitamente de aquel pequeño Lorenzo, á quien hallaba ahora muy crecido. Hacía veinte años que no le veía.

Quiso hacerle olvidar en breve su extraño recibimiento y le colmó de sonrisas y zalamerías maternales. El, sentándose, sonrió tranquilamente, contestando con voz clara y dirigiendo alrededor de sí plácidas y escudriñadoras miradas.

—Figuráos—añadió Camilo,—que este pícaro está empleado en la estación del camino de hierro de Orleans hace ya dieciocho meses, y no nos hemos encontrado y reconocido hasta es'a no-he. ¡Cuidado que es grande é importante esta administración!

Y al decir esto, el joven abría desmesuradamente los ojos mordiéndose los labios, orgulloso de ser una modesta rueda de aquella tan admirable máquina. Y continuó después, moviendo la cabeza:

—¡Oh! pero él goza de buena salud; ha estudiado, y gana ya mil quinientos francos anuales... ¡Como que su padre le puso en un colegio, estudió Derecho y aprendió la Pintura! ¿No es verdad, Lorenzo?... ¡Ea! ¡Hoy comes con nosotros!

—Bueno—respondió Lorenzo con la mayor fran-

INSTITUTO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTEPEREY, MEXICO

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

®

queza. Dejó en el acto su sombrero instalándose en la tienda. La señora Raquín se retiró al punto para echar una ojeada á las cacerolas, y Teresa, que no había pronunciado todavía una palabra, miraba al recién llegado. Ella no había visto nunca á un hombre. Lorenzo, alto, fuerte, de rostro fresco, la causaba cierto asombro; y contemplaba, no sin admiración aquella frente angosta coronada de fuertes y crespos cabellos negros; aquellos pómulos hinchados, labios rojos, faz regular de sanguínea belleza; detúvose un instante su mirada en el cuello, aquel cuello ancho y corto, grueso y potente; luego púsose á considerar las manos, que él tenía puestas sobre las rodillas, los dedos parecían cuadrados; el puño cerrado era enorme y hubiese podido derribar á un buey. Lorenzo era un verdadero hijo de campesino, de aspecto algo rudo, con la espalda un poco encorvada, los movimientos pesados y precisos y el aire tranquilo del testarudo; adivinábase bajo su vestido un cuerpo de músculos redondos y desarrollados, todo el cuerpo de carne maciza y fuerte.

Teresa le examinaba con curiosidad desde el rostro á las manos, y sentía como débiles estremecimientos cuando sus ojos se fijaban en aquel cuello de toro.

Camilo enseñó sus volúmenes de Buffón y sus entregas de novelas á diez céntimos, para demostrar á su amigo que él también trabajaba, y enseguida, como respondiendo á una pregunta dirigida á sí mismo, dijo á Lorenzo:

—Pero, hombre, ¿tú debes conocer á mi mujer? ¿No te acuerdas de aquella primita mía que jugaba con nosotros en Vernón?

—Sí, he reconocido perfectamente á esta señora, —respondió Lorenzo mirando de frente á Teresa.

Aquella mirada recta y tenaz, que parecía querer penetrar en su alma, causó en la joven cierto malestar: sonrió forzosamente, y se apresuró á levantarse para ir al encuentro de su tía. Estaba inquieta.

Sentáronse á la mesa, y apenas se hubo servido la

sopa, Camilo creyó oportuno hacer los honores en toda regla á su amigo y le preguntó:

—¿Cómo está tu padre?

—No lo sé—repuso Lorenzo.—Estamos reñidos; hace ya cinco años que no nos escribimos...

—¡Ah!—exclamó el empleado, lleno de asombro ante tamaña monstruosidad.

—Lo que oyes. El buen hombre tiene ideas muy originales. Como está pleiteando continuamente con sus vecinos, me puso en el colegio, soñando acaso que yo había de ser más tarde un abogado excelente para ganarle todos sus litigios... ¡Oh, el buen padre Lorenzo, sólo tiene ambiciones útiles y quiere sacar partido hasta de sus locuras!

—¿Y tú no quisiste ser abogado?—dijo Camilo cada vez más asombrado.

—¡Claro que no!—respondió riendo Lorenzo.—Durante dos años le hice creer que seguía los cursos académicos para coger la pensión de mil doscientos francos que me pasaba. Vivía con uno de mis compañeros de colegio, que es pintor, y me puse á pintar. Esto me divertía. Es un oficio agradable y poco fatigoso. Pasábamos todo el día fumando y charlando...

La familia Raquín escuchábase con asombro.

—Por desgracia—continuó Lorenzo,—aquello no podía durar mucho; mi padre supo que yo le engañaba y me suprimió en el acto los cien francos mensuales, invitándome á regresar á mi pueblo á cavar la tierra en su compañía. Entonces intenté pintar cuadros religiosos. ¡Mal negocio! Vi claramente que cualquier día me iba á morir de hambre; envié el arte á paseo y busqué un empleo... Pero mi padre se muere cualquier día, y á eso espero para vivir sin trabajar.

Lorenzo hablaba con voz serena. En pocas palabras había contado una historia característica, que le retrataba de cuerpo entero. Era perezoso, con apetitos insaciables y deseos comprimidos de fruiciones fáciles y duraderas. Aquel poderoso cuerpo sólo anhelaba no hacer nada, arrastrarse en la ociosidad y en perpetua hartura; él hubiera querido

comer bien, dormir largas horas y satisfacer cumplidamente sus pasiones, sin mudarse de sitio ni exponerse á una fatiga cualquiera.

La profesión de abogado le asustaba, y temblaba ante la idea de cavar la tierra; echóse en brazos del arte, esperando encontrar en él un oficio de holgazán, porque el pincel le parecía un instrumento fácil de manejar, y confiaba en obtener un éxito rápido; aspiraba, pues, á una vida de voluptuosidades baratas, á una hermosa vida de conquistas, de descanso en mullidos divanes, de juegos y borracheras. Duróle este delicioso ensueño mientras su padre le envió los escudos; pero, después, á los treinta años de edad, cuando vió la miseria en el horizonte, el joven reflexionó; se sentía cobarde ante las privaciones, y seguramente no hubiera aceptado un día sin pan en aras de la gloria más grande del arte. Como lo dijo, envió la pintura al diablo cuando comprendió que no había de bastar para satisfacer sus apetitos. Sus primeros ensayos fueron poco afortunados, su ojo de labrador no sabía apreciar la naturaleza, sus lienzos eran borrosos, mal dibujados, verdaderamente burlescos; él mismo no presumía de artista, y le importó muy poco verse obligado á tirar los pinceles. Sólo sentía, en realidad, tener que dejar el taller de su camarada de colegio, aquel espacioso taller donde había gozado de tantos deleites por espacio de tres ó cuatro años; deploraba también alejarse de las mujeres que iban allí á servir de modelos, y cuyos caprichos estaban al alcance de su bolsa; y todo aquel mundo de placeres brutales le creó ardientes deseos, exigencias de carne. Hallóse mejor con su oficio de empleado, viviendo al día, como un bruto, sin fatigarse, adormeciendo su espíritu. Sólo dos cosas le irritaban: la carencia de mujeres y verse precisado á comer en fondas de á noventa céntimos el cubierto, sin saciar los apetitos glotones de su estómago.

Camilo le oía y le miraba con imbécil extrañeza, porque aquel débil muchacho, cuyo cuerpo raquítico y miserable no había experimentado jamás una

sacudida de deseo, soñaba puerilmente en aquella vida de taller de que le hablaba su amigo. Soñaba con aquellas mujeres que sin vergüenza descubren sus carnes.

—Pero di—exclamó,—¿y es verdad que hay mujeres que se han quitado la camisa ante tus ojos?

—¡Sí, hombre, sí!—respondió Lorenzo sonriendo mirando á Teresa, que palideció.

—¡Eso debe causar un efecto singular!—dijo Camilo, riendo como un niño...—¡Yo me hubiera turbado! La primera vez te quedarías como atontado.

Lorenzo tenía abiertas las manos; se crisparon sus dedos y sus mejillas se arrebolaron.

—La primera vez—replicó, como hablándose á sí mismo,—yo creo que encontré aquello muy natural... ¡Es muy divertido ese diablo de arte! Pero no se gana un céntimo... Tuve por modelo una rubia adorable: carnes duras y brillantes, pecho soberbio, caderas extraordinarias...

Lorenzo alzó la frente, y vió á Teresa muda é inmóvil; la joven le miraba con fijeza ardiente; sus ojos, de un negro mate, parecían dos agujeros sin fondo, por sus labios entreabiertos divisábanse sonrosados resplandores en su boca; hallábase como anonadada, reconcentrada en sí misma y escuchando.

Las miradas de Lorenzo se dirigieron de Teresa á Camilo, y el antiguo pintor retuvo una sonrisa, acabando la frase con un ademán expresivo y obscuro, que la joven siguió con la vista.

Comían los postres y la señora Raquín acababa de bajar á la tienda para atender á una parroquiana.

Cuando fué retirado el mantel, Lorenzo, que parecía distraído desde hacía algunos minutos, se dirigió bruscamente á Camilo y le dijo:

—¡Vaya! ¡Es necesario que yo te retrate!

La señora Raquín y Camilo aceptaron con júbilo el ofrecimiento. Teresa permaneció silenciosa.

—Como estamos en verano—añadió Lorenzo,—y salimos de la oficina á las cuatro, podrás venir

aquí y trabajar durante dos horas, al anochecer. Es cuestión de ocho días.

—¡Conforme!—exclamó Camilo en el colmo de la alegría.—Y comerás con nosotros. Yo me haré rizar el pelo y me pondré la levita negra.

Daban las ocho: Grivet y Michaud llegaron, y poco después entraban Olivier y susana.

Camilo presentó su amigo á la reunión, y Grivet encogió sus labios; detestaba desde luego á Lorenzo, cuyo sueldo había subido, según él, muy deprisa. Además la introducción de un nuevo invitado era asunto serio: los huéspedes de los Raquín habían de recibir forzosamente con frialdad á un desconocido.

Lorenzo, comprendiendo su situación, se condujo como un buen muchacho; quiso agradar, para que le aceptasen benévolamente desde la primera noche, y contó divertidas historietas, alegró la velada con sus risotadas, y granjeóse, en efecto, la amistad del mismo Grivet.

Teresa no intentó aquella noche bajar á la tienda, permaneciendo clavada en su silla hasta las once, jugando y hablando, aunque procuraba evitar las miradas de Lorenzo, que tampoco se acordaba de ella para nada; pero el aspecto de aquel muchacho, su viril naturaleza, su voz ruda, sus sonoras carcajadas, y el olorcillo acre y voluptuoso que se desprendía de todo su sér, habían turbado á Teresa y dejaban en su corazón una especie de angustia nerviosa.

VI

Lorenzo fué desde aquel día todas las tardes á casa de los Raquín. Vivía en la calle de Saint-Victor, enfrente del Por-aux-Vins, en un pequeño gabinete amueblado, que le costaba dieciocho francos mensuales, y este gabinete buhardilla, agujereado en el techo por una ventanuca que miraba al cielo, tenía apenas seis metros cuadrados. Lorenzo entraba allí lo más tarde que podía; antes de encontrar á Camilo, como no tenía dinero para ir á

recostarse en los banquillos de los cafés, quedábase largo tiempo en la lechería donde cenaba, y fumaba de sobremesa algunas pipas, saboreando un ponche de café que le costaba quince céntimos. Después se dirigía lentamente hacia la calle Saint-Victor, paseando por los muelles, y sentándose á veces en los bancos, cuando el tiempo era apacible.

La tienda del pasaje del Pont-Neuf fué para él un apeadero encantador, caliente, tranquilo, nutrido de palabras y atenciones cariñosas; economizó, por lo tanto, los quince céntimos del ponche, y bebía, en cambio, con delicia de goloso, el rico té de la señora Raquín, permaneciendo allí hasta las diez de la noche, medio adormecido, digiriendo, como si estuviese en su propia casa. Sólo se marchaba después de haber ayudado á Camilo á cerrar la tienda.

Una tarde trajo su caballete y su caja de colores, porque desde el día siguiente iba á empezar el retrato de Camilo. Compró un lienzo, preparólo en el mismo cuarto de los esposos, porque en él á su entender, había más claridad, y dió principio á su trabajo.

Necesitó tres sesiones para delinear la cabeza; arrastraba con cuidado el lápiz sobre el lienzo, trazando líneas muy finas, y el dibujo rígido y seco recordaba de una manera grotesca el de los maestros primitivos. Copió el rostro de Camilo como un principiante copia una muestra en la academia, con mano trémula, con torpe exactitud, dando á la figura extraño aspecto de enfado. Al cuarto día puso ya los colores en la paleta, y empezó á pasar la punta de sus pinceles por el lienzo, dejando brochazos sucios, cortos y apretados, como si pintase con lápiz.

Al concluir la sesión, Camilo y la señora Raquín se extasiaba ante el futuro retrato. Lorenzo decía que era necesario esperar, que el parecido saldría pronto.

Teresa, desde que se dió principio al retrato, no salía del cuarto, convertido en taller; con el

Teresa Raquín—3

pretexto más insignificante, dejaba sola á su tía detrás del mostrador, ganaba la escalera y olvidábase de todo viendo pintar á Lorenzo.

Siempre grave, sofocada, pero más pálida y muda, sentábase y seguía la obra de los pinceles, aunque semejante espectáculo no la divertiera mucho; sin embargo, iba á aquel sitio como atraída por una fuerza irresistible, y quedábase allí como clavada. Lorenzo se volvía algunas veces hacia ella, sonriendo, preguntándola si el retrato era de su agrado; y la joven, casi temblando, apenas respondía, y al punto caía otra vez en su éxtasis de recogimiento.

Lorenzo, cuando regresaba por la noche á su casa de la calle Saint-Victor, reflexionaba largamente, y discutía consigo mismo, preguntándose si le vendría ó no ser amante de Teresa.

—¡He ahí!—murmuraba,—una mujercita que será mi amante cuando yo quiera! Es claro; está siempre allí, á mi espalda, examinándome, midiéndome, pesándome... Se estremece si la miro, y tiene un rostro singular, mudo, apasionado... ¡A buen seguro que necesita un amante! Esto se ve en sus ojos. Y además, es preciso confesar que Camilo es un pobre diablo.

Y Lorenzo se reía, recordando la escuálida figura de su amigo.

—¡Se fasciaba en esa tienda!—continuaba.—Yo voy allí porque no sé dónde ir, que si lo supiese, no me cogerían muchas veces en el pasaje del Pont-Neuf. ¡Qué húmedo, qué triste es aquello! Una mujer debe morir allí dentro... Estoy seguro de que le agrado, ¿por qué no ha de ser para mí antes que para otro?

Parábase sonriendo con fatua vanidad y, abstraído, miraba la corriente del Sena.

—¡Qué diablo! ¡Tanto peor para él!—exclamaba.—En la primera ocasión la doy un abrazo... ¡Apuesto cualquier cosa á que se deja caer en mis brazos!...

Proseguía lentamente su camino y volvía á detenerse indeciso.

—¡Cuidado que es fea!—pensaba.—Tiene la nariz

larga y la boca grande; lo que es yo, no la amo. Tal vez me costará esto algún enredo desagradable. ¡Hay que pensarlo!

Y como era muy prudente, dió vueltas en su cabeza á todos estos pensamientos durante una interminable semana. Calculó con frialdad todos los incidentes que podían surgir de un compromiso con Teresa, decidiéndose, por último, á intentar la aventura, cuando logró demostrarse á sí mismo que tenía, en efecto, un interés real en acometerla.

Teresa, en verdad, era fea, según él, y no la amaba; pero en cambio era una mujer que no le había de costar dinero: las mujeres que él compraba á vil precio no eran más bellas ni más amadas; luego la economía le aconsejaba cortejar á la esposa de su amigo. Y reflexionando bien, ¿por qué habían de traer malas consecuencias sus relaciones con Teresa? Teresa misma tendría interés en ocultarlas, y, por otra parte, podría dejarla cuando quisiese; luego, aun admitiendo que Camilo pudiera descubrirlo todo y se incomodase, él tenía buenos puños para acabar con su adversario. En fin, el asunto, mirándolo por cualquier lado, se le ofrecía tentador y fácil.

Desde entonces, decidido ya, vivió, acechando el momento oportuno. Veía en el porvenir, gratas veladas en medio de un ambiente tibio; veía á todos los individuos de la familia Raquín trabajando de consuno para proporcionarle placeres; á Teresa calmando la sed de su temperamento ardiente; á la señora Raquín prodigándole caricias maternales; á Camilo, en fin, dándole conversación por la noche en la tienda, todo lo cual le impediría aburrirse demasiado.

El retrato se acababa, y las ocasiones aun no se habían presentado. Teresa estaba siempre allí, como agobiada, pero Camilo no salía de la estancia, y Lorenzo se desesperaba, viendo que no podía alejarle ni siquiera durante una hora. Fué empero menester declarar que el retrato quedaría terminado en la tarde del día siguiente, y la señora Raquín

anunció que, para celebrar la obra del pintor, comerían todos reunidos.

Al día siguiente, en efecto, cuando Lorenzo dió en el lienzo la última pincelada, la familia se reunió para contemplar el parecido; el retrato era in-noble, de un color gris sucio con manchas violá-ceas, porque Lorenzo no podía emplear los colores más brillantes sin que apareciesen duros y comofangosos: había exagerado á pesar suyo el color amarillento de su modelo, y el rostro de Camilo asemejábase á la verdosa faz de un ahogado; el dibujo burlesco exageraba los rasgos, y era por lo mismo el siniestro parecido más notable. Pero Camilo estaba encantado, y decía que el retrato le daba cierto aire de distinción. Cuando se cansó de contemplar su figura, declaró que iba á buscar dos botellas de vino de Champagne.

La señora Raquín volvió á bajar á la tienda, y el artista quedó solo con Teresa.

La joven había permanecido acurrucada en su asiento, mirando con vaguedad lo que tenía delante, estremeciéndose sin saber por qué. Lorenzo titubeó; miraba al lienzo y jugaba con los pinceles. Pero el tiempo urgía; Camilo iba á volver y tal vez aquella ocasión no volvería á presentarse. El pintor se volvió bruscamente, y hallóse frente á frente con Teresa; los dos se contemplaron durante algunos segundos. Con rápido movimiento, Lorenzo se inclinó hacia la joven, abrazóla contra su pecho, acercó su cabeza á la suya y aplastó sus labios sobre los de ella. Teresa tuvo de momento un fiero arrebató de resistencia contra aquel acto audaz, pero de repente se abandonó, y dejóse caer al suelo, sobre el mismo enladrillado. No cambiaron una sola palabra. El acto fué silencioso y brutal.

VII

Desde aquel momento, los dos amantes consideraron su amor como necesario, fatal, naturalísimo; tuteáronse en su primera entrevista, abrazándose libremente, sin rubor, como si su intimidad

fuese antigua. Vivían con el mayor abandono, en su nueva situación, con tranquilidad é impudencia perfectas.

Arreglaron sus citas. Como Teresa no podía salir, decidióse que Lorenzo iría á verla, y la joven explicó á su amado con voz serena y perfecta tranquilidad el medio para lograrlo: las entrevistas se verificarían en el mismo cuarto del matrimonio; el amante subiría por la escalera que daba al pasaje; Teresa le abriría la puerta. En aquellas ocasiones, Camilo estaría en el escritorio, y la señora Raquín en la tienda. Estos alardes de audacia habían de dar éxito.

Lorenzo aceptó, porque tenía, á pesar de su prudencia, una especie de temeridad brutal: la temeridad del hombre que tiene fuertes puños. El aspecto grave y la calma perfecta de su amada le impulsaban á saborear los ardientes goces de una pasión ofrecida con tanta osadía. Habiendo inventado un pretexto, obtuvo de su jefe permiso para ausentarse de la oficina durante dos horas y se dirigió al pasaje del Pont-Neuf.

En cuanto puso el pie en el pasaje, sentíase excitado por ardorosas voluptuosidades; la vendedora de joyas falsas estaba sentada en frente del postigo por donde él debía entrar, y fué necesario esperar á que llegase alguna joven obrera en busca de sortijas ó pendientes de cobre. Entonces, rápidamente, Lorenzo penetró en el pasillo y subió la angosta y oscura escalera apoyándose en las paredes húmedas. Sus pies tropezaban con los pedazos de piedra, y al ruido que producía cada tropiezo sentía como una quemadura que le taladraba el pecho. Abrióse una puerta. En el umbral, en medio del blanquecino resplandor, divisó á Teresa, con chambra, en enaguas, radiante, con su negra cabellera fuertemente anudada por detrás de la cabeza. Ella cerró la puerta y echóle los brazos al cuello. El se embriagaba en los tibios effluvios que despedían la ropa blanca y la carne recientemente lavada.

Lorenzo, asombrado, encontraba á su querida

bella. Nunca había visto así á Teresa; ella, dulce y enérgica á la vez, le estrechaba entre sus brazos, echando su cabeza hacia atrás, iluminado su semblante por encendidos relámpagos y sonrisas de pasión. Aquel rostro de amante se transfiguraba y tenía aspecto de loca acariciadora; estaba radiante con sus ojos vívidos y sus labios húmedos; retorciéndose, voluptuosa, parecía en realidad hermosa, con una hermosura de apasionado arrebato; hubiérase dicho que su rostro se abrasaba por dentro y que de su carne brotaban llamas. Su sangre que ardía, sus nervios que se dilataban despedían en redor suyo como efluvios tibios y un aire acre y penetrante. Al primer beso, aquella mujer revelóse cortesana. Su cuerpo sediento de goces revolcábase en la voluptuosidad; despertaba de un sueño y nacía á la vida de la pasión; pasaba de los brazos débiles de Camilo á los brazos vigorosos de Lorenzo. Este rozamiento con un hombre potente le daba brusca sacudida que sacudía el sueño de su carne; todos sus instintos de mujer nerviosa estallaron con violencia inaudita: la sangre de su madre, aquella sangre africana que ardía en sus venas, empezó á correr violentamente, á balir con furia en su cuerpo delgado y casi virginal, y ella se mostraba y entregaba con impudor soberano y grosero, agitando, de la cabeza á los pies, escalofríos de deleite.

Jamás había visto Lorenzo mujer semejante, y estaba sorprendido; sus amantes no le recibían con tanto ímpetu: recordaba sus besos fríos é indiferentes y aquella impetuosidad salvaje, aquellas crisis arrebatadoras de Teresa casi le espantaron irritando á la vez sus curiosidades voluptuosas. Cuando dejó á Teresa tambaleábase como un borracho.

Al día siguiente, más tranquilo, preguntábase si debía volver á visitar á una mujer cuyos besos le producían fiebre, y decidió, primero, terminantemente quedarse en su casa. Después empezó á dudar: quería olvidarlo todo, no ver más á Teresa en su desnudez, con sus caricias dulces y brutales

y, sin embargo, la veía siempre; estaba allí, ante sus ojos, implacable, tendiéndole los brazos. El sufrimiento físico que le causaba semejante espectáculo le era intolerable.

Cedió, aceptó otra cita y volvió al pasaje del Pont-Neuf.

Teresa, á contar desde aquel día, halló su verdadera vida; Lorenzo no la aceptaba aún, pero la sufría; tenía horas de espanto y momentos de prudencia y su temor caían derrotados á impulsos de sus deseos, y las citas se repitieron y las entrevistas se multiplicaron.

Teresa no conocía tales dudas: entregábase á él sin reserva, dirigiéndose sin torcer el camino hacia donde su pasión le llevaba. Esta mujer que las circunstancias habían adormecido, despertábase por fin, erguíase desnudo todo su ser y conocía la vida.

Muchas veces pasaba sus brazos alrededor del cuello de Lorenzo y estrechándole con fuerza sobre su seno, le decía con voz trémula:

—¡Oh! ¡Si supieses cuánto he sufrido! Me han criado en el ambiente húmedo y tibio de la alcoba de un enfermo, y dormía con Camilo; por la noche, yo me alejaba de él, huyendo del asqueroso olor que despedía su cuerpo. Era malo y terco: no quería tomar los medicamentos que yo rehusaba compartir con él, y por complacer á mi tía, me doblegaba á comer todas las drogas que le administraban. No sé cómo no he muerto... Ellos hicieronme volver fea, pobre amigo mío, ellos me lo han robado todo y tú no puedes amarme como yo te amo.

Lloraba amargamente, abrazaba á Lorenzo, y proseguía con voz rencorosa:

—No les deseo ningún mal. Ellos me han educado, me han recogido y evitado que conociese la miseria... pero yo hubiera preferido el abandono á su hospitalidad; sí, porque tenía ardiente é imperiosa necesidad de aire libre; niña aún, yo soñaba con correr por los caminos, los pies descalzos entre el polvo, pidiendo limosna, llevando vida de bohemia. Se me ha dicho que mi madre era hija de

un jefe de tribu en Africa, y yo he pensado en ella muchas veces, y he comprendido que la pertenecía por la sangre y por el instinto, y he deseado vivamente no haberla perdido nunca, y atravesar con ella los inmensos arenales, colgada á su espalda... ¡Ah, qué juventud! Todavía me estremezco de repugnancia y me sublevo pensando en las eternas jornadas que pasé en el cuarto donde boqueaba Camilo: yo estaba acurrucada en frente de la chimenea, mirando estúpidamente cómo hervían las tisanas, sintiendo mis miembros entumecidos. Ni aun mover se me dejaba, porque mi tía refunfuñaba cuando yo hacía algún ruido... Más tarde he gozado algunas horas de alegría en nuestra casita de la orilla del río, pero yo estaba casi boba, apenas sabía andar y me caía al correr; después me enteraron viva en esta innoble tienda.

Teresa respiraba entonces fuertemente, apretaba aún más á su amante, y las tenues y suaves ventanas de su nariz tiritaban con latidos nerviosos.

—Tú no puedes saber—añadía, cuán mala me han hecho. Por ellos soy mentirosa y soy hipócrita...; ellos me han ahogado en su plácida quietud y me asombro de que quede todavía sangre en mis venas... Bajé los ojos, dí á mi semblante una expresión indiferente de tristeza é imbecilidad, y he arrastrado la misma existencia muerta que ellos arrastraban. Cuando tú me has visto ¿no es verdad? yo tenía el aspecto de una bestia, estaba grave, aplastada, embrutecida, porque no espera nada, y pensaba fríamente en arrojar me un día al Sena... Pero antes de tal decaimiento, cuántas noches de cólera he sufrido allá en Vernón, en mi triste cuarto: mordía la almohada para sofocar mis gritos, me golpeaba, me trataba yo misma de cobarde; la sangre me hervía, y hubiera querido desgarrarme el cuerpo. Dos veces intenté huír, marchar muy lejos, al sol, y me faltó valor; ellos me habían transformado en bestia dócil con su torpe benevolencia y su inaguantable ternura. Entonces aprendí á mentir, y he mentado siempre. Por eso me quedé,

soñando con herir y morder, pero plácida, silenciosa.

Callaba la joven, enjugando en el cogote de Lorenzo sus labios húmedos, y añadía tras un rato de silencio:

—No sé por qué he consentido en casarme con Camilo, y no he protestado por indiferencia desdofiosa.

Ese niño me causaba compasión: cuando yo jugaba con él, sentía que mis dedos se hundían en sus músculos como en la arcilla. Me he casado con él porque mi tía me lo ofreció, y yo decidí conformarme: pero he vuelto á encontrar en mi marido al mismo niño enfermizo con quien había ya dormido á los seis años: es todavía el mismo, tan débil, tan quejoso, con su olor repugnante de enfermo, que tanto me asqueaba... ¡Te digo todo esto para que no seas celoso!... El asco me subía hasta la garganta, acordábame de las drogas que yo había tomado, apartábame de él y pasaba noches terribles... ¡Pero tú! ¡tú!...

Y Teresa se erguía, doblándose hacia atrás, cogidos sus dedos en las gruesas manos de Lorenzo, y miraba sus anchos hombros y su cuello enorme...

—¡Tú!—repetía. ¡Te amo! ¡Te he amado desde el instante en que Camilo te trajo aquí!... Tú no me aprecias acaso, porque me he entregado de repente, de una vez...; y en verdad, que no sé cómo ha sucedido esto, porque soy altiva, de temperamento arrebatado... El primer día, cuando me abrazaste; cuando me tiraste al suelo en este cuarto, hubiera querido pegarte... Yo ignoro cómo te amaba, porque más bien aborrecía... Sí, te aborrecía porque tu presencia me irritaba, me hacía sufrir, y cuando estabas aquí, dilatábanse mis nervios hasta romperse, se ahuecaba mi cabeza, mis ojos lo veían todo rojo... ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! Y, sin embargo, anhelaba este sufrimiento y deseaba que vinieras, y daba vueltas alrededor de tu silla para hallarme bajo las ráfagas de tu aliento, para rozar mi vestido con el tuyo... Pareceme que tu sangre me lanzaba efluvios de calor al acercarme

30799

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO X EL SABIO"
1825 MONTAÑANA, 1825

á ti, y la especie de nube ardiente en que me envolvías, me llevaba y retenía junto á ti, á pesar de mi muda é interna resistencia... ¿Te acuerdas de cuando pintabas aquí? Una fuerza fatal me llevaba á tu lado, y yo respiraba con crueles delicias el aire que tú respirabas: comprendía que aquello era como acechar tus besos, avergonzábame de mi esclavitud, comprendía que iba á caer en el momento mismo en que tú me tocases; pero me rendí por entero á mis desfallecimientos y tirilaba de irlo, esperando á que quisieses abrir tus brazos para recibirme en ellos.

Y entonces Teresa callaba, estremecida, orgullosa y vengada. Apretaba contra su pecho á Lorenzo, que estaba como ebrio, y en aquel cuarto desnudo y glacial, ocurrían escenas de pasión ardiente, de brutalidad siniestra. Cada nueva entrevista les conducía á crisis más fogosas.

La mujer parecía gozar de sus mismos arranques de audacia y de imprudencia; no tenía un instante de vacilación ni una sombra de miedo; arrojábase en el adulterio con franqueza enérgica, desafiando al peligro, y envaneciéndose de desafiarse. Cuando se acercaba la hora de venir su amante, ella, por toda precaución, anunciaba á su tía que se iba á descansar un rato; mas en cuanto Lorenzo llegaba, olvidábase de todo por él, y andaba, hablaba, obrando rotundamente, sin cuidarse de evitar el ruido.

A tal extremo, que al principio de sus relaciones, Lorenzo se asustaba.

—¡Por Dios!—decía en voz baja á Teresa.—No hagas tanto ruido. Va á subir la señora Raquín.

—¡Bah!—respondía ella sonriendo.—Tiemblas por nada... Está abajo, cosida al mostrador... ¿Qué quieres que haga aquí? Tiene miedo de que roben la tienda... Además, que suba, si quiere: te ocultaré... qué me importa ella. ¡Te amo!

Estas palabras no tranquilizaban á Lorenzo, cuya prudencia no había sido adormecida aún por la pasión; mas pronto aceptó por hábito y sin terror, los atrevimientos de aquellas citas en pleno día, en el mismo cuarto de Camilo y á dos pasos de la

vieja mercera. Su querida le repetía con frecuencia que el peligro perdona á los que tienen valor para afrontarle, y tenía razón. Nunca los amantes hubieran podido hallar sitio más seguro que aquel cuarto á donde nadie iría á buscarlos. Allí satisfacían su amor con la más absoluta é increíble tranquilidad.

Un día, sin embargo, la señora Raquín subió, temiendo que su sobrina se hubiese puesto enferma: ¡hacia ya tres horas que la joven estaba arribal! La audacia de Teresa llegaba hasta el extremo de no echar el cerrojo de la puerta que comunicaba con el comedor.

Cuando Lorenzo oyó los pasos pesados de la vieja mercera, que resonaban en la escalera de madera, se turbó, y buscó presuroso su chaleco y su sombrero, mientras Teresa se reía de la singular expresión de miedo que veía reflejarse en su semblante; cogióle del brazo con fuerza, le obligó á acurrucarse al pie de la cama, en un rincón, y le dijo en voz baja y serena:

—Estate ahí... No te muevas...

Arrojó sobre él sus vestidos de hombre que tapó con una enagua blanca, y con la mayor calma y tranquilidad, acostóse en seguida, despeinada, casi desnuda, y con el semblante aun encendido.

La señora Raquín entró: abrió suavemente la puerta y aproximóse á la cama, procurando ahogar el ruido de sus pasos. La joven figuraba dormir, y Lorenzo sudaba la gota gorda escondido debajo de la enagua.

—Teresa,—preguntó la tendera con solicitud,—¿estás enferma, hija mía?

Teresa abrió los ojos, bostezó, revolvióse en el lecho, y repuso con voz lastimera que tenía una jaqueca espantosa... suplicando á su tía que la dejase dormir. La buena señora Raquín se fué como había entrado, sin hacer el menor ruido. Los dos amantes, riendo en silencio, se abrazaron con apasionada violencia.

—¡Ya lo ves!—dijo Teresa triunfante.—No tene-

mos que temer nada, porque estas gentes son ciegas: ¡No aman!...

Otro día la joven tuvo una idea rara; porque en ocasiones, cual si estuviera loca, deliraba.

El gato atigrado «Francisco», estaba sentado en medio de la sala, grave, inmóvil, mirando con sus ojos redondos á los dos amantes; parecía que les examinaba con atención, sin mover los párpados, sumido en una especie de éxtasis diabólico.

—Mira á «Francisco», —dijo Teresa á Lorenzo.

—¡Diríase que lo entiende todo, y que esta noche va á contárselo á Camilo! ¡Vaya!... Sería de ver que este animal se pusiese á hablar en la tienda cualquier día. ¡Buenas historias sabe de nosotros! La idea de que pudiese hablar el gato, divirtió singularmente á la joven.

Lorenzo miró los grandes ojos verdes del animalito, y sintió calofríos en la epidermis.

—¡Mira lo que haría! —añadió Teresa. —Se pondría de pie, en el centro de la tienda, y señalándome á mí con una pata y á tí con la otra, exclamaría: «Este caballero y esta señora se abrazan fuertemente en el cuarto de allá arriba, y no han desconfiado de mí; pero como su criminal amor me disgusta, os ruego que les hagáis encarcelar á los dos. Así no volverán á turbar mi siesta».

Teresa bromeaba como una niña: imitaba los gestos del gato, alargaba los dedos á manera de garras, encogíase de hombros con ondulaciones felinas. «Francisco» guardando inmovilidad de piedra, la contemplaba; solo sus ojos parecían tener vida; en los extremos de su boca veíanse como dos pliegues profundos que parecían un amago de risa en aquella cabeza de gato diseado.

Lorenzo tenía frío hasta en los huesos, y calificaba de ridícula aquella burla de Teresa: levantóse, y echó al gato fuera. La verdad es que tenía miedo. Su amante no le poseía por completo: quedaba en el fondo del corazón de Lorenzo un poco del malestar experimentó el primer día al recibir las caricias de Teresa.

VIII

Por la noche, en la tienda, Lorenzo era perfectamente feliz. Solía volver de la oficina con Camilo.

La señora Raquín le profesaba ya cariño verdaderamente maternal; sabía que no estaba bien acomodado, que comía mal, que dormía en una miserable buhardilla, y le dijo, de una vez para siempre, que en la mesa de su casa habría invariablemente un cubierto para él. Amaba á aquel chico con esa ternura franca que las mujeres ancianas suelen tener por sus paisanos, cuando éstos les recuerdan las alegrías del pasado. El joven usaba ampliamente de la hospitalidad; antes de llegar, al salir del despacho, daba con Camilo un paseo por los muelles, hablando de cosas indiferentes, pero fastidiándose menos que si estuviesen solos, y después se dirigían á casa, olfateando la sopa de la señora Raquín; Lorenzo abría la puerta de la tienda, sentábase á horcajadas sobre las sillas, fumaba y escupía, ni más ni menos que si estuviese en su propia casa.

La presencia de Teresa no le causaba ningún embarazo: trataba á la joven con amistosa lisonja, bromeaba con ella y la dirigía triviales galanterías, sin que se alterase lo más mínimo una línea de su rostro; y como ella respondía siempre con secos monosílabos, Camilo se reía, creyendo firmemente que los dos amantes se odiaban. Llegó una vez á reconvenir á Teresa por lo que él llamaba su frialdad para con Lorenzo.

Lorenzo había acertado: era el amante de la mujer, el amigo del marido y el niño mimado de la madre. ¡Jamás vivió con sus apetitos tan salisfechos, y se adormecía en el seno de los placeres sin cuento que le proporcionaba la familia Raquín! Por lo demás, su posición allí le parecía la más natural del mundo: tuteaba á Camilo, sin cólera y sin remordimientos, y ni siquiera se tomaba la molestia de vigilar sus gestos ni sus palabras, por hallarse bien seguro de su prudencia

mos que temer nada, porque estas gentes son ciegas: ¡No aman!...

Otro día la joven tuvo una idea rara; porque en ocasiones, cual si estuviera loca, deliraba.

El gato atigrado «Francisco», estaba sentado en medio de la sala, grave, inmóvil, mirando con sus ojos redondos á los dos amantes; parecía que les examinaba con atención, sin mover los párpados, sumido en una especie de éxtasis diabólico.

—Mira á «Francisco», —dijo Teresa á Lorenzo.

—¡Diríase que lo entiende todo, y que esta noche va á contárselo á Camilo! ¡Vaya!... Sería de ver que este animal se pusiese á hablar en la tienda cualquier día. ¡Buenas historias sabe de nosotros! La idea de que pudiese hablar el gato, divirtió singularmente á la joven.

Lorenzo miró los grandes ojos verdes del animalito, y sintió calofríos en la epidermis.

—¡Mira lo que haría! —añadió Teresa. —Se pondría de pie, en el centro de la tienda, y señalándome á mí con una pata y á tí con la otra, exclamaría: «Este caballero y esta señora se abrazan fuertemente en el cuarto de allá arriba, y no han desconfiado de mí; pero como su criminal amor me disgusta, os ruego que les hagáis encarcelar á los dos. Así no volverán á turbar mi siesta».

Teresa bromeaba como una niña: imitaba los gestos del gato, alargaba los dedos á manera de garras, encogíase de hombros con ondulaciones felinas. «Francisco» guardando inmovilidad de piedra, la contemplaba; solo sus ojos parecían tener vida; en los extremos de su boca veíanse como dos pliegues profundos que parecían un amago de risa en aquella cabeza de gato diseado.

Lorenzo tenía frío hasta en los huesos, y calificaba de ridícula aquella burla de Teresa: levantóse, y echó al gato fuera. La verdad es que tenía miedo. Su amante no le poseía por completo: quedaba en el fondo del corazón de Lorenzo un poco del malestar experimentó el primer día al recibir las caricias de Teresa.

VIII

Por la noche, en la tienda, Lorenzo era perfectamente feliz. Solía volver de la oficina con Camilo.

La señora Raquín le profesaba ya cariño verdaderamente maternal; sabía que no estaba bien acomodado, que comía mal, que dormía en una miserable buhardilla, y le dijo, de una vez para siempre, que en la mesa de su casa habría invariablemente un cubierto para él. Amaba á aquel chico con esa ternura franca que las mujeres ancianas suelen tener por sus paisanos, cuando éstos les recuerdan las alegrías del pasado. El joven usaba ampliamente de la hospitalidad; antes de llegar, al salir del despacho, daba con Camilo un paseo por los muelles, hablando de cosas indiferentes, pero fastidiándose menos que si estuviesen solos, y después se dirigían á casa, olfateando la sopa de la señora Raquín; Lorenzo abría la puerta de la tienda, sentábase á horcajadas sobre las sillas, fumaba y escupía, ni más ni menos que si estuviese en su propia casa.

La presencia de Teresa no le causaba ningún embarazo: trataba á la joven con amistosa lisonja, bromeaba con ella y la dirigía triviales galanterías, sin que se alterase lo más mínimo una línea de su rostro; y como ella respondía siempre con secos monosílabos, Camilo se reía, creyendo firmemente que los dos amantes se odiaban. Llegó una vez á reconvenir á Teresa por lo que él llamaba su frialdad para con Lorenzo.

Lorenzo había acertado: era el amante de la mujer, el amigo del marido y el niño mimado de la madre. ¡Jamás vivió con sus apetitos tan salisfechos, y se adormecía en el seno de los placeres sin cuento que le proporcionaba la familia Raquín! Por lo demás, su posición allí le parecía la más natural del mundo: tuteaba á Camilo, sin cólera y sin remordimientos, y ni siquiera se tomaba la molestia de vigilar sus gestos ni sus palabras, por hallarse bien seguro de su prudencia

y de su tranquilidad; el mismo egoísmo con que disfrutaba de tantas dichas, lo protegía contra toda torpeza suya. En la tienda, su querida era para él una mujer como otra cualquiera, á la que no debía abrazar y que no existía para él. Si no la abrazaba delante de todos, debíase al temor de que ya no podría volver allí; tal consecuencia lógica era solo lo que le obligaba á contenerse, porque si no, se hubiera mofado perfectamente del dolor de Camilo y de su madre.

No se daba cuenta de lo que podría acarrear el descubrimiento de su culpable unión. Creía proceder sencillamente como hubiera obrado cualquier otro en su lugar, cual hombre pobre y hambriento. De aquí procedían su tranquilidad beatífica, sus audacias prudentes, sus rasgos desinteresados y sus chocarrerías.

Teresa, más nerviosa que él, más ardiente, hallábase reducida á desempeñar papel bien distinto, y lo representaba á maravilla, merced á la sabia hipocresía con que la educaron: durante quince años había mentido y ahogado sus ardorosos deseos, había demostrado una voluntad implacable en parecer yerta, adormecida y costábale muy poco colocar sobre su carne aquella máscara glacial de muerte que daba á su rostro un aspecto frío.

Cuando Lorenzo entraba en la tienda, ella estaba grave, mal humorada, con la nariz más larga y los labios más delgados... fea, huraña, inabordable. Ciertamente, no exageraba su hipocresía, para no despertar la atención con modales más bruscos que antes; representaba su papel de siempre; gozaba una voluptuosidad amarga engañando á Camilo y á la señora Raquín; no era como Lorenzo, que estaba satisfecho y harto en el amplio contentamiento de sus deseos, é inconsciente de su deber; al contrario, sabía que obraba mal, y á veces le asaltaban deseos feroces de levantarse de la mesa y abrazar á Lorenzo delante de todos, para mostrar á su marido y á su tía que no era tan imbécil como la creían y que tenía un amante.

De cuando en cuando ráfagas de alegría inun-

ñaban su cabeza, y aunque era una perfecta actriz, no podía resistir al deseo de cantar, cuando su amante estaba fuera, aprovechando las ocasiones en que no podía traicionarse á sí misma. Estas súbitas alegrías encantaban á la señora Raquín, que acusaba de demasiada gravedad á su sobrina. La joven compró macetas de flores y adornó con ellas la ventana de su cuarto; después hizo mudar el papel de la habitación, y quiso alfombra, cortinajes, muebles de palisandro. Todo este lujo era para Lorenzo.

Parecía como que la naturaleza y las circunstancias habían creado tal mujer para tal hombre, y habían arrojado á éste en los brazos de aquella; entre ambos, la mujer nerviosa é hipócrita, y el hombre sanguíneo, bruto, formaban una pareja poderosamente ligada; completábanse y se protegían mutuamente. Por la noche, en la mesa, bajo la pálida claridad de la lámpara, se conocía la fuerza de aquella unión, al ver el hinchado y risueño rostro de Lorenzo frente á la muda é impenetrable máscara de Teresa.

Las veladas eran plácidas y tranquilas, y en medio del silencio, y en la penumbra transparente y líbia, resonaban algunas frases amistosas: agrupábanse alrededor de la mesa, después de los postres, y hablábase en voz baja de los sucesos del día, de los recuerdos de la víspera y de las esperanzas venideras. Camilo quería á Lorenzo tanto como él podía querer á un amigo, cual egoísta satisfecho, y Lorenzo aparentaba estimarle con el mismo afecto: había entre ambos un cambio recíproco de frases de amistad, de gestos serviciales, de miradas atentas. La señora Raquín, cuyo semblante expresaba la satisfacción más plácida, gozaba en medio de sus hijos, en el ambiente sereno que ellos respiraban. Cualquiera hubiese dicho que era aquella una reunión de antiguos amigos, que se conocían mutuamente hasta los más secretos sentimientos, y que descansaban tranquilos en la fe de su mutua amistad.

Teresa, inmóvil, seria, tranquila como los demás, consideraba aquellas alegrías familiares, aquellas

gratas delicias, y en su interior se reía con risas salvajes; todo su sér se mofaba de aquellas escenas, aunque su semblante revelase frialdad rígida. Decíase con refinamientos voluptuosos, que algunas horas antes ella había estado en brazos de Lorenzo, en el cuarto inmediato, medio desnuda, suelto el cabello; recordaba los detalles de su loca pasión, y los repasaba minuciosamente en su memoria, oponiendo una escena de arrebató amoroso á la escena inerte que entonces presenciaba. ¡Ah! ¡Cuán feliz era engañando á aquellas pobres gentes con triunfante impudencia! ¡Era allí, á dos pasos detrás de aquel pequeño tabique, donde ella recibía á un hombre, donde se revolcaba en las asperezas del adulterio! ¡Y su amante en aquel momento aparentaba ser un desconocido para ella, un compañero de su esposo, casi un imbécil, un intruso, del cual ella no debía cuidarse! Esta comedia atroz, este engaño de la vida, esta comparación entre la ardiente locura del día y la indiferencia fingida de la noche, daban más calor, más enérgica fuerza á la sangre enardecida de la joven.

Quando, por casualidad, la señora Raquín y Camilo bajaban á la tienda, Teresa se levantaba de un salto y pegaba silenciosamente, con brutal energía, sus húmedos labios á los labios de su amante y permanecía así, anhelosa, medio sofocada, hasta que oía crujir los peldaños de la escalera, y entonces con presteza volvía á ocupar su asiento, dando á su faz la expresión del mal humor, y Lorenzo, con voz tranquila, proseguía con Camilo la conversación interrumpida.

Aquello era como un relámpago de pasión, rápido y centelleante, en el fondo de un cielo muerto.

La velada era más animada los jueves, y Lorenzo que en tales noches se fastidiaba soberanamente, consideraba, sin embargo, como un deber no faltar nunca á la reunión; quería, por medida de prudencia, ser conocido y estimado de los amigos de Camilo. Era menester, por lo tanto, que escuchara las necedades de Grivet y del viejo Michaud: este contaba siempre las mismas historias de robo y

asesinato; aquí hablaba entre tanto de sus empleados, de sus jefes, de su administración. Refugiábase el joven en seguida al lado de Olivier y de Susana, quienes les parecían algo menos imbéciles, y poco después apresurábase á pedir el juego de dominó.

El jueves por la noche era cuando Teresa fijaba el día y la hora de las citas; en la confusión de la marcha, cuando la señora Raquín y Camilo acompañaban á los invitados hasta la puerta del pasaje, la joven se acercaba á Lorenzo, le hablaba en voz baja, le estrechaba la mano, y alguna vez, cuando todos estaban vueltos de espaldas, le besaba, alardeando de cinismo.

Pasaron así muchos meses viviendo en absoluta beatitud: Teresa no se aburría y tampoco deseaba nada; Lorenzo, harto, mimado, y aun engordando, sólo temía que cambiase aquella encantadora existencia.

IX

Una tarde, á la hora en que Lorenzo iba á salir del escritorio para correr al lado de Teresa, que le esperaba, el jefe le llamó, manifestándole que en lo sucesivo se le prohibía en absoluto ausentarse, pues había abusado de los permisos, y la administración había decidido despacharle si salía de la oficina una sola vez antes de la hora señalada.

Aquella tarde, amarrado á su silla, se desesperó hasta la noche; mas necesitaba ganarse la vida, y claro es que no debía de dar ocasión para que le pusieran en la calle. Por la noche, el semblante irritado de Teresa fué una tortura para Lorenzo; no sabía cómo explicar á su querida la causa de su ausencia, pero mientras Camilo cerraba la tienda, se aproximó rápidamente á ella diciéndola en voz muy baja:

—¡Ya no podemos vernos! mi jefe me niega el permiso para salir...

Camilo entró, y Lorenzo hubo de retirarse sin dar más amplias explicaciones, dejando á Teresa

Teresa Raquín—4

bajo la impresión de aquel aviso brutal. Exasperada, no queriendo admitir que la pudiesen turbar en sus deleites, la joven pasó una noche cruel de insomnio, forjando planes de entrevistas, extravagantes é imposibles. El jueves siguiente, Teresa habló apenas un minuto con Lorenzo; tal era su ansiedad que no sabían ya dónde encontrarse para consultarse y ponerse de acuerdo. Ella dió una nueva cita á su amante, pero él falló por segunda vez, y sólo un pensamiento la dominó desde entonces: verle á cualquier precio.

Quince días habían transcurrido sin que Lorenzo hubiese podido acercarse á Teresa; durante este tiempo conoció lo indispensable que era para él aquella mujer; el hábito de la voluptuosidad le había creado nuevos apetitos, ya no experimentaba malestar alguno con los brazos de su querida, sino que los acechaba obstinadamente como animal hambriento; una pasión brutal germinaba en sus músculos, y estallaba en su interior con rabia ciega ahora que le privaban de su amante, amada verdadero delirio. Todo parecía inconsciente en su floreciente naturaleza de bruto: obedecía á ciegos instintos, y se dejaba guiar por las voluntades de su organismo.

Un año antes hubiera reído si le hubiesen dicho que iba á ser esclavo de una mujer, hasta el punto de comprometer su propia tranquilidad. El trabajo sordo de los deseos le había mimado, sin que lo advirtiese, concluyendo por arrojarle atado de pies y manos, bajo las caricias febriles de Teresa. Ya tenía olvidado la prudencia: ya no se aventuraba á ir por la noche al pasaje del Pont-Neuf recelando cometer alguna locura; ya no se pertenecía; le poseía por completo su querida: ella, con sus halagos fascinadores, con su flexibilidad nerviosas, se había destrozado poco á poco en cada una de las fibras de su cuerpo. Tenía necesidad de aquella mujer para vivir, como se tiene necesidad de beber y de comer.

Quizás hubiera cometido algún disparate si no hubiese recibido una carta de Teresa, quien le reco-

mendaba que al día siguiente no saliese de su casa. Su amante le prometía ir á encontrarle allí, hacia las ocho de la noche.

Lorenzo, al salir de su escritorio, se despidió de Camilo, diciendo que estaba cansado y quería acostarse inmediatamente; y Teresa, después de comer, también representó su papel: habló de una parroquiana que se había mudado de casa sin pagarla, fingió ser acreedora intratable y declaró que quería ir á reclamar su dinero. La parroquiana habitaba en Batignolles. La señora Raquin y Camilo advirtieron á la joven que el viaje era largo y alrevido; pero ella insistió, y ellos la dejaron marchar sola.

Corría Teresa hacia Port-Vins, deslizándose por el húmedo empedrado, atropellando á los transcurtos anhelosa por llegar pronto: el sudor inundaba su frente y sus manos ardían. ¡Hubiérase dicho que era una borracha! Llegó, subió apresuradamente la escalera de la casa amueblada, puso los pies en el sexto piso, ahogándose, con mirada vaga, y vió á Lorenzo que estaba esperándola, inclinado sobre la barandilla.

Entró, por fin, en la buhardilla, donde apenas cabía la ancha falda de su vestido; arrancóse con febril mano el sombrero y se recostó en el lecho desfallecida...

La ventanilla estaba abierta, y la noche derramaba su frescura sobre aquel lecho caliente; olvidados de todo los amantes permanecieron largo rato en el zaquizamí, como en el fondo de un agujero; y de repente oyó Teresa que daban las diez en el reloj de la Pitié. Hubiera querido ser sorda. Levantóse penosamente; miró la buhardilla que todavía no había visto; buscó su sombrero; anudóse las cintas, y volvió á sentarse diciendo con voz lenta:

—Ya es hora de marcharme

Lorenzo se había arrodillado delante de ella y le oprimía las manos.

—¡Hasta la vista!—añadió ella sin moverse.

—¡No, no digas hasta la vista!—gritó él.—Eso es demasiado vago... ¿Qué día volverás?

Teresa le miró de frente, y dijo:

—¿Quieres que hable con franqueza? Pues bien, la verdad; creo que no vendré más. No tengo pretexto y no puedo inventarle.

—¡Entonces nos hemos de decir adiós!

—¡No, no quiero!

Y pronunció estas palabras con espantosa cólera. Luego añadió dulcemente, sin saber lo que decía y sin dejar su asiento:

—¡Me voy á marchar!

Lorenzo soñaba: pensaba en Camilo.

—Yo no le quiero mal—dijo por fin, pero sin nombrarle;—mas la verdad es que nos estorba demasiado. ¿No podrías tú desembarazarnos de él, enviándole á un viaje cualquiera, muy lejos?

—¡Ah, sí! ¡Mandarle de viaje!—respondió la joven moviendo la cabeza.—¿Crees acaso que semejante hombre consentiría en viajar? ¡Sólo un viaje del que no se vuelve! Pero ya verás cómo él nos entierra á todos. Estas gentes que sólo tienen un soplo de vida jamás se mueren.

Hubo un rato de silencio. Lorenzo se arrastró sobre las rodillas, estrechando con más fuerza á su amante y apoyando la cabeza en su pecho.

—¡Ah! Yo había soñado...—murmuró.—Quería pasar una noche contigo, dormirme en tus brazos y despertarme con tus besos... ¡Yo quisiera ser tu marido! ¿Comprendes?

—¡Sí! ¡Sí!—respondió Teresa estremeciéndose.

Y se inclinó bruscamente sobre el rostro de Lorenzo y le besó con violencia, restregando las cintas de su sombrero contra la áspera barba del joven, sin reparar que estaba vestida para salir, y que se ajaba su traje; sollozaba y pronunciaba frases entrecortadas por las lágrimas.

—No digas eso,—murmuraba,—porque me faltará valor para dejarte, y me quedaré aquí... Aliéntame tú mismo más bien y prométeme que aun nos veremos. ¿No tienes necesidad de mí? ¿Verdad que hallaremos algún día el medio de vivir reunidos?

—Entonces...—respondió Lorenzo cuyas manos temblorosas oprimían el talle de su amante.—Ven mañana, ven...

Ella, retorciéndose los brazos, replicó:

—Pero no puedo venir, ya te lo he dicho: ¡no tengo ningún pretexto!...

—¡Oh! El escándalo no me asusta—añadió,—si tú quieres, llego á mi casa, digo á Camilo que eres mi amante, y vuelvo otra vez á tu lado... Pero yo tiemblo sólo por ti: eso sería desarreglar por completo tu vida, y deseo para ti una existencia feliz.

Los instintos prudentes del joven se despertaron.

—Tienes razón—dijo,—es necesario no obrar como criaturas. ¡Ah, si tu marido muriese!

—¡Si mi marido muriese!—repitió lentamente Teresa.—¡Ah! Entonces nos casaríamos sin temor á nadie y disfrutaríamos ampliamente de nuestro amor... ¡Qué vida tan dulce y tan buena!

La joven se había levantado y miraba á su amante con ojos sombríos; sus mejillas estaban pálidas, y sus labios se agitaban con latidos nerviosos.

—Algunas veces las personas se mueren,—murmuró,—pero esto suele ser peligroso para los que las sobreviven.

Lorenzo no respondió.

—¡Ya ves!—añadió Teresa.—¡Todos los medios conocidos son malos!

—No me has comprendido.—exclamó él con tranquilidad.—Yo no soy tonto, y quiero amarte en paz... Se me ocurría que todos los días acaecen accidentes desgraciados... un pie que resbala, una teja que cae... ¿Comprendes?... En este último caso, ¿quién es el culpable? Sólo el viento.

Hablaba Lorenzo con voz extraña, sonriendo de un modo particular, y añadió con voz cariñosa:

—Vete tranquila; nos amaremos mucho y viviremos felices...; y si no puedes volver aquí, ya lo arreglaré yo todo. Si estamos sin vernos algunos meses, no me olvides, y piensa en que yo trabajo por nuestra felicidad...

Estrechó entre sus brazos á Teresa que ya abría la puerta para salir.

—Tú me perteneces, ¿no es verdad?—continuó Lorenzo.—¿Juras ser mía siempre, á cualquier hora, cuando yo lo quiera?

—Sí,—gritó ella.—Te pertenezco. Haz de mí lo que quieras.

Permanecieron un momento como asustados y silenciosos y por fin Teresa se apartó bruscamente, y sin volver la cabeza salió de la buhardilla y bajó la escalera. Lorenzo escuchó el ruido de los pasos que se alejaban. Cuando dejó de oírlos, entró en su cuarto y se acostó. Las sábanas estaban aún calientes; ahogábase en el fondo de aquel estrecho agujero en el que Teresa había dejado algo de los ardores de su pasión; Lorenzo creía que aun respiraba el aliento de su amada. Ella había estado allí esparciendo emanaciones penetrantes, olores de violeta, y ahora él no podía estrechar en sus brazos sino el fantasma impalpable de su querida, que vagaba en torno suyo; padecía fiebre de nuevos amores no satisfechos. No cerró la ventana, y tendido de espaldas, con los brazos desnudos y las manos abiertas, buscando frescura, miraba fijamente el pedazo de cielo, de azul sombrío que dejaba ver la ventanilla, y soñaba.

Hasta que amaneció, una sola idea estuvo dando vueltas en su imaginación: antes de la visita de Teresa no pensaba ciertamente en el asesinato de Camilo, y sólo impulsado por los hechos, irritado por la idea de no ver más á su amante, había hablado de la muerte de ese hombre. Y así fué cómo acababa de revelársele un nuevo arcano oculto en su naturaleza inconsciente, y comenzó á pensar en el asesinato con todos los arrebatos del adúltero.

Ahora, más tranquilo, solo, en el silencio de la noche plácida, estudiaba el crimen. La idea de muerte, lanzada con desesperación entre dos besos, volvía implacable y aguda... Lorenzo sacudido por el insomnio, enervado por el acre ambiente que Teresa había dejado en el cuarto, calculaba con frialdad horrible las probabilidades, trazaba embos-

casas y examinaba las ventajas que podrían resultarle de ser asesino.

Todos sus intereses le impulsaban hacia el crimen; decíase que el campesino de Jeufosse, su padre, no se moría nunca; que le quedaba quizás aun diez años de vida de empleado, comiendo en los bodegones, viviendo en un miserable desván y sin mujer, y esta idea le exasperaba. Al contrario, muerto Camilo, él se casaría con Teresa, heredaría de la señora Raquin, renunciaría á su destino y se pasearía al sol. Entonces comenzó á soñar con agrado en una vida de perezoso, y ya se consideraba desocupado, comiendo y bebiendo sin trabajar, y esperando con paciencia la muerte de su padre. Mas cuando se le presentaba la realidad en medio de tan halagadores ensueños, tropezaba con Camilo y cerraba los puños como si quisiese aplastarle.

Lorenzo quería á Teresa, querfala para sí solo, siempre al alcance de su mano, y si no hacía desaparecer al marido, aquella mujer se le escapaba. Ella lo había dicho: no podía volver. ¿Qué adelantaba con robarla y llevársela á cualquier parte? ¡Los dos se hubieran muerto de hambre!

¡Menos, mucho menos arriesgaba matando al marido! No produciría ningún escándalo: era sencillamente eliminar á un hombre para ponerse en su lugar. En su lógica brutal de campesino, hallaba este medio excelente, natural. Su prudencia le aconsejaba seguir este rápido procedimiento.

Revolvase en la cama, sudando, boca abajo, hundiendo su rostro en la almohada, en el mismo sitio donde había estado la nuca de Teresa. Apretaba la sábana entre sus labios secos, y aspiraba con fuerza los suaves perfumes de aquella ropa; quedábase como postrado, sin aliento, ahogándose, viendo pasar á través de sus cerrados párpados cintas de fuego. Preguntábase entonces qué medio emplearía para matar á Camilo, y cuando la respiración le fallaba, volvíase de un brinco boca arriba, con los ojos desmesuradamente abiertos, bebía el hábito frío de la noche, y parecía como que inten-

taba buscar en las estrellas que divisaba en el pedazo azul del cielo, un consejo para llevar á cabo su plan de asesinato y de muerte. No halló nada. Como había dicho á su amante, no era un niño ni un tonto; no quería puñal ni veneno. Era menester un crimen disimulado, un crimen cometido sin peligro; una especie de ahogo siniestro, sin gritos, sin terror, una simple desaparición. Por más que la pasión le impulsara hacia adelante, todo su sér reclamaba imperiosamente prudencia; era demasiado cobarde y demasiado voluptuoso para arriesgar su tranquilidad. Quería matar para vivir pacífico y feliz.

Invadióle el sueño poco á poco. El aire frío de la noche había arrojado ya de la buhardilla el tibio y oloroso fantasma de Teresa; y Lorenzo, quebrantado, aplanado, cayó por fin en vago y grato letargo. Al dormirse, decidió esperar una ocasión favorable, mientras su pensamiento alejábase, murmurando:—«¡Yo le mataré! ¡Yo le mataré!»

Cinco minutos después reposaba, alentando con serena regularidad.

Teresa entró en su casa á las once, con la cabeza hecha un volcán y el pensamiento exaltado, llegó al pasaje del Pont-Neuf, sin tener conciencia del camino recorrido. Tan vivamente resonaban aún en sus oídos las palabras de Lorenzo, que parecía como si bajase entonces de la casa de su amante. Encontró á la señora Raquín y á Camilo que le esperaban con verdadera ansiedad, y á sus preguntas respondió secamente, diciendo que, después de un viaje inútil, había tenido que guardar más de una hora á que pasase un omnibus.

Cuando se acostó halló las sábanas frías y húmedas. Sus miembros, ardientes todavía, se estremecieron con repugnancia. Camilo no tardó en dormirse. Teresa contempló largo tiempo la faz descolorida de su marido, que descansaba estúpidamente sobre la almohada, con la boca abierta.

Ella se apartó con repugnancia, y tuvo tentaciones de hundir su puño en aquella boca.

Transcurrieron cuatro semanas. Lorenzo volvía todas las noches á la tienda; parecía cansado, como si estuviera enfermo: un leve círculo azulado rodeaba sus ojos, y sus labios palidecían y se agrietaban; pero tenía, por lo demás, su antigua serenidad, miraba de frente á Camilo y le demostraba siempre la más franca amistad.

La señora Raquín mimaba aun más al amigo de la casa desde que le veía adormecerse en una especie de fiebre lenta.

Teresa había recobrado su expresión muda, mal humorada, y estaba más inmóvil, más impenetrable, más tranquila que nunca. Parecía que Lorenzo no existía para ella: mirábale apenas, raras veces le dirigía la palabra, y le trataba con perfecta indiferencia. La señora Raquín, cuya bondad sufría con aquella actitud de Teresa, decía alguna vez al joven: «No hagáis caso de la frialdad de mi sobrina; yo la conozco y sé que, aunque su rostro parezca frío, su corazón es capaz de todas las ternuras y de la mayor abnegación.»

Los dos amantes no habían tenido otra cita: desde aquella noche de la calle de Saint-Victor no se encontraron ni una vez siquiera. Por la noche, en la tienda, cuando se miraban cara á cara, en apariencia tranquilos y extraños uno á otro, verdaderos huracanes de pasión, de espanto y de deseo, cruzaban en tropel bajo la tranquila máscara de su rostro. Había en el de Teresa arrebatos, cobardías, y aun burlas crueles, y en el de Lorenzo brutalidades sombrías y desgarradoras indecisiones.

Ellos mismos no se atrevían á mirar el fondo de su sér, el poso de aquella fiebre ardiente que llenaba su cerebro de una especie de vapor espeso y aere.

Cuando podían, detrás de una puerta, sin hablar

se apretaban las manos hasta quebrantárselas, con corta y feroz rudeza. Ambos hubieran querido llevarse pedazos de carne, el uno del otro, pegados en los dedos. No tenían sino aquel apretón de manos para mitigar sus deseos, y en él ponían toda su fuerza, todo su sér: no se pedían entonces otra cosa. Esperaban.

Un jueves por la noche, los contertulios de la señora Raquín, antes de ponerse á jugar, tuvieron como de costumbre un rato de conversación, y uno de los mejores temas de la misma, era siempre hablar al viejo Michaud de su antiguo empleo, y preguntarle acerca de las extrañas y siniestras aventuras en que debía haber tomado activa parte. Grivet y Camilo escuchaban entonces al excomisario de policía con la faz asustada y codiciosa de los niños que oyen el cuento de «Barba Azul» ó de «Pulgarito». Esto les aterraba y les divertía.

Aquella noche, Michaud, que acababa de referir un horrible asesinato cuyos detalles habían hecho estremecerse de horror al auditorio, añadió, encojiéndose de hombros:

—Y si se supiera todo... ¡Pero cuántos crímenes quedan ignorados! ¡Cuántos asesinos escapan á la acción de la justicia humana!

—¡Cómo!—dijo Grivet asombrado.—¿Creéis que hay en la calle facinerosos que han asesinado y á quienes no se les prende?

Olivier se echó á reír con aire desdeñoso.

—Mi querido señor,—repuso con su voz cascáda,—si no se les prende, es porque se ignora que sean asesinos.

Este razonamiento no convenció á Grivet. Camilo habló entonces:

—Yo también soy del parecer del señor Grivet,—dijo con importancia estúpida,—y quiero creer que la policía está bien organizada y que no me he de codear nunca en la acera con un asesino.

Olivier consideró estas palabras como un ataque personal.

—Cierto, la policía está bien organizada,—exclamó con acento ofendido;—pero no hemos de hacer

imposibles; hay malvados que aprendieron el crimen en la escuela del diablo, y se escaparían hasta de Dios mismo... ¿No es verdad, padre?

—Sí, sí...—respondió el viejo Michaud apoyándole.—Y si no, cuando yo estaba en Vernon (quizás os acordéis de esto, señora Raquín), se asesinó á un arriero en medio de la carretera...; y el cadáver, hecho pedazos, fué encontrado en un barranco. Nunca fué habido el culpable. Quizá viva aún, quizá sea nuestro vecino y ¿quién nos dice que el señor Grivet tropezará con él al regresar á su casa? Grivet se puso pálido como un lienzo blanco, no se atrevía á volver la cabeza: ya se figuraba que el asesino del carretero estaba allí detrás de su mismo asiento. Además celebraba tener miedo.

—¡Ah, no!—balbuceó sin saber bien lo que decía.

—¡Ah, no! ¡No quiero creer eso!... Yo también sé una historia: cierta criada que fué conducida á la cárcel por haber robado á sus amos un cubierto de plata: dos meses después, al cortar un árbol, hallóse el cubierto en un nido de urracas. Luego la urraca fué la ladrona y se puso en libertad á la criada. Ya veis que los culpables son siempre castigados...

Grivet estaba triunfante.

—Entonces—dijo Olivier mofándose de él:—encarcelarían á la urraca.

—¡Vaya, vaya!—replicó Camilo, incomodado al ver que ponían en ridículo á su jefe.—No es eso lo que ha querido decir el señor Grivet... Madre, tráenos el dominó.

Mientras la señora Raquín fué á buscar la caja, el joven continuó, dirigiéndose á Michaud:

—Entonces, ¿confesáis vos mismo que la policía es impotente? ¿Confesáis que hay asesinos que se pasean tranquilamente al sol?

—¡Ay, sí, desgraciadamente!—respondió el comirio.

—¡Eso es inmoral!—concluyó Grivet.

Durante esta conversación, Teresa y Lorénzo permanecieron silenciosos; ni siquiera se habían reído de las tonterías de Grivet. Ambos de codos sobre

la mesa, pálidos y con la mirada vaga, escuchaban. Una sola vez se buscaron con la vista, y en sus ojos fulguraron resplandores sombríos y ardientes. Pequeñas gotas de sudor brotaban en la raíz de los cabellos de Teresa, y glaciales hálitos causaban imperceptibles escalofríos en la piel de Lorenzo.

XI

Algunas veces, el domingo, cuando hacía buen día, Camilo obligaba á Teresa á salir con él, á dar un paseito por los Campos Elíseos. La joven hubiera preferido quedarse en la sombra húmeda de la tienda, porque se aburría del brazo de su marido, quien se complacía en exhibirla por las aceras, deteniéndose á cada momento ante los escaparates con sorpresas, exclamaciones ó silencios de imbécil; pero Camilo, por el contrario, anhelaba pasear con su mujer; y cuando veía algu- to de sus compañeros de oficina, y especialmente á un jefe, les saludaba muy enorgullecido de que le viesen con su mujer. Por lo demás, iba á paseo por ir, sin hablar una palabra, tieso y embarazado con su traje dominguero, arrastrando los pies, como hombre embrutecido y vanidoso. Teresa sufría.

La señora Raquin, en los días de paseo, acompañaba á sus hijos hasta la salida del pasaje, les abrazaba cual si partiesen para un largo viaje, y les hacía un sin fin de ruegos y recomendaciones.

—Sobre todo—añadía casi siempre,—tened cuidado que no os ocurra algún accidente... ¡Hay tantos coches en este París!... ¡Me prometéis no ir por donde haya mucha gente?...

Y cuando, por fin ellos se alejaban, seguía con la vista durante largo rato, y después volvía á la tienda; sus piernas ya torpes la impedían acompañar á sus hijos para emprender una larga caminata.

Otras veces, muy raras, los esposos salían de París y llegaban á Saint-Ouen ó á Asnières, á comer pescadilla en alguno de los restaurans situa-

dos en la orilla del río. Esto ocurría en las tardes de gran despilfarro, y hablábase de ello un mes antes del día señalado. Teresa aceptaba más satisfecha, casi con alegría, estas excursiones que la permitían gozar del aire libre hasta las diez ó las once de la noche. Saint-Ouen, con sus verdes islotes, la recordaban Vernón, y conocía que allí se despertaba el cariño salvaje que tuvo por el Sena cuando era muchacha. Sentábase en la misma arena de la orilla, metía sus manos en el río y gozaba con los ardorosos rayos del sol, templados por el fresco ambiente de la enramada. Mientras se desgarraba y ensuciaba el vestido sobre los guijarros y la tierra mojada, Camilo extendía con cuidado su pañuelo en el suelo, y se acurrucaba con gran cautela junto á su mujer. En los últimos tiempos, Lorenzo solía acompañar al matrimonio en estas largas excursiones; sus risas y sus alardes de fuerza de labrador, daban animación al paseo.

Un domingo, después de almorzar, hacía las once, Camilo, Teresa y Lorenzo marcharon á Saint-Ouen; la gira estaba proyectada desde mucho antes, y debía ser la última de la estación.

Los vientos de otoño comenzaban á refrescar la atmósfera por la noche.

Aquel día el cielo conservaba aún su serenidad y su hermoso color azul; hacía calor al sol, y en la sombra se disfrutaba de un ambiente templado. Decidieron disfrutar sus postreros rayos.

Los tres paseantes tomaron un carruaje de alquiler, y acompañados de las recomendaciones y de las cariñosas muestras de inquietud de la vieja mercera, atravesaron París dejando el coche junto á las fortificaciones, y tomaron á pie la ancha carretera que conduce á Saint-Ouer. Eran las doce del día; el camino, cubierto de polvo y vivamente iluminado por el sol, tenía la blancura fascinadora de la nieve; el aire, espeso, acre, quemaba. Teresa, del brazo de Camilo, andaba lentamente, ocultándose bajo su sombrilla, mientras su marido se daba aire con un pañuelo enorme; detrás iba Lorenzo, cuyo cogote mordían los rayos

la mesa, pálidos y con la mirada vaga, escuchaban. Una sola vez se buscaron con la vista, y en sus ojos fulguraron resplandores sombríos y ardientes. Pequeñas gotas de sudor brotaban en la raíz de los cabellos de Teresa, y glaciales hálitos causaban imperceptibles escalofríos en la piel de Lorenzo.

XI

Algunas veces, el domingo, cuando hacía buen día, Camilo obligaba á Teresa á salir con él, á dar un paseito por los Campos Eliseos. La joven hubiera preferido quedarse en la sombra húmeda de la tienda, porque se aburría del brazo de su marido, quien se complacía en exhibirla por las aceras, deteniéndose á cada momento ante los escaparates con sorpresas, exclamaciones ó silencios de imbécil; pero Camilo, por el contrario, anhelaba pasear con su mujer; y cuando veía algu- to de sus compañeros de oficina, y especialmente á un jefe, les saludaba muy enorgullecido de que le viesen con su mujer. Por lo demás, iba á paseo por ir, sin hablar una palabra, tieso y embarazado con su traje dominguero, arrastrando los pies, como hombre embrutecido y vanidoso. Teresa sufría.

La señora Raquin, en los días de paseo, acompañaba á sus hijos hasta la salida del pasaje, les abrazaba cual si partiesen para un largo viaje, y les hacía un sin fin de ruegos y recomendaciones.

—Sobre todo—añadía casi siempre,—tened cuidado que no os ocurra algún accidente... ¡Hay tantos coches en este París!... ¡Me prometéis no ir por donde haya mucha gente?...

Y cuando, por fin ellos se alejaban, seguía con la vista durante largo rato, y después volvía á la tienda; sus piernas ya torpes la impedían acompañar á sus hijos para emprender una larga caminata.

Otras veces, muy raras, los esposos salían de París y llegaban á Saint-Ouen ó á Asnières, á comer pescadilla en alguno de los restaurans situa-

dos en la orilla del río. Esto ocurría en las tardes de gran despilfarro, y hablábase de ello un mes antes del día señalado. Teresa aceptaba más satisfecha, casi con alegría, estas excursiones que la permitían gozar del aire libre hasta las diez ó las once de la noche. Saint-Ouen, con sus verdes islotes, la recordaban Vernón, y conocía que allí se despertaba el cariño salvaje que tuvo por el Sena cuando era muchacha. Sentábase en la misma arena de la orilla, metía sus manos en el río y gozaba con los ardorosos rayos del sol, templados por el fresco ambiente de la enramada. Mientras se desgarraba y ensuciaba el vestido sobre los guijarros y la tierra mojada, Camilo extendía con cuidado su pañuelo en el suelo, y se acurrucaba con gran cautela junto á su mujer. En los últimos tiempos, Lorenzo solía acompañar al matrimonio en estas largas excursiones; sus risas y sus alardes de fuerza de labrador, daban animación al paseo.

Un domingo, después de almorzar, hacía las once, Camilo, Teresa y Lorenzo marcharon á Saint-Ouen; la gira estaba proyectada desde mucho antes, y debía ser la última de la estación.

Los vientos de otoño comenzaban á refrescar la atmósfera por la noche.

Aquel día el cielo conservaba aún su serenidad y su hermoso color azul; hacía calor al sol, y en la sombra se disfrutaba de un ambiente templado. Decidieron disfrutar sus postreros rayos.

Los tres paseantes tomaron un carruaje de alquiler, y acompañados de las recomendaciones y de las cariñosas muestras de inquietud de la vieja mercera, atravesaron París dejando el coche junto á las fortificaciones, y tomaron á pie la ancha carretera que conduce á Saint-Ouer. Eran las doce del día; el camino, cubierto de polvo y vivamente iluminado por el sol, tenía la blancura fascinadora de la nieve; el aire, espeso, acre, quemaba. Teresa, del brazo de Camilo, andaba lentamente, ocultándose bajo su sombrilla, mientras su marido se daba aire con un pañuelo enorme; detrás iba Lorenzo, cuyo cogote mordían los rayos

del sol, sin que él pareciese notarlo siquiera: andaba silbando, pegaba puntapiés á los guijarros del camino, y á veces contemplaba con torvas miradas el provocativo balanceo de las caderas de su querida.

Cuando llegaron á Saint-Ouen, apresuráronse á buscar un grupo de árboles, un tapiz de verde césped tendido á la sombra, y llegaron á una isla, perdiéndose entre la espesa enramada; las hojas caídas formaban en el suelo una capa roja, que rechinaba con secos chasquidos, bajo los pies; los troncos se alzaban rectos, innumerables, como haces de góticas columnas; las ramas descendían hasta la frente de los paseantes, que tenían por todo horizonte la bóveda cobriza del follaje moribundo y los fustes blancos y negros de los álamos y las encinas.

Llegaron al desierto, á un rincón melancólico, estrecho recinto lleno de silencio y de frescura; sólo se oía alrededor de ellos el monótono murmullo de las aguas del Sena.

Camilo escogió un lugar seco, y sentóse alzándose los faldones de su gabán: Teresa se arrojó sobre las hojas produciendo un gran ruido de enaguas. Casi ocultaba bajo los anchos pliegues de su traje, dejaba al descubierto una pierna hasta la rodilla; Lorenzo se tendió boca abajo, con la barba pegada á la tierra, para atisbar aquella pierna, y escuchaba á su amigo, que se deshacía en denuestos contra el Gobierno, porque no transformaba los islotes del Sena en bellos jardines á la inglesa, con bancos, enarenados senderos y árboles tallados, como en las Tullerías.

Permanecieron allí más de tres horas, aguardando á que el ardor del sol se mitigase, para correr por el campo antes de comer: Camilo, habló de su oficina y contó historias necias; concluyó por sentirse fatigado, y echó la cabeza hacia atrás, durmiéndose, con el sombrero colocado sobre los ojos; Teresa, que tenía cerrados los párpados hacía largo rato, fingía dormir.

Entonces Lorenzo se deslizó suavemente hacia la

joven mujer, acercó los labios y besó su botina y su tobillo: aquel pedazo de cuero, aquella media blanca, le quemaban la boca, y los olores ásperos de la tierra y el sutil perfume de Teresa, mezclándose y penetrando en sus sentidos, le encendían la sangre é irritaban sus nervios. Un mes hacía ya que vivía en enojosa castidad; la caminata al sol por la carretera de Saint-Ouen le había enardecido, ¡y ahora que se hallaba en el fondo de un retiro ignorado, en medio de la gran voluptuosidad de la sombra y el silencio, no podía estrechar contra su pecho á aquella mujer, que le pertenecía! ¡El marido estaba también allí!

¡Quizás iba á despertarse, á verle, á destruir sus cálculos de prudencia! Siempre aquel hombre era un obstáculo! Y el amante, tendido boca abajo sobre el suelo, escondiéndose detrás de las enaguas, tembloroso, irritado, besaba sin ruido la botina y la media blanca. Teresa no se movía cual si estuviese muerta. Lorenzo creyó que dormía; se levantó, con la espalda dolorida, y se apoyó en un árbol; entonces vió á la joven que miraba con vaguedad al espacio, los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes; en su rostro, sostenido entre sus brazos levantados, se pintaba una palidez mate y una frialdad rígida. Teresa soñaba despierta. Aquellos ojos fijos, parecían abismos de sombra, donde sólo habitaba la obscuridad de la noche. Ni siquiera se movió. ¡Ni siquiera cambió la mirada para ver á Lorenzo, de pie detrás de ella!

Su amante la contemplaba con verdadero asombro viéndola tan inmóvil y muda á pesar de sus caricias: aquella cabeza blanca y yerla, sepultada entre los pliegues de las enaguas, le producía una especie de espanto preñado de abrasadores deseos. Lorenzo hubiera querido arrojarle sobre ella, y cerrar con sus labios aquellos grandes ojos abiertos pero allí mismo, casi rozándose con las faldas de Teresa, dormitaba también Camilo.

Aquel pobre sér, de cuerpo desfallecido, en extremo delgado, roncaba débilmente; bajo el sombrero que le cubría á medias el semblante, divi-

sábase su boca abierta, retorcida por el sueño con un esguince estúpido; los cortos y contados pelos rojizos que exornaban su barba parecían manchas sucias en su pálida tez; tenía inclinada la cabeza hacia atrás, y dejaba al descubierto una garganta delgada y llena de arrugas, en cuyo centro se movía, subiendo y bajando á cada ronquido, el nudo de la laringe, saliente, de color de ladrillo. Ciertamente, Camilo estaba innoble y asqueroso en aquella postura.

Lorenzo, que le miraba, levantó el pie con brusco movimiento. Iba á aplastarle la faz de un solo golpe.

Teresa reprimió un grito; palideció, cerró los ojos y volvió la cabeza, como para evitar que la sangre la salpicase.

Y Lorenzo que estuvo algunos segundos con el pie levantado sobre el rostro de Camilo, dobló con tranquilidad la pierna y se alejó algunos pasos. Se dijo que aquello sería un asesinato de imbécil, porque aquella cabeza destrozada hubiera sido bastante para alarmar á toda la policía; enhelaba desembrazarse de Camilo únicamente para casarse con Teresa, para vivir libre y feliz, después del crimen, como el asesinato del carretero, cuya historia había referido el viejo Michaud.

Fuése hacia las márgenes del río, contemplando con aire estúpido cómo se deslizaba el agua, y después, de repente, volvió á la plazoleta de árboles; acababa de forjar un plan, de inventar un asesinato fácil y sin peligro para él.

Despertó entonces al que dormía, haciéndole cosquillas en la nariz con una paja: Camilo estornudó se levantó, parecióle excelente aquella broma, porque apreciaba á Lorenzo por sus farsas, que le hacían reír, y en seguida movió á su mujer, que tenía aún cerrados los ojos.

Cuando Teresa se hubo levantado y sacudido sus enaguas surcadas de arrugas y cubiertas de hojas secas, los tres paseantes salieron de la plazoleta, rompiendo á su paso las ramas pequeñas de los árboles.

Salieron de la isla, se fueron por carreteras y senderos llenos de gente dominguera; por entre los árboles corrían lindas jóvenes, vestidas con trajes de colores, claros, una escuadra de barqueros pasaban cantando, largas filas de enamoradas parejas, de ancianos, empleados con sus mujeres, á pasos lentos discurrían por allí, al borde de los arroyos, y cada camino parecía una calle populosa y animada con el ruido de la vida. Unicamente el sol conservaba su inmensa tranquilidad: descendía al horizonte, lanzando sobre todo, sobre los caminos y los árboles, un inmenso lienzo de pálido resplandor, y empezaba á caer del espacio una freseura penetrante.

Camilo no daba el brazo á Teresa; hablaba con Lorenzo y se reía de las bufonadas y de los alardes de fuerza de su amigo, quien saltaba los barrancos y levantaba piedras enormes. La joven les seguía por el otro lado del camino, cabizbaja, pensativa y encorvándose á veces para arrancar una hierba. Otras quedábase atrás, y miraba desde lejos á su amante y á su marido.

—Eh! ¿qué, no tienes hambre?—le gritó una vez Camilo.

—Sí,—respondió ella.

—Pues, en marcha...

Teresa no tenía hambre, pero se hallaba fatigada e ignoraba los proyectos de Lorenzo, y no obstante sus piernas flaqueaban.

Los tres paseantes volvieron hacia la orilla del río, y buscaron un restaurant; sentáronse á la mesa en una especie de azotea de maderos, en una taberna que apestaba con el olor de grasa y del vino, y donde resonaban gritos, canciones, ruido de vajilla; en cada gabinete, en cada salón había parroquianos que hablaban en alta voz, y los débiles tabiques solo servían para dar sonoridad vibrante á aquel barullo. Los camareros, al subir, hacían temblar la escalera.

En lo alto, sobre la azotea, la brisa procedente del río disipaba el olor á grasa; Teresa, apoyán-

Teresa Raquin—5

dose en la balastrada, miraba á lo largo del muelle; á derecha é izquierda se extendían dos hileras de barracas y de kioscos con bebidas; bajo los toldos, y entre hojas ya raras y amarillentas de los árboles, se divisaba la blancura de los manteles, las manchas negras de los gabanes y las faldas de colores vivos de las mujeres; la gente iba y venía con la cabeza descubierta, riendo y corriendo, y al ruido chillón de la muchedumbre se unía el eco de las pianideras sonatas de los organillos. Olor de pescado frito y de polvo seco impregnaba la atmósfera.

Más abajo, Teresa veía varias meretrices del barrio latino, que cantando, daban vueltas en rueda infantil, sobre un tapiz de césped descolorido; con el sombrero en la espalda y el cabello destrenzado, jugaban, cogidas de la mano, como juegan las niñas, y sus rostros pálidos, marchitos por caricias brutales, teñíanse levemente con ese color sonrosado de las vírgenes pudorosas, y en sus ojos impuros relampagueaban destellos de ternura; hasta su voz parecía más fresca.

Algunos estudiantes fumando en pipas de arcilla blanca, las miraban voltear y las dirigían groseros requiebros.

Y más allá, sobre el Sena, sobre los collados, descendía la serenidad de la tarde, una atmósfera azulada y vaga, que envolvía los árboles en vapor transparente.

—¡Eh, mozo!—gritó Lorenzo asomándose al hueco de la escalera:—¿quieres servirnos la comida?

Y súbitamente volvióse á Camilo, exclamando:

—Di, ¿te parece que demos un paseo por el río antes de sentarnos á la mesa?... Así esperaremos á que el pollo esté bien asado; sino tendremos que fastidiarnos esperando más de una hora.

—Como quieras—respondió Camilo con negligencia,—pero Teresa tiene hambre.

—No, no; yo puedo esperar,—apresuróse á contestar la joven, á quien Lorenzo miraba fijamente.

Bajaron los tres, y al pasar por delante del mostrador, fijaron el «menú» de la comida y pidieron

que se les reservase una mesa para cuando volvieran dentro de una hora. Como el mismo tabernero alquilaba canoas, le rogaron que les facilitase una. Lorenzo escogió la más pequeña, cuya ligereza de construcción asustó á Camilo...

—¡Diablo!—exclamó.—No se podrá mover uno ahí dentro, sin exponerse á recibir un soberano chapuzón.

La verdad era que el empleado le inspiraba horror el agua; en Vernón su estado enfermizo no le permitía cuando niño ir á solazarse en las aguas del Sena, y mientras sus compañeros de colegio corrían á zambullirse alegremente en medio del río, él se acostaba entre dos mantas bien calientes. Lorenzo, por el contrario, era nadador intrépido y remero infatigable. Camilo conservaba aún ese miedo invencible que las mujeres y los niños tienen por las aguas profundas. Acercóse á la barca y la tanteó con el pie, queriendo asegurarse de su solidez.

—¡Vamos, hombre!—le gritó Lorenzo riéndose.—¡Entra! ¡Siempre estás temblando!

Camilo, en fin, entró en la canoa, y tambaleándose, fué á sentarse á popa; cuando comprendió que estaba bien colocado, tomó su aspecto habitual, y aun llegó á chancearse, como para demostrar que era hombre de corazón.

Teresa permanecía en la orilla, grave, inmóvil, al lado de su amante, que tenía la amarra entre sus manos; éste, inclinándose hacia ella, la dijo rápidamente con disimulo:

—¡Ten cuidado! ¡Voy á echarle al agua!... ¡Obedéceme! ¡Yo respondí de todo!...

La joven se puso horriblemente pálida, quedóse como clavada en el suelo, rígida, con los ojos desmesuradamente abiertos...

—¡Entra en la barca!—murmuró nuevamente Lorenzo.

Y ella no se movió: una lucha terrible había estallado en su interior, y reunía todas las fuerzas de su voluntad para no romper á llorar y caer en tierra.

—¡Ah! ¡Ah!—grito entonces Camilo:—¡Lorenzo, mira, mira á Teresa; ella es ahora quien tiene miedo!... ¡Que entra! ¡Que no entra!...

Camilo habíase tendido sobre el banco de popa, apoyando los codos en los dos bordes de la canoa, y balanceándose con fanfarronería.

Teresa le lanzó una mirada extraña; la burla de aquel pobre diablo fué como un latigazo que lastimándola la decidió; saltó bruscamente en la lancha y sentóse á proa. Lorenzo empuñó los remos, y el esquife se apartó de la ribera, dirigiéndose lentamente hacia los islotes.

El crepúsculo se acercaba; agrandábase sobre el río las sombras de los árboles; las aguas parecían negras cerca de las orillas, y en medio del río se dibujaban anchas estelas de palidez plateada. La lancha navegó bien pronto en pleno Sena; los ecos rumorosos de los muelles, los cantos, los gritos llegaban hasta allí vagos y melancólicos, impregnados de triste languidez; ya no se oía el olor del pescado frito; y del polvo seco. Llegaban los hálitos de la noche; hacía frío.

Lorenzo dejó de remar y abandonó la canoa á la corriente.

En frente se levantaba la gran masa rojiza de las islas; las dos orillas, sombreadas de color oscuro salpicado de gris, asemejábanse á dos anchas fajas que se reunían en el lejano horizonte: el agua y el cielo parecían inmensos lienzos blanquecinos cortados en una misma pieza. Nada más triste que un crepúsculo otoñal: los rayos del sol palidecen; los árboles envejecidos, dejan caer sus hojas; la campiña, agostada por el calor ardiente del estío, siente la muerte acercarse con los primeros vientos fríos; óyense en el ancho cielo plañideras quejas de desesperación, y la noche desciende de lo alto, llevando en su sombra negros sudarios de muerte. Los paseantes callaban. Sentados en el fondo de la barca, que se deslizaba por la corriente, miraban los últimos resplandores del día desaparecer de las altas ramas de los árboles; se acercaban á las islas; las grandes masas rojizas volvíanse som-

brías; todo el paisaje se simplificaba en el crepúsculo; el Sena, el espacio, las islas, los collados iban convirtiéndose en manchas oscuras y grises que se desvanecían en medio de una espera niebla.

Camilo, que había acabado por echarse boca abajo sobre el banco, mirando el agua, metió sus manos en el río.

—¡Cáspita! ¡Qué fría está!—gritó.—¡No sería muy agradable un remojón en semejante caldo!

Lorenzo no respondió; desde hacía un rato miraba con inquietud á las orillas, y abría y cerraba sobre sus rodillas sus gruesas manos con movimiento nervioso, apretando convulsivamente los labios. Teresa, rígida, inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás, esperaba.

La barca iba á entrar en un brazo del río, oscuro, angosto, abierto entre dos islas, detrás de una de las cuales resonaban los cantos monótonos de algunos banqueros que debían remontar el Sena. A lo lejos, por arriba, el río estaba libre.

Entonces Lorenzo se levantó y cogió á Camilo por la cintura.

Camilo rompió á reír.

—¡Vaya! ¡Que me haces cosquillas!—dijo.—Easta ya de broma... ¡Acabemos! ¡Que me harás caer!

Lorenzo le apretó más fuerte y le dió una tremenda sacudida; volvióse Camilo, y vió el rostro aterrador de su amigo todo contraído. No comprendió todavía, mas un vago temor embargó su ánimo.

Quiso gritar, y sintió una mano ruda que le apretaba la garganta; con el instinto de una bestia que se defiende levantóse sobre las rodillas, y se agarró con fuerza al borde de la barca, luchando así algunos segundos.

—¡Teresa! ¡Teresa!—exclamó con voz ahogada y sibilante.

La joven miraba la lucha, cogida con las dos manos á un banco de la canoa que rechinaba y se tambaleaba sobre el río; no podía cerrar los ojos; contracción invencible, espantosa, la obligaba á tenerlos abiertos, fijos en aquel horrible espectáculo de la lucha; estaba rígida, muda.

—¡Teresa! ¡Teresa!—Volvió á exclamar el desdichado con voz ahogada.

Y Teresa, al oírle entonces este último llamamiento, estalló en sollozos, aflojaronse sus nervios y llegó la crisis que ella temía; temblorosa, estremecida, anonadada, cayó en el fondo de la barca.

Lorenzo empujaba siempre á Camilo, apretándole la garganta, y consiguió, por fin, arrancarle de la barca, y levantarle á pulso, cual si levantara á un niño, con sus brazos vigorosos. Inclinó entonces la cabeza, dejando al descubierto el pescuezo, y su víctima, loca de rabia y de espanto, retorciéndose acercó la boca y clavó los dientes en el cuello del asesino; y cuando éste, reprimiendo un grito de dolor, lanzó bruscamente al empleado en el río, los dientes de éste le arrebataron un pedazo de carne.

Camilo cayó, lanzando un grito salvaje, y viósele subir dos ó tres veces á la superficie del agua, exhalando gemidos cada vez más sordos.

Lorenzo no perdió un segundo: levantóse el cuello del paletó para ocultar la herida, y cogiendo en sus brazos á Teresa, aun sin sentido, volcó con el pie la lancha y se dejó caer en el Sèna, teniendo agarrada á su querida, y sosteniéndola sobre el agua mientras pedía socorro con voz lastimera.

Los barqueros, cuyos cánticos habían oído detrás del cabo de la isla próxima, llegaban á todo remo; adivinaron que había ocurrido una desgracia, y salvaron primero á Teresa, que fué colocada cuidadosamente por ellos mismos en un banco de su lancha, y después á Lorenzo, quien fingió desesperarse por la muerte de su amigo. Hizo más aún: arrojóse al agua y buscó á Camilo en sitios donde no podía estar, volvió llorando, retorciéndose los brazos, arrancándose el cabello. Los marineros trataban de tranquilizarle prodigándole palabras de consuelo.

—¡Yo tengo la culpa!—gritaba él.—¡No hubiera debido permitir que ese pobre muchacho saltase y se revolviere en la barca! En un momento, hallán-

donos los tres en el mismo costado zozobró... Al caer, me ha gritado que salvase á su mujer...

Entre aquellos marineros hubo, como suele suceder, dos ó tres jóvenes que juraron haber sido testigos del accidente.

—¡Bien lo hemos visto!—decían ellos.—¡Qué diablo!... una barca no es sólida como un pavimento... ¡Ah, pobre mujer! ¡Vaya un rato que la espera cuando despierte!

Y en seguida empuñaron los remos, y remolcando la lancha, condujeron á Teresa y á Lorenzo al restaurant, donde estaba ya dispuesta la comida.

Todo Saint-Ouen supo la ocurrencia en pocos minutos; la referían como testigos oculares á la compasiva muchedumbre que se apiñaba delante de la taberna, y el dueño de ésta y su mujer, que eran buena gente, pusieron su guardarropa al servicio de los pobres náufragos. Teresa, cuando logró salir del letargo en que estaba sumida, fué presa de un violento ataque de nervios y prorrumpió en gritos desgarradores, siendo necesario acostarla inmediatamente. La naturaleza ayudaba á la siniestra comedia que se estaba representando.

Lorenzo, viendo á la joven más tranquila, confiòla á los cuidados de los dueños del restaurant, y quiso volver solo á París, para comunicar la espantosa noticia á la señora Raquin con todas las precauciones posibles. La verdad era que temía la exaltación nerviosa de Teresa, y prefirió dejarla tiempo necesario para reflexionar y aprender su papel cumplidamente.

Los marineros aprovecharon la comida que había encargado Camilo.

XII

Lorenzo, en el rincón sombrío del ómnibus que le llevaba á París, acabó de perfeccionar el plan que había concebido. Contaba ya con su impunidad. Alegría febril y ansiosa, la alegría del crimen realizado, le embargaba. Al llegar á la barrera de Clichy tomó un coche de punto y se hizo conducir á casa

del viejo Michaud, calle de Seine. Eran las nueve de la noche.

El antiguo comisario de policía estaba aún sentado en la mesa, en compañía de Olivier y de Susana. Lorenzo iba allí en busca de protección, por si acaso se llegaba á sospechar de él, y para no tener que ir él mismo á anunciar la terrible noticia á la señora Raquin; este paso le repugnaba en extremo, temiendo ante la desesperación de los demás no poder desempeñar su papel con bastantes lágrimas, y por otra parte, el dolor de aquella madre no dejaba de atormentarle aunque en el fondo le tuviera perfectamente sin cuidado.

Cuando Michaud le vió entrar, vestido con traje grosero y demasiado estrecho para él, le interrogó con la mirada. Lorenzo refirió la triste ocurrencia con voz lacrimosa y como ahogado por el dolor y el cansancio.

—He venido á buscaros—dijo al terminar,— porque yo no sabía qué hacer de esas dos pobres mujeres tan cruelmente heridas... ¡No me he atrevido á ir solo á casa de la madre! ¡Venid conmigo! ¡Yo os lo ruego!

Mientras hablaba, dirigía Olivier miradas fijas, rectas, que le causaban espanto. El asesino se había arrojado por un golpe de audacia que debía salvarle, en brazos de aquella familia de policías. Pero no podía reprimirse y temblaba al observar que todos los ojos estaban clavados en él, creyendo adivinar un gesto de desconfianza, una sospecha, donde había realmente estupor y compasión. Susana, delicada, pálida, estaba próxima á perder el sentido; Olivier, á quien asustaba la idea de la muerte, y cuyo corazón, sin embargo, permanecía frío, inaterable, hacía una mueca de sorpresa dolorosa, y por costumbre escudriñaba con sus miradas el semblante de Lorenzo, sin sospechar ni remotamente la siniestra verdad; el anciano Michaud lanzaba exclamaciones de dolor, de conmiseración, de asombro, y removíase en su silla, juntando las manos y alzando los ojos al cielo.

—¡Ah. Dios mío!—decía con voz entrecortada

por los suspiros.—¡Ah, Dios mío, qué cosa más horrible! Sale uno de su casa, y á lo mejor, repentinamente, se queda muerto, así de golpe... ¡Esto es horrible!... Y esta pobre señora Raquin... ¿Qué vamos á decir á esa madre? Ciertamente habéis hecho bien en venir á buscarnos. ¡Vámonos allá con usted!

Y dicho esto, se levantó, dió una vuelta por la sala para coger su bastón y su sombrero, y sin detenerse un momento, hizo repetir á Lorenzo los detalles de la catástrofe, prorrumpiendo en nuevas exclamaciones á cada frase que oía.

Bajaron los cuatro. Al llegar á la entrada del pasaje del Pont-Neuf, Michaud detuvo á Lorenzo, diciéndole:

—¡No entréis ahora! Vuestra presencia sería una especie de confesión brutal, que es necesario evitar... La desventurada madre sospecharía al punto una desgracia y nos obligaría á confesar la verdad más pronto de lo debido. Esperadnos aquí.

Esta determinación alivió al asesino, quien se estremecía ante la idea de entrar en la tienda del pasaje: sintió que renacía la calma en su pecho, y se puso á pasear por la acera, de arriba á abajo, con la mayor tranquilidad. Olvidábase por momentos de los sucesos que habían ocurrido; miraba los escaparates de las tiendas; silbaba entre dientes, y aun se volvía algunas veces para ver el rostro de las mujeres que pasaban á su lado. Permaneció así en la calle más de media hora hasta recordar por completo su acostumbrada sangre fría. Como no había comido desde por la mañana sintió apetito y entró en la tienda de un confitero donde se atracó de pasteles.

Al mismo tiempo ocurría en la tienda del pasaje una escena desgarradora: á pesar de la precaución, de las frases tiernas y amistosas del viejo Michaud, hubo un instante en que la señora Raquin adivinó que alguna desgracia había sucedido á su hijo. Exigió entonces la verdad con arrebatada desesperación y con tal violencia de lágrimas y de gritos que hizo amedrentar á su viejo amigo; y

cuando ella supo toda la verdad de lo ocurrido, su dolor fué verdaderamente trágico, sollozaba roncamente; fué presa de una crisis de terror y de angustia que la ahogaba, y la obligaba á veces á lanzar un grito agudísimo en medio de los roncamentos que la arrancaba el dolor. Se hubiera arrastrado por el suelo, si Susana no la hubiese sostenido por la cintura, llorando sobre sus rodillas y levantando hacia ella su semblante pálido. Olivier y su padre permanecían de pie como envarados, mudos, apartando su mirada de aquella desgarradora escena, con la cual sufría su egoísmo.

La infeliz madre veía á su hijo arrastrado por las turbias aguas del Sena, con el cuerpo rígido y horriblemente hinchado, y al mismo tiempo, recordábale niño y débil en su cuna, cuando ella se esforzaba por arrojar de allí á la muerte. Ella le había dado la vida más de diez veces, y le amaba con el intenso amor de que eran testimonio elocuente sus desvelos durante treinta años; y he aquí que perecía lejos de ella, súbitamente, en el agua fría y sucia, como un perro.

Acordábase también entonces de las sábanas calientes en que le envolvía; y ¡cuántos cuidados, cuántas zalamerías de puro cariño, cuánta y cuán grande ternura había tenido para con él; y todo para saber en aquel momento que su hijo se había ahogado! Al evocar estos recuerdos la señora Raquin, sentía que su garganta se apretaba, y anhelaba morir, estrangulada por la desesperación.

El viejo Michaud se apresuró á salir, dejando á Susana con la mercera, y dirigióse, seguido de Olivier, en busca de Lorenzo para ir á toda prisa á Saint-Ouen.

Durante el camino, aquellos tres hombres apenas cambiaron algunas palabras; cada uno arrimóse á un ángulo del coche que les conducía y quedaron inmóviles, mudos, sumidos en la sombra que llenaba el carruaje. De cuando en cuando los rápidos resplandores de un mechero de gas iluminaban sus semblantes, que aparecían entenebrecidos por el siniestro acontecimiento que les reunía.

Cuando llegaron al restaurant de la orilla del río hallaron á Teresa acostada, con la cabeza y las manos ardorosas. El dueño del establecimiento les dijo en voz baja que la joven viuda había tenido una intensa fiebre. La verdad era que Teresa, sintiéndose muy débil y cobarde, temiendo confesar el asesinato en una crisis, había tomado el partido de fingirse enferma; guardaba tenaz silencio; tenía los párpados y los labios fuertemente cerrados, no queriendo ver á nadie, temiendo hablar demasiado, y con la sábana hasta la boca y el rostro casi hundido en la almohada, acurrucada, escuchaba con ansiedad lo que alrededor de ella se decía. Y en medio del rojizo resplandor que llegaba á sus ojos, á través de sus párpados, veía siempre á Camilo y á Lorenzo luchando y forcejeando sobre el borde de la lancha; y veía á su marido descolorido, horrible, tieso, irguiéndose amenazador encima del agua cenagosa. Esta visión implacable activaba la fiebre de su sangre.

El viejo Michaud intentó hablarla y consolarla, y ella, haciendo un ademán de disgusto, volvióse bruscamente y empezó otra vez á sollozar.

—Dejadla, caballero—dijo el dueño del restaurant,—bien veis que se estremece al menor ruido y que tiene necesidad de reposo.

Abajo, en la sala general del establecimiento, hallábase un agente de policía, que instruíra las diligencias del caso acerca del incidente; Michaud y su hijo bajaron, seguidos de Lorenzo, y cuando Olivier se dió á conocer como empleado superior en la prefectura, quedó arreglado todo en menos de diez minutos. Los lancheros estaban allí todavía, contando el naufragio hasta con los más nimios detalles, describiendo cómo cayeron al agua los tres paseantes, y presentándose como testigos oculares. Con tal seguridad referían lo ocurrido, que si Olivier y su padre hubiesen tenido la menor sospecha, esta se hubiera disipado ante las afirmaciones de los marineros. Pero no habían dudado un momento de la veracidad de Lorenzo: al contrario, ellos mismos le presentaron al agente de la policía como

el mejor amigo de la víctima, y fueron buen cuidado de hacer constar en el proceso verbal que el joven se había lanzado al Sena para salvar á Camilo Raquín.

A la mañana siguiente, los diarios refirieron el accidente con gran lujo de detalles; la desventurada madre, la viuda sin consuelo, el amigo noble y valeroso, nada faltaba en aquel drama conmovedor que anduvo rodando por las columnas de los diarios parisinos, y que fué por último á enterrarse en los periódicos del departamento!

Cuando estuvo terminada la instrucción de las diligencias, Lorenzo sintió una especie de alegría intensa, que llenó todo su sér de vida nueva; desde que su víctima le había hincado los dientes en el cuello, Lorenzo estaba como rígido, movíase mecánicamente, y sólo el instinto de la propia conservación le sostenía, dictándole sus palabras y aconsejándole sus gestos. Desde aquel momento, ya con la certidumbre de la impunidad, la sangre circuló de nuevo por sus venas con dulce lentitud.

La policía había pasado junto á su crimen y nada había visto, se había engañado, y acababa de dejarle en libertad: estaba salvado.

Esta idea hizole sentir estremecimientos de alegría á lo largo del cuerpo, y calores que devolvían la flexibilidad á sus miembros y á su inteligencia.

Continuó en su papel de amigo desconsolado de la víctima con ciencia y aplomo incomparables. En su interior sentía una satisfacción brutal; y pensaba en Teresa, que estaba acostada en la sala de arriba.

—No podemos dejar aquí esta desgraciada muchacha—dijo á Michaud.—Tal vez esté amenazada de una enfermedad grave, y es absolutamente necesario conducirla á París... Venid á ver si la decidimos á seguirnos.

La joven oyó su voz, y se estremeció abriendo sus grandes ojos para mirarle fijamente. Estaba estremecida y con expresión estúpida.

Se levantó penosamente, sin contestar, y los hom-

bres salieron de la estancia, dejando á la joven con la mujer del tabernero.

Cuando estuvo ya vestida, bajó tambaleándose y subió al carruaje, apoyándose en Olivier.

El viaje fué silencioso; Lorenzo con audacia é impudencia perfectas, deslizó una mano á lo largo de las faldas de Teresa, y la cogió por los dedos...

Estaba sentado en frente de ella, envuelto en una sombra flotante, y no la veía el rostro que la joven inclinaba sobre el pecho.

Cuando cogió aquella mano, estrechóla con fuerza y la conservó entre las suyas, hasta la calle de Mazarine, sentía temblar aquella mano, pues Teresa no le rechazaba, sino que, por el contrario, le oprimía con caricias bruscas. Aquellas dos manos unidas se abrasaban, las palmas se adherían rudamente, y los dedos estrechamente apretados, se lastimaban á cada sacudida.

Parecíales á Lorenzo y á Teresa que la sangre de uno iba á pasar al pecho del otro á través de sus puños crispados, y éstos eran un foco ardiente, donde su vida hervía. En medio de la noche y del silencio, aquel furioso apretón de manos que los dos cambiaban era como un peso aplastante arrojado sobre la cabeza de Camilo, para que no volviese á flor de agua.

Cuando el coche se detuvo, Michaud y su hijo bajaron los primeros. Lorenzo, inclinándose con disimulo hacia el oído de su amante:

—¡Sé fuerte, Teresa!—murmuró.—¡Tenemos aun mucho tiempo que esperar! ¡No lo olvides!

La joven aun no había hablado. Abrió los labios, y respondió temblando, con voz leve como un suspiro:

—¡Oh! ¡Ya me acordaré!

Olivier la ofreció la mano, invitándola á bajar del carruaje, y Lorenzo entró esta vez en la tienda. La señora Raquín estaba acostada y con un violento delirio.

Teresa se arrastró hasta su lecho, y Susana apenas tuvo tiempo de desnudarla.

Lorenzo, completamente tranquilizado viendo que

todo se arreglaba según su deseo, retiróse y se dirigió lentamente á su buhardilla de la calle de Saint-Victor.

Era ya más de media noche, y un viento fresco corría por las calles, desiertas y silenciosas. El joven sólo oía el rumor uniforme de sus pasos resonando en las losas de la acera; la frescura del aire le llenaba de bienestar; y el silencio y las sombras le producían rápidas é íntimas sensaciones de voluptuosidad.

Se había desembarazado de su crimen y había matado á Camilo. Todo aquello era negocio concluido, del cual no se hablaría más. Viviría tranquilo esperando tomar posesión de Teresa.

La idea del asesinato le había sofocado algunas veces; y ahora, que aquello estaba concluido, sentía su pecho desahogado, respiraba á sus anchas, veíase curado de los sufrimientos que la vacilación y el miedo le producían.

En el fondo, realmente estaba como atontado, y la fatiga entorpecía sus pensamientos y sus miembros. Entró, por último en su casa, y se durmió profundamente.

Durante su sueño, ligeras contracciones nerviosas recorrían su rostro.

XIII

A la mañana siguiente Lorenzo se despertó muy fresco y bien dispuesto. Había dormido bien.

El aire frío que entraba por la ventana del cuarto fustigaba su sangre entorpecida. Apenas se acordaba de las escenas de la víspera, y sin el escozor ardiente que le quemaba el cuello hubiera podido creer que se había acostado á las diez de la noche, después de una velada tranquila.

La mordedura de Camilo era como un hierro incandescente aplicado á su piel: y cuando fijó su pensamiento en el vivo dolor que lo producía sufrió cruelmente, como si una docena de agujas penetrasen poco á poco en su carne.

Batió el cuello de su camisa, y miróse la herida

en un mal espejo de quince sueldos colgado en la pared. La herida parecía un agujero rojo, ancho, del tamaño de una pieza de diez céntimos. La piel había sido arrancada, y la carne aparecía rosácea con manchas negras, especie de hilillos sanguinolentos que se deslizaban hasta el hombro.

Sobre el cuello blanco destacábase la herida con un tinte oscuro y sombrío, situada en el lado derecho, algo más abajo de la oreja...

Lorenzo, encorvado y alargando el cuello, se miraba en el espejo verdoso que daba á su cara una expresión siniestra.

Satisfecho de su examen, se lavó, diciéndose que la herida estaría cicatrizada en pocos días. Luego se dirigió á su oficina como de ordinario. Allí refirió el accidente con voz conmovida. Cuando sus compañeros de oficina leyeron el suelto que circulaba por la prensa, relativo al suceso, consideraron á Lorenzo como á un héroe. Durante una semana los empleados del ferrocarril de Orleans no tuvieron otro asunto de conversación; estaban orgullosos de que uno de los suyos se hubiese ahogado...

Grivet no dejaba de predicar acerca de la imprudencia de aventurarse en la corriente del Sena, cuando tan fácil es ver cómo se desliza el agua desde los puentes.

Pero Lorenzo sentía una inquietud: el fallecimiento de Camilo no se había podido comprobar oficialmente.

El marido de Teresa estaba bien muerto, mas el asesino hubiera querido encontrar el cadáver para que se levantase acta del fallecimiento. Habíase buscado en vano el cuerpo del ahogado; creíase que estaría sepultado en el fondo de algún agujero de los ribazos de las islas, y los desocupados registraban activamente el Sena por ganar la prima.

Lorenzo se impuso la obligación de pasar todas las mañanas por la Morgue, al dirigirse á su escritorio, y á pesar de la repugnancia que sublevaba su corazón, á pesar de los estremecimientos de asco que le sacudían, fué puntualmente, durante ocho

todo se arreglaba según su deseo, retiróse y se dirigió lentamente á su buhardilla de la calle de Saint-Victor.

Era ya más de media noche, y un viento fresco corría por las calles, desiertas y silenciosas. El joven sólo oía el rumor uniforme de sus pasos resonando en las losas de la acera; la frescura del aire le llenaba de bienestar; y el silencio y las sombras le producían rápidas é íntimas sensaciones de voluptuosidad.

Se había desembarazado de su crimen y había matado á Camilo. Todo aquello era negocio concluido, del cual no se hablaría más. Viviría tranquilo esperando tomar posesión de Teresa.

La idea del asesinato le había sofocado algunas veces; y ahora, que aquello estaba concluido, sentía su pecho desahogado, respiraba á sus anchas, veíase curado de los sufrimientos que la vacilación y el miedo le producían.

En el fondo, realmente estaba como atontado, y la fatiga entorpecía sus pensamientos y sus miembros. Entró, por último en su casa, y se durmió profundamente.

Durante su sueño, ligeras contracciones nerviosas recorrían su rostro.

XIII

A la mañana siguiente Lorenzo se despertó muy fresco y bien dispuesto. Había dormido bien.

El aire frío que entraba por la ventana del cuarto fustigaba su sangre entorpecida. Apenas se acordaba de las escenas de la víspera, y sin el escozor ardiente que le quemaba el cuello hubiera podido creer que se había acostado á las diez de la noche, después de una velada tranquila.

La mordedura de Camilo era como un hierro incandescente aplicado á su piel: y cuando fijó su pensamiento en el vivo dolor que lo producía sufrió cruelmente, como si una docena de agujas penetrasen poco á poco en su carne.

Batió el cuello de su camisa, y miróse la herida

en un mal espejo de quince sueldos colgado en la pared. La herida parecía un agujero rojo, ancho, del tamaño de una pieza de diez céntimos. La piel había sido arrancada, y la carne aparecía rosácea con manchas negras, especie de hilillos sanguinolentos que se deslizaban hasta el hombro.

Sobre el cuello blanco destacábase la herida con un tinte oscuro y sombrío, situada en el lado derecho, algo más abajo de la oreja...

Lorenzo, encorvado y alargando el cuello, se miraba en el espejo verdoso que daba á su cara una expresión siniestra.

Satisfecho de su examen, se lavó, diciéndose que la herida estaría cicatrizada en pocos días. Luego se dirigió á su oficina como de ordinario. Allí refirió el accidente con voz conmovida. Cuando sus compañeros de oficina leyeron el suelto que circulaba por la prensa, relativo al suceso, consideraron á Lorenzo como á un héroe. Durante una semana los empleados del ferrocarril de Orleans no tuvieron otro asunto de conversación; estaban orgullosos de que uno de los suyos se hubiese ahogado...

Grivet no dejaba de predicar acerca de la imprudencia de aventurarse en la corriente del Sena, cuando tan fácil es ver cómo se desliza el agua desde los puentes.

Pero Lorenzo sentía una inquietud: el fallecimiento de Camilo no se había podido comprobar oficialmente.

El marido de Teresa estaba bien muerto, mas el asesino hubiera querido encontrar el cadáver para que se levantase acta del fallecimiento. Habíase buscado en vano el cuerpo del ahogado; creíase que estaría sepultado en el fondo de algún agujero de los ribazos de las islas, y los desocupados registraban activamente el Sena por ganar la prima.

Lorenzo se impuso la obligación de pasar todas las mañanas por la Morgue, al dirigirse á su escritorio, y á pesar de la repugnancia que sublevaba su corazón, á pesar de los estremecimientos de asco que le sacudían, fué puntualmente, durante ocho

días consecutivos, á examinar el rostro de los ahogados extendidos sobre las losas.

Cuando entraba allí, un olor nauseabundo, olor á carne lavada, le hacía desfallecer, y parecía que la humedad de las paredes se infiltraban en sus vestidos que pesaban sobre sus hombros; iba derecho á la vidriera que separaba de los cadáveres á los espectadores; pegaba á los cristales su rostro pálido, y miraba...

Delante de él se alineaban las piedras grises, y en ellas yacían los cuerpos desnudos, simulando grandes manchas verdes y amarillentas, blancas y rojas; algunos conservaban, en la rigidez de la muerte, sus carnes vírgenes y otros asemejaban montones de músculos sangrientos y podridos.

En la pared del fondo colgaban los harapos lamentables del vestido de los muertos; sayas y pantalones que resaltaban ridículamente sobre la fría desnudez del yeso.

Lorenzo sólo veía al principio un conjunto sombrío de losas y de paredes, manchado de rojo y de negro, por los vestidos y cadáveres, y oía el rumor del agua que corría. Poco á poco distinguía los cuerpos, y entonces los miraba uno á uno. Cuando veía cadáveres hinchados y amoratados por el agua, mirábales, ávido de reconocer á Camilo.

Pero todos los ahogados son gordos; percibía vientres enormes, muslos hinchados, brazos redondeados y fuertes; y dudaba en presencia de aquellos cuerpos verdosos que parecían reírse de él.

Una mañana sintióse dominado por un verdadero espanto: examinaba hacia algunos minutos á un ahogado, pequeño de estatura y atrocamente desfigurado. El agua corriente caía sobre sus carnes casi disueltas y se las llevaba á pedazos; el chorro había abierto un agujero al lado de la nariz; y de repente, ésta se aplastó bajo el peso del agua, y los labios se separaron, dejando ver unos dientes muy blancos... La cara del ahogado se reía.

Cada vez que creía reconocer á Camilo, Lorenzo sentía un fuego en el corazón; deseaba ardiente-

mente tornar á ver á su víctima, y era presa del miedo cuando se figuraba que el cuerpo de su víctima estaba allí.

Sus visitas á la Morgue le llenaban de visiones el cerebro y le producían estremecimientos. Procuraba sustraerse al miedo, y tratábase de chiquillo; quería ser fuerte; pero á pesar suyo la carne se rebelaba y se apoderaba de él el espanto desde el instante en que respiraba la humedad y hediondez de la sala.

Cuando no había ahogados en la última fila de losas, su repugnancia era menor. Se consideraba un simple curioso, y hasta sentía un extraño placer mirando la muerte cara á cara, en actitudes lúgubres y aun grotescas.

Aquel espectáculo le divertía, sobre todo, cuando había cuerpos de mujeres mostrando el seno. Aquellas desnudeces brutalmente extendidas sobre la piedra gris, manchadas del sangre, agujereadas en algunos sitios, le atraían y le retenían.

Una vez vió á una muchacha del pueblo de unos veinte años, que parecía dormida sobre la piedra. Su cuerpo fresco y gordo tenía una blancura delicada. Sonreía á medias con la cabeza un poco inclinada y presentando el pecho en actitud provocadora. Hubiérasele creído una cortesana si no hubiese tenido junto al cuello una raya negra como un collar sombrío. Era una niña que se había ahogado por un disgusto amoroso. Lorenzo paseó largo rato sus miradas sobre aquel hermoso cuerpo, dominado por una especie de deseo pavoroso.

Todas las mañanas, mientras estaba en la Morgue, oía detrás de sí el vaivén del público entrando y saliendo.

La Morgue es un espectáculo al alcance de todos los bolsillos, que se proporcionan gratuitamente los paseantes pobres y ricos; la puerta está abierta y entra allí quien quiere.

Hay verdaderos «amateurs», que dan una vuelta por la sala todos los días, para no faltar á ninguna

Teresa Raquin—6

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
LOS MONTERREY, MEXICO

de aquellas representaciones de la muerte; y cuando las losas están vacías, desnudas, la gente se retira contrariada, murmurando entre dientes como si la hubieran robado algo.

Cuando las piedras están repletas, cuando aquello es una buena exposición de carne humana, los concurrentes se oprimen, se entregan por completo á las emociones baratas, se espantan, se burlan, aplauden ó silban, como en un teatro, y salen satisfechos, declarando que la Morgue ha tenido un gran éxito aquel día.

Lorenzo conoció pronto al público que frecuentaba el lúgubre recinto; público híbrido, abigarrado, que se apiadaba y se mofaba.

Entraban obreros, llevando bajo el brazo su pan y las herramientas, y entre ellos algún gracioso de taller hacía reír á los concurrentes diciendo chistes acerca de la mueca de los rostros de los cadáveres. A las víctimas de un incendio les llamaba carboneros, ahorcados, á los que habían caído bajo los golpes del puñal asesino, los suicidas, que tenían el pecho agujereado y la cabeza hecha pedazos, excitaban su verbosidad, y su voz un poco temblorosa balbuceaba frases cómicas en el silencio de la sala.

Luego llegaban pequeños propietarios, viejos delgados y secos, paseantes que entraban allí como desocupados, y que miraban los cuerpos rígidos con ojos estúpidos y con expresión de hombres pacíficos y delicados. Las mujeres estaban en gran número: había casi siempre jóvenes obreras coloradas, con las ropas muy limpias, que iban y venían de un lado á otro de la vidriera abriendo desmesuradamente los ojos para ver mejor el sombrío cuadro con tanta ilusión cual si estuviesen ante los escaparates de un establecimiento de novedades; había mujeres del pueblo con expresión estúpida y también señoras bien vestidas arrastraban indolentemente por aquellas sucias piedras sus faldas de seda.

Un día Lorenzo vió á una de estas últimas que se mantenía en pie á algunos pasos de la vitrina, tapándose las narices con un pañuelo de batista,

Llevaba un elegante saco de seda gris y una mantelita negra. Cubriale el rostro un velito y sus manos enguantadas eran pequeñas y delicadas. Trascendía á perfume de violeta. Miraba un cadáver. Sobre una piedra á poca distancia, yacía estirado el cuerpo de un buen mozo, un albañil, que se había matado al caer de un andamio. Tenía el pecho ancho y cuadrado, los músculos cortos y gruesos, y la carne blanca y gorda. La muerte le daba aspecto mármóreo. La dama le miraba; le daba vueltas por así decirlo con la mirada, le pesaba, se abstraía en el espectáculo de aquel hombre. Levantó un extremo del velo, miró un momento más y se marchó.

Algunas veces entraban bandadas de pilluelos, de doce á quince años, que corrían á lo largo de la vidriera, y sólo se detenían ante los cadáveres de las mujeres desnudas. Paseaban miradas lúbricas por los pechos, aprendiendo el vicio en la escuela de la muerte.

La Morgue es para los muchachos vagabundos de París, su primera querida.

Lorenzo, al cabo de una semana, estaba desalentado. De noche soñaba con los cadáveres que había visto por la mañana, y el sufrimiento, el disgusto que diariamente se imponía, le turbaron de tal manera, que resolvió hacer únicamente otras dos visitas.

Al día siguiente al entrar en la Morgue sintió en el pecho una violenta sacudida; en frente de él, sobre una losa, Camilo le miraba, tendido de espaldas, con la cabeza levantada, con los ojos entreabiertos...

El asesino se aproximó lentamente á la vidriera, como atraído, sin poder apartar de su víctima las miradas. No sufría, pero sentía un frío interior y ligeros picotazos en la superficie de la piel. El había creído temblar más.

Quedóse inmóvil durante cinco minutos, sumido en una contemplación involuntaria é inconsciente, grabando á su pesar en el fondo de su memoria todas las líneas horribles y todos los colores sucios del cuadro que tenía ante sí.

Camilo estaba inmóvil. Había permanecido quince días dentro del agua. Su semblante se hallaba aún rme y rígido; los rasgos de su fisonomía se conservaban; la piel solamente había tomado un color amarillento y fangoso. La cabeza, huesosa, seca, algo tumefacta, hacía una mueca y se inclinaba un poco hacia un lado; tenía el cabello pegado á las sienes, y los párpados levantados, mostrando el globo amarillento de los ojos, los labios retorcidos, estirados hacia un ángulo de la boca, tenían un gesto horrible; un pedazo de lengua negruzca asomaba por entre los dientes.

Aquella cabeza, curtida y estirada, como conservaba apariencia humana, había quedado más es pantosa.

El cuerpo parecía un montón de carne disuelta. Se había descompuesto mucho.

Sus brazos no estaban pegados; las clavículas rompían la piel de los hombros. Sobre el pecho verdoso resaltaban en negro las costillas. El lado izquierdo estaba abierto y mostraba su color rojizo. Todo el tronco estaba podrido. Las piernas, más firmes, presentaban repugnantes manchas y los pies colgaban.

Lorenzo miraba á Camilo. Jamás había visto un ahogado tan espantoso. El cadáver tenía aspecto raquítico, miserable, pobre; era como un puñado de podredumbre. Hubiérase adivinado fácilmente que aquello era un empleado de mil doscientas pesetas, estúpido y enfermizo, á quien su madre había nutrido con caldos.

Aquel pobre cuerpo que había crecido entre sábanas calientes, yacía en la fría losa.

Lorenzo, cuando pudo arrancarse á la curiosidad punzante que le tenía encantado, salió y echó á andar rápidamente por el muelle.

Y mientras hablaba, repetía muchas veces: «He aquí lo que he hecho de él. Resulta bien inmóvil.»

Y parecióle que un olor acre le seguía, el olor que debía exhalar aquel cuerpo en putrefacción.

Fué á buscar al viejo Michaud, y le dijo que acababa de reconocer á Camilo sobre una losa de

la Morgue. Fueron llenadas con gran actividad todas las formalidades, se enterró al ahogado y se levantó el acta de defunción.

Lorenzo, tranquilizado desde aquel momento, gozó voluptuosamente el olvido de su crimen y de las escenas enojosas consiguientes al asesinato.

XIV

La tienda del pasaje del Pont-Neuf estuvo cerrada durante tres días. Cuando se abrió nuevamente, parecía más triste y más húmeda. Hasta el escaparate, que había amarilleado con el polvo, parecía llevar el luto de la casa, y todo acusaba un completo abandono.

Detrás de los gorros de algodón suspendidos en el enrejado de alambre, veíase el rostro de Teresa de palidez mate y terrosa, con la inmovilidad de una calma siniestra.

Todas las comadres del pasaje lamentaban la desgracia. La vendedora de joyas falsas mostraba á cada uno de sus parroquianos el semblante flaco y entristecido de la joven viuda, como una curiosidad interesante y lamentable.

Tres días permanecieron en el lecho la señora Raquín y Teresa, sin hablarse una palabra, sin verse. La anciana tendera, sentada en el lecho y sostenida por almohadones, miraba con vaguedad de idiota; la muerte de su hijo había asestado un golpe tremendo á aquella pobre cabeza que cayó como atontada.

Permanecía la infeliz mujer horas enteras tranquila inerte, absorta en su desesperación; y de pronto acometida de una crisis, lloraba, gritaba y deliraba.

Teresa, en la alcoba cereana, parecía dormir, se había vuelto de cara á la pared y extendida hasta los ojos la ropa de la cama: así permanecía rígida, muda, inmóvil, sin que un sollozo ni un estremecimiento de su cuerpo levantase el lienzo que la cubría.

Hubiérase dicho que procuraba ocultar en la

sombra de la alcoba los pensamientos que la atoraban.

Susana, que velaba á las dos mujeres, iba suavemente de una á otra, arrastrando los pies con cuidado, é inclinando su rostro hacia las camas, sin poder conseguir que se volviese Teresa, que sólo respondía con bruscos movimientos de impaciencia, ni que se consolase la señora Raquín, que se deshacía en llanto en cuanto una voz le sacaba de la postración.

El tercer día Teresa rechazó la ropa que la tapaba, y sentóse en el lecho súbitamente, con una especie de decisión febril. Se separó su cabello y apretóse las sienes, quedando así algunos momentos, con las manos en la frente y los ojos fijos, como si reflexionase. Después saltó al suelo.

Sus miembros estaban temblorosos y enrojecidos por la fiebre, y anchas placas lívidas malizaban su piel que se replegaba como falta de carne. Había envejecido.

Susana, al entrar, sorprendióse mucho al verla levantada, y aconsejóla con acento plácido y afectuoso que volviera á acostarse y á reposar; mas Teresa no la escuchaba, y buscaba y se ponía los vestidos apresuradamente, con gestos febriles y temblorosos. Cuando estuvo vestida miró al espejo, frotóse los ojos, se pasó la mano por la cara como para borrar algo. Sin pronunciar una palabra atravesó rápidamente el comedor y entró en el cuarto de la señora Raquín.

La vieja se hallaba entonces en un momento de imbecilidad. Al acercarse Teresa, volvió la cabeza y siguió con la mirada á la joven viuda, que fué á colocarse cerca de ella, silenciosa y oprimida.

Contempláronse las dos mujeres algunos segundos: la sobrina con ansiedad creciente; la tía haciendo esfuerzo penoso de memoria, recordando. La señora Raquín se acordó, por fin, y extendiendo los brazos temblorosos cogió á Teresa por el cuello y gritó con dolor:

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Camilo!

Lloraba y sus lágrimas se evaporaban sobre la

piel ardiente de la joven viuda, que escondía sus ojos secos entre los pliegues de la sábana. Teresa permanecía encorvada, dejando que la anciana madre agotase su llanto. Desde el día del asesinato temía esta primera entrevista, y se había quedado en cama para retrasar el instante, y para reflexionar á sus anchas acerca del terrible papel que debía representar.

Cuando vió á la señora Raquín más tranquila, empezó á moverse delante de ella, y aconsejóla que se levantara y bajase á la tienda. La tendera, que había vuelto á la infancia, sintió que la aparición brusca de su sobrina la producía una crisis favorable, que le devolvía la memoria y la conciencia de las cosas y de los seres que la rodeaban. Dió gracias á Susana por sus cuidados, y habló, aunque débilmente, sin delirio, con voz llena de una tristeza que la sofocaba á cada momento.

A veces veía salir á Teresa, y rompía á llorar súbitamente y llamábala para abrazarla, sollozando, y decíala con voz entrecortada que ya sólo ella la quedaba en el mundo.

Por la tarde consintió en levantarse, y probó á comer. Teresa pudo ver entonces el golpe terrible que había recibido su tía.

Las piernas de la pobre anciana se habían entorpecido. Fué necesario darla un bastón para que se arrastrase hasta la mesa del comedor, y allí, pareciale que las paredes bailaban á su alrededor.

Sin embargo, desde la mañana siguiente quiso que se abriese la tienda. Temía volverse loca si estaba sola en su cuarto. Bajó pesadamente la escalera de madera, fijando dos pies en cada pedazo, y fué á sentarse detrás del mostrador.

A partir de aquel día, la señora Raquín estuvo allí como clavada en su sereno dolor. A su lado, Teresa soñaba y esperaba.

La tienda volvió á adquirir su calma sombría.

XV

Lorenzo volvió por la noche durante dos ó tres días. Quedábase media hora en la tienda hablando con la señora Raquín, y luego se marchaba, sin haber mirado de frente á Teresa.

La anciana tendera le consideraba como al salvador de su sobrina, como un noble corazón, que había hecho lo posible por devolverla su hijo. Le acogía con tierna bondad.

Un jueves por la noche Lorenzo estaba aún allí cuando entraron el viejo Michaud y Grivet. Daban las ocho.

El empleado y el antiguo comisario de policía juzgaban, cada uno por su lado, que ya era tiempo de volver á reanudar sus queridas costumbres sin sin mostrarse importunos, y llegaron al mismo tiempo, como movidos por el mismo resorte.

Olivier y Susana entraron detrás de ellos.

Subieron al comedor, y la señora Raquín, que no esperaba á nadie, se apresuró á encender la lámpara y á hacer el té.

Cuando todos estuvieron sentados alrededor de la mesa, cada uno enfrente de su taza, y se vació la caja del dominó, la pobre madre, transportada súbitamente al pasado, miró á sus invitados y prorrumió en sollozos.

Había un lugar vacío; el de su hijo.

Su desesperación enfrió y molestó á la reunión. Todos los semblantes mostraban cierta beatitud egoísta.

Aquellas gentes sentíanse avergonzadas, puesto que no conservaban el menor recuerdo de Camilo.

—Vamos, querida señora—exclamó el viejo Michaud con tono impaciente,—es menester que no os desesperéis así, volveréis á caer enferma.

—¡Todos somos mortales!—añadió Grivet.

—Esas lágrimas no resucitarán á vuestro hijo,—dijo Olivier sentenciosamente.

—Yo os ruego que no nos apenéis,—murmuró Susana.

Y como la señora Raquín sollozase más fuerte, sin poder contener sus lágrimas:

—¡Vamos, vamos! ¡Un poco de valor!...—repuso Michaud.—Ya comprendéis que venimos aquí para distraeros... ¡Qué diablo! No nos entristezcamos, procuremos olvidar... Jugamos á dos sueldos la partida. ¿Eh? ¿Qué os parece?

La tendera contuvo sus lágrimas, haciendo un esfuerzo supremo.

Quizá comprendió el feliz egoísmo de sus huéspedes.

Enjugóse los ojos, todavía agitada; las fichas del dominó temblaban en sus débiles manos; las lágrimas que le habían quedado bajo los párpados le impedían ver.

Jugaron.

Lorenzo y Teresa habían asistido á aquella corta escena, con aire grave é impasible.

Al joven le encantaba ver que se reanudaban las veladas de los jueves.

Las deseaba ardientemente, creyendo que tendría necesidad de ellas para alcanzar su objeto.

Además sin saber por qué, encontrábase mejor entre algunas personas conocidas y se atrevía á mirar de frente á Teresa.

La joven, vestida de negro, pálida y recogida, parecía dotada de una belleza que no había visto antes.

Se sintió feliz al buscar sus miradas y advertir que se fijaban en las suyas con firmeza animosa.

Teresa le pertenecía completamente; carne y corazón.

XVI

Pasaron quince meses. Se endulzaron las asperezas de los primeros días, y cada cual llevaba ya á la familia Raquín una tranquilidad, un consuelo más; la vida recobró su curso ordinario, con esa languidez cansada y ese estúpido monótono consiguiente á las grandes crisis.

Lorenzo y Teresa se dejaron llevar hacia aquella nueva existencia que les transformaba.

Operóse en ellos un trabajo sordo que habría sido necesario analizar con delicadeza extremada si se hubiese querido señalar con precisión todas sus fases.

Pronto comenzó Lorenzo á ir todas las noches, como antes, á la tienda. Pero no comía allí ni se instalaba en la casa durante veladas enteras.

Llegaba á las nueve y media y se retiraba después de cerrado el almacén.

Hubiérase dicho que cumplía un deber yendo á ponerse al servicio de las dos mujeres.

Si un día dejaba de ir se excusaba al siguiente con humildad de criado.

El jueves ayudaba á la señora Raquín á encender lumbre y hacer los honores de la casa.

Tenía atenciones que encantaban á la anciana tendera.

Mirábale Teresa tranquilamente agitarse en torno de ella.

Había desaparecido la palidez de su rostro, y había mejorado mucho, siendo su expresión más sonriente, más dulce; y apenas alguna que otra vez se dibujaban en sus labios, frunciéndose en una contracción nerviosa, dos pliegues profundos, que daban á su cara una extraña expresión de dolor y espanto.

Los dos amantes no procuraron verse á solas, jamás se dieron cita ni cambiaron furtivamente un beso.

El asesino había calmado por entonces la fiebre voluptuosa de su carne.

Matando á Camilo, consiguieron la satisfacción de aquellos deseos fogosos é insaciables que no habían podido saciar el uno en brazos del otro.

Sin embargo, habrían tenido gran facilidad, para entregarse á la vida libre del amor, cuya idea les impulsó á dar muerte á Camilo.

La señora Raquín, impedida, casi imbécil, no era un obstáculo.

La casa les pertenecía, pudiendo salir y encaminarse á donde mejor les pareciese.

Pero el amor ya no les tentaba, y sus deseos se habían disipado.

Permanecían allí uno enfrente del otro, mirándose sin rubor y sin estremecimientos, como si hubiesen olvidado los frenéticos abrazos que habían aplastado su carne y hecho crujir sus huesos.

Hasta evitaban encontrarse á solas.

En la intimidad no sabían qué decirse.

Temían manifestarse mutuamente demasiada frialdad.

Cuando cambiaban un apretón de manos sentían malestar al contacto de su piel.

Con todo, ellos creían explicarse actitud tan indiferente, aquello era efecto de su prudencia.

Su calma, su abstinencia, eran, según ellos, obra de su alta diplomacia.

La repulsión, el malestar que sentían, parecían un resto de espanto, un sordo miedo al castigo.

Alguna vez se entregaban á la esperanza, procuraban reanudar las ardientes ilusiones de otros días; pero se asombraban al comprender que su imaginación estaba vacía.

Y entonces se mecían en la idea de su próximo casamiento: logrado su objeto, no teniendo nada que temer, entregados el uno al otro, sentirían de nuevo su pasión y gozarían las soñadas delicias.

Esta esperanza les tranquilizaba, les impedía descender al fondo del abismo abierto delante de ellos.

Persuadíanse de que se amaban como antes, y aguardaban la hora que les había de hacer completamente felices para siempre.

Jamás Teresa sintió tanta calma en su espíritu.

A no dudar estaba mejor que nunca.

Todas las implacables exigencias de su sér se habían relajado.

Teresa reconocíase dichosa, sola en su lecho, sin sentir al lado el flaco semblante y el cuerpo enfermizo de Camilo, que exasperaba su carne y la sumía en deseos violentos.

Creíase aún doncella, durmiendo bajo los blancos cortinajes, en medio del silencio y de la obscuridad.

Agradábase su cuarto, ancho y un poco frío, con su elevado techo, sus rincones oscuros y su aspecto de claustro. Hasta llegó á gustar de aquella inmensa pared negra fronteriza á su ventana; y durante todo un verano estuvo horas enteras todas las noches contemplando las piedras grises de la pared y los lienzos de cielo estrellado cortados por los tejados y las chimeneas.

No pensaba en Lorenzo sino cuando alguna pesadilla la despertaba con sobresalto; entonces, sentándose en la cama trémula, con los ojos muy abiertos, arrebujándose en su propia camisa, decíase que no sentiría aquellos sustos si durmiese con un hombre.

Pensaba en su amante como en un perro que la guardase y protegiese, pero sin que su piel fresca y tranquila la produjera el menor estremecimiento de deseo.

De día, cuando estaba en la tienda, se interesaba por las cosas externas, saliéndose de sí misma y de sus ideas de odio y de venganza.

La meditación la fastidiaba ya, y sentía necesidad de moverse y de ver.

De la mañana á la noche estaba mirando las gentes que atravesaban el pasaje, y el ruido y el movimiento la divertían.

Tornóse curiosa, bachillera, mujer, en fin, porque hasta entonces sólo tuvo ideas y actos de hombre.

Merced al espionaje á que se dedicaba, fijóse en un estudiante, que vivía en una casa de pupilos cercana, y que pasaba varias veces al día por delante de la tienda.

Ese joven tenía rostro pálido, grandes cabellos de poeta y bigote de oficial.

Y parecióle á Teresa muy distinguido hasta el punto de que se enamoró de él durante una semana como una colegiala.

Leía novelas, y comparaba al joven con Lorenzo; deducía que este último era muy grueso y pesado.

La lectura desplegó ante su espíritu románticos horizontes desconocidos; sólo había amado con su sangre y con sus nervios, y amó ya con su cabeza.

Un día el estudiante desapareció, tal vez por haber cambiado de habitación.

Teresa le olvidó para siempre en pocas horas. Suscribióse á un gabinete literario, y se apasionó por los héroes de las novelas.

Este súbito amor á la lectura tuvo notable influencia en su temperamento.

Gracias á él adquirió una sensibilidad nerviosa, que la hacía reír ó llorar sin motivo.

El equilibrio que tendía á establecerse en ella, fué roto por aquella excitación.

A veces caía en una especie de vago ensueño; y á ratos el pensamiento de Camilo la agitaba y entonces pensaba en Lorenzo, con nuevos deseos, llenos de temor y de desconfianza.

Ya buscaba un medio para casarse inmediatamente con su amante; ya pensaba huirle, no volverle á ver jamás.

Las novelas, hablándole de castidad y de honor, pusieron un obstáculo entre sus instintos y su voluntad.

Siguió siendo la bestia indomable que quería luchar con el Sena, y que se había arrojado violentamente en el adulterio; pero tuvo conciencia desde entonces de la bondad y del honor; comprendió el rostro mudo y la actitud muerta de la mujer de Olivier, y supo que no se podía matar á un marido y ser dichosa.

Ya no era la misma y vivió en lo sucesivo sufriendo una cruel indecisión.

Lorenzo por su parte atravesó también por diversas fases de calma y de fiebre.

Experimentó primero un sosiego profundo; sentíase como descargado de un peso enorme. Algunas veces se preguntaba con extrañeza, creyendo haber sido víctima de un mal sueño, si en realidad había arrojado á Camilo al Sena, y había visto su cadáver sobre una losa de la Morgue.

Sorprendíale extrañamente el recuerdo de su crimen, pues nunca se había creído capaz de un asesinato.

Temblaba á pesar de su prudencia, al imaginar que habría podido descubrirse el crimen y que le hubieran guillotinado.

Sentía entonces en su cuello el frío del cuchillo.

Cuando se trató de obrar, marchó de frente sin vacilación, con ceguedad de bruto.

Pero entonces, al ver el abismo que había franqueado, le asaltaban desfallecimientos de espanto.

—Seguramente estaba loco — pensaba. — Estaba borracho. Esa mujer me había colmado de caricias. Dios mío. ¡He sido un imbécil y un loco! He corrido el riesgo de la guillotina por semejante enredo. En fin, todo pasó... Pero si tuviese que volver á hacerlo, no lo haría.

Tornóse más blando, más prudente, más cobarde que nunca.

Engordó y se apoltronó.

Cualquiera que hubiese estudiado aquel cuerpo enorme rebosando sobre sí mismo, y que no tenía, al parecer, ni huesos ni nervios, no se hubiese atrevido á acusar á Lorenzo de violencia y crueldad.

Volvió á sus antiguas costumbres, y fué durante varios meses, un empleado modelo, que desempeñaba su tarea con embrutecimiento ejemplar.

Por la tarde comía en un bodegón de la calle de Saint-Victor, cortando el pan en pequeños pedazos, mascando lentamente las viandas, procurando prolongar la comida.

Después se recostaba contra la pared, y fumaba despacio su pipa.

Se le hubiera tomado por un hombre gordo de buena índole.

Durante el día nada pensaba, y por la noche dormía con sueño profundo y sin pesadillas.

Con su rostro colorado y redondo, el estómago lleno y el cerebro vacío era feliz.

Su carne parecía muerta, y ni siquiera pensaba en Teresa

Acordábase de ella alguna vez, como de la mujer con quien había de casarse algún día, en un porvenir indeterminado.

Esperaba con paciencia la hora de su casamiento, olvidándose de la mujer y soñando sólo en la nueva posición que entonces adquiriría.

Abandonaría su empleo, pintaría como «amateur»: holgaría, enfin.

Estas esperanzas le llevaba todas las noches á la tienda del pasaje, no obstante el vago malestar que sufría al entrar en ella.

Un domingo estaba muy aburrido, y no sabiendo qué hacerse, dirigióse á casa de un antiguo compañero de colegio, el joven pintor con quien había vivido largo tiempo.

El artista trabajaba en un cuadro que deseaba enviar al *Salón*, y que presentaba á una *Bacante* desnuda, reclinada sobre un pedazo de alfombra.

En el fondo del taller estaba acostada la modelo: una mujer desnuda, echada, con la cabeza hacia atrás, el torso ladeado y la cadera levantada.

Aquella muchacha reía á cada momento, alargando los brazos para desperezarse.

Lorenzo, que se había sentado enfrente de ella, la miraba, fumando y hablando con su amigo.

Su sangre latía con violencia y sus nervios se irritaron contemplándola.

Estuvo allí toda la tarde, y luego llevóse la muchacha á su casa.

La pobre joven le amó, porque le parecía un hombre guapo y fué su querida durante un año.

Lorenzo no supo decirse nunca si la amaba, ni tampoco se le ocurrió la idea de que, teniéndola por querida, era infiel á Teresa.

Sentíase más satisfecho y más feliz: he aquí todo.

Por otra parte, la muchacha no le costaba dinero.

Estaba todo el día sirviendo de modelo á los pintores, y se mantenía de lo que se ganaba.

Entre tanto, el luto de Teresa había concluido. La joven vestía de color y llegó el día en que Lorenzo la encontró rejuvenecida y embellecida.

Pero experimentaba siempre cierto malestar delante de ella.

Hacia algún tiempo que creía verla febril, llena de extraños caprichos, riendo y entristeciéndose sin motivo.

Aquella indecisión le asustaba, pues le hacía adivinar en parte su lucha y su zozobra.

Vivía tranquilamente, con sus apetitos perfectamente satisfechos, y temía exponer el equilibrio de su vida casándose con una mujer tan nerviosa, cuyas pasiones violentas le habían arrastrado al crimen.

El primer choque que recibió, y le sacudió de su marasmo, fué el pensar que ya era preciso disponer su matrimonio con Teresa, pues hacía quince meses que había muerto Camilo.

Hubo un momento en que Lorenzo rechazó en absoluto aquel matrimonio, pensando en dejar plantada á Teresa y conservar á la modelo, cuyo amor complaciente y barato le bastaba.

Después se dijo que no podía haber matado á un hombre inútilmente; acordándose del crimen y de los esfuerzos desesperados que hizo por la posesión de aquella mujer, comprendió que el asesinato resultaría inútil y atroz si no se casaba con ella.

Arrojar un hombre al agua para robarle su viuda, esperar quince meses y decidirse al fin á vivir con una muchacha que arrastraba su cuerpo por todos los estudios de pintor, parecióle algo muy ridículo, que le hizo sonreír.

Por otra parte, ¿no estaba unido á Teresa por un lazo de sangre y de horror?

Sí; la sentía gritar y retorcerse alrededor de sí mismo: pertenecía á ella.

Temía á su cómplice, pues quizás si no se casaba iría ella misma á contárselo todo á la justicia en un arrebató de vengativos celos.

Estas ideas se atropellaban en su cabeza y sentía calentura.

En este estado se hallaba cuando la modelo le

abandonó bruscamente. Sin duda había encontrado otro lecho más caliente y comfortable.

Lorenzo se afligió un poco; sólo por la noche echó de menos á la mujer que dormía á su lado, y experimentó de súbito un vacío en su existencia.

Ocho días después sus nervios se rebelaron.

Comenzó nuevamente á pasar noches enteras en la tienda del pasaje, á mirar á Teresa con ojos en que resplandecían fulgores rápidos.

La joven, que salía estremecida de sus largas lecturas, languidecía y se abandonaba bajo aquellas miradas.

Así volvieron al deseo y á la angustia después de un año largo de aguardar indiferentes.

Una noche Lorenzo, al cerrar la tienda, detuvo un instante á Teresa en el pasaje.

—¿Quieres que vaya esta noche á tu cuarto?— preguntóle con voz ardiente.

La joven hizo un gesto de espanto.

—¡No, no! ¡Esperemos!...—dijo.—Seamos prudentes...

—Páreceme que hace mucho tiempo que espero— dijo Lorenzo.—Estoy cansado y te quiero.

Teresa le miró con locura, y el calor le abrazaba las manos y el rostro. Pareció vacilar, y en seguida con tono brusco, dijo:

—Casémonos, y seré tuya.

XVII

Lorenzo, con el espíritu en tensión y la carne excitada, salió del pasaje.

El consentimiento y á la vez el hálito caliente de Teresa acababan de provocar en él los acres apetitos de otros días.

Echó á andar por los muelles, con el sombrero en la mano, para recibir en pleno rostro todo el aire del cielo.

Cuando llegó á la calle Saint-Victor, y á la puerta de su casa, tuvo miedo de subir y de hallarse solo. Terror pueril, inexplicable, imprevisto, que

Teresa Raquin—7.

Pero experimentaba siempre cierto malestar delante de ella.

Hacia algún tiempo que creía verla febril, llena de extraños caprichos, riendo y entristeciéndose sin motivo.

Aquella indecisión le asustaba, pues le hacía adivinar en parte su lucha y su zozobra.

Vivía tranquilamente, con sus apetitos perfectamente satisfechos, y temía exponer el equilibrio de su vida casándose con una mujer tan nerviosa, cuyas pasiones violentas le habían arrastrado al crimen.

El primer choque que recibió, y le sacudió de su marasmo, fué el pensar que ya era preciso disponer su matrimonio con Teresa, pues hacía quince meses que había muerto Camilo.

Hubo un momento en que Lorenzo rechazó en absoluto aquel matrimonio, pensando en dejar plantada á Teresa y conservar á la modelo, cuyo amor complaciente y barato le bastaba.

Después se dijo que no podía haber matado á un hombre inútilmente; acordándose del crimen y de los esfuerzos desesperados que hizo por la posesión de aquella mujer, comprendió que el asesinato resultaría inútil y atroz si no se casaba con ella.

Arrojar un hombre al agua para robarle su viuda, esperar quince meses y decidirse al fin á vivir con una muchacha que arrastraba su cuerpo por todos los estudios de pintor, parecióle algo muy ridículo, que le hizo sonreír.

Por otra parte, ¿no estaba unido á Teresa por un lazo de sangre y de horror?

Sí; la sentía gritar y retorcerse alrededor de sí mismo: pertenecía á ella.

Temía á su complice, pues quizás si no se casaba iría ella misma á contárselo todo á la justicia en un arrebató de vengativos celos.

Estas ideas se atropellaban en su cabeza y sentía calentura.

En este estado se hallaba cuando la modelo le

abandonó bruscamente. Sin duda había encontrado otro lecho más caliente y comfortable.

Lorenzo se afligió un poco; sólo por la noche echó de menos á la mujer que dormía á su lado, y experimentó de súbito un vacío en su existencia.

Ocho días después sus nervios se rebelaron.

Comenzó nuevamente á pasar noches enteras en la tienda del pasaje, á mirar á Teresa con ojos en que resplandecían fulgores rápidos.

La joven, que salía estremecida de sus largas lecturas, languidecía y se abandonaba bajo aquellas miradas.

Así volvieron al deseo y á la angustia después de un año largo de aguardar indiferentes.

Una noche Lorenzo, al cerrar la tienda, detuvo un instante á Teresa en el pasaje.

—¿Quieres que vaya esta noche á tu cuarto?— preguntóle con voz ardiente.

La joven hizo un gesto de espanto.

—¡No, no! ¡Esperemos!...—dijo.—Seamos prudentes...

—Páreceme que hace mucho tiempo que espero— dijo Lorenzo.—Estoy cansado y te quiero.

Teresa le miró con locura, y el calor le abrazaba las manos y el rostro. Pareció vacilar, y en seguida con tono brusco, dijo:

—Casémonos, y seré tuya.

XVII

Lorenzo, con el espíritu en tensión y la carne excitada, salió del pasaje.

El consentimiento y á la vez el hálito caliente de Teresa acababan de provocar en él los acres apetitos de otros días.

Echó á andar por los muelles, con el sombrero en la mano, para recibir en pleno rostro todo el aire del cielo.

Cuando llegó á la calle Saint-Victor, y á la puerta de su casa, tuvo miedo de subir y de hallarse solo. Terror pueril, inexplicable, imprevisto, que

Teresa Raquin—7.

le hizo temer que un muchacho estuviese oculto en su buhardilla... Jamás le había sucedido semejante cosa.

Y no intentó siquiera reponerse de aquel extraño estremecimiento: entró en una taberna, y allí permaneció más de una hora, hasta después de las doce, inmóvil y callado junto á la mesa, bebiendo maquinalmente grandes vasos de vino.

Pensaba en Teresa, se irritaba contra la joven por no haber querido recibirle aquella noche en su cuarto, y pensaba en que no hubiera tenido miedo con ella.

Cerraron la taberna, se quedó en la puerta un momento, y volvió á entrar para pedir cerillas.

El despacho del hotel donde vivía estaba en el primer piso, y Lorenzo tenía que recorrer un largo corredor y subir unos escalones, antes de coger su bujía. Esta escalera y aquel pasillo oscuros le espantaban.

Ordinariamente cruzaba sin escrúpulo aquellas tinieblas, y entonces ni siquiera se atrevía á llamar, y decíase que allí mismo, en cierto fondo negro que formaba la entrada de la cueva, había apostados asesinos para arrojarse á su cuello cuando pasase.

Tiró de la campanilla, encendió un fósforo y se decidió á lanzarse por el pasillo.

¡La cerilla se apagó!... Y quedóse inmóvil, palpitante, sin atreverse á huir, frotando cerillas en la parte húmeda, con una ansiedad que hacía temblar su mano.

Parecióle oír voces y ruidos delante de sí mismo, y las cerillas se despedazaban entre sus dedos.

Consiguió encender una que chisporroteó, empezó á arder su madera con una lentitud que hizo aumentar las angustias de Lorenzo, y á la claridad pálida y azulada de la llama, y entre los resplandores vacilantes que corrían creyó divisar formas monstruosas...

Después, la cerilla palideció, tornándose blanca y clara.

Lorenzo más confiado, avanzó con precaución,

teniendo cuidado de que no se le extinguiese la luz.

Cuando la fué necesario pasar por delante de la cueva arrimóse á la pared opuesta todo lo que pudo...

¡Había allí una masa sombría que le aterraba!

Llegó á su habitación, entró cerrando tras sí violentamente, y sus primeros cuidados fueron mirar debajo de su cama y examinar minuciosamente la habitación para ver si había alguien escondido.

Cerró la ventana del techo, pensando en que cualquiera podía entrar por allí fácilmente.

Luego, ya más sobre sí, se desnudó, y se asombró de su cobardía.

Acabó por sonreírse y por tratarse de niño.

Nunca fué miedoso y no podía explicarse aquella crisis de terror.

Se acostó.

Cuando sintió su cuerpo en el dulce calor de las sábanas, acordóse otra vez de Teresa, á quien había olvidado en el vértigo de sus terrores.

Sus ojos, obstinadamente cerrados, buscaban el sueño, y Lorenzo conocía, no obstante, que sus pensamientos trabajaban, se le imponían, se ligaban unos con otros, y le presentaban siempre las ventajas que había de lograr casándose á toda prisa.

De pronto se volvía del otro lado y se decía:

—¡Ea! ¡No pensemos ya más! ¡A dormir! Mañana tengo que levantarme á las ocho para ir á mi oficina...

Entonces hacía verdaderos esfuerzos para dormirse; pero las ideas le asaltaban de nuevo una tras otra; la labor de sus razonamientos volvía á empezar y hallábase bien pronto en una especie de sueño violento, insensato, que extendía en el fondo de su cerebro la necesidad de su matrimonio, y los argumentos que sus deseos y su prudencia le sugerían alternativamente en pro y en contra de la posesión de Teresa.

Entonces, comprendiendo que no podía dormir, y que el insomnio irritaba su carne, se echó cabeza

arriba, abrió los ojos cuanto pudo, y dejó á su cerebro llenarse del recuerdo de la joven.

El equilibrio estaba roto y la calentura de antes le abrasaba.

Tuvo la idea de levantarse, de volver al pasaje del Pont-Neuf.

Se haría abrir la reja, llamaría al postigo secreto y obligaría á Teresa á recibirle...

¡Al pensar de este modo la sangre le subía á la cabeza!

Su ensueño tenía una lucidez asombrosa.

Veíase ya en las calles, andando de prisa á lo largo de las casas, y se decía:

«Voy por el «boulevard» y atraveso para llegar más pronto.»

Después chirriaba la reja del pasaje, seguía la angosta galería, sombría y desierta, contento de llegar á casa de Teresa sin ser visto por la vendedora de joyas falsas; imaginábase después hallarse ya en el pasillo, en la obscura escalera por donde había pasado tan á menudo.

Allí sentía los placeres abrasadores de otro tiempo, y recordaba los terrores deliciosos y las voluptuosidades punzantes del adulterio...

Sus recuerdos adquirían una realidad que impresionaba sus sentidos; tocaba los muros, veía la sombra de la escalera; creía subir cada escalón, anhelante y con el oído atento; y llamaba discretamente á la puerta, la puerta se abría, y Teresa estaba allí esperándole, en chambrá y enaguas, completamente blanca.

Estas ideas se desenvolvían ante él como un espectáculo real.

Con los ojos fijos en la sombra, veía.

Cuando recorridas las calles y subida la escalera creyó ver á Teresa, pálida y ardiente, exhaló un grito y saltó del lecho murmurando:

—¡Me espera, me espera! ¡Es preciso ir!

Este brusco movimiento destruyó la alucinación; sintió el frío del enladrillado y tuvo miedo.

Quedóse inmóvil; escuchando, con los pies des-

nudos, parecióle oír ruido de pasos en el rellano de la escalera.

Para ir á casa de Teresa tenía que pasar otra vez por delante de la cueva.

Este pensamiento le estremeció.

Embargóle de nuevo el terror, un terror estúpido y abrumador:

Miró con desconfianza su cuarto, y vió arrastrarse por él girones blanquecinos de claridad; subióse entonces al lecho suavemente, y haciéndose una bola escondióse lo más que pudo, como para librarse de un arma ó de un cuchillo, que le estuviera amenazando.

Agolpósele la sangre á la cabeza, que le ardía.

Puso en ella la mano, y sintió bajo sus dedos la cicatriz de la mordedura de Camilo.

Había casi olvidado esta mordedura, y se aterró al encontrarla sobre la piel, pensando que le comía la carne.

Retiró vivamente la mano para no tocarla, pero siguió sintiéndola siempre allí, devorándole, agujereando su cuello.

Rascóse entonces con la punta de las uñas, y terrible escozor fué más intenso.

Para no arrancarse la piel, cerró las manos entre las rodillas; y rígido, irritado, permaneció inmóvil largo tiempo, mientras le castañeteaban los dientes.

Sus ideas se concentraron en Camilo.

Hasta entonces el ahogado no había turbado las noches de Lorenzo, y he aquí que el pensamiento de Teresa le llevaba el espectro de su marido.

El asesino no osaba abrir los ojos, temiendo descubrir su víctima en un rincón de la estancia.

Parecióle de pronto que su cama era sacudida extrañamente, ó imaginóse que Camilo estaba oculto bajo el lecho y que era él quien lo movía, para hacerle caer y morderle.

Estremecido, con los cabellos erizados, agarróse al colchón, creyendo que las sacudidas eran cada vez más violentas.

Al cabo se percibió de que el lecho no se movía, y sintió en seguida la reacción.

Sentóse y encendió su bujía, tratándose de imbecil.

Bebió un vaso de agua para aplacar su fiebre.

—He hecho mal en beber tanto en la taberna... No sé que tengo esta noche. Esto es estúpido. Estaré rendido hoy en mi oficina. He debido dormirme en el acto, y no pensar tanto en estas cosas. Esto es lo que motiva mi insomnio... ¡Durmamos!

Apagó la luz y hundió la cabeza en la almohada un poco fresca, bien resuelto á no pensar y á no tener miedo.

La fatiga empezó á dilatar sus nervios: pero no se durmió con su sueño ordinario, pesado y profundo. Se deslizó lentamente en vaga somnolencia.

Estaba como amodorrado bajo un letargo dulce y voluptuoso.

Sentía dormitar su cuerpo pero tenía la mente despierta en su carne muerta.

Recomenzaron sus ensueños.

Recorrió otra vez el camino que le separaba de la casa de Teresa; bajó la escalera, pasó corriendo por delante de la cueva, cruzó todas las calles y plazas que había recorrido antes cuando soñaba con los ojos abiertos, entró en el pasaje de Pont-Neuf, subió la escalerilla y arañó la puerta.

Pero en lugar de Teresa, en lugar de la joven en enaguas, desnudo el seno, toda blanca, Camilo fué quien le abrió.

Camilo tal como él le había visto en la Morgue, vodoso, atrozmente desfigurado.

El cadáver le tendía los brazos, riéndose con risa innoble y mostrando un pedazo de lengua negruzca entre la línea blanco mate de los dientes.

Lorenzo lanzó un grito y despertó sobresaltado, bañado en sudor frío.

Se cubrió los ojos con la colcha, insultándose irritado contra sí mismo.

Quiso dormirse de nuevo.

Logrólo como antes, lentamente; la misma postración se apoderó de él, y en cuanto el sueño le hubo

robado otra vez la voluntad, volvió á caminar hacia casa de Teresa, á donde le conducía su idea fija, y llamó y también aquella vez fué el ahogado quien le abrió la puerta.

El miserable, aterrado, se sentó.

Habría querido á toda costa rechazar su pesadilla implacable.

Anhelaba un sueño de plomo que aplastase sus pensamientos.

Mientras estaba despierto, tenía bastante energía para rechazar el fantasma de su víctima; pero desde que no era dueño de sí mismo, su espíritu le arrastraba al espanto al conducirlo á la voluptuosidad.

Procuró dormir todavía, y se sucedieron en él el letargo y el despertar bruscamente delirante.

Más de diez veces recorrió el mismo camino: siempre iba á ver á Teresa, con la carne ardorosa, y percibía las mismas sensaciones y realizaba los mismos actos con minuciosa exactitud; y también más de diez veces vió al ahogado ofrecerse á sus besos cuando el abría los brazos para enlazar y apretar á su querida.

Este mismo siniestro desenlace que cada vez le despertaba más anheloso y fuera de tino, no aplacaba su deseo le hacía olvidar el innoble cadáver que le aguardaba y corría de nuevo á buscar el cuerpo esbelto y caliente de una mujer.

Una sacudida, la última, fué tan violenta, tan dolorosa, que decidió levantarse y no luchar más. Estaba amaneciendo y un resplandor gris y melancólico entraba por la ventana del techo, que cortaba en el cielo un cuadro blanquecino, ceniciento.

Lorenzo se vistió muy despacio, con sorda irritación, exasperado de no haber dormido, de haberse dejado dominar de un temor que consideraba infantil.

Al ponerse el pantalón, se estiraba, se frotaba los miembros y se pasaba las manos por la cara abatida y ajada por una noche de calentura.

Y repetía:

—Si no debía haber pensado en todo eso, na-

bría dormido y estaría ahora fresco y dispuesto... ¡Ah! ¡Si Teresa hubiese querido anoche, si hubiese dormido conmigo!...

La idea de que Teresa le hubiera librado del miedo ahuyetando sus pesadillas, le tranquilizó un poco.

En su interior, sin embargo, temía pasar otras noches parecidas á la que acababa de sufrir.

Mojóse la cara y se peinó.

Esta «toilette» elemental refrescó su cabeza y disipó sus postreros temores. Razonaba libremente y sólo sentía gran fatiga en todos sus miembros.

—Yo no soy cobarde—se decía, acabando de vestirse;—y apenas si me burló de Camilo... Es absurdo creer que ese pobre diablo está debajo de mi cama. ¡Si acabaré por creer eso todas las noches!... Decididamente, es necesario que me case cuanto antes. Así que Teresa me estreche en sus brazos ya no pensaré en Camilo... Ella me besará en el cuello, y no sentiré más el atroz escozor que ahora sufro: Veamos esta mordedura.

Aproximóse al espejo, alargó el cuello y miró: la cicatriz era color de rosa pálida.

Lorenzo, al distinguir la huella de los dientes de su víctima, experimentó una emoción, la sangre le afluyó á la cabeza, y notó entonces un extraño fenómeno. La cicatriz eurojeció por la ola que subía á la cabeza y se volvió viva, sangrienta, toda roja, sobre el cuello gordo y blanco.

Al mismo tiempo Lorenzo volvió á sentir pinchazos agudos como si le hundiesen alfileres en la cicatriz. Apresuróse á levantar el cuello de su camisa.

—¡Bah!—exclamó.—Teresa curará esto... Algunos besos bastarán... ¡Qué imbécil soy pensando en estas cosas!

Se puso el sombrero y bajó.

Tenía deseos de tomar el fresco libremente y de andar.

Sonrióse al pasar delante de la cueva; con todo, se aseguró de la solidez del candado que cerraba

la puerta. Ya fuera echó á andar con paso lento por las aceras desiertas.

Eran apenas las cinco.

Lorenzo pasó un día terrible.

Tuvo que luchar con el sueño que le embargó al medio día en su oficina.

Su cabeza, pesada y torpe, se inclinaba á pesar suyo, levantándola bruscamente en cuanto oía los pasos de alguno de sus jefes.

Esta lucha, estas sacudidas acabaron de quebrantar sus miembros, causándole angustias intolerables.

Por la noche, á pesar de su cansancio, quiso ver á Teresa.

Encontróla calenturienta, rendida y fatigada como él.

—Nuestra pobre Teresa ha pasado mala noche—le dijo la señora Raquín cuando se hubo sentado.—Parece que ha tenido pesadillas, un insomnio terrible... La he oído gritar varias veces... Esta mañana se encontraba muy mal.

Mientras hablaba su tía, Teresa miró fijamente á Lorenzo.

Sin duda ambos adivináronse mutuamente sus comunes terrores, porque un mismo estremecimiento nervioso recorrió sus rostros.

Permanecieron uno frente de otro hasta las diez, hablando de cosas baladís; pero comprendiéndose y comprometiéndose los dos con la mirada á apresurar el momento en que pudieran unirse contra el ahogado.

XVIII

También Teresa había sido visitada por el espectro de Camilo durante aquella noche de fiebre.

La proposición ardiente de Lorenzo pidiéndola una cita después de un año de indiferencia la había impresionado vivamente.

Bullía su carne cuando sola y acostada pensaba que el matrimonio debía verificarse pronto.

Entonces fué cuando en medio de las sacudidas del insomnio, había visto surgir al ahogado.

Como Lorenzo, ella se agitó entre el deseo y el terror; y como él, se había dicho que ya no tendría miedo, que no experimentaría tales sufrimientos cuando estuviese entre los brazos de su amante.

Al mismo tiempo experimentaron aquella mujer y aquel hombre una especie de desorden nervioso, que les volvía jadeantes y aterrados á sus terribles amores.

Habíase establecido entre ellos un parentesco de sangre y voluptuosidad.

Estremecciónse con los mismos calofríos y sus corazones, unidos por una fraternidad punzante, sufrían iguales angustias.

Eran un solo cuerpo y una sola alma para padecer y para gozar.

Esta mancomunidad, esta compenetración mutua, es un hecho psicológico y fisiológico que se realiza con frecuencia entre seres que en virtud de grandes sacudidas nerviosas, son violentamente arrojados uno contra otro.

Durante más de un año Teresa y Lorenzo llevaron con facilidad, sujeta á sus cuerpos, la cadena que les unía; en el anonadamiento que sucedió á la crisis aguda del asesinato, en los disgustos y la necesidad de calma y de olvido que habían seguido, los dos forzados pudieron creer que estaban libres, que no les ligaba ya un lazo de hierro; la cadena, floja, reposaba en el suelo, y ellos descansaban bajo la influencia de una especie de feliz estupor, no se preocupaban del amor, y procuraban vivir en prudente equilibrio.

Pero el día en que, obligados por los acontecimientos, habían llegado á cambiar de nuevo palabras ardientes, la cadena se tendió con violencia, y se sintieron como nunca atados uno al otro.

Teresa desde el siguiente día puso manos á la obra, trabajando con disimulo para preparar su casamiento con Lorenzo.

Era, en verdad, tarea difícil, llena de peligros. Los dos amantes tenían cometer una impruden-

cia, despertar sospechas, mostrando bruscamente el interés que tenían en la muerte de Camilo.

Comprendiendo que no podían hablar de matrimonio, acudieron á un plan ingenioso que consistía en hacerse ofrecer por la misma señora Raquín y sus convidados de los jueves, aquello mismo que no se atrevían á pedir.

Solo se trataba de sugerir á aquellas buenas gentes la idea de que Teresa volviése á casarse, y sobre todo, de hacerles creer que tal idea había salido de ellos y les pertenecía por completo.

La comedia fué larga y de ejecución delicada.

Teresa y Lorenzo habían adoptado el papel que á cada cual convenía, y adelantaban con extremada prudencia, calculando el menor gesto, la menor palabra.

Vivían en realidad devorados por una impaciencia que roía y tendía sus nervios; vivían en continua irritación y les era precisa toda cobardía para afectar un talante risueño, y apacible.

Si tenían prisa por acabar, era porque no podían permanecer más tiempo separados. El ahogado les visitaba todas las noches, y el insomnio les acostaba sobre un lecho de carbones encendidos y les retorcia las carnes con tenazas de fuego.

El estado de enervación en que vivían, activaba cada noche la fiebre de su sangre, extendiendo ante sus ojos atroces alucinaciones.

Teresa no se atrevía á subir á su habitación cuando había anochecido, y sufría terribles angustias cuando necesitaba encerrarse hasta la mañana en aquella gran habitación, que se llenaba de resplandores extraños y se poblaba de fantasmas en cuanto se extinguía la luz.

Acabó por dejar encendida la bujía para no dormirse y tener siempre bien abiertos los ojos; y cuando la fatiga cerraba sus párpados, veía á Camilo en la obscuridad y abría los ojos con sobresalto.

Por la mañana se arrastraba, rendida, destrozada, y sólo dormitaba algunas horas durante el día. Lorenzo se había convertido decididamente en

un cobarde desde la noche que tuvo miedo al pasar delante de la puerta de la cueva: antes vivía con brutal confianza.

Ahora al menor ruido temblaba y palidecía como un niño.

Un estremecimiento de terror había sacudido bruscamente sus miembros y no le había abandonado más.

De noche sufría mucho más que Teresa: el miedo, en aquel gran cuerpo flojo y pusilánime causábale profundos desgarros.

Veía desaparecer el día con crueles recelos.

Muchas veces no quería entrar en su casa, y pasaba noches enteras recorriendo las calles desiertas

Una vez estuvo hasta el día debajo de un puente, á causa de la lluvia, acurrucado, aherido de frío, sin atreverse á levantarse para subir al muelle; permaneció allí más de seis horas viendo correr el agua sucia entre la bruma blanquecina; en algunos instantes, el terror le hacía arrastrarse por la tierra húmeda; y parecía ver pasar por el arco puente largas ristra de ahogados, que descendían llevados por la corriente.

Cuando el cansancio le conducía á su casa, enerrábase con dos vueltas de llave, y allí luchaba hasta que amanecía, en medio de terribles accesos de calentura.

La misma pesadilla le asediaba; creía pasar de los brazos ardientes y apasionados de Teresa á los fríos y viscosos de Camilo. Soñaba que su querida le sofocaba con un abrazo ardiente, y soñaba en seguida que el ahogado le oprimía contra su pecho descompuesto con un abrazo glacial. Estas sensaciones bruscas y alternadas de voluptuosidad y de repulsión; estos contactos sucesivos de carne inflamada de amor y de carne fría y ablandada por la putrefacción, le hacían temblar y estremecerse angustiosamente.

Día por día aumentaba el espanto de los amantes. Cada día les abrumaban y enloquecían las pesadillas. Confiaban tan sólo en sus besos para matar el insomnio. Por prudencia no se atrevían á darse

citas, y esperaban el día del matrimonio como un día de salvación seguido por una noche de ventura.

Así es que anhelaban su unión con el mismo afán que sentían de dormir un sueño tranquilo. Durante sus horas de indiferencia, titubeaban, olvidando cada cual las razones egoístas y apasionadas, que se habían como desvanecido después de haberles arrastrado al asesinato.

Inflamados de nuevo por la fiebre, hallaban en el fondo de su pasión y de su egoísmo aquellas primeras razones que les indujeron á matar á Camilo, para disfrutar en seguida de los placeres que, á su entender, les aseguraba un matrimonio legítimo.

Con todo, sólo con una desesperación inexplorable tomaban la resolución suprema de unirse públicamente.

En realidad tenían miedo.

Los deseos bullían.

Estaban, por decirlo así, inclinados el uno sobre el otro, como sobre un abismo cuyo horror les atraía; encorvábanse fuera de sí, sin fuerzas, en tanto que los vértigos de la pasión adormecían sus energías físicas y haciéndoles experimentar el desvanecimiento de la caída.

Pero en aquel momento, en su ansiedad y en sus deseos medrosos, sentían la imperiosa necesidad de cegar y de soñar un porvenir de felicidades amorosas y de placeres apacibles.

Cuanto más temblaban uno junto al otro, más adivinaban el horror de la sima á cuyo fondo iban á lanzarse, y más procuraban hacerse mutuas promesas de felicidad y exponer ante su vista los hechos invencibles que les conducían fatalmente al matrimonio.

Teresa deseaba casarse porque tenía miedo y porque su organismo requería violentas caricias de Lorenzo.

Estaba dominada por la crisis nerviosa que la enloquecía.

A decir verdad, apenas razonaba, se arrojaba en

la hoguera de la pasión con el espíritu dislocado por las novelas que acababa de leer, y con la carne irritada por los crueles insomnios que la tenían en perpetua vigilia desde hacía muchas semanas.

Lorenzo de temperamento menos vivo, aun cuando cedía á sus terrores y á sus deseos, se figuraba haber razonado su resolución.

Para convencerse de que su casamiento era necesario y de que iba, en fin, á ser completamente dichoso, y para disipar los vagos temores que le preocupaban, rehacía todos sus cálculos de otras veces.

Su padre, el aldeano de Jeufosse, estaba empeñado en no morir, y se decía que la herencia podría hacerse esperar mucho tiempo.

Hasta temía que aquella herencia se le escapara y fuese á manos de uno de sus primos, hombre bien templado, que labraba la tierra á gusto del viejo Lorenzo, y entonces quedaría pobre, viviría sin mujer, en un granero, durmiendo mal y comiendo peor todavía.

De otro modo, contaba no trabajar en toda su vida; comenzaba á aburrirle singularmente su escritorio, y la pequeña ocupación que le estaba confiada resultaba superior á su pereza.

La conclusión de sus reflexiones era siempre que la suprema felicidad consiste en no hacer nada.

Acordábase entonces de que había ahogado á Camilo para casarse con Teresa y no hacer nada en lo sucesivo.

Es verdad que el deseo de poseer él solo á la que amaba había contribuido mucho al pensamiento de su crimen; pero quizás había sido más bien impelido al asesinato por la esperanza de ponerse en lugar de Camilo, de hacerse cuidar como él, de gozar una beatitud continua.

Si sólo le hubiese impulsado la pasión no habría mostrado tanto temor y tanta prudencia: la verdad es que había tratado de asegurar por un asesinato la calma y la ociosidad de su vida y la satisfacción durable de sus apetitos.

Todos estos pensamientos declarados ó incons-

cientes, acudían á su imaginación, y él se repetía para animarse, que ya era tiempo de sacar el esparado provecho, de la muerte de Camilo.

Consideraba las ventajas y las felicidades de su futura existencia: abandonaría su despacho, viviría sumido en una pereza deliciosa, comería y bebería bien, dormiría su embriaguez, tendría siempre á su alcance una mujer apasionada que restablecería el equilibrio de su sangre y de sus nervios; muy pronto heredaría los cuarenta mil francos de la señora Raquín, puesto que la pobre anciana se iba acercando al sepulcro, y en fin, se crearía una vida de bestia dichosa y todo lo olvidaría.

A cada momento, una vez decidido su matrimonio con Teresa, decíase Lorenzo estas cosas.

Buscaba todavía otras ventajas y estaba muy contento de haber hallado un nuevo argumento fundado en su egoísmo, que le aconsejaba la unión con la viuda del ahogado.

Aunque se recreaba con tales esperanzas y pensando en su porvenir de pereza y de voluptuosidad, sentía siempre bruscos estremecimientos que le helaban la piel, y sufría á cada momento una ansiedad que ahogaba el placer en su garganta.

XIX

El trabajo sordo de Teresa y Lorenzo produjo sus naturales resultados.

Ella adoptó una actitud sombría y desesperada, que muy pronto inquietó á la señora Raquín.

La anciana dueña de la mercería quiso averiguar la causa de la tristeza de su sobrina, y entonces la joven desempeñó con gran habilidad su papel de viuda desconsolada: habló de fastidio, de desfallecimiento, de dolores nerviosos, vagamente, sin precisar nada; y cuando su tía la estrechaba con preguntas, contestábala que estaba buena, que ignoraba el motivo de su abatimiento y que lloraba sin saber por qué.

Y en su boca se sucedían los suspiros, las sonrisas

la hoguera de la pasión con el espíritu dislocado por las novelas que acababa de leer, y con la carne irritada por los crueles insomnios que la tenían en perpetua vigilia desde hacía muchas semanas.

Lorenzo de temperamento menos vivo, aun cuando cedía á sus terrores y á sus deseos, se figuraba haber razonado su resolución.

Para convencerse de que su casamiento era necesario y de que iba, en fin, á ser completamente dichoso, y para disipar los vagos temores que le preocupaban, rehacía todos sus cálculos de otras veces.

Su padre, el aldeano de Jeufosse, estaba empeñado en no morir, y se decía que la herencia podría hacerse esperar mucho tiempo.

Hasta temía que aquella herencia se le escapara y fuese á manos de uno de sus primos, hombre bien templado, que labraba la tierra á gusto del viejo Lorenzo, y entonces quedaría pobre, viviría sin mujer, en un granero, durmiendo mal y comiendo peor todavía.

De otro modo, contaba no trabajar en toda su vida; comenzaba á aburrirle singularmente su escritorio, y la pequeña ocupación que le estaba confiada resultaba superior á su pereza.

La conclusión de sus reflexiones era siempre que la suprema felicidad consiste en no hacer nada.

Acordábase entonces de que había ahogado á Camilo para casarse con Teresa y no hacer nada en lo sucesivo.

Es verdad que el deseo de poseer él solo á la que amaba había contribuido mucho al pensamiento de su crimen; pero quizás había sido más bien impelido al asesinato por la esperanza de ponerse en lugar de Camilo, de hacerse cuidar como él, de gozar una beatitud continua.

Si sólo le hubiese impulsado la pasión no habría mostrado tanto temor y tanta prudencia: la verdad es que había tratado de asegurar por un asesinato la calma y la ociosidad de su vida y la satisfacción durable de sus apetitos.

Todos estos pensamientos declarados ó incons-

cientes, acudían á su imaginación, y él se repetía para animarse, que ya era tiempo de sacar el esparado provecho, de la muerte de Camilo.

Consideraba las ventajas y las felicidades de su futura existencia: abandonaría su despacho, viviría sumido en una pereza deliciosa, comería y bebería bien, dormiría su embriaguez, tendría siempre á su alcance una mujer apasionada que restablecería el equilibrio de su sangre y de sus nervios; muy pronto heredaría los cuarenta mil francos de la señora Raquín, puesto que la pobre anciana se iba acercando al sepulcro, y en fin, se crearía una vida de bestia dichosa y todo lo olvidaría.

A cada momento, una vez decidido su matrimonio con Teresa, decía Lorenzo estas cosas.

Buscaba todavía otras ventajas y estaba muy contento de haber hallado un nuevo argumento fundado en su egoísmo, que le aconsejaba la unión con la viuda del ahogado.

Aunque se recreaba con tales esperanzas y pensando en su porvenir de pereza y de voluptuosidad, sentía siempre bruscos estremecimientos que le helaban la piel, y sufría á cada momento una ansiedad que ahogaba el placer en su garganta.

XIX

El trabajo sordo de Teresa y Lorenzo produjo sus naturales resultados.

Ella adoptó una actitud sombría y desesperada, que muy pronto inquietó á la señora Raquín.

La anciana dueña de la mercería quiso averiguar la causa de la tristeza de su sobrina, y entonces la joven desempeñó con gran habilidad su papel de viuda desconsolada: habló de fastidio, de desfallecimiento, de dolores nerviosos, vagamente, sin precisar nada; y cuando su tía la estrechaba con preguntas, contestábala que estaba buena, que ignoraba el motivo de su abatimiento y que lloraba sin saber por qué.

Y en su boca se sucedían los suspiros, las sonrisas

pálidas, los largos silencios, y siempre con la vista fija en el vacío.

Ante aquella joven encorvada sobre sí misma y que parecía morir por días de un mal desconocido, la señora Raquín acabó por alarmarse seriamente; sólo tenía en el mundo á su sobrina, y rogaba á Dios todas las noches que la conservase aquella muchacha para que la cerrara los ojos.

Un poco de egoísmo se mezclaba á este postrer amor de su vejez.

Sentíase herida en los débiles consuelos que le ayudaban aún á vivir, cuando se le ocurrió la idea de que podía perder á Teresa y morir sola en el fondo de la tienda húmeda del pasaje.

Desde entonces no perdió de vista á su sobrina; estudió con terror las tristezas de la joven y preguntábase lo que podía hacer para curarla de su silenciosa desesperación.

En tan graves circunstancias, creyóse en el caso de tomar consejo de su viejo amigo Michaud.

Un jueves por la noche le detuvo en la tienda y le comunicó sus temores.

—¡Pardiez!—le respondió el viejo con la franca brutalidad de sus antiguas funciones.—Yo observo desde hace tiempo que Teresa se descompone, y sé bien por qué está pálida y triste...

—¿Vos sabéis por qué?—dijo la tintera.—¡Decidlo en seguida!... ¡si pudiéramos curarla!...

—¡Oh! el tratamiento es fácil—repuso Michaud riendo.—Vuestra sobrina se disgusta porque tiene que pasar las noches sola, pronto hará dos años... Necesita un marido. Esto se lee en sus ojos.

La brutal franqueza del antiguo comisario impresionó cruelmente á la señora Raquín.

Creía que la herida que manaba continuamente sangre en ella desde el horroroso accidente de Saint-Ouen, estaba igualmente fresca y dolorosa en el corazón de la joven viuda; muerto su hijo, parecía que no podía existir otro marido para su sobrina, y he ahí que Michaud aseguraba, riéndose á boca llena, que Teresa estaba enferma por falta de esposo...

—Casadla cuanto antes—añadió Michaud,—si no queréis verla consumirse enteramente. Tal es mi consejo, querida señora, y es bueno, créame usted.

La señora Raquín no pudo acostumbrarse en seguida á la idea de que su hijo estuviera ya casado.

El viejo Michaud no había pronunciado el nombre de Camilo, y se había chanceado al ocuparse de la supuesta enfermedad de Teresa.

La pobre madre comprendió que sólo ella guardaba en el fondo de su corazón, el vivo recuerdo de su querido hijo.

Lloró y parecióle que Camilo acababa de morir por segunda vez.

Después, cuando hubo llorado mucho y estuvo cansada de lamentarse, pensó á pesar suyo en las palabras de Michaud, y acostumbróse á la idea de comprar un poco de felicidad al precio de un casamiento que, en la delicadeza de su recuerdo, mataba de nuevo á su hijo.

Se sentía cobarde cuando se encontraba sola delante de Teresa, melancólica y agobiada, en medio del silencio glacial de la tienda.

La vieja Raquín no era un espíritu inflexible y seco de aquellos que se complacen viviendo en desesperación eterna.

Había en ella ternuras, afectos y efusiones, todo un temperamento de buena señora, gorda y afable, que le impulsaba á vivir en amante actividad.

Desde que su sobrina no hablaba, y estaba allí pálida y débil, la existencia se hacía intolerable para ella y la tienda le parecía una tumba.

Hubiera querido una afección ardiente á su lado: vida, caricias, algo, en fin, dulce y alegre, que la ayudase á esperar tranquilamente la muerte.

Estos deseos inconscientes le hicieron aceptar el proyecto de volver á casar á Teresa, y hasta olvidó un poco á su hijo, y experimentó en su existencia vacía una especie de despertar del corazón, como nuevos deseos y preocupaciones para su espíritu.

Buscaba un marido para su sobrina, y esto llenaba su imaginación.

La elección de marido era asunto grave: la pobre anciana pensaba en sí misma más que en Teresa; quería casarla de modo que fuesen felices, temía vivamente que el nuevo esposo de la joven viniese á turbar las últimas horas de su vejez.

Aterrábala la idea de introducir un sér extraño en su existencia; ese solo pensamiento la detenía y la impedía hablar abiertamente del matrimonio con su sobrina.

Mientras Teresa representaba su papel con aquella perfecta hipocresía que la enseñó su educación, la comedia del enojo y del abatimiento, Lorenzo fingía su papel de hombre sensible y servicial.

Tributaba á las dos señoras los cuidados más minuciosos, sobre todo á la señora Raquín, á quien colmaba de atenciones delicadas.

Poco á poco fué necesario en la tienda; él solo derramaba alguna alegría en el fondo de aquel obscuro agujero.

Cuando no estaba allí por la noche, la anciana dueña de la mercería miraba á su alrededor, intranquila, como si le faltase alguna cosa teniendo casi miedo de hallarse frente á frente de la desesperación de su sobrina.

Por otra parte si Lorenzo faltaba alguna noche era sólo para asegurar mejor su poder: iba todos los días á la tienda al salir de la oficina, y permanecía en ella hasta que cerraban el pasaje.

Desempeñaba encargos, daba á la señora Raquín (que caminaba con dificultad) cuantos cachivaches necesitaba.

Sentábase luego, y hablaba.

Había adoptado una voz de actor, agradable y penetrante, para recrear los oídos y el corazón de la buena anciana.

Sobre todo, parecía inquietarse mucho por la salud de Teresa, como amigo y como hombre sensible, cuyo espíritu sufre con el ajeno padecimiento.

Repetidas veces hablaba en secreto con la señ

ra Raquín, y la aterraba, fingiéndose él mismo muy alarmado de los cambios y de los estragos que decía observar en el semblante de la joven.

—La perderemos pronto—murmuraba con voz llorosa.—No cabe dudar que está muy delicada... ¡Ah! ¡Ay de nuestra dicha y de nuestras veladas tranquilas y agradables!

La señora Raquín le escuchaba con angustia, y Lorenzo llevaba su audacia hasta hablar de Camilo.

—¡Ya veis—decía á la tendera,—cómo la muerte de mi pobre amigo ha sido un golpe terrible para ella!... Vive muriendo hace dos años, desde el funesto día en que perdió á Camilo. ¡Nada la consolará, nada la curará! Es preciso que nos resignemos...

Estas mentiras impudentes arrancaban lágrimas ardientes á la pobre anciana.

El recuerdo de su hijo la turbaba, la cegaba, y cada vez que se pronunciaba el nombre de Camilo, rompía en sollozos, y hubiera abrazado á la persona que nombraba á su pobre hijo.

Lorenzo había observado la turbación y el enternecimiento que el nombre de Camilo producía en la madre. Podía hacerla llorar á su antojo, sumirla en una emoción que impidiese ver la realidad de las cosas, y abusaba de su poder para tenerla siempre á su disposición, dócil y dolorida.

Diariamente, y á pesar de los estremecimientos ocultos de sus entrañas, empujaba la conversación hacia las raras cualidades, el sensible corazón y el ingenio de Camilo; hacía el panegirico de su víctima con perfecto descaro.

Alguna vez, al tropezar con las miradas de Teresa, hijas, de una manera extraña en las suyas, se trastornaba y concluía por creer él mismo todo lo bueno que decía del ahogado, y entonces callaba, sintiendo repentinamente unos celos atroces, temiendo que la viuda amase todavía al hombre á quien él arrojó al agua, y á quien ahora ensalzaba con la convicción de un alucinado.

Durante toda la conversación, la señora Raquín

se deshacía en llanto, sin ver nada alrededor de ella.

Mientras lloraba pensaba que Lorenzo era un corazón amante y generoso: sólo él se acordaba de su hijo, sólo Lorenzo hablaba de Camilo con voz temblorosa y emocionada.

Luego secaba sus lágrimas, miraba al joven con infinita ternura; sintiendo que le quería, como á su propio hijo.

Un jueves por la noche, Michaud y Grivet estaban ya en el comedor, cuando entró Lorenzo y se acercó á Teresa, preguntándole por su salud con inquietud afectuosa, sentóse un instante á su lado, representando para las personas que estaban allí, el papel de amigo cariñoso y agasajador.

Como los amantes se hallaban uno junto á otro empezaron á cambiar algunas palabras; Michaud, que les miraba, se inclinó y dijo por lo bajo á la anciana tendera, mostrándole á Lorenzo:

—¡Ea! Ahí tenéis el marido que necesita vuestra sobrina. Arreglad pronto ese matrimonio. Nosotros os ayudaremos si es preciso.

Michaud sonreía con aire malicioso: á su entender, Teresa debía tener necesidad de un marido vigoroso.

La señora Raquin fué como herida por un rayo de luz; comprendió de golpe todas las ventajas que sacaría personalmente del casamiento de Teresa con Lorenzo; este casamiento acabaría de estrechar los lazos que ya unían á ella y á su sobrina con el amigo de su hijo, con el hombre de corazón que iba á distraerlas por las noches. Así no introduciría á un extraño en su casa y no correría el peligro de hacerse desgraciada.

Por el contrario, dando un sostén á Teresa rodeaba su propia vejez, con una nueva alegría, y encontraba un segundo hijo en aquel joven, que hacía tres años le daba pruebas de filial afecto.

Además, parecía que Teresa sería menos infiel al recuerdo de Camilo casándose con Lorenzo.

Las religiones del corazón tienen singulares delicadezas.

La señora Raquin, que hubiera llorado al ver á un desconocido besando á la joven viuda, no se rebelaba ante la idea de entregarla á las caricias del antiguo camarada de su hijo.

Pensaba que, como suele decirse, la cosa no salía de la familia.

Durante la velada, mientras sus convidados jugaban al dominó, la anciana tendera contempló á la pareja con una ternura, que hizo adivinar á ambos jóvenes que su comedia obtenía buen éxito y que el desenlace se precipitaba.

Michaud, antes de retirarse, sostuvo una corta conversación en voz baja con la señora Raquin; después tomó con afectación el brazo de Lorenzo y manifestó que iba á acompañarla un poco.

Lorenzo, al alejarse, cambió con Teresa una rápida mirada, con la cual le recomendaba mucho cuidado y presencia de ánimo.

Michaud se había encargado de tantear el terreno, y encontró al joven muy consagrado á aquellas señoras, pero muy sorprendido del proyecto de su casamiento con Teresa.

Lorenzo dijo con voz conmovida que amaba como á una hermana á la viuda de su pobre amigo, y que creería cometer un verdadero sacrilegio casándose con ella.

El antiguo comisario de policía insistió y dió un centenar de poderosas razones para obtener un consentimiento.

Hasta habló de sacrificio y llegó á decir al joven que estaba en el deber de dar un hijo á la señora Raquin y un esposo á Teresa.

Poco á poco Lorenzo se dejó vencer, fingiendo rendirse á la emoción, y aceptando aquel proyecto como un designio del cielo impuesto por el afecto y el deber, conforme le decía el viejo Michaud.

Este, en cuanto obtuvo un sí formal, despidióse de su compañero frotándose las manos: en su concepto, acababa de obtener una gran victoria, y se felicitaba de haber sido el primero en concebir la idea del casamiento que devolvería á las veladas del jueves toda su antigua alegría.

Mientras Michaud hablaba con Lorenzo caminando lentamente por los muelles, la señora Raquín sostenía una conversación muy semejante con Teresa.

Cuando su sobrina, pálida y vacilante, como de costumbre, iba á retirarse, la anciana tendiera la detuvo: la interrogó con voz cariñosa rogándole fuese franca y confesara las causas del disgusto que la dominaba.

Pero, como sólo obtenía respuestas vagas, habló de los vacíos de la viudez, llegó poco á poco á precisar la oferta de un nuevo matrimonio, y acabó por preguntar abiertamente á Teresa si sentía el secreto deseo de volver á casarse.

Teresa se escandalizó y dijo que no pensaba en semejante cosa y que permanecería fiel á su Camilo... La señora Raquín se echó á llorar.

La pobre anciana luchó contra sus propios sentimientos y advirtió que la desesperación no puede ser eterna.

Por fin, respondiendo á una exclamación de la joven, que afirmaba no poder reemplazar nunca á Camilo, nombró bruscamente á Lorenzo.

Entonces la anciana se extendió en larga palabrería acerca de la conveniencia y ventajas de semejante unión; vació su alma, repitiendo en alta voz cuanto había pensado durante la velada; pintó con candoroso egoísmo el cuadro de sus últimas venturas entre sus dos queridos hijos.

Teresa escuchaba con la cabeza baja, resignada y dócil, dispuesta á satisfacer sus menores deseos.

—Quiero á Lorenzo como á un hermano—dijo con acento dolorido cuando su tía calló,—más ya que vos lo deseáis trataré de amarle como á un esposo. Yo deseo hacerlos feliz... Confiaba que me dejaríais llorar en paz; pero enjugaré mis lágrimas, toda vez que se trata de vuestra felicidad.

Abrazó á la anciana señora, que quedó sorprendida y espantada de haber sido la primera en olvidar á su hijo.

Al acostarse, la señora Raquín sollozó amargamente, acusándose de ser menos fuerte que Tere-

sa y de querer por egoísmo un matrimonio que la joven viuda aceptaba por simple abnegación.

A la mañana siguiente Michaud y su anciana amiga entablaron una corta conversación en el pasaje, delante de la puerta de la tienda.

Comunicáronse el resultado de sus gestiones y convinieron en conducir la cosa deprisa y sin vacilaciones, obligando á los jóvenes á comprometerse aquella misma noche.

A las cinco de la tarde Michaud estaba ya en la tienda, y entonces entró Lorenzo.

Apenas éste se hubo sentado, el antiguo comisario de policía le dijo al oído:

—¡Ella acepta!

Esta palabra brutal fué oída por Teresa, quien se puso pálida y fijó imprudentemente los ojos en Lorenzo.

Los dos se miraron durante algunos segundos, consultándose.

Ambos comprendieron que era necesario aceptar la situación sin vacilar, para concluir de una vez.

Lorenzo, levantándose, fué á tomar la mano de la señora Raquín, que se esforzaba por contener las lágrimas.

—Querida madre—la dijo sonriendo,—anoche hablé de vuestra felicidad con el señor Michaud. Vuestros hijos desean hacerlos dichosa.

La pobre anciana, al oírse llamar «querida madre», dejó correr sus lágrimas.

Tomó vivamente la mano de Teresa y la puso en la de Lorenzo sin acertar á pronunciar palabra.

Los dos amantes se estremecieron al contacto de su piel, y quedáronse con los dedos cerrados y ardientes dándose un apretón nervioso.

Lorenzo exclamó con voz vacilante:

—Teresa, ¿queréis que hagamos á vuestra vida la existencia alegre y apacible?

—Sí—respondió la joven débilmente,—tenemos que cumplir este deber.

Entonces Lorenzo volvióse hacia la señora Raquín y añadió, muy pálido:

—Cuando Camilo cayó al agua me gritó: «¡Salva á mi mujer, yo te la confío!» Creo cumplir sus últimos votos casándome con Teresa.

Esta soltó la mano de Lorenzo al oír tales palabras.

Había recibido como un golpe en el pecho.

La impudencia de su amante la consternó.

Miróle con ojos asombrados, mientras que la señora Raquín balbuceó, ahogada por los sollozos:

—Sí, sí, amigo mío, casaos con ella y hacedla dichosa y mi hijo os lo agradecerá desde el fondo de su tumba.

Lorenzo se sintió desfallecer y se apoyó en el respaldo de una silla.

Michaud, que también estaba conmovido y á punto de llorar, le empujó hacia Teresa, diciendo:

—Besaos: esto serán vuestros esponsales.

Lorenzo fué acometido de una extraña angustia al poner sus labios en las mejillas de la viuda, y ésta se retiró bruscamente, como si la hubiesen quemado los dos besos de su amante.

Eran las primeras caricias que aquel hombre la hacía ante testigos, toda su sangre afluyó á su cara, y sintióse ruborosa y sofocada, siendo así que desconocía el pudor y jamás se había sonrojado en las vergüenzas de sus amores.

Después de aquella crisis, los dos asesinos respiraron.

Su casamiento estaba decidido: tocaban, por fin, la meta que perseguían desde hacía tanto tiempo, y todo quedó arreglado aquella misma noche.

El jueves siguiente se anunció la boda á Grivet, á Olivier y á su mujer; y al darles esta noticia el señor Michaud estaba radiante, se frotaba las manos y repetía:

—Yo he imaginado esto, yo soy quien les ha casado. ¡Ya veréis qué linda pareja!

Susana abrazó á Teresa silenciosamente.

La pobre criatura siempre enfermiza y pánida había concebido una gran amistad por la joven viuda melancólica y retirada.

Sentía por ella un cariño de niña, acompañado de una especie de temeroso respeto.

Olivier cumplimentó á la tía y á la sobrina y Grivet aventuró algunas bromas picantes que obtuvieron mediano éxito.

En suma, la reunión se mostró encantada y radiante, y declaró que todo marcharía bien.

A decir verdad los de la reunión se veían ya en la boda.

La actitud de Teresa y de Lorenzo fué digna y prudente.

Los dos se demostraban sencillamente amistad tierna y previsor, y tenían la apariencia de estar realizando un acto de supremo sacrificio.

Nada revelaba en sus semblantes los terrores y los deseos que les atormentaban. La señora Raquín contemplábalos sonriendo con benevolencia dulce y agradecida.

Había que llenar algunas formalidades. Lorenzo debió escribir á su padre pidiéndole su consentimiento.

El viejo aldeano de Jeufosse, que había olvidado que tenía un hijo en París, le respondió con cuatro líneas que podía casarse y hasta dejarse ahorcar, si así lo deseaba; y le dió á comprender que, resuelto á no darle un céntimo, le dejaba dueño de su cuerpo y le autorizaba á cometer toda clase de locuras.

Semejante autorización inquietó mucho á Lorenzo, mas la señora Raquín, después de haber leído la carta del desnaturalizado padre, tuvo un rasgo de bondad que la impulsó á hacer una estupidez.

Puso á nombre de su sobrina los cuarenta y tantos mil francos que poseía, despojándose completamente en favor de los desposados, confiándose á su buen corazón y queriendo recibir de ellos toda su felicidad.

Nada aportó Lorenzo á la sociedad conyugal, y aun dió á entender que no pensaba continuar siempre en su empleo, y que tal vez se dedicaría otra vez á la pintura.

Con todo, el porvenir de la pequeña familia

estaba asegurado; pues la renta de los cuarenta y tantos mil francos, unida á los productos del comercio de mercería, debía bastar para que tres personas viviesen desahogadamente.

Tenían justamente lo necesario para ser felices. Apresuráronse los preparativos de la boda y se abreviaron las formalidades cuanto fué posible. Hubiérase dicho que había prisa por introducir á Lorenzo en el cuarto de Teresa. Por fin llegó el deseado día.

XX

Por la mañana, Lorenzo y Teresa, cada cual en su habitación, despertaron con el mismo pensamiento de intensa alegría, y ambos se dijeron que había acabado su última noche de terror.

No volverían á acostarse solos, y se defenderían mutuamente del ahogado.

Teresa miró en torno suyo, y sonrió extrañamente pidiendo con la vista su cama grande...

Levantóse y se vistió poco á poco, esperando á Susana, que debía ayudarla á hacer su tocado de novia.

Lorenzo sentóse en la cama y permaneció algunos minutos despidiéndose de su buhardilla, que le pareció innoble.

Iba, por fin, á abandonar aquel sotabanco y á tener mujer propia.

Era Diciembre.

Se estremecía de frío y salto sobre el enladrillado, diciéndose que por la noche no le faltaría calor.

La señora Raquin, sabiendo cuán mal andaba de dinero, había deslizado en sus manos ocho días antes una bolsa que contenía quinientos francos, todos sus ahorros, y el joven los había aceptado sin ambages, y con ellos se mandó hacer ropa nueva.

El dinero de la dueña de la mercería le permitió además ofrecer á su futura los regalos de costumbre.

El pantalón negro, la levita, el chaleco blanco,

la camisa y la corbata, estaban extendidos sobre dos sillas.

Lorenzo se enjabonó y perfumó el cuerpo con un frasco de agua de Colonia.

Después se vistió con cuidado.

Quería estar guapo.

Cuando se puso el cuello postizo, que era alto y fuerte, le molestaba en la garganta, escapábasele el botón de entre los dedos y se impacientaba y le parecía que la tela almidonada le cortaba la carne...

Entonces quiso verlo; levantó la barba y observó que la mordedura de Camilo estaba muy encarnada.

El cuello postizo le había erosionado un poco la cicatriz.

Lorenzo apretó los labios y palideció; aquella señal que le jaspeaba la garganta le espantó y le irritó.

Arrugó colérico el cuello postizo, y escogió otro, para ponérselo con grandes precauciones.

Cuando bajó sus ropas nuevas le tenían encogido; no se atrevía á volver la cabeza aprisionada entre las telas almidonadas.

A cada movimiento, los pliegues del cuello postizo le pinchaban en la llaga que los dientes del ahogado habían marcado en su carne.

Sufriendo estos pinchazos, subió al carruaje y fué en busca de Teresa para conducirla á la alcaldía y al templo.

De paso recogió á un empleado del ferrocarril de Orleans y al viejo Michaud, que debían servirle de testigos.

Cuando llegaron á la tienda, todo estaba preparado; hallábanse allí Grivet y Olivier, testigos de Teresa, y Susana, que miraba á la novia como las niñas miran á las muñecas que acaban de vestir.

La señora Raquin, aunque apenas podía moverse, quiso acompañar á sus hijos á todas partes. Subieronla á un carruaje y en marcha.

Todo fué perfectamente en la alcaldía y en la iglesia.

La actitud tranquila de los desposados llamó la atención y mereció la aprobación general.

Pronunciaron el sí sacramental con tal emoción, que hasta enterneció á Guivet.

Mientras estaban sentados uno junto al otro, atravesaban su mente horribles pensamientos.

Cuando volvieron á subir al carruaje, parecióles que los dos eran entre sí más extraños que antes.

Habiase decidido que la comida se celebrase en familia, en un pequeño «restaurant» en las alturas de Belleville.

Los Michaud y Grivet eran los únicos convidados.

Mientras llegaban las seis de la tarde, la boda se paseó en carruaje á lo largo de los boulevares y volvió luego al «restaurant», donde se hallaba dispuesta una mesa con siete cubiertos, en un gabinete pintado de amarillo, que olía á polvo y á vino.

Durante la comida reinó una mediana alegría.

Los recién casados estaban graves y pensativos.

Experimentaban desde por la mañana sensaciones extrañas, de las que no acertaban á darse cuenta.

Estaban como aturdidos de la rapidez de las formalidades y de las ceremonias que acababa de unirles para siempre; luego, el largo paseo por los boulevares les había como adormecido, y parecíales que había durado meses enteros.

Dejáronse llevar sin impaciencia por entre la monotonía de las calles, mirando con ojos soñolientos las tiendas y los transeúntes.

Cuando llegaron al «restaurant» estaban agobiados por una gran fatiga, y un estupor creciente les invadía.

En la mesa, el uno enfrente del otro, sonreían con cierta contracción nerviosa, y caían siempre en una pesada meditación.

Comían, respondían y movían sus miembros cual si fueran máquinas.

En medio del cansancio perezoso de su espíritu, embargábales sin cesar la misma serie de pensamientos fugaces.

Estaban casados y no tenían conciencia de su nuevo estado, y esto les asombraba profundamente.

Imaginábanse que todavía les separaba un abismo: y á cada momento se preguntaba cómo podrían salvar este abismo, de igual modo que antes del asesinato, cuando se interponía entre ellos un obstáculo material.

De pronto, bruscamente, se les ocurría que aquella noche se acostarían juntos, y entonces se miraban asombrados, sin comprender por qué les sería permitido.

No se daban cuenta de su unión; imaginaban, por el contrario, que acababan de separarles violentamente y de arrojarles lejos el uno del otro.

Los convidados que bromeaban en torno de ellos, deseaban oírles tutearse; pero ellos, que no se atrevían á tratarse como antes, balbucearon y se sonrojaron, sin poder resolverse á hacerlo.

Durante la larga espera, sus antiguos deseos se habían embotado, y todo su pasado había desaparecido.

Perdían su violento apetito de voluptuosidad y hasta olvidaban su alegría de la mañana, aquella profunda alegría que les había embargado al pensar que nada tendrían que temer en adelante.

Estaban allí aturdidos y cansados de lo que sucedía; los acontecimientos del día daban vueltas en su imaginación, incomprensibles y monstruosos.

Permanecían mudos, sonrientes, sin esperar nada.

En el fondo de su abatimiento se agitaba una ansiedad vagamente dolorosa.

Lorenzo sentía á cada movimiento del cuello un ardiente escozor que le mordía la carne.

Su cuello postizo cortaba y pinchaba la mordedura de Camilo.

Mientras el alcalde le leía el Código, y mientras el cura le hablaba de Dios, y durante todos los minutos de aquel largo día, sintió clavarse en su piel los dientes del ahogado que le penetraban en la piel.

Parecíale á veces que le corría por el pecho un hilo de sangre, y que manchaba de rojo la blancura de su chaleco.

La señora Raquín agradeció en su interior la seriedad de los novios.

Una alegría estrepitosa hubiera herido á la pobre madre.

Para ella, su hijo estaba allí, invisible, poniendo á Teresa en poder de Lorenzo.

Grivet, que no participaba de aquellas ideas, encontró la boda triste, y procuró inútilmente animarla, á pesar de las miradas de Michaud y de Olivier, que le clavaban en la silla cada vez que quería levantarse para decir alguna estupidez.

Una vez logró levantarse y brindar:

— Bebo por los hijos del señor y de la señora! — dijo en tono resuelto.

Hubo que brindar.

Teresa y Lorenzo se habían puesto extremadamente pálidos al oír la frase de Grivet.

Nunca habían pensado en que tal vez tendrían hijos.

Este pensamiento les produjo un calofrío glacial.

Chocaron sus vasos con un movimiento nervioso, y se miraron sorprendidos, de encontrarse allí, frente á frente.

La comida terminó temprano, y los convidados quisieron acompañar á los esposos hasta la cámara nupcial.

Eran poco más de las nueve y media cuando la boda entró en la tienda del pasaje.

La vendedora de alhajas falsas se encontraba todavía en su escaparate ante la caja guarnecida de terciopelo azul: levantó la cabeza y miró á los recién casados sonriendo.

Estos sorprendieron la mirada y se espantaron.

Tal vez aquella vieja había notado sus antiguas citas, tal vez vió á Lorenzo deslizarse por el estrecho corredor.

Teresa se retiró casi en seguida con la señora Raquín y Susana.

Los hombres permanecieron en el comedor mientras la desposada arreglaba su tocado de noche.

Lorenzo no sentía impaciencia alguna, y oía con complacencia las groseras bromas del viejo Mi-

chaud y de Grivet, que se aprovechaban de la ausencia de las señoras.

Cuando Susana y la madre Raquín salieron del cuarto nupcial, y la anciana tendera dijo conmovida al joven que su mujer le esperaba, Lorenzo se estremeció y quedó como espantado algunos instantes.

Luego estrechó febrilmente las manos que le tendían y entró en la habitación de Teresa, deteniéndose junto á la puerta como un borracho.

XXI

Lorenzo cerró la puerta cuidadosamente y permaneció un instante apoyado en ella, examinando la habitación con ademán inquieto.

En la chimenea brillaba un fuego vivo, lanzando largos fulgores amarillentos, que danzaban por el techo y en las paredes.

La habitación estaba alumbrada por luz viva y movediza, y la lámpara, colocada sobre una mesa, palidecía en medio de aquel resplandor.

La señora Raquín había querido arreglar coquetamente el gabinete, y lo había dejado muy blanco y perfumado, como destinado á servir de nido á jóvenes y frescos amores.

Habíase complacido en añadir á la cama algunas puntillas y en adornar con grandes ramos de rosas los jarrones de la chimenea.

Reinaba un calor apacible impregnado de tibios olores.

El ambiente estaba cargado de una especie de vaho adormecedor y voluptuoso.

En medio del silencio estremecedor, el chisporroteo del hogar producía tenues ruidos secos.

Hubiérase dicho que aquel cuarto era un desierto feliz, un rincón oculto, caliente y cerrado á todos los gritos de la calle; uno de esos rincones contruidos y adornados para la sensualidad y las exigencias del misterio de la pasión.

Teresa estaba sentada en una silla baja, á la de-

La señora Raquín agradeció en su interior la seriedad de los novios.

Una alegría estrepitosa hubiera herido á la pobre madre.

Para ella, su hijo estaba allí, invisible, poniendo á Teresa en poder de Lorenzo.

Grivet, que no participaba de aquellas ideas, encontró la boda triste, y procuró inútilmente animarla, á pesar de las miradas de Michaud y de Olivier, que le clavaban en la silla cada vez que quería levantarse para decir alguna estupidez.

Una vez logró levantarse y brindar:

— Bebo por los hijos del señor y de la señora! — dijo en tono resuelto.

Hubo que brindar.

Teresa y Lorenzo se habían puesto extremadamente pálidos al oír la frase de Grivet.

Nunca habían pensado en que tal vez tendrían hijos.

Este pensamiento les produjo un calofrío glacial.

Chocaron sus vasos con un movimiento nervioso, y se miraron sorprendidos, de encontrarse allí, frente á frente.

La comida terminó temprano, y los convidados quisieron acompañar á los esposos hasta la cámara nupcial.

Eran poco más de las nueve y media cuando la boda entró en la tienda del pasaje.

La vendedora de alhajas falsas se encontraba todavía en su escaparate ante la caja guarnecida de terciopelo azul: levantó la cabeza y miró á los recién casados sonriendo.

Estos sorprendieron la mirada y se espantaron.

Tal vez aquella vieja había notado sus antiguas citas, tal vez vió á Lorenzo deslizarse por el estrecho corredor.

Teresa se retiró casi en seguida con la señora Raquín y Susana.

Los hombres permanecieron en el comedor mientras la desposada arreglaba su tocado de noche.

Lorenzo no sentía impaciencia alguna, y oía con complacencia las groseras bromas del viejo Mi-

chaud y de Grivet, que se aprovechaban de la ausencia de las señoras.

Cuando Susana y la madre Raquín salieron del cuarto nupcial, y la anciana tendera dijo conmovida al joven que su mujer le esperaba, Lorenzo se estremeció y quedó como espantado algunos instantes.

Luego estrechó febrilmente las manos que le tendían y entró en la habitación de Teresa, deteniéndose junto á la puerta como un borracho.

XXI

Lorenzo cerró la puerta cuidadosamente y permaneció un instante apoyado en ella, examinando la habitación con ademán inquieto.

En la chimenea brillaba un fuego vivo, lanzando largos fulgores amarillentos, que danzaban por el techo y en las paredes.

La habitación estaba alumbrada por luz viva y movediza, y la lámpara, colocada sobre una mesa, palidecía en medio de aquel resplandor.

La señora Raquín había querido arreglar coquetamente el gabinete, y lo había dejado muy blanco y perfumado, como destinado á servir de nido á jóvenes y frescos amores.

Habíase complacido en añadir á la cama algunas puntillas y en adornar con grandes ramos de rosas los jarrones de la chimenea.

Reinaba un calor apacible impregnado de tibios olores.

El ambiente estaba cargado de una especie de vaho adormecedor y voluptuoso.

En medio del silencio estremecedor, el chisporroteo del hogar producía tenues ruidos secos.

Hubiérase dicho que aquel cuarto era un desierto feliz, un rincón oculto, caliente y cerrado á todos los gritos de la calle; uno de esos rincones contruidos y adornados para la sensualidad y las exigencias del misterio de la pasión.

Teresa estaba sentada en una silla baja, á la de-

recha de la chimenea, con la barba apoyada en la mano, mirando fijamente las llamas.

No volvió la cabeza, cuando entró Lorenzo.

Vstida con una enagua y una chambra adornada de encajes, veíase su figura de una blancura viva iluminada por los ardientes destellos de la lumbre; su chambra se abría y dejaba al descubierto un hombro sonrosado, medio oculto por una gajeta de cabellos negros.

Lorenzo adelantóse algunos pasos sin hablar.

Quitóse la levita y el chaleco, y cuando estuvo en mangas de camisa, miró á Teresa, que no se había movido.

Pareció titubear, pero luego que percibió el hombro de la joven se inclinó estremecido para imprimir sus labios en aquel pedazo de piel desnuda.

Teresa retiró su hombro, y volviéndose bruscamente, fijó en Lorenzo una mirada tan extraña é impregnada de repugnancia y de terror, que él retrocedió turbado y disgustado como poseído á su vez de terror y de desagrado.

Entonces sentóse enfrente de Teresa, al otro lado de la chimenea, y permanecieron callados é inmóviles durante más de cinco minutos.

A cada momento se escapaban de la leña llamas rojizas, y entonces corrían reflejos sanguinolentos por el rostro de los asesinos.

Hacia casi dos años que los amantes no se habían hallado encerrados en aquella misma habitación sin testigos; pudiendo entregarse el uno al otro, no habían tenido ninguna cita de amor desde el día en que Teresa fué á la calle Saint-Victor para inspirar á Lorenzo la idea del asesinato.

Apenas se habían permitido de tarde en tarde un apretón de manos, un beso furtivo.

Después del asesinato de Camilo, cuando nuevos deseos les abrasaron, se contuvieron esperando la noche de la boda, y prometiéndose locas voluptuosidades, luego que tuvieran asegurada la impunidad.

Al fin llegó la noche de bodas, y ambos se ha-

llaban frente á frente, angustiosos y poseídos de malestar repentino.

Bastábales tenderse los brazos para estrecharse en apasionada caricia, y sus brazos parecían flojos, como cansados y ahitos de amor; la agitación del día les había aplastado.

Mirábanse sin deseo, con medroso embarazo, sufriendo al sentirse tan silenciosos y fríos.

Sus ensueños abrasadores acababan en una extraña realidad; bastaba que los labios de Lorenzo hubiesen rozado el hombro de Teresa, para que su lujuria quedase satisfecha hasta el desaliento y el terror.

Los dos pusiéronse á buscar en su interior algo de aquella pasión que antes les abrasaba.

Parecíales que su piel estaba vacía de músculos, vacía de nervios, y su embarazo y su inquietud crecían. Hasta sintieron vergüenza de permanecer de aquella manera, mudos y melancólicos.

Hubieran querido tener valor para estrecharse y destrozarse, para no parecer imbéciles á sus propios ojos.

¡Cómo! Se pertenecían, habían matado á un hombre y representado una comedia para poder entregarse á una voluptuosidad interminable, y ahora estaban allí, junto á la chimenea, indiferentes, aniquilados, con el espíritu turbado y la carne muerta.

Tal desenlace acabó por parecerles cruelmente ridículo, y Lorenzo trató de hablar de amor, de evocar los recuerdos, de hacer un llamamiento á su imaginación para resucitar sus ternuras.

—Teresa—dijo inclinándose hacia la joven,—¿te acuerdas de nuestras tardes en esta habitación?... Yo entraba por aquella puerta... Hoy he entrado por esta... Somos libres; podemos amarnos sin zozobras.

Hablaba con voz temblorosa y suave.

La joven acurrucada en la silla baja, miraba siempre el fuego de la chimenea, pensativa y sin escuchar.

Lorenzo prosiguió:

—¿Te acuerdas? Tenía un deseo: quería pasar contigo una noche entera, dormirme en tus brazos y ser despertado al día siguiente por tus besos. Voy á satisfacer este anhelo.

Teresa hizo un movimiento brusco, como sorprendida de oír una voz que balbuceaba en su oído.

Se volvió hacia Lorenzo, sobre cuyo rostro la lumbre arrojaba en aquel instante un reflejo rojizo.

Al ver aquel rostro, se estremeció.

El joven, más turbado, más inquieto, insistió diciendo:

—Hemos alcanzado nuestro propósito; hemos destruído todos los obstáculos y nos pertenecemos. El porvenir es nuestro, ¿no es cierto? un porvenir de dicha tranquila, de amor satisfecho. Camilo ya no existe...

Lorenzo se detuvo.

Tenía la garganta seca, se ahogaba y no pudo continuar.

El nombre de Camilo fué para Teresa un golpe en las entrañas.

Los dos asesinos se contemplaron atontados, pálidos y temblorosos.

Los fulgores rojizos y amarillentos de la chimenea danzaban sin cesar por el techo y por las paredes, se percibía el tibio olor de rosas, y el chisporrotear de la leña producía ruidos secos en medio del silencio.

Los recuerdos habían acudido.

El espectro de Camilo, evocado, acababa de colocarse entre los recién casados enfrente del hogar.

Teresa y Lorenzo aspiraban otra vez el olor frío y húmedo del ahogado en el ambiente cálido que les rodeaba.

Parecía que había un cadáver junto á ellos, se miraban uno á otro, y no osaban moverse.

Entonces toda la historia del crimen se desarrolló en su memoria.

El nombre de su víctima bastó para abismarles

en el pasado, para obligarles á vivir de nuevo las angustias del asesinato.

No abrieron los labios, pero se miraron, y ambos subieron á la vez la misma pesadilla, y mutuamente refiriéronse con la mirada la misma historia cruel.

Este cambio de miradas aterradas, la narración muda que iban á hacerse del asesinato, causóles una impresión aguda é intolerable.

Sus nervios, que se ponían rígidos, les amenazaban con una crisis.

Tal vez acabarían por gritar y por pegarse.

Lorenzo, para desechar los recuerdos, arrancóse súbitamente al éxtasis de pavor en que le había sumido la mirada de Teresa; dió algunos pasos por la habitación, quitóse las botas y se puso zapatillas; después volvió á sentarse en el rincón de la chimenea y procuró hablar de cosas indiferentes.

Teresa comprendió su deseo, y se esforzó por responder á sus preguntas.

Hablaron de la lluvia y del buen tiempo, empeñándose en entablar una conversación ligera.

Lorenzo dijo que hacía calor en la estancia, pero Teresa indicó que, sin embargo, pasaban corrientes de aire por debajo de la puertecita de la escalera.

Ambos se volvieron hacia aquella puerta con un estremecimiento.

El joven se apresuró á hablar de las rosas, del fuego, de todo lo que veía, y ella se esforzaba por contestarle, buscando monosílabos para que no decayese la conversación; se habían apartado algo; se mostraban más tranquilos; procuraban olvidar lo que eran y tratarse como los extraños á quienes una casualidad cualquiera hubiese reunido.

Y á su pesar, por un extraño fenómeno, mientras pronunciaban palabras indiferentes, adivinaban mutuamente los pensamientos que disimulaban bajo la banalidad de su conversación.

Inevitablemente pensaba en Camilo; su mirada continuaba el relato del pasado; todo su sér se

reconcentraba en el cambio silencioso de sus espantosos recuerdos, y sus palabras eran incoherentes y hasta contradictorias.

Cuando Lorenzo hablaba de las rosas ó del fuego, de esto ó de lo otro, Teresa comprendía perfectamente que él la recordaba la lucha en la barca y la caída sorda de Camilo. Cuando ella contestaba *si ó no* á cualquier pregunta insignificante, Lorenzo comprendía que ella le contestaba si se acordaba ó no, de algún detalle del crimen, y así conversaban libremente, con el corazón abierto, sin necesidad de palabras y hasta hablando de otros asuntos.

Aquella especie de adivinación, aquella tenacidad de su memoria en presentarles sin cesar la imagen de Camilo, les enloquecía poco á poco, y comprendieron claramente que si no se callaban las palabras, iban á subirles á los labios, y nombrarían al ahogado, y describirían el asesinato.

Entonces apretaron con fuerza los labios y terminaron la conversación.

En el imponente silencio que siguió, los dos asesinos se preocupaban aún de su víctima.

Parecíales que sus miradas penetraban mutuamente en su carne, y clavaban en ellos frases limpias y agudas. A veces creían que allí cerca hablaban en voz alta, sus sentidos se fundían y su vista se convertía en una especie de oído extraño y delicado.

Leían tan claramente sus pensamientos en sus propios semblantes, que éstos resonaban de un modo extraño, estridente, que sacudía todo su organismo; no se habrían entendido mejor si hubiesen dicho con voz desgarradora:

—«Nosotros hemos asesinado á Camilo, y su cadáver está aquí, echado entre los dos, helando nuestros miembros».

Y las terribles confidencias surgían cada vez más visibles, más resonantes por el ambiente tranquilo y suave de la cámara nupcial.

Lorenzo y Teresa habían comenzado la muda narración el día de su primera entrevista en la tienda.

Después los recuerdos llegaron uno á uno por su orden; se habían contado las horas de deleite, los momentos de duda y de cólera, el terrible instante del asesinato.

Entonces fué cuando sellaron sus labios, cesando de conversar, por temor de nombrar á Camilo involuntariamente.

A pesar de ello, pasó por su mente toda la historia y llegaron á pensar en el cadáver del ahogado, tendido sobre una losa de la Morgue.

Lorenzo, con una mirada, manifestó todo su terror á Teresa; y ésta, ya en el colmo del delirio, como obligada por una mano de hierro á despegar sus labios, continuó de repente la conversación en voz alta:

—«Le viste en la Morgue?»—preguntó á Lorenzo sin nombrar á Camilo.

El parecía esperar aquella pregunta, pues hacía rato que la leía en el lívido semblante de joven.

—«Sí,—repuso con voz ahogada.

Ambos se estremecieron y se aproximaron al fuego, extendiendo sus manos hacia la llama, como si hubiera soplado un viento glacial en la caliente habitación.

Guardando silencio por algunos momentos, encogidos, pegados uno á otro.

Después Teresa repuso sordamente:

—«Parecía que había sufrido mucho?»

Lorenzo no pudo contestar.

Hizo un gesto de horror, como para alejar una visión repugnante.

Se levantó, dirigióse hacia la cama, y volvió violentamente, con los brazos abiertos, dirigiéndose hacia Teresa.

—«Bésame,—dijo tendiendo su cuello.

Teresa se había levantado pálida y vacilante, casi cayéndose, y apoyando un codo en el mármol de la chimenea.

Miró al cuello de Lorenzo.

En la blancura de la piel acababa de ver una mancha rosada.

La sangre, que se agolpaba á la cabeza del joven,

marcó todavía más aquella mancha, dándole un tinte rojo subido.

—¡Bésame! ¡Bésame!—repetía Lorenzo con el rostro y el cuello encendidos.

Teresa volvió el rostro rehuyendo besar, y apoyando la punta del dedo sobre la mordedura de Camilo, preguntó á su marido:

—¿Qué tienes aquí? Jamás te he visto esa cicatriz.

A Lorenzo parecióle que el dedo de Teresa le atravesaba el cuello, y á su contacto retrocedió bruscamente y exhaló un ligero grito de dolor.

—Esto...—respondió balbuceando,—esto...

Vaciló, pero no pudo mentir, y dijo la verdad á pesar suyo.

—Camilo me mordió en la barca... sabes... no es nada; ya está curado... ¡Bésame! ¡bésame!

Y el miserable tendía el cuello, que le ardía, y deseaba que Teresa le besase en la cicatriz, creyendo que los labios de aquella mujer aplacarían las punzadas que le desgarraban la carne.

Teresa, casi echada en el mármol de la chimenea, hizo un gesto de suprema repugnancia, y exclamó con voz suplicante:

—Oh, no, ahí no... Ahí tienes sangre...

Y volvió á caer sobre su silla baja, estremeciéndose, con la frente entre las manos.

Lorenzo quedó atontado.

Bajó la barba y miró atentamente á Teresa.

De pronto, con un apretón de bestia fiera, le cogió la frente entre sus anchas manos, y por fuerza la hizo poner los labios sobre su cuello en la mordedura de Camilo.

Retuvo y estrujó un instante contra su piel aquella cabeza de mujer.

Teresa se había abandonado, quejándose silenciosamente y sofocada contra el cuello de Lorenzo.

Cuando pudo desprenderse de sus manos, se limpió los labios con violencia y escupió en el suelo.

No pronunció ni una sola palabra.

Lorenzo, avergonzado de su brutalidad, se puso

á pasear con lentitud desde el lecho á la ventana.

El horrible escozor le hizo exigir un beso de Teresa, y cuando los labios de ésta se posaron fríos sobre la cicatriz, fué aun mayor su sufrimiento.

Aquel beso obtenido por la violencia le había lastimado.

Por nada del mundo hubiera querido recibir un segundo beso.

¡Tan doloroso le pareció el choque de aquellos labios!

Miraba á la joven con quien debía vivir que se estremecía junto al fuego, y se decía que no amaba ya aquella mujer y que ella ya tampoco le quería.

Durante una hora Teresa permaneció callada y Lorenzo estuvo paseando.

Confesaban mutuamente en su interior que su pasión estaba muerta y que habían matado sus deseos de matar á Camilo.

El fuego se consumía lentamente, y sólo brillaba un gran brasero rosado de cenizas.

Poco á poco el calor se había hecho sofocante, las flores se marchitaban y cargaban el aire con sus olores pesados.

De pronto Lorenzo creyó tener una alucinación.

Al volver en su paseo desde la ventana al lecho, vió á Camilo en un rincón donde no daba la luz, entre la chimenea y el armario de luna.

El rostro de su víctima estaba verdoso y alterado, tal como él le había visto sobre una losa de la Morgue.

Lorenzo se quedó clavado sobre la alfombra, desfallecido, apoyándose en un mueble.

Lanzó un grito ahogado y Teresa levantó la cabeza.

—¡Ahí! ¡ahí!—balbuceó Lorenzo con voz aterrada.

Y con el brazo extendido señalaba al rincón obscuro en que percibía el siniestro semblante de Camilo.

Teresa, vencida por el espanto, fué á agarrarse de su marido.

—¡Es su retrato!—murmuró ella en voz baja como si la figura pintada de su antiguo marido hubiese podido oírlo.

—¡Su retrato!...—repitió Lorenzo, cuyos cabellos se ponían de punta.

—Sí, ya sabes; el retrato que tú mismo hiciste. Mi tía debía habérselo puesto en su cuarto y se habrá olvidado de descolgarlo.

—¡Ah! sí, es verdad. Es su retrato.

El asesino no acertaba á reconocer el lienzo, y en su turbación no recordaba que él mismo había pintado aquellos rasgos mal trazados, y extendido aquellas tintas sucias que le espantaban.

El horror le hacía ver el cuadro tal cual era, innoble, mal compuesto, cenagoso, mostrando sobre un fondo negro una cara con muecas de cadáver.

La obra le aferraba con su atroz fealdad; tenía, sobre todo, unos ojos blancos flotando en unas órbitas amarillentas, que le recordaban exactamente los ojos podridos del ahogado de la Morgue.

Quedóse algunos momentos anheloso, creyendo que Teresa mentía para tranquilizarle.

Luego que distinguió bien el lienzo, se tranquilizó poco á poco.

—Descuélgalo—dijo á Teresa en voz baja.

—Oh, no. Tengo miedo,—respondió ella estremeciéndose.

Lorenzo se echó á temblar.

A su vista desaparecía el cuadro, y no veía sino los dos ojos blancos, que le miraban fijamente.

—¡Yo te lo ruego!—repitió suplicando á su compañera.—Ve á descolgarlo.

—¡No! ¡no!...

—Le volveremos de cara á la pared, y va no tendremos miedo.

—No, yo no puedo...

El asesino, cobarde y rastrero, impella á su mujer hacia el cuadro, ocultándose tras de ella para sustraerse á las miradas del ahogado.

Pero ella huyó, y él quiso entonces echárselas

de audaz: acercóse al lienzo y levantó la mano para buscar el clavo...

Entonces el retrato lanzó una mirada tan aterradoramente tan innoble, tan sostenida, que Lorenzo, después de haber querido luchar, resistiéndola, fué vencido y retrocedió murmurando:

—No. Tienes razón, Teresa, no podemos. Tu tía le descolgará mañana.

Volvió á pasear como antes de un extremo á otro, con la cabeza baja, pensando en que el retrato le miraba, que le seguía con los ojos.

Tampoco él podía dejar de mirarle de cuando en cuando, y entonces, en el fondo de la sombra, veía siempre las miradas mortecinas del ahogado.

La idea de que Camilo estaba allí, en un rincón, acechándole, asistiendo á su noche de bodas, examinando á Teresa y á él, acabó por enloquecerle de terror y de desesperación.

Un hecho de que cualquiera otro se habría reído, le hizo perder completamente la cabeza.

Hallándose delante de la chimenea, oyó un rumor cual si alguien arañase.

Palideció y se imaginó que aquel ruido procedía del retrato, y que Camilo descendía del cuadro.

Comprendió después que el ruido procedía de la puerta pequeña que daba á la escalera, y miró á Teresa, que también estaba llena de miedo.

—Alguien hay en la escalera—dijo.—¿Quién puede venir por ahí?

La joven no respondió.

Ambos pensaban en el ahogado y un sudor frío mojaba sus sienes.

Refugiáronse en el fondo de la habitación, esperando que la puerta se abriría bruscamente y caería sobre el pavimento el cadáver de Camilo.

El ruido continuaba cada vez más seco, más irregular, y ellos creyeron que su víctima levantaba la puerta con las uñas para entrar.

No se atrevieron á moverse.

Al fin se oyó un maullido, y acercándose Lorenzo, conoció que era el gato atigrado de la señora Raquín que se había quedado encerrado en la habitación, y que procuraba salir, sacudiendo la puercecilla con sus garras.

«Francisco» que tuvo miedo de Lorenzo, saltó sobre una silla, y con el pelo erizado y las patas estiradas, miraba de frente á su nuevo amo, con ademán feroz.

Al joven no le gustaban los gatos, y «Francisco» casi le asustaba.

En aquella hora de fiebre y de terror, creyó que el gato iba á saltarle á la cara para vengar á Camilo.

Aquella bestia debía saberlo todo, y en sus ojos redondos, extrañamente dilatados, brillaba un montón de pensamientos.

Lorenzo cerró los párpados ante la mirada fija del felino, é iba á darle un puntapié, cuando Teresa gritó:

—No le hagas daño...

Este grito le causó una extraña impresión, sugiriendo en su cerebro una idea absurda.

—Camilo ha entrado en este gato...—pensaba.—Es necesario que yo mate á esta bestia... Parece una persona.

No le dió con el pie, temiendo oír á «Francisco» hablarle con el timbre de voz de Camilo; luego recordó las chanzas de Teresa en tiempo de sus placeres, cuando el gato era testigo de los besos que cambiaban.

Dijose que aquel animal sabía demasiado, y que era preciso arrojarlo por la ventana, pero no tuvo valor para cumplir su designio.

«Francisco» se mantenía en actitud guerrera: sacando las uñas y enarcando el lomo, y espiaba los menores movimientos de su enemigo con soberbia tranquilidad.

Lorenzo turbóse ante el brillo metálico de los ojos del gato; se apresuró á abrirle la puerta del

comedor, y el animal escapó dando un agudo maullido.

Teresa se había sentado de nuevo ante la apagada chimenea, y Lorenzo reanudó su paseo desde la cama á la ventana, y así esperaron el día.

No pensaron en acostarse; su carne y su corazón estaban completamente muertos.

Sólo sentían el deseo de salir de aquella habitación.

Les producía verdadero malestar el hallarse encerrados juntos y respirar el mismo aire.

Hubieran querido que alguien estuviere con ellos é interrumpiese el cruel embarazo que les producía permanecer allí, sin hablar y sin poder reavivar su extinguida pasión.

Los largos silencios les atormentaban, pues estaban cargados de quejas amargas y desesperadas, de mutuos reproches.

El día llegó, sucio, blanquecino y amenazando un frío penetrante.

En cuanto la habitación estuvo iluminada por la pálida claridad de la aurora, Lorenzo, que tiritaba, se sintió más tranquilo, miró el retrato de Camilo, y le vió tal cual era, banal y pueril; y lo descolgó, encogiéndose de hombros y tratándose de necio.

Teresa se levantó, y deshizo la cama para enganar á su tía, á fin de hacerla creer que habían pasado una noche feliz.

—Esto es—dijo brutalmente Lorenzo,—yo espero que esta noche dormiremos ¿verdad... Estas niñerías no pueden durar.

Teresa le dirigió una mirada grave y profunda. —Tú comprenderás—prosiguió él, que no me he casado para pasar las noches en claro. Somos unos niños. Tú me has turbado con tus aprensiones del otro mundo. Esta noche procura estar más contenta y no asustarme.

—Trataré de hacerlo,—respondió fríamente. Así pasaron Teresa y Lorenzo su noche de novios.

XXII

Las siguientes fueron más crueles todavía.

Los asesinos habían querido ser dos para defenderse por la noche del ahogado, y por un extraño efecto, desde que se encontraban juntos, temblaban más.

Sus nervios se excitaban con mayor violencia y sufrían crisis atroces de terror al cambiar una palabra insignificante, una mirada, y después de la más sencilla conversación, ó de la menor confianza, veían todo encarnado, y deliraban.

La naturaleza seca y nerviosa de Teresa influía sobre la sanguínea de Lorenzo.

Antes, en los días de pasión, la diferencia de temperamento había hecho de este hombre y de esta mujer una pareja poderosamente ligada, estableciendo entre ellos una especie de equilibrio y completando, por decirlo así, su organismo.

El amante ponía su sangre y la querida sus nervios, y vivían el uno en el otro, necesitando mutuamente sus besos para regular el mecanismo de su sér.

Pero acababa de producirse un desequilibrio; los nervios de Teresa, sobreexcitados, dominaban.

Lorenzo se halló de repente bajo la influencia de la joven, en pleno erotismo nervioso y su temperamento llegó poco á poco á ser el de una niña afectada por neurosis aguda.

Sería curioso el estudio de los cambios que se operan en ciertos organismos á consecuencia de determinadas circunstancias.

Estos cambios, que parten de la carne, no tardan en comunicarse al cerebro y á todo el individuo.

Antes de conocer á Teresa, tenía Lorenzo la pesadez, la prudente tranquilidad y la vida sanguínea de un hijo del campo.

Dormía, comía y bebía como un bruto.

A todas horas, en todos los actos de la vida cotidiana, tenía una respiración franca y fácil; estaba contento de sí mismo y hasta un poco embrutecido por su gordura; y apenas si en los profundos de su cuerpo indolente sentía algunos cosquilleos de aquellos que Teresa había desenvuelto en terribles sacudidas.

Ella había hecho surgir en aquel cuerpo grueso y flojo, un sistema nervioso de asombrosa sensibilidad.

Lorenzo que antes gozaba de la vida más por la sangre que por los nervios, tenía los sentidos menos groseros.

A los primeros besos de su querida se reveló en él repentinamente una existencia extremadamente nerviosa y punzante.

Aquella existencia decuplicó sus voluptuosidades, dió carácter tan agudo á sus deleites, que desde luego pareció como enloquecido, y se abandonó perdidamente á aquellas crisis de embriaguez, que jamás le había procurado su sangre.

Entonces se operó en él una transformación extraña: sus nervios se desarrollaron, predominaron sobre el elemento sanguíneo, y este solo hecho modificó su naturaleza.

Perdió su calma, su pesadez, y ya no vivió medio dormido.

Llegó el momento en que los nervios y la sangre se hallaban en equilibrio, y este momento fué el de goce profundo, el de perfecta existencia.

Después los nervios dominaron, y él cayó en las angustias que atormentan los cuerpos y los espíritus perturbados.

Por esto fué que Lorenzo temblaba á la vista de un rincón obscuro, como un niño asustadizo.

El sér medroso y huraño, el nuevo individuo que acababa de desenvolverse en el aldeano toscó y embrutecido, experimentaba los temores y las ansiedades de los temperamentos nerviosos.

Todas las circunstancias, las caricias feroces de Teresa y la fiebre del asesinato, le habían en-

loquecido, exaltando sus sentidos y excitando sus nervios con sacudidas bruscas y repetidas.

Había por último, llegado fatalmente al insomnio que trajo consigo la alucinación, y desde entonces Lorenzo cayó en una vida intolerable, en el eterno terror que le acometía sin tregua.

Sus remordimientos eran puramente físicos.

Su cuerpo, sus nervios irritados y su carne temblorosa eran lo que temían al ahogado, y su conciencia por nada entraba en sus terrores, pues no sentía el menor arrepentimiento de haber matado á Camilo.

Cuando se calmaba, cuando el espectro del ahogado no se encontraba allí, él habría cometido nuevamente el asesinato si hubiera creído que su interés así lo exigía.

Durante el día burlábase de sus miedos nocturnos, y se prometía ser fuerte, y regañaba á Teresa, á quien acusaba de su turbación.

Según él, Teresa era la que temblaba, la única causante de las escenas espantosas, durante la noche, en el dormitorio.

Luego que llegaba esta, cuando estaba encerrado con su mujer, el miedo le hacía sudar y le sacudían estremecimientos de niño.

De esta manera Lorenzo sufría crisis periódicas; crisis nerviosas que le atormentaban todas las noches, que trastornaban sus sentidos, mostrándole la faz verdosa é innober de su víctima.

Hubiérase dicho que sufría los accesos de una espantosa enfermedad, de una especie de histerismo del asesinato.

El nombre de enfermedad, de afección nerviosa, era realmente el único que convenía á los espantos de Lorenzo.

Su rostro se convulsionaba, y sus miembros se ponían rígidos; conocíase que sus nervios se le anudaban y que el cuerpo sufría horriblemente mientras el alma estaba ausente.

El miserable no sentía arrepentimiento; la pasión de Teresa le había comunicado un mal espantoso, y hélo ahí todo.

Teresa también sufría profundas sacudidas.

Pero en ella la primera naturaleza no había hecho sino exaltarse extraordinariamente, pues desde la edad de diez años se hallaba trastornada por desórdenes nerviosos, debidos en parte al modo que tuvo de desarrollarse en la atmósfera tibia y nauseabunda de la habitación en que se criaba el pequeño Camilo.

Amontonábanse en ella temporales fluidos poderosos, que debían estallar más tarde en verdaderas tempestades.

Lorenzo había sido para ella lo que ella fué para Lorenzo: una especie de choque brutal.

Desde el primer abrazo de amor, su temperamento seco y voluptuoso se había desarrollado con energía salvaje. Sólo vivió para la pasión, abandonándose desfallecida á la fiebre que la consumía, y llegando á caer en una especie de estupor enfermizo.

Los hechos la agobiaban: todo le impulsaba á la locura.

En sus temores se mostraba más mujer que su nuevo marido: tenía vagos remordimientos y la acometían deseos de arrodillarse, de rogar al espectro de Camilo, de pedirle gracia, jurando aplacarle con su arrepentimiento.

Tal vez Lorenzo notaba esta flojedad de Teresa; y cuando el miedo les agitaba, se acercaba á ella y la trataba con brutalidad.

Las primeras noches no pudieron acostarse.

Esperaron el día sentados ante la chimenea, ó bien paseando de un extremo á otro de la sala, como en la noche de bodas.

La idea de echarse juntos en la cama, les causaba repugnancia, y de tácito acuerdo evitaron besarse y ni aun miraban el lecho, que Teresa desahacía por la mañana.

Cuando la fatiga les agobiaba, dormían en la butacas durante una ó dos horas, para despertar sobresaltados bajo la impresión siniestra de alguna pesadilla.

Al levantarse con los miembros ateridos, el rostro

UNIVERSIDAD

UN

ALFONSO...
Nº de...

salpicado de manchas lívidas, tiritando de malestar y de frío, se contemplaban con estupor, y se admiraban de verse allí, frente á frente, con extraños pudores, con vergüenza de mostrar su descorazonamiento y su terror.

Por otra parte, luchaban contra el sueño tanto como podían, y procuraban, desde los dos extremos de la chimenea hablar de mil cosas sin decir nada, cuidando mucho de que no decayese la conversación.

Mediaba entre ellos una larga distancia delante del fuego, y al volver la cabeza, les parecía que Camilo había aproximado una silla y ocupaba aquel espacio, calentándose los pies de una manera lúgubremente zumbona.

Esta visión, que habían tenido en la noche de novios, cada noche se reproducía.

Aquel cadáver asistía mudo y burlón á sus conversaciones íntimas, y su cuerpo, horriblemente desfigurado, que permanecía siempre allí, les atormentaba con una zozobra continua.

No osaban moverse, y se deslumbraban mirando las llamas.

Cuando invenciblemente echaban una mirada temerosa alrededor de sí mismos, sus ojos irritados por el fulgor de las brasas, forjaban la visión y le daban rojizos reflejos.

Lorenzo concluyó por no querer sentarse sin confesar á Teresa la causa de este capricho.

Ella comprendió que su marido debía ver á Camilo, como ella le veía; declaró que el calor le hacía mal, y que estaría mejor á alguna distancia de la chimenea; y arrastró su butaca hasta los pies de la cama.

Allí permaneció mientras su marido reanudaba sus paseos por la habitación.

Este, algunas veces, abría la ventana, y dejaba que el aire frío de las noches de invierno invadiera la estancia con su aliento glacial.

Esto calmaba un poco su fiebre.

Durante más de una semana los recién casados pasaron así noches enteras, reposando un poco

durante el día, Teresa detrás del mostrador de la tienda, Lorenzo en su bufete.

Pertenecían por la noche al dolor y al miedo.

Lo más extraño era la actitud que guardaban el uno respecto del otro: no pronunciaban una palabra de amor; fingían haber olvidado el pasado; parecían aceptarse y tolerarse como dos enfermos que sienten secreta piedad por sus comunes sufrimientos.

Abrigaban la esperanza de que se desvaneciesen alguna vez sus disgustos y sus temores, y ninguno de los dos pensaba, al parecer, en aquellas tristes noches, lo cual hubiera bastado para iluminarles acerca del estado verdadero de su sér.

Cuando permanecían de pie hasta el alba del siguiente día, hablando apenas, palideciendo al menor ruido, forjábanse la ilusión de creer que todos los recién casados se conducían de la misma manera en los primeros días de su matrimonio.

¡Era la hipocresía insustancial de dos locos!

Pronto el cansancio les agobió, y una noche decidieron acostarse.

No se desnudaron: echáronse completamente vestidos sobre la colcha temiendo que su piel se tocara, por parecerles que experimentarían una sacudida dolorosa al menor contacto.

Luego cuando se hubieron adormecido así durante dos noches, con sueño inquieto, atreviéronse á desnudarse y ensabamarse.

Pero permanecieron separados el uno del otro y tomando precauciones para no tocarse.

Teresa se acostaba la primera y se arrimaba á la pared, y Lorenzo, esperaba que su mujer estuviese bien colocada, y entonces se decidía á acostarse en el borde del lado opuesto.

Había entre ambos un ancho espacio.

Allí se acostaba el cadáver de Camilo.

En cuanto los dos asesinos estaban metidos bajo la misma sábana, cerraban los ojos y creían sentir el cuerpo húmedo de su víctima, echado en medio de la cama, helándoles la carne.

Aquello era como un obstáculo repugnante que les separaba. La fiebre, el delirio, les acometía, y aquel obstáculo tomaba cuerpo; ambos lo tocaban extendido, semejante á un jirón verdoso y disuelto; respiraban el olor infecto de aquel montón de podredumbre humana, y sus sentidos se alucinaban dando una agudeza intolerable á sus sensaciones.

La presencia de aquel inmundo compañero de cama, les tenía inmóviles, silenciosos, angustiados.

Lorenzo deseaba á veces coger violentamente entre sus brazos á Teresa, pero no se atrevía á moverse temiendo que al alargar la mano habría de tocar un puñado de la carne blanda de Camilo.

Entonces suponía que el ahogado estaba allí entre él y su mujer, para impedirles que se abrazasen.

Acabó por creer que el ahogado tenía celos.

Sin embargo, algunas veces trataban de cambiar un tímido beso para ver lo que pasaba. Lorenzo se burlaba de su mujer, diciéndola que le besase, pero sus labios estaban yertos, como si la muerte se hubiese colocado entre sus bocas.

Sentían náuseas y Teresa temblaba con calofríos de horror.

Lorenzo, al oír el rechinar de sus dientes se ponía furioso contra ella.

—¿Por qué tiembles?—le decía.—¿Acaso te da miedo Camilo?... ¡El pobre infeliz no siente á estas horas ni el peso de sus huesos!

Ambos evitaban el confiarse la causa de sus terrores.

Cuando una alucinación levantaba ante uno de ellos la máscara del ahogado, cerraban los ojos, se reconcentraban en su terror y no se atrevían á hablar de su visión, por miedo de provocar una crisis todavía más terrible.

Si Lorenzo, en el colmo de la desesperación, acusaba á Teresa de tener miedo de Camilo, este nombre pronunciado en voz alta producía un aumento de angustia.

El asesino deliraba:

—¡Sí, sí!—balbuceaba, dirigiéndose á su mujer.—Tienes miedo de Camilo... Lo estoy viendo, ¡pardiez! Eres una estúpida que no tiene siquiera diez céntimos de valor. ¡Ah! duermes tranquila. ¿Crees que tu primer marido ha de venir á tirarte de los pies porque duermo contigo?

Esta idea, esta suposición de que el ahogado podía venir á tirarles los pies erizó los cabellos de Lorenzo que continuó con más violencia:

—Será necesario que yo te lleve una noche al cementerio... Abriremos el ataúd de Camilo, y allí verás qué montón de podredumbre... Entonces no tendrás más miedo. ¡El no sabe que le hemos arrojado al agua!

Teresa, con la cabeza envuelta en las sábanas, exhalaba gemidos sofocados.

—Le arrojamos al agua porque nos estorbaba... y le arrojaríamos aún. ¿no es verdad? No seas niña... Sé fuerte, Es muy necio turbar así nuestra dicha. Escucha, querida mía, cuando estemos muertos no seremos más ni menos dichosos bajo tierra por haber arrojado al Sena un imbécil, y habremos gozado libremente de nuestro amor, lo cual es una ventaja... Vamos, bésame...

La joven le besó helada, loca de terror, y él estaba tan estremecido como ella.

Durante más de quince días, Lorenzo se preguntó qué podría hacer para matar nuevamente á Camilo.

Le había arrojado al agua, y sin embargo, no estaba bastante muerto, pues volvía todas las noches á acostarse en la cama de Teresa.

Cuando los asesinos creían haberle dado una muerte segura y poder entregarse en paz á las dulzuras de su ternura, la víctima resucitaba para helar su lecho.

Teresa no era viuda y Lorenzo se encontraba esposo de la mujer de un ahogado.

Insensiblemente Lorenzo llegó á sentir una locura furiosa y resolvió arrojar de su cama á Camilo.

Primero se había acostado vestido, evitando tocar la piel de Teresa, y luego, rabioso y desesperado, quiso estrecharla contra su pecho y aplastarla, antes que abandonarla al espectro de su víctima.

Esto fué una rebelión soberbia de brutalidad.

En una palabra, la ilusión de que los besos de Teresa le curarían de sus insomnios, le había llevado á la habitación de la joven, y cuando se encontraba allí como dueño, su carne desgarrada por alroces crisis, ni aun había tratado de procurarse el remedio.

El exceso de estas angustias le hizo salir de su embrutecimiento.

En el primer instante de estupor, en su extraña postración de la noche de novios, había podido olvidar las razones que le impulsaron al matrimonio; pero bajo los golpes repetidos de sus malos ensueños, se sintió invadido por una irritación sorda, que triunfó de sus cobardías y le devolvió la memoria.

Acordóse de que se había casado para libertarse de sus pesadillas estrechando á su mujer cariñosamente.

Entonces una noche cogió á Teresa entre sus brazos, aun á riesgo de pasar sobre el cuerpo del ahogado, y la atrajo hacia sí con violencia.

La joven también había llegado al último extremo.

Se habría arrojado á la hoguera si hubiese creído que las llamas purificarían su carne y la librarían de sus males.

Devolvió á Lorenzo su abrazo, resuelta á ser abrasada por las caricias de aquel hombre ó á encontrar en ellas un lenitivo. Abrazáronse con un apretón horrible.

El dolor y el miedo impulsaron sus deseos.

Cuando sus miembros se tocaron creyeron que habían caído en un brasero.

Lanzaron un grito horrible y se estrecharon más para no dejar entre sus cuerpos sitio para el de Camilo; pero sentían siempre el contacto de los músculos del ahogado que se aplastaban inmundamente entre ellos, helando su piel por algunas partes, mientras que por otras partes abrasaba.

Sus besos eran atrocemente crueles.

Teresa buscó con sus labios la mordedura de Camilo en el cuello hinchado y tieso de Lorenzo, y allí aplicó sus labios con locura.

La cicatriz estaba viva, y curándola, los asesinos dormirían en paz.

La joven intentaba cauterizar la herida con el fuego de sus besos y se quemó los labios: y Lorenzo la rechazó brutalmente exhalando un quejido sordo, pareciéndole que le aplicaban al cuello un hierro candente. Teresa, loca, quiso besar aún la cicatriz; gozando de placer voluptuoso en colocar su boca sobre aquella piel en que se habían clavado los dientes de Camilo, y tuvo un instante la idea de morder á su marido en aquel sitio, de arrancarle un jirón de carne, de hacerle otra herida más profunda, que borrara las huellas de la antigua; diciéndose que no padecería al ver allí la señal de sus propios dientes; pero Lorenzo defendía su cuello, porque sentía bajo los besos un escozor inaguantable, y la rechazaba cada vez que ella quería aproximar sus labios. Los dos luchaban con estertor, defendiéndose de sus mutuas caricias.

Ambos conocían que con aquello sólo lograban aumentar sus sufrimientos, y por más que se deshicieran en abrazos, sufrían, febriles, sin lograr calmar sus nervios sobreexcitados.

Cada abrazo aumentaba sus dolores; mientras cambiaban sus horrorosas caricias, eran presas de alerradoras alucinaciones; imaginábase que el ahogado les tiraba de los pies, é imprimía á la cama violentas sacudidas... Soltáronse un momento.

Esta situación de violencia le^{ra} causó repugnan-

cia, sintieron invencibles sobresaltos nerviosos, luego no quisieron darse por vencidos; volvieron á estrecharse mutuamente y volvieron á soltarse, cual si aceradas puntas hubieran taladrado sus carnes; varias veces trataron así de vencer su repugnancia, de olvidarlo todo fatigando, quebrantando sus nervios; pero cada vez estos se irritaban más; causando exasperaciones mortales, que les obligaban á separarse: este combate contra su propio cuerpo les había exaltado hasta la rabia y empeñáronse en vencer; pero les rindió una crisis aun más aguda que las anteriores; sintieron como un choque tremendo y creyeron morir.

Apartáronse bruscamente hasta los bordes del lecho, enardecidos, quebrantados y rompieron á llorar.

Y en medio de sus sollozos, parecíales oír la carcajada de triunfo del ahogado, que se deslizaba nuevamente bajo las sábanas, mofándose de ellos; no habían podido arrojarle de allí; estaban vencidos; Camilo se acostó entre ambos, en tanto Lorenzo lloraba su propia impotencia.

Teresa temblaba temiendo se le ocurriera al cadáver aprovecharse de su triunfo, para estrecharla á su vez entre sus brazos podridos, como legítimo dueño suyo que era.

El matrimonio había intentado un medio supremo: en presencia de su derrota, Teresa y Lorenzo comprendían que en adelante ya no se atreverían á cambiar un solo beso; la crisis del loco amor que habían tratado de despertar para desvanecer sus terrores acababa de sumirles más profundamente en el fondo obscuro del espanto, al sentir el frío del cadáver que debía separarles para siempre, derramaban lágrimas de sangre, y se preguntaban, llenos de angustia, ¿qué iba á ser de ellos?

XXIV

Como esperaba el viejo Michaud al arreglar el casamiento de Teresa con Lorenzo, las veladas

de los jueves recobraron su antigua alegría desde el día siguiente al de la boda.

Estas veladas habían corrido gran peligro cuando la muerte de Camilo: los contertulios no se presentaron ya sino con temor en aquella casa de duelo, y cada semana esperaban una despedida definitiva.

La idea de que la puerta de la tienda acabaría por cerrarse espantaba á Michaud y á Grivet, en cuyos hábitos existía la terquedad de los brutos; ambos pensaban que la anciana madre y la joven viuda se irían á Vernón ó á otra parte, á llorar al difunto, y que ellos se encontrarían en la calle los jueves por la noche sin saber qué hacer.

Se estaban ya viendo en el pasaje, paseando ociosos, soñando con gigantescas partidas de domino.

Esperando esos malos días, gozaban tímidamente de sus últimas dichas, concurrían con cierta inquietud á la tienda, repitiéndose á cada momento que acaso no volverían más.

Tales temores duraron más de un año, sin que osaran á mostrarse risueños ante las lágrimas de la señora Raquín y el mutismo de Teresa.

No se encontraban en aquella casa tan á sus anchas como en tiempo de Camilo.

En estas circunstancias desesperadas fué cuando el egoísmo impulsó al viejo Michaud á dar un golpe maestro casando á la viuda del ahogado.

El jueves siguiente al día del casamiento, Grivet y Michaud hicieron una entrada triunfal; habían vencido; el comedor les pertenecía nuevamente; ya no temían que se les despidiese.

Eran dichosos; instaláronse y renovaron para con la joven sus antiguas bromas, adivinándose en su serena y confiada actitud que, para ellos, acababa de acontecer una revolución.

El recuerdo de Camilo se había desvanecido.

El marido muerto, el espectro que les helaba, había sido expulsado por el esposo vivo.

El pasado resucitaba con sus alegrías: Lorenzo reemplazó á Camilo y desapareció todo el motivo

de tristeza; los contertulios podían reír sin disgustar á nadie, y hasta debían reír para distraer á la excelente familia que tenía la bondad de recibirles.

Desde entonces Grivet y Michaud, que hacía cerca de dieciocho meses iban á la tienda, socapa de consolar á la señora Raquin, pudieron despojarse de su inocente hipocresía, y acudir francamente al juego, para dormirse uno en frente del otro, oyendo el ruido seco de las fichas del dominó.

Y cada semana llevaba un jueves; cada semana reunió una vez alrededor de la mesa aquellas cabezas muertas y grotescas, que antes exasperaban á Teresa.

La joven habló de despedir á aquellas gentes, que la irritaban con sus carcajadas bestiales, con sus reflexiones estúpidas; pero Lorenzo la convenció de que semejante despedida sería una falta, porque era preciso que el presente, en cuanto fuera posible, se pareciese al pasado; y, sobre todo, era conveniente conservar la amistad de la policía, de aquellos imbéciles, que les amparaban contra toda sospecha.

Teresa se resignó, y los convidados, bien recibidos, vieron con grata alegría presentarse ante ellos una larga serie de veladas.

Hacia esta época fué cuando la luz del día ahuyentaba los terrores de la noche, Lorenzo se vestía apresuradamente; no recuperaba su calma egoísta, no se sentía bien, sino en el comedor, ante una enorme taza de café con leche que le preparaba Teresa; y la señora Raquin, imposibilitada, pudiendo apenas bajar á la tienda, le miraba con sonrisa maternal mientras comía.

Hartábase de pan tostado, llenaba su estómago, y así se tranquilizaba poco á poco.

Después del café bebía una copa de coñac.

Esto le reponía completamente.

«Hasta la noche,» decía entonces á la señora Raquin y á Teresa, sin abrazarlas jamás, y se dirigía á su escritorio callejeando.

La primavera se acercaba: los árboles de los mue-

lles se cubrían de hojas, especie de tenue encaje verde pálido.

El río se deslizaba con murmullos acariciadores; los resplandores de los primeros días de sol llenaban el ambiente de suave calor.

Lorenzo se sentía renacer en la fresca atmósfera; respiraba con satisfacción los soplos de la vida nueva que descendían del espacio en los meses de Abril y Mayo; buscaba el sol, se detenía á mirar los plateados reflejos que centelleaban en el Sena; escuchaba el ruido de los muelles.

Bañaba, por decirlo así, sus sentidos todos en las delicias de la mañana serena y apacible.

Ciertamente, no pensaba en Camilo; algunas veces le sucedía pararse maquinalmente á contemplar la Morgue desde el otro lado del río, y pensaba entonces en el ahogado, como un hombre valeroso hubiera podido pensar en un miedo estúpido que hubiese tenido.

Lleno el estómago y rejuvenecido el rostro, volvía á hallar su antigua tranquilidad; llegaba á su despacho, y allí pasaba el día entero en bostezar, y en esperar la hora de la salida.

Ya era un empleado como los demás, embrutecido, aburrido, con la cabeza vacía.

La única idea que le preocupaba entonces era la de presentar su dimisión y alquilar un estudio de pintor; soñaba vagamente con una nueva existencia de pereza, y este ensueño bastaba para distraerle hasta la noche...

Jamás le turbaba el recuerdo de la tienda del pasaje, y por la noche, después de haber estado pensando en la hora de la salida desde por la mañana, retirábase con pesar y regresaba á su casa por los muelles, con el ánimo turbado é inquieto.

Por más que anduviese lentamente, tenía, al fin, que llegar á la tienda, donde le esperaba el terror.

Teresa experimentaba las mismas sensaciones: hallábase bien mientras Lorenzo no estaba con ella, y había despedido á la criada, diciendo que todo estaba desordenado y sucio lo mismo en la tienda que en las habitaciones; quería ser mujer ordenada,

pero la verdad era que tenía necesidad de moverse, de agitarse, de ejercitar sus miembros rígidos, y pasaba toda la mañana barriendo, limpiando el polvo, fregando el piso, lavando la vajilla, haciendo todas las faenas que otras veces la hubieran repugnado, y estas faenas la tenían de pie, activa, muda, hasta las doce, obligándola á pensar continuamente en las telarañas que colgaban del techo y en la grasa que ensuciaba los platos.

Entonces se constituía en la cocina y preparaba el almuerzo, y ya en la mesa, disgustábase la señora Raquín, de verla levantarse á cada momento para ir por los platos; conmovida y enojada de la actividad que desplegaba su sobrina, la reñía.

Teresa contestaba que era necesario hacer economías.

Después de la comida, la joven se arreglaba y pasaba á reunirse con su tía detrás del mostrador, y allí la acometía el sueño fatigada por las vigiliias; dormitaba, y cedía al entorpecimiento voluptuoso que se apoderaba de ella en cuanto se sentaba, por más que su sueño no era sino ligero sopor lleno de encanto vago, que calmaba sus nervios; huía su pensamiento de Camilo, y gozaba del mismo reposo profundo que asaltaba á los enfermos á quien súbitamente abandonan sus dolencias; sentía sus carnes molidas y su espíritu libre, y quedaba sumida en una especie de anonadamiento tibio y reparador.

Sin aquellos momentos de tranquilidad, su organismo hubiera estallado bajo la tensión de su sistema nervioso porque en ellos cobraba las fuerzas necesarias para sufrir aun espanto en la noche siguiente.

Además, no dormía, bajaba apenas los párpados y quedaba sumida en un ensueño pacífico.

Cuando entraba en la tienda una parroquiana, ella abría los ojos y servía los pedidos, volviendo en seguida á caer en su vago desvarío.

Así pasaba tres ó cuatro horas, perfectamente feliz, respondiéndole con monosílabos á su tía, dejándose llevar con verdadero deleite hasta de los des-

vanecimientos, y apenas dirigía, de vez en cuando, una mirada al pasaje.

Disfrutaba sobre todo en los días de cielo encapotado, allá en el fondo de la obscuridad, donde ocultaba su cansancio.

Aquel pasaje húmedo, repugnante, frecuentado por una multitud de pobres diablos, cuyos paraguas goteaban sobre las losas, parecíale el sendero de un sitio malo, una especie de corredor sucio y percibiendo el olor acre de la humedad, imaginábase que acababa de ser enterrada viva; creía encontrarse en la tierra, en el fondo de la fosa común, donde los muertos amontonados son pasto de los gusanos, y este pensamiento la consolaba y la aplacaba, y decíase que estaba segura ahora de que iba á morir y á no sufrir más.

Otras veces necesitaba tener los ojos abiertos, y Susana, que la visitaba, quedábase allí durante toda la tarde bordando, arimada al mostrador.

La mujer de Olivier, con su semblante macilento, sus gestos pesados, agradaba á Teresa, quien experimentaba un extraño consuelo mirando á aquella pobre criatura; llamábala su amiga y gozaba teniéndola á su lado, risueña y enfermiza, aunque dejaba en la tienda un triste ambiente de cementerio.

Teresa cuando los azules ojos de Susana, de transparencia vidriosa, se fijaban en los suyos, sentía hasta en los huesos un frío bienhechor, y esperaba así durante cuatro horas; después volvía presurosa á la cocina para preparar la comida de Lorenzo, y cuando veía á su marido presentarse en el dintel de la puerta, oprimiase su garganta, y la angustia se apoderaba nuevamente de todo su sér.

Las sensaciones de los esposos siempre eran con cortas diferencias iguales; durante las horas en que no se hallaban cara á cara, estaban tranquilos, disfrutando de reposo; por la noche, cuando se juntaban, un malestar cruel les embargaba.

Teresa y Lorenzo se estremecían al solo pensamiento de regresar á su habitación, y se esforzaban

por prolongar las veladas todo lo más posible.

La señora Raquín medio acostada en el fondo de su ancha butaca conversaba con ellos plácidamente; hablaba de Vernón; pensando en su hijo, evitando nombrarle por una especie de pudor, y sonreía á sus queridos hijos, forjando para ellos proyectos en lo porvenir; la lámpara despedía sobre su blanca faz pálidos reflejos; sus palabras resonaban con dulzura extraordinaria en el espacio, silencioso y fúnebre.

Al lado de la anciana, mudos, medio muertos, inmóviles, los dos asesinos parecían escuchar con recogimiento, y á la verdad, no procuraban comprender el sentido de la charla de la buena anciana, sino que eran dichosos sencillamente, escuchando aquel ruido de palabras dulces, que les impedían oír el ruido de sus propios pensamientos.

No se atrevían á mirarse y miraba á la señora Raquín para tener un motivo de distracción: nunca hablaban de acostarse, y hubieran permanecido allí hasta la mañana siguiente, oyendo las cariñosas frases de la anciana mercera, si ésta misma no hubiese manifestado el deseo de irse á la cama.

Entonces el matrimonio abandonaba el comedor, y los dos entraban en su habitación desesperados, como si se arrojasen al fondo de un abismo.

Teresa y Lorenzo preferían á aquellas veladas íntimas, las de los jueves.

Cuando estaban solos con la señora Raquín no podían aturdirse, porque la voz débil de su tía y su tierno regocijo no ahogaban los gritos del remordimiento que desgarraban sus conciencias.

Sentían acercarse la hora de acostarse, y temblaban cuando por casualidad dirigían la vista á la puerta de su cuarto; haciéndose más penosa la velada conforme se aproximaba el momento de quedarse solos.

El jueves, por el contrario, olvidaban mutuamente su presencia, sufrían menos, y aun la misma Teresa acabó por desear con avidez los días de recepción, hasta el punto de que si Michaud y Grivel

no hubiesen comparecido, habría sido capaz de ir á buscarles; cuando había personas en el comedor, colocadas entre ella y Lorenzo, sentíase más tranquila y hubiera querido tener siempre convidados, que hubiese ruido, algo para aturdirla y aislarla.

Delante de la gente manifestaba cierta alegría nerviosa, y Lorenzo también apelaba á sus recuerdos y dejaba oír sus bromas de aldeano, su risa tosca, sus bufonadas de antiguo rapazuelo.

Nunca las recepciones habían sido más agradables ni más ruidosas.

Sólo así Lorenzo y Teresa lograban hallarse juntos y sin temblar, una vez á la semana.

Bien pronto presentóse un nuevo motivo de intranquilidad: la parálisis de la señora Raquín aumentaba de día en día, y ellos vieron acercarse la hora en que la pobre anciana se encontraría impotente y alelada en su butaca.

La pobre vieja comenzaba á balbucear frases sueltas, incoherentes; su voz desfallecía, y sus miembros, unos tras otros, iban paralizándose y muriendo.

Dejaba de ser persona para transformarse en cosa.

Teresa y Lorenzo veían con espanto desaparecer aquel sér que les separaba todavía, y cuyas palabras desvanecían á veces sus desagradables sueños, diciéndose que cuando la inteligencia habría abandonado á la anciana mercera, y ésta quedase muda y rígida en el fondo de su butaca, ellos se encontrarían nuevamente solos y por la noche no podrían librarse de sí mismos y de sus terribles entrevistas: su terror empezaría á las seis de la tarde, en lugar de comenzar á media noche, y se volverían locos.

Todos sus esfuerzos se dirigieron á conservar á la señora Raquín un estado de salud que era tan precioso para ellos; consultaron á los facultativos y prodigaron á la enferma cariñosos cuidados, hallando en este oficio de enfermeros un bienestar que les estimulaba á redoblar su celo.

No querían perder un tercero que hacía las no-

ches más llevaderas; no querían que el comedor, que la casa entera llegase á ser para ellos un lugar cruel y siniestro como lo era el propio dormitorio.

La señora Raquín agradecía mucho el afectuoso esmero con que la trataban, y felicitábase con lágrimas en los ojos de verles tan unidos, y de haberles regalado sus cuarenta y tantos mil francos, porque, desde la muerte de su hijo Camilo, nunca había confiado en un afecto semejante, para sus últimos días, y sobrellevaba con resignación el dolor de su vejez por la ternura de sus queridos hijos; ni siquiera sentía la parálisis implacable que, á pesar de todo, la agarrotaba más cada día.

Teresa y Lorenzo llevaban empero su doble existencia.

Había en cada uno de ellos como dos seres muy distintos: un sér nervioso y amedrantado, que se estremecía desde que llegaba el crepúsculo, y un sér aletargado y olvidadizo, que respiraba con libertad tan luego como salía el sol; vivían con dos vidas, chillaban de angustia cuando estaban solos, y sonreían agradablemente cuando se hallaban acompañados.

Jamás su rostro dejaba en público adivinar los sufrimientos que les devoraban en la intimidad.

Tranquilos y dichosos en apariencia, ocultaban instintivamente sus males.

Nadie hubiera sospechado, al verles tranquilos durante el día, que todas las noches les atormentaban alucinaciones terribles, y hubiéraseles creído un matrimonio protegido por el cielo, viviendo en plena felicidad.

Grivel les llamaba galantemente *los tórtolos*, y cuando veía sus ojos adormecidos por las prolongadas vigiliás, bromeaba con ellos, preguntándoles que ¿cuándo sería el bautizo? y todos los contertulios se reían.

Teresa y Lorenzo apenas palidecían, y aun lo graban sonreirse, habituados ya á las bromas atrevidas del viejo empleado.

Mientras se hallaban en el comedor, nadie podía adivinar sus terrores y el espantoso cambio

que se operaba en ellos al encerrarse en su dormitorio; y sobre todo en la noche de los jueves, aquel cambio era de brutalidad tan violenta, que parecía verificarse en un mundo sobrenatural.

El drama de sus noches, por su extrañeza, por su arrebatos salvajes, sobrepujaba á todo lo creíble y quedaba profundamente escondido en el fondo de su sér quebrantado.

Si hubiesen dicho algo de lo que les pasaba se les hubiera creído locos.

—¡Qué dichosos son estos enamorados!—decía muchas veces el viejo Michaud.—No hablan mucho, pero piensan. ¡Apostaría cualquier cosa á que se devoran á caricias cuando nosotros no estamos aquí!

Tal era la opinión de la sociedad, y ocurrió que Teresa y Lorenzo fueran citados como modelo de matrimonios, y los vecinos del pasaje del Pont-Neuf ponderaban el afecto, la tranquilidad feliz, la eterna luna de miel de los dos esposos.

¡Ellos solos sabían que el cadáver de Camilo se acostaba entre ambos!

¡Ellos solos sentían, bajo el sereno cutis de sus rostros, las contracciones nerviosas que por la noche estiraban horriblemente sus facciones y cambiaban la expresión plácida de su fisonomía en innoble máscara dolorida!

XXV

Al cabo de cuatro meses Lorenzo pensó en los beneficios que se había prometido sacar de su casamiento.

Hubiera abandonado á su mujer y huído del espectro de Camilo tres días después de la boda, si su interés no le hubiese tenido como clavado en la tienda del pasaje; más aceptaba sus noches de terror y soportaba las angustias que le ahogaban, por no perder el precio de su crimen.

Abandonando á Teresa, volvía á caer en la miseria y tenía que conservar nuevamente su empleo; permaneciendo con ella, podía, por el contrario,

ches más llevaderas; no querían que el comedor, que la casa entera llegase á ser para ellos un lugar cruel y siniestro como lo era el propio dormitorio.

La señora Raquín agradecía mucho el afectuoso esmero con que la trataban, y felicitábase con lágrimas en los ojos de verles tan unidos, y de haberles regalado sus cuarenta y tantos mil francos, porque, desde la muerte de su hijo Camilo, nunca había confiado en un afecto semejante, para sus últimos días, y sobrellevaba con resignación el dolor de su vejez por la ternura de sus queridos hijos; ni siquiera sentía la parálisis implacable que, á pesar de todo, la agarrotaba más cada día.

Teresa y Lorenzo llevaban empero su doble existencia.

Había en cada uno de ellos como dos seres muy distintos: un sér nervioso y amedrantado, que se estremecía desde que llegaba el crepúsculo, y un sér aletargado y olvidadizo, que respiraba con libertad tan luego como salía el sol; vivían con dos vidas, chillaban de angustia cuando estaban solos, y sonreían agradablemente cuando se hallaban acompañados.

Jamás su rostro dejaba en público adivinar los sufrimientos que les devoraban en la intimidad.

Tranquilos y dichosos en apariencia, ocultaban instintivamente sus males.

Nadie hubiera sospechado, al verles tranquilos durante el día, que todas las noches les atormentaban alucinaciones terribles, y hubiéraseles creído un matrimonio protegido por el cielo, viviendo en plena felicidad.

Grivel les llamaba galantemente *los tórtolos*, y cuando veía sus ojos adormecidos por las prolongadas vigiliás, bromeaba con ellos, preguntándoles que ¿cuándo sería el bautizo? y todos los contertulios se reían.

Teresa y Lorenzo apenas palidecían, y aun lo graban sonreírse, habituados ya á las bromas atrevidas del viejo empleado.

Mientras se hallaban en el comedor, nadie podía adivinar sus terrores y el espantoso cambio

que se operaba en ellos al encerrarse en su dormitorio; y sobre todo en la noche de los jueves, aquel cambio era de brutalidad tan violenta, que parecía verificarse en un mundo sobrenatural.

El drama de sus noches, por su extrañeza, por su arrebatos salvajes, sobrepujaba á todo lo creíble y quedaba profundamente escondido en el fondo de su sér quebrantado.

Si hubiesen dicho algo de lo que les pasaba se les hubiera creído locos.

—¡Qué dichosos son estos enamorados!—decía muchas veces el viejo Michaud.—No hablan mucho, pero piensan. ¡Apostaría cualquier cosa á que se devoran á caricias cuando nosotros no estamos aquí!

Tal era la opinión de la sociedad, y ocurrió que Teresa y Lorenzo fueran citados como modelo de matrimonios, y los vecinos del pasaje del Pont-Neuf ponderaban el afecto, la tranquilidad feliz, la eterna luna de miel de los dos esposos.

¡Ellos solos sabían que el cadáver de Camilo se acostaba entre ambos!

¡Ellos solos sentían, bajo el sereno cutis de sus rostros, las contracciones nerviosas que por la noche estiraban horriblemente sus facciones y cambiaban la expresión plácida de su fisonomía en innoble máscara dolorida!

XXV

Al cabo de cuatro meses Lorenzo pensó en los beneficios que se había prometido sacar de su casamiento.

Hubiera abandonado á su mujer y huído del espectro de Camilo tres días después de la boda, si su interés no le hubiese tenido como clavado en la tienda del pasaje; más aceptaba sus noches de terror y soportaba las angustias que le ahogaban, por no perder el precio de su crimen.

Abandonando á Teresa, volvía á caer en la miseria y tenía que conservar nuevamente su empleo; permaneciendo con ella, podía, por el contrario,

satisfacer sus apetitos de perezoso, y vivir holgadamente sin hacer nada, con la renta que la señora Raquín había colocado á nombre de su mujer.

Es de creer que hubiera huído con los cuarenta mil francos, si hubiese podido realizarlos; pero, aconsejada por Michaud, la anciana mercera había tenido la prudencia de garantir en el contrato los intereses de su sobrina; Lorenzo, por lo tanto, se encontraba así ligado á Teresa con un poderoso lazo.

En compensación de sus noches atroces, quiso, al menos, hacerse mantener en ociosidad feliz, bien alimentado, bien vestido y llevando en el portamonedas el dinero necesario para contentar sus caprichos, y sólo á este precio consentía en acostarse con el cadáver del ahogado.

Una noche anunció á la señora Raquín y á su mujer que había hecho dimisión, y que abandonaría su oficina al fin de la quincena: Teresa hizo un ademán de inquietud, y él se apresuró á añadir que iba á alquilar un pequeño estudio, donde se se dedicaría nuevamente á la pintura.

Habló extensamente del fastidio que le causaba su empleo y del ancho horizonte que el arte le abría, y ahora, que era hombre de dinero, podía tentar el éxito, quería ver si era ó no capaz de hacer grandes empresas.

Lo que dijo con tal motivo ocultaba simplemente extremado deseo de tornar á su antigua vida de taller.

Teresa mordiéndose los labios, no respondió una sola palabra; no admitía que Lorenzo le gastase la pequeña fortuna que aseguraba su libertad, y cuando su marido la apremió con preguntas para obtener su consentimiento, confesó secamente, dando á entender que si abandonaba su escritorio ya no ganaría nada y tendría que vivir completamente á expensas de ella.

Mientras hablaba así, Lorenzo la miraba de una manera extraña, que la joven se turbó, y detuvo en su garganta la negativa que iba á formular;

creyó leer en los ojos de su cómplice este pensamiento amenazador:

«¡Lo digo todo si no consientes!»

Teresa empezó á balbucear, y la señora Raquín dijo entonces que el deseo de su querido hijo era muy justo, y que era necesario, por tanto, facilitarle medios de hacerse un hombre de talento.

La buena señora lisonjaba á Lorenzo como había mimado á Camilo, seducida por las caricias que el joven le prodigaba.

¡Perteneziale en absoluto, y participaba siempre de su parecer!

Decidióse, pues, que el artista alquilase un taller, y que se le darian cien francos mensuales para los diversos gastos que hubiese que hacer.

Quedó arreglado de este modo el presupuesto de la familia: con los beneficios realizados en el comercio pagarían el alquiler de la tienda y de la habitación, y aun casi bastarían para los gastos diarios de la casa; Lorenzo tomaría el importe del alquiler de su estudio y cien francos mensuales, de los dos mil y tantos francos de renta; el resto de esta misma renta se aplicaría á las necesidades comunes y así no se tocaría el capital.

Teresa se tranquilizó un poco; é hizo jurar á su marido que jamás se excedería de la cantidad señalada; por otra parte, se decía que Lorenzo no podía apoderarse de los cuarenta mil francos sin tener su firma, y ella se prometía no firmar nunca documento alguno.

Desde el día siguiente alquiló Lorenzo un pequeño taller, que codiciaba hacia un mes, en la parte baja de la calle Mazarine.

No quería abandonar su empleo sin tener un refugio donde pasar tranquilamente el día lejos de Teresa.

Al fin de la quincena se despidió de sus compañeros de oficina, Grivet se quedó estupefacto de su marcha.

—Un joven—decía él,—que tenía ante sí tan hermoso porvenir. Un joven que había llegado en

cuatro años á tener un sueldo que, para llegar á él, Grivet mismo había necesitado esperar veinte.

Lorenzo le dejó todavía más estupefacto cuando le dijo que iba á dedicarse nuevamente á la pintura.

Por fin, el artista se instaló en su taller.

Este era una especie de buhardilla de unos cinco ó seis metros cuadrados; el techo se inclinaba en brusca pendiente sobre uno de los costados hacia una ancha ventana, que dejaba penetrar una luz blanca y cruda sobre el pavimento y las paredes ennegrecidas; el rumor de la calle no resonaba en aquellas alturas; la silenciosa pieza, amarillenta, abierta por arriba, mirando al cielo, parecía un agujero, ó un sótano cavado en gris arcilla.

Lorenzo amuebló este sótano de cualquier modo, con dos sillas sin pajas, una mesa que apoyó contra la pared para que no se viniese al suelo, un aparador de cocina, su caja de colores y su antiguo caballete; el verdadero lujo de la habitación consistía en un diván enorme que compró por treinta francos en casa de un prendero.

Estuvo quince días sin pensar siquiera en coger los pinceles.

Llegaba entre ocho y nueve de la mañana; fumaba, se acostaba en el diván esperando que dieran las doce, descansaba feliz porque tenía aún muchas horas delante de sí antes de llegar á la noche.

A las doce iba á almorzar, y apresurábase luego á volverse al taller para estar solo, para no ver el pálido rostro de Teresa; y entonces digería, dormía y se refocilaba hasta el atardecer.

Su taller era un lugar seguro, donde él no temblaba.

Cierta día su mujer le pidió que la dejase visitar su querido refugio; él rehusó, y como á pesar de la negativa fué ella al cabo á llamar á la puerta, Lorenzo no le abrió, y por la noche le dijo que había pasado el día en el Museo del Louvre.

Temía que Teresa introdujera allí consigo el espectro de Camilo.

La ociosidad acabó por aburrirle; compró un lienzo y colores, y se puso á trabajar; no tenía suficiente dinero para pagar modelos, y resolvió pintar á capricho, sin cuidarse de la naturaleza.

Principió esbozando una cabeza de hombre.

Por lo demás, no se encerraba ya tanto; después de trabajar durante dos ó tres horas por la mañana, empleó las tardes en callejear por París y por las afueras.

Un día al volver de sus largos paseos, se encontró delante del Instituto con su antiguo compañero de colegio, que había obtenido un bonito éxito de compañerismo en el último *Salón*.

—¡Cómo! ¿Eres tú?—exclamó el pintor.—¡Ah, mi pobre Lorenzo! ¡Jamás te hubiera conocido! ¡Has enflaquecido!

—Me casé,—respondió Lorenzo con acento de embarazo.

—¿Casado tú? Entonces ya no me admiro de verte así, tan extraño... ¿Y qué haces ahora?

—He alquilado un pequeño taller; pinto un poco por las mañanas.

Lorenzo refirió en pocas palabras su matrimonio, y después expuso con voz algo temblorosa sus proyectos acerca del porvenir; su amigo le miraba con cierta extrañeza y turbación, y sin reconocer en el marido de Teresa al joven bonachón y ordinario que había tratado antiguamente.

Parecíale que Lorenzo tenía aire más distinguido; el rostro se le había adelgazado; tenía una palidez de buen tono, y todo su cuerpo erguía con más dignidad y soltura.

—¡Estás hecho un guapo mozo!—no pudo menos de decir el artista.—¡Tienes trazas de embajador! en qué escuela estás?

Alomentaba á Lorenzo el examen que estaba sufriendo, y no se atrevía á alejarse de su amigo con demasiada brutalidad.

—¿Quieres subir un instante á mi taller?—preguntó por fin el artista, que no le dejaba.

—Con mucho gusto,—respondióle.

El pintor, no dándose cuenta del cambio que

observaba, anhelaba visitar el taller de su antiguo compañero, y ciertamente no subía al quinto piso por ver las nuevas obras de Lorenzo, las cuales, con seguridad, iban á producirle náuseas, sino por satisfacer una curiosidad.

Cuando hubo subido echó una ojeada sobre los cuadros colgados de las paredes, y aumentó su admiración: allí había cinco estudios, tres cabezas de mujer y dos de hombre, pintadas con verdadera energía: el conjunto era firme y sólido, y cada detalle se destacaba magníficamente sobre fondo gris claro.

El artista se aproximó con interés; y, estupefacto, sin tratar de ocultar su sorpresa:

—¿Eres tú quién ha hecho esto?—preguntó á Lorenzo.

—Sí—respondió éste.—Son bocetos que me servirán para un gran cuadro que estoy preparando.

—¡Vamos, no bromees! ¿Eres tú quién ha pintado esto?

—Sí, hombre, sí... ¿Por qué no había de ser yo?

El artista no se atrevió á contestar.

—Porque estos lienzos son de artista de verdad, y tú siempre fuiste un innoble albañil.

Permaneció mucho tiempo silencioso delante de los estudios.

Estos no eran ciertamente una obra maestra, pero tenían un sello original, un carácter tan poderoso, que revelaban un sentido artístico muy desarrollado, y hubiérase dicho que la pintura vivía. ¡Jamás había visto el amigo de Lorenzo bocetos que prometiesen tanto!

Cuando acabó el examen de los lienzos se volvió hacia el autor:

—Francamente—le dijo,—no te hubiera creído capaz de pintar así... ¿Dónde diablos aprendiste á tener talento? Esto no suele aprenderse.

Y miraba á Lorenzo, cuya voz le parecía más dulce, y cuyos ademanes tenían cierta elegancia, sin poder adivinar la espantosa sacudida que había cambiado á aquel hombre, desenvolviendo en él nervios de mujer y sensaciones agudas y delicadas.

Sin duda se había operado un fenómeno extraño en el organismo del asesino de Camilo, y es difícil al análisis penetrar en tales profundidades.

Lorenzo se había tal vez transformado en artista, como se volvió cobarde, á consecuencia de la gran dislocación que había trastornado su carne y su espíritu.

Antes se ahogaba con el peso de su sangre, y estaba ciego por el denso vapor de salud que le rodeaba; ahora estaba enflaquecido, medroso, inquieto, con las sensaciones vivas y punzantes propias de los temperamentos nerviosos.

En la vida de terrores que llevaba, su pensamiento llegaba hasta el delirio y alcanzaba hasta los éxtasis del genio; la enfermedad, en cierta manera moral, la neurosis que sacudía todo su sér, des-envolvía en él un sentido artístico de lucidez extraña; desde que había matado, su carne se aligeró; su cerebro, trastornado, le parecía inmenso, y en aquel repentino desarrollo de su pensamiento veía pasar creaciones exquisitas, ensueños de poeta.

Así es que sus ademanes adquirieron súbita distinción, y sus obras fueron bellas, personales, vivientes.

Su amigo no trató ya de explicarse la creación del nuevo artista.

Se marchó con su admiración; mas antes de partir, miró otra vez los lienzos y dijo á Lorenzo:

—Sólo un reparo he de hacerte, y es que todos esos estudios tienen cierto aire de familia. Esas cinco cabezas se parecen: hasta las mujeres tienen un aspecto violento, indefinible, que las hace parecer hombres distraídos... Comprendeme: si quieres hacer un cuadro con estos bocetos, será preciso cambiar algunas fisonomías; tus personajes no pueden ser todos hermanos, porque eso haría reír.

Salió en seguida del taller, y añadió riendo desde el rellano de la escalera:

—Verdaderamente, mi amigo, celebro haberte visto; ahora ya creo en milagros... ¡Buen Dios! ¡Y qué señorito te has vuelto!

Y se marchó.

Lorenzo, turbado, volvió a su taller.

Cuando su amigo le hizo advertir que todas las cabezas de su estudio tenían un aire de familia, había vuelto el rostro para ocultar su palidez, porque aquella fatal semejanza ya le había impresionado á él mismo; volvía á colocarse ante los lienzos, y á medida que los contemplaba paseando su vista de uno á otro, sentía un sudor glacial correr por sus espaldas.

— ¡Tiene razón! — murmuró. — ¡Se parecen todos!... ¡Se parecen á Camilo!...

Retrocedió, y sentóse en el diván, sin poder apartar la mirada de aquellas cabezas de estudio: la primera tenía cara de viejo, con lengua barba blanca, y bajo esta barba, el artista adivinaba la barba delgada de Camilo; la segunda representaba una joven rubia, y ésta le miraba con los ojos azules de su víctima; las otras tres figuras tenían todas algún rasgo de las facciones del ahogado.

Hubiérase dicho que las tres reproducían á Camilo disfrazado de viejo, de joven, á voluntad del pintor, pero conservando siempre el carácter peculiar de su fisonomía.

Otra semejanza terrible se veía en ellas: parecían sufrir y estar como aterrorizadas, agobiadas por la misma sensación de horror; cada una tenía un ligero pliegue hacia el lado izquierdo de la boca, que alargaba los labios, obligándoles á hacer muecas.

Este pliegue, que Lorenzo recordó haberlo visto en el rostro convulsionado del ahogado, las marcaba á todas con un signo de innoble parentesco.

Lorenzo comprendió que había mirado demasiado á Camilo en la Morgue: la imagen del cadáver se había grabado profundamente en su imaginación, y ahora su mano, inconscientemente, trazaba siempre las líneas de aquel semblante atroz, cuyo recuerdo le seguía por todas partes.

Poco á poco, el pintor, que continuaba echado en el diván, creyó que las figuras se animaban, y tuvo cinco Camilos ante sus ojos.

¡Cinco Camilos, que sus propias manos habían creado, y que por horrible extrañeza, se parecían aparte las edades y sexos!

Levantóse, desgarró los lienzos y los arrojó á la calle; pensaba que moriría de espanto en su taller si lo poblaba por sí mismo con retratos de su víctima.

Otro temor se apoderó de Lorenzo: temía no poder dibujar una cabeza sin dibujar el semblante del ahogado.

Quiso saber en el acto si era dueño de su mano; puso en el caballete un lienzo limpio, y trazó con carbón una figura.

¡La figura se parecía á Camilo!

Lorenzo la borró bruscamente; intentó hacer otra y durante una hora estuvo luchando contra la fatalidad que guiaba sus dedos; á cada nuevo ensayo repelía la cabeza del ahogado, y aunque se esforzaba en evitar las líneas que tan bien conocía, á pesar suyo las trazaba de nuevo, obedeciendo sus músculos, á sus nervios rebeldes.

Primero arrojó los bocetos, y aunque luego se propuso dibujar con calma, el resultado fué siempre el mismo: Camilo aparecía sin cesar en el lienzo.

El artista bosquejó sucesivamente las cabezas más diversas, cabezas de ángeles, de vírgenes con aureolas, de guerreros romanos con sus cascos, de niños rubios y sonrosados, de viejos bandidos llenos de cicatrices, y siempre, siempre renacía el ahogado, siendo por turno ángel, virgen, guerrero, niño y bandido.

Entonces Lorenzo dibujó caricaturas; exageró las facciones, trazó perfiles monstruosos, inventó cabezas grotescas, y sólo consiguió hacer más horribles los retratos de su víctima; concluyó por pintar animales, perros y gatos, y también los perros y los gatos recordaban vagamente á Camilo.

Rabia sorda se había apoderado de Lorenzo, y agujereó el lienzo á puñetazos, pensando con desesperación en su gran cuadro que había de abandonar, porque conocía perfectamente que en adelante sólo pintaría la cabeza de Camilo; y como

le había dicho su amigo, si todas las figuras se se pareciesen harían reír.

Imaginaba lo que habría sido su obra: veía sobre los hombros de sus personajes, hombres y mujeres, el semblante descompuesto y espantoso del ahogado, y el extraño espectáculo que evocaba le pareció atrocemente ridículo y le exasperó.

Así no osaría ya trabajar, por temor de resucitar á su víctima con el menor rasgo de sus pinceles, y si quería vivir tranquilo en su taller, no debía pintar más.

La idea de que sus dedos tenían la fatal é inconsciente facultad de reproducir sin cesar el retrato de Camilo, le hizo mirar á su mano con terror, como si aquella mano hubiese dejado de pertenecerle.

XXVI

La crisis de que la señora Raquín estaba amenazada se declaró, y de repente la parálisis, que desde hacía meses hormigueaba á lo largo de sus miembros, siempre á punto de ahogarla, agarró su garganta y la ligó el cuerpo: una noche, entreteniéndose apaciblemente con Teresa y Lorenzo, se quedó en medio de una frase con la boca abierta: parecía que la estrangulaban: cuando quiso gritar, llamar en su socorro, sólo pudo balbucear ronquidos sordos; su lengua se había vuelto como de piedra, sus manos y sus pies estaban rígidos: hallábase muda é inmóvil.

Teresa y Lorenzo se levantaron asustados ante aquel rayo que dejó sin movimiento á la anciana mercera en menos de cinco minutos.

Cuando quedó rígida y fijó sobre ellos miradas suplicantes, agobiáronla á preguntas para conocer la causa de su sufrimiento.

Ella no pudo responder, y continuó mirándolos con angustia profunda.

Entonces comprendieron que se hallaban ante un cadáver; un cadáver medio vivo, que les veía y les oía sin poder hablar.

Esta crisis les desesperó; en el fondo se preocupaban poco de los dolores de la parálisis; mas lloraban por ellos mismos, condenados á vivir en lo sucesivo perpetuamente el uno enfrente del otro.

Desde aquel día la vida de los esposos tornóse intolerable.

Pasaron noches crueles enfrente de la anciana imposibilitada, cuyas agradables chocheces no habían de adormecer ya su terror; ella yacía en un sillón, como un bulto, como una cosa, y ellos quedaban solos, ocupando los dos extremos de la mesa, embarazados é inquietos.

Aquel cadáver no les separaba ya, y algunas veces lo olvidaban y le confundían con los muebles; entonces el espanto de la noche se apoderaba de ellos, y el comedor se convertía, como su propio cuarto, en un lugar terrible, donde también se erguía el espectro de Camilo.

Así sufrieron cuatro ó cinco horas más por día: desde el crepúsculo empezaban á temblar, y bajaban la pantalla de la lámpara para no verse, fingiendo creer que la señora Raquín iba á hablar y á recordar su presencia.

Si ellos la respetaban y no se desembarazaban de ella, era porque aun vivían sus ojos, y experimentaban algunas veces cierto consuelo viéndoles moverse y brillar.

Colocaban siempre á la anciana incapacitada á la claridad de la lámpara, á fin de alumbrar bien su semblante y tenerla siempre á la vista, y aunque aquel semblante descolorido y sin vida hubiera sido un espectáculo insoportable para otros, ellos sentían tal necesidad de compañía, que fijaban en él sus miradas con verdadero gozo.

Hubiérase dicho que era la máscara descompuesta de una muerta, en la cual se hubiesen colocado los ojos vivos; sólo aquellos ojos se movían, revolviéndose rápidamente en sus órbitas; las mejillas y la boca estaba como petrificadas y conservaban una inmovilidad espantosa.

Cuando la señora Raquín cedía al sueño y bajaba

los párpados, su semblante pálido y mudo era verdaderamente el de un cadáver.

Teresa y Lorenzo que se hallaban entonces solos, movían ruido hasta que la parálitica abría los ojos y les miraba, obligándola así á permanecer despierta.

Considerábanla como un objeto de distracción, que les sacaba de sus malos ensueños; desde que estaba enferma era necesario cuidarla como á un niño, y los cuidados que la prodigaban les forzaban á distraer sus pensamientos; por la mañana, Lorenzo la levantaba y la conducía á su butaca, y por la noche la llevaba al lecho; ella pesaba aún mucho y tenía que reunir todas sus fuerzas, tomarla delicadamente entre sus brazos y transportarla á la butaca, que hacía rodar hasta su sitio.

Los demás cuidados corrían á cargo de Teresa, quien vestía á la imposibilitada, la hacía comer y procuraba adivinar sus menores deseos.

La señora Raquín conservó durante algunos días el uso de sus manos, pudiendo escribir en una pizarra y pedir así lo que necesitaba; mas luego aquellas manos murieron y les fué imposible alzarse y sostener el lápiz; desde entonces no tuvo otro lenguaje que la mirada, y fué preciso que su sobrina adivinase lo que la enferma quería; la joven se dedicó al rudo oficio de enfermera, que la creó una ocupación de cuerpo y alma, que la causó mucho bien.

Los esposos, para no permanecer frente á frente, llevaban al comedor desde por la mañana la butaca de la pobre anciana, y la colocaban entre los dos, como si fuese necesaria para la existencia de ellos; hacíanla asistir á su comida y á todas sus entrevistas, y fingían no comprender cuando la anciana manifestaba deseos de ir á su habitación.

Ella servía únicamente para distraerles en sus conversaciones, y la negaban el derecho de vivir aparte.

A las ocho Lorenzo se iba á su taller: Teresa bajaba á la tienda, y la parálitica quedaba sola en el comedor hasta el medio día: después del al-

muerzo quedaba sola de nuevo hasta las seis de la tarde, aunque frecuentemente durante el día subía su sobrina y daba vueltas alrededor de la enferma para observar si algo le faltaba.

Los amigos de la familia no sabían qué elogios inventar para ensalzar las virtudes de Teresa y Lorenzo.

Las recepciones de los jueves continuaron, y la enferma imposibilitada asistía á ellas como antes, aproximándola en su butaca á la mesa.

Desde las ocho hasta las once conservaba los ojos abiertos observando á los convidados con miradas escudriñadoras.

Los primeros días el viejo Michaud y Grivet se encontraban un poco embarazados ante el cadáver de su vieja amiga, no sabiendo qué actitud guardar, y preguntándose hasta qué punto era conveniente que expresasen su dolor.

¿Era necesario hablar á aquel rostro muerto, ó no debían acordarse de él para nada?

Poco á poco tomaron el acuerdo de tratar á la señora Raquín como si nada hubiese acontecido, y acabaron por fingir que ignoraban completamente su estado; hablábanla, dirigíanle preguntas y respuestas, refan por ella y por ellos mismos, sin inmuntarse lo más mínimo ante la expresión rígida de su semblante.

Esto ofrecía un extraño espectáculo: aquellos hombres aparentaban hablar razonablemente á una estatua, como las niñas hablan á sus muñecas; y aunque la parálitica permanecía inmóvil y muda, ellos charlaban y multiplicaban sus gestos, y sostenían con la enferma conversaciones muy animadas.

Michaud y Grivet se aplaudían su excelente comportamiento, porque al obrar así creían dar una prueba de cortesía, y se evitaban el disgusto de las manifestaciones de pésame.

La señora Raquín debía estar satisfecha de verse tratada como si gozara de perfecta salud, y desde luego les era permitido alegrarse en su presencia sin el menor escrúpulo.

Grivet tuvo su manía: afirmaba que él se entendía perfectamente con la señora Raquín, y que ésta no podía mirarle sin que él comprendiese al momento lo que deseaba.

Esto hubiera sido una atención delicada, si Grivet no se hubiese equivocado: interrumpía á cada momento la partida de dominó para examinar á la parálitica, cuya mirada seguía apaciblemente el juego y Grivet decía al punto que ella pedía esto ó aquello; mas averiguado el caso, ó la señora Raquín nada había pedido, ó había pedido una cosa diferente.

Esto no desanimaba á Grivet, quien prorrum-pía con acento de triunfo:

—¡ Cuando yo lo decía!

Y algunos minutos después el viejo empleado volvía á lo mismo.

Otra cosa era cuando la enferma manifestaba claramente un deseo: Teresa, Lorenzo y los contertulios nombraban, uno después de otro, los objetos que la anciana podía desear, y entonces Grivet se hacía notar por la torpeza de sus ofrecimientos, nombrando al acaso cuanto pasaba por su imaginación, y ofreciendo siempre lo contrario de lo que la señora Raquín deseaba, lo cual no le impedía repetir:

—¡ Yo leo en sus ojos como en un libro!... Ved. Me dice que tengo razón... ¿ No es verdad, mi querida señora?... Sí, sí.

Por lo demás, no era cosa fácil atinar con los deseos de la pobre anciana: sólo Teresa tenía ese don, comunicándose muy fácilmente con aquella inteligencia embotada, viva aún, pero enterrada en carne muerta.

¿ Qué pasaba en aquella infeliz criatura, que vivía lo bastante para asistir á la vida sin tomar parte en ella?

Ella veía, oía, razonaba acaso de una manera justa y clara... pero carecía de movimiento y de voz para explicar al exterior los pensamientos que brotaban en su cerebro.

Sus ideas la ahogaban: la desdichada no habría

podido levantar la mano ó abrir la boca aun cuando uno de sus movimientos ó una de sus palabras hubiera podido torcer los destinos del mundo.

Su espíritu era como uno de esos seres que, vivos aun, son enterrados por descuido, y se despiertan en la noche de la tierra, á dos ó tres metros debajo del suelo: gritan, se deshacen en rabiosos alaridos, y se pasa sobre ellos sin oír sus atroces lamentaciones.

Muchas veces Lorenzo mirando á la señora Raquín, que tenía los labios apretados y las manos estradas sobre las rodillas, y ponía toda su vida en sus ojos brillantes é inquietos, se decía:

—¡ Quién sabe en lo que puede pensar! ¡ Algún drama cruel debe ocurrir en el alma de esa muerta!

Lorenzo se engañaba: la señora Raquín era feliz; dichosa con los cuidados y el afecto de sus queridos hijos; había soñado siempre en concluir así, lentamente, en tibia atmósfera, de abnegación y caricias.

Hubiera querido conservar la palabra para dar las gracias á sus amigos, que la ayudaban á morir en paz, pero aceptaba su estado con resignación, porque la existencia apacible y retirada que había llevado siempre, y la dulzura de su temperamento, la impedían sentir demasiado los sufrimientos del mutismo y de la inmovilidad.

Se había convertido en una niña, y pasaba los días sin aburrimiento, mirando delante de sí y soñando con lo pasado, y hasta acabó por disfrutar con permanecer quieta en su butaca.

Sus ojos adquirían diariamente dulzura y claridad más penetrantes, y había llegado á servirse de ellos como de una mano, como de una boca, para pedir y aun para dar las gracias, supliendo así de manera extraña y admirable los órganos que le faltaban; sus miradas tenían como una hermosura celestial en medio de su rostro, cuyas carnes ajadas parecían colgar haciendo muecas.

Desde que sus labios torcidos é inertes no podían sonreír, sonreía con los ojos, con una mirada llena de ternura adorable, destellando sus órbitas hú-

medos resplandores, rayos tan puros y resplandecientes como los de la aurora.

Nada más singular que aquellos ojos, que reían como labios de un rostro muerto; la parte inferior del semblante permanecía taciturna y amarillenta, pero la parte superior denunciaba vida y alegría.

La anciana, en verdad, estaba agradecida con todo el afecto de su alma á aquellos hijos queridos, y lo demostraba con una simple mirada; y cuando Lorenzo la tomaba en sus brazos por la mañana y por la noche para trasladarla de sitio, ella le daba gracias con cariño por medio de miradas impregnadas de tierna efusión.

Así vivió durante algunas semanas, esperando la muerte y creyéndose al abrigo de otra nueva desgracia.

Creía haber pagado ya en este mundo su parte de sufrimiento, y se engañaba.

Cierta noche la anonadó un terrible golpe.

Por más que Teresa y Lorenzo la colocaron entre ambos, á plena luz, ella ya no tenía vida bastante para separarles y defenderles contra sus angustias, y cuando los dos olvidaban que la enferma estaba allí, que les veía y les oía, embargábales su locura, apercibían á Camilo, y se esforzaban en arrojarle.

Entonces balbuceaban palabras incoherentes, y á su pesar dejaban escapar confesiones y frases que acabaron por revelárselo todo á la señora Raquín, y aun Lorenzo sufrió una especie de crisis, durante la cual habló como un alucinado.

Súbitamente la parálitica lo comprendió todo.

Contracción espantosa se marcó entonces en su rostro, y experimentó en su sér una sacudida tan horrible, que Teresa misma creyó que su tía iba á dar un salto y á gritar.

Pero enseguida permaneció inerte, rígida como un hierro.

Aquella especie de choque fué tanto más espantoso, cuanto que pareció galvanizar un cadáver; la sensibilidad, recobrada por un instante, desapareció; la impedida quedó más anonadada y más lívida; sus ojos, tan dulces de ordinario, se tor-

naron negros y duros, semejantes á pedazos de metal.

¡Jamás seré alguno fué acometido de la desesperación con rudeza tanta!

La siniestra verdad, estallando de repente como un relámpago, abrasó los ojos de la parálitica, y penetró en ella con la sacudida suprema de un rayo; si hubiese podido levantarse, lanzar el grito de horror que subió á su garganta, maldecir á los asesinos de su hijo, habría sufrido menos.

¡Haberlo oído, haberlo comprendido, y tener que estar inmóvil y muda, guardando en su pecho su dolor!

Parecióle que Teresa y Lorenzo la habían atado y clavado en su butaca para impedirle que se lanzase sobre ellos, y que se complacían atrocemente en repetirla: «¡Nosotros hemos asesinado á Camilo!»

Después de haber puesto en sus labios una mordaza que ahogaba sus gemidos, el espanto y la angustia circulaban furiosamente por su cuerpo, sin encontrar salida, aunque ella hiciese esfuerzos sobrehumanos para libertarse del peso que la agobiaba, para desahogar su garganta; para dar paso á las olas de su desesperación.

En vano apelaba á su última energía: su lengua yerta, pegada á su paladar, y no podía sustraerse á la muerte; impotencia de cadáver la tenía rígida; sus sensaciones asemejábanse á las de un hombre sumido en profundo letargo, y que, amordazado por los lazos de su carne, oyese caer sobre su propia cabeza con ruido sordo, las palatadas de arena de su propia fosa.

El estrago que se operó en su corazón fué más terrible aún: sintió un desmoronamiento que la despedazaba, y conoció que su vida entera, toda su ternura, toda su bondad, todos sus afectos acababan de ser destruídos y hollados brutalmente; hasta entonces había gozado una existencia de cariño y de dulzura, y en sus últimas horas, cuando iba á llevar á la tumba la creencia de la dichosa calma de su vida, una voz despiadada gritábale

que todo era mentira, que todo era un crimen.

El velo que se desgarraba mostróle, en lugar de los amores y de la amistad que habían creído ver, un espectáculo espantoso de sangre y de vergüenza.

¡Hubiera injuriado á Dios si hubiese podido pronunciar una blasfemia!

Dios la había engañado por espacio de sesenta años, tratándola como niña dulce y buena, y halagando sus ojos con cuadros mentidos de tranquila alegría, y ella había permanecido niña, creyendo neciamente en mil bobadas, sin ver la vida real arrastrarse por el lodo sangriento de las pasiones.

Dios era malo; bien hubiera podido decirle la verdad más pronto, ó dejarla morir con sus inocencias y su ceguera.

Ahora sólo la restaba morir negando el amor, negando la amistad, negando todo afecto.

¡Nada existía más que el asesinato y la injuria! Con que Camilo había muerto á los golpes de Teresa y de Lorenzo, y estos concibieron el crimen en medio de la vergüenza del adulterio!

Habia para la señora Raquín tal abismo en este pensamiento, que no podía razonar ni comprenderlo de un modo claro y detallado; sólo sufría una sensación, la de una caída horrible; parecía el que caía en un agujero negro y frío, y se decía:—¡Voy á estrellarme en el fondo!

Después de la primera impresión, la monstruosidad del crimen le pareció inverosímil; luego tuvo miedo de volverse loca, cuando se convenció del adulterio y del asesinato, ante el recuerdo de pequeñas circunstancias que antes no se habían explicado.

¡Teresa y Lorenzo eran indudablemente los asesinos de Camilo!

¡Teresa, á quien ella había criado!

¡Lorenzo, á quien ella quiso como madre afectuosa y tierna!

Este pensamiento giraba en su cabeza como una inmensa rueda, con ruido atronador.

Adivinaba detalles tan inmundos, descendía á

hipocresías tan grandes, asistía con el pensamiento á un doble espectáculo de tan atroz ironía, que hubiera querido morir por no pensar más: una sola idea, maquinal é implacable, quebrantaba su cerebro con la pesadez y la insistencia de una rueda de molino:

—¡Son mis hijos—se repetía,—los que han asesinado á mi hijo!

¡Y ella no encontraba otra frase para expresar su desesperación!

En el brusco cambio de sus sentimientos, se examinaba con espanto y no se conocía, y quedóse anonadada por la acometida brutal de ideas de venganza, que la despojaban de toda la bondad de su vida.

Cuando se hubo transformado, veíalo todo negro y sintió nacer en su carne moribunda un nuevo ser implacable y cruel, que hubiera querido morder á los asesinos de su hijo.

Cuando sucumbió á las acometidas destructoras de la parálisis, y comprendió que no podía arrojarle á la garganta de Teresa y de Lorenzo, á quienes ella soñaba con estrangular, resignóse al silencio y á la inmovilidad, y lentamente brotaron de sus ojos gruesas lágrimas. ¡Nada fué más afflictivo que aquella desesperación muda é inmóvil!

Esas lágrimas, que corrían una á una sobre aquel rostro muerto, donde ni una arruga se movía; por aquella faz inerte y descolorida, que no podía llorar por todas sus afecciones, y en que sólo los ojos sollozaban, ofreciendo un espectáculo conmovedor...

Teresa fué presa de una compasión de espanto.

—Es necesario acostarla,—dijo á Lorenzo, señalando á su tía.

Lorenzo se apresuró á llevar á la parálitica á su habitación; inclinóse para tomarla en sus brazos, y en aquel momento la señora Raquín confió en que un poderoso resorte la hiciera ponerse de pie, é intentó un esfuerzo supremo.

¡Dios no podía permitir que Lorenzo la estrechara

se contra su pecho! ¡Ella contaba con que el rayo le aniquilaría, si tuviera tan monstruosa imprudencia!

Pero ningún resorte la impulsó, y el cielo se reservó sus rayos.

Permaneció postrada, pasiva; como un lío de ropa fué cogida, levantada y transportada por el asesino; tuvo que sufrir la angustia de sentirse desfilada y abandonada entre los brazos del matador de Camilo, y su cabeza cayó sobre los hombros de Lorenzo, á quien ella miró con ojos agrandados por el horror...

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Mírame bien!—murmuró Lorenzo.—¡Tus ojos no me comerán!

Y la echó brutalmente sobre el lecho. La parálitica cayó desvanecida.

Su último pensamiento había sido un pensamiento de terror y de repugnancia.

En adelante, por la mañana y por la noche, habría de sufrir la presión inmundada de los brazos de Lorenzo...

XXVII

Sólo una crisis de espanto pudo obligar á los esposos á hablar, á hacer revelaciones en presencia de la señora Raquín.

Ni uno ni otro eran crueles, y ambos hubieran evitado por unanimidad semejante revelación, aunque su propia seguridad no les hubiera impuesto el deber de guardar silencio.

El jueves siguiente estuvieron sumamente intranquilos.

Desde por la mañana Teresa preguntó á Lorenzo si creía prudente dejar á la parálitica en el comedor durante la velada, porque, sabiéndolo todo, podría dar indicios.

—¡Bah!—respondió Lorenzo.—¡Si no puede mover el dedo meñique! ¿Cómo quieres que charle?

—Quizás consiga encontrar un medio!—replicó Teresa.—Desde la otra noche leo en sus ojos un pensamiento implacable.

—¡No! ¡Mira! El médico me ha dicho que todo había concluido para ella, y si había alguna vez, será en la última boqueada de la agonía... ¡Bah! ¡Pronto acabará!... Sería estúpido atormentar aún más nuestra conciencia impidiéndola asistir á la velada.

Teresa se estremeció.

—No me has comprendido—gritó.—¡Oh, no! ¡Tienes razón! ¡Basta ya de sangre!... Pero quiero decirte que podríamos encerrar á mi tía en su cuarto y prefiere que está muy abatida, que duerme...

—¡Eso es!—replicó Lorenzo.—Y que el imbécil Michaud entre en el cuarto con la mayor desfachatez del mundo para ver, á pesar de todos, á su vieja amiga... ¡Excelente modo de perdernos!

Y al decir esto, vacilaba; quería aparentar calma y la ansiedad le hacía balbucear.

—Vale más—prosiguió,—dejar correr los acontecimientos. Estas gentes son estúpidas como gansos, y no conocerán nada en la muda desesperación de la anciana. Jamás pensarían en aquélla, ¡qué han de pensar en ellos! Una vez hecho el primer ensayo, quedaremos tranquilos para siempre, sin temer los resultados de nuestra imprudencia... Ya verás cómo todo saldrá bien.

Por la noche, cuando llegaron los invitados, la señora Raquín ocupaba su sitio ordinario entre la estufa y la mesa, y Lorenzo y Teresa hacían alarde de buen humor, disimulando sus temores y esperando con angustias en el alma el incidente que, á su juicio, había de ocurrir.

Habían fijado la pantalla de la lámpara en la línea más baja, y sólo estaba iluminado el hule de la mesa.

Los contertulios, según costumbre, tuvieron como siempre un rato de charla frívola y ruidosa que precedía á la primera partida de dominó, y Grivet Michaud no dejaron de dirigir á la parálitica las preguntas usuales acerca de su salud, contentándose después ellos mismos del modo más satisfactorio, según costumbre; y en seguida, sin volver á ocu-

se contra su pecho! ¡Ella contaba con que el rayo le aniquilaría, si tuviera tan monstruosa imprudencia!

Pero ningún resorte la impulsó, y el cielo se reservó sus rayos.

Permaneció postrada, pasiva; como un lío de ropa fué cogida, levantada y transportada por el asesino; tuvo que sufrir la angustia de sentirse desfilada y abandonada entre los brazos del matador de Camilo, y su cabeza cayó sobre los hombros de Lorenzo, á quien ella miró con ojos agrandados por el horror...

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Mírame bien!—murmuró Lorenzo.—¡Tus ojos no me comerán!

Y la echó brutalmente sobre el lecho. La parálitica cayó desvanecida.

Su último pensamiento había sido un pensamiento de terror y de repugnancia.

En adelante, por la mañana y por la noche, habría de sufrir la presión inmunda de los brazos de Lorenzo...

XXVII

Sólo una crisis de espanto pudo obligar á los esposos á hablar, á hacer revelaciones en presencia de la señora Raquín.

Ni uno ni otro eran crueles, y ambos hubieran evitado por unanimidad semejante revelación, aunque su propia seguridad no les hubiera impuesto el deber de guardar silencio.

El jueves siguiente estuvieron sumamente intranquilos.

Desde por la mañana Teresa preguntó á Lorenzo si creía prudente dejar á la parálitica en el comedor durante la velada, porque, sabiéndolo todo, podría dar indicios.

—¡Bah!—respondió Lorenzo.—¡Si no puede mover el dedo meñique! ¿Cómo quieres que charle?

—Quizás consiga encontrar un medio!—replicó Teresa.—Desde la otra noche leo en sus ojos un pensamiento implacable.

—¡No! ¡Mira! El médico me ha dicho que todo había concluido para ella, y si había alguna vez, será en la última boqueada de la agonía... ¡Bah! ¡Pronto acabará!... Sería estúpido atormentar aún más nuestra conciencia impidiéndola asistir á la velada.

Teresa se estremeció.

—No me has comprendido—gritó.—¡Oh, no! ¡Tienes razón! ¡Basta ya de sangre!... Pero quiero decirte que podríamos encerrar á mi tía en su cuarto y prefiere que está muy abatida, que duerme...

—¡Eso es!—replicó Lorenzo.—Y que el imbécil Michaud entre en el cuarto con la mayor desfachatez del mundo para ver, á pesar de todos, á su vieja amiga... ¡Excelente modo de perdernos!

Y al decir esto, vacilaba; quería aparentar calma y la ansiedad le hacía balbucear.

—Vale más—prosiguió,—dejar correr los acontecimientos. Estas gentes son estúpidas como gansos, y no conocerán nada en la muda desesperación de la anciana. Jamás pensarían en aquéllo, ¡qué han de pensar en ellos! Una vez hecho el primer ensayo, quedaremos tranquilos para siempre, sin temer los resultados de nuestra imprudencia... Ya verás cómo todo saldrá bien.

Por la noche, cuando llegaron los invitados, la señora Raquín ocupaba su sitio ordinario entre la estufa y la mesa, y Lorenzo y Teresa hacían alarde de buen humor, disimulando sus temores y esperando con angustias en el alma el incidente que, á su juicio, había de ocurrir.

Habían fijado la pantalla de la lámpara en la línea más baja, y sólo estaba iluminado el hule de la mesa.

Los contertulios, según costumbre, tuvieron como siempre un rato de charla frívola y ruidosa que precedía á la primera partida de dominó, y Grivet Michaud no dejaron de dirigir á la parálitica las preguntas usuales acerca de su salud, contentándose después ellos mismos del modo más satisfactorio, según costumbre; y en seguida, sin volver á ocu-

parse para nada de la pobre anciana, la reunión se engolfó con delicia en el juego.

La señora Raquín, desde que conoció el horrible secreto, esperaba febrilmente aquella velada, y había reunido sus postreras fuerzas para denunciar á los culpables.

Temió, hasta el último instante, no asistir á la reunión, creyendo que Lorenzo la haría desaparecer, la mataría quizá, ó, por lo menos, la encerraría en su cuarto; más cuando vió que la dejaba allí, cuando estuvo en presencia de los invitados, disfrutó de viva alegría, pensando que iba á intentar la venganza de su hijo; y comprendiendo que su lengua estaba muerta, ensayó un lenguaje especial; por un esfuerzo poderoso de su maravillosa voluntad, pudo galvanizar su mano derecha, y alzarla ligeramente de sus rodillas, donde la tenía siempre tendida, inerte; hízola deslizar luego poco á poco á lo largo de un pie de la mesa, y consiguió colocarla sobre el hule; allí, agitó débilmente los dedos, como para llamar la atención.

Cuando los jugadores vieron en medio de ellos aquella mano de muerta, blanca, blanda, quedaron sorprendidos; Grivet se detuvo, con el brazo levantado, en el momento mismo de ir á colocar triunfante el seis doble...

¡Desde su ataque, la imposibilitada no había conseguido mover la mano!

—¡Eh! ¡Teresa, mira, mira!—gritó Michaud.—Mira cómo la señora Raquín agita los dedos... Sin duda desea alguna cosa.

Teresa no pudo responder: ella, como Lorenzo, había observado con terror el trabajo de la parálitica, y miraba aquella mano aun más amarrillenta con el crudo reflejo de la lámpara, como una mano vengadora que iba á hablar.

—¡Pardiez!—dijo Grivet.—¡No hay duda que desea alguna cosa!... nosotros nos entendemos muy bien... quiere jugar al dominó... ¡eh! ¿No es verdad, querida señora?

La señora Raquín hizo un ademán violento de negativa; alargó un dedo, dobló los otros con in-

menso trabajo, y empezó á trazar penosamente varias letras sobre la mesa; y cuando apenas había trazado algunos rasgos, Grivet exclamó de nuevo con aire triunfal:

—¡Ya comprendo! Dice que he hecho bien en poner el seis doble.

La parálitica lanzó sobre el viejo empleado una mirada terrible; volvió á empezar la palabra que quería escribir, pero á cada momento Grivet la interrumpía declarando que ya la había comprendido, que era inútil que prosiguiese y diciendo alguna nueva patochada. Michaud acabó por hacerle callar.

—¡Qué diablo! Dejad hablar á la señora Raquín... Hablad, mi buena amiga.

Y fijó los ojos en el hule, como si prestasen atención para oír; pero los dedos de la parálitica se entorpecían, habían comenzado una palabra más de diez veces, y sólo la trazaban extraviándose á derecha é izquierda.

Michaud y Olivier se inclinaban, no pudiendo leer, y obligaron á la parálitica á principiar de nuevo las primeras letras.

—¡Ah!—exclamó Olivier de repente.—Ahora sí que he leído... Acaba de escribir su nombre de usted, Teresa... Veamos: *Teresa y...* acabad, querida señora.

Teresa estuvo á punto de gritar, aterrada; miraba los dedos de su tía deslizarse sobre el hule, y parecía que aquellos dedos escribían su nombre y declaraban su crimen con caracteres de fuego; Lorenzo se levantó bruscamente, preguntándose si debía arrojarle sobre la parálitica y romperle el brazo.

Al sentir sobre su sér el peso y el frío del castigo, y al ver que aquella mano resucitaba para revelar el asesinato de Camilo, lo creyó todo perdido.

La señora Raquín continuaba escribiendo sobre el hule, aunque de un modo más tembloroso, más vacilante...

—¡Perfectamente! ¡leo perfectamente!—dijo Olivier, después de un momento, mirando á los espo-

sos.—Vuestra tía ha trazado los nombres de los dos:
Teresa y Lorenzo.

La anciana hizo repetidas señales de afirmación, y lanzó sobre los asesinos una mirada que les anonadó; quiso acabar, pero sus dedos estaban ya rígidos; la voluntad suprema que los galvanizaba huía, la parálisis bajaba lentamente á lo largo del brazo, y otra vez se apoderaba del puño.

Apresuróse, y pudo aún trazar una palabra.

El viejo Michaud leyó en alta voz:

—*Teresa y Lorenzo han...*

—¿Qué es lo que han... vuestros queridos hijos?

Los asesinos, poseídos de loco terror, estuvieron á punto de acabar la frase en voz alta: contemplaban la mano vengadora con mirada fija y aturdida, cuando súbitamente vieron que aquella mano, presa de convulsión, caía sobre la mesa, deslizábase á lo largo de la rodilla de la parálisis como una masa de carne inerte.

Había vuelto la parálisis é impedido el castigo. Sentáronse Michaud y Olivier lamentando no saber más, mientras Teresa y Lorenzo disfrutaron de alegría tan cruel, que se sintieron desfallecer al impulso del flujo de sangre que hervía en su pecho.

Grivet estaba humillado de que no se le hubiera creído bajo su palabra, y considerando que la ocasión era oportuna para reconquistar su infalibilidad, quiso concluir la frase que dejó la señora Raquín; como quiera que se buscase sin acabar el sentido de aquella frase, dijo:

—¡Claro! Adivino la frase entera en los ojos de la señora, y no hay necesidad de que la escriba sobre la mesa. A mí me basta una mirada suya... Ha querido decir: *Teresa y Lorenzo han cuidado mucho de mí.*

Grivet debió aplaudirse, porque todos los contertulios fueron de su parecer é hicieron cumplidos elogios del matrimonio, el cual era tan bueno para con la pobre señora.

—Es cierto—dijo gravemente el viejo Michaud.

—La señora Raquín ha querido rendir homenaje

de gratitud á las tiernas atenciones que le prodigan sus hijos. Esto honra á toda la familia.

Y añadió volviendo á coger las fichas:

—Vaya, continuemos; ¿dónde estábamos? Creo que Grivet iba á poner el seis doble.

Grivet puso, en efecto, el seis doble, y la partida continuó estúpida y monótona.

La parálisis miraba su mano, abismada en espantosa desesperación. Su mano acababa de traicionarla; sentíala ahora pesada como un lingote de plomo, y adivinaba que jamás podría volver á levantarla; el cielo no quería que Camilo fuese vengado, quitando á su madre el único medio de revelar al mundo el asesinato de que habia sido víctima.

Decíase la infeliz que ya sólo servía para reunirse con su hijo en la fosa. Bajó los párpados, sintiéndose inútil, procurando creer que se hallaba ya en la noche de la tumba.

XXVIII

Dos meses hacia ya que Teresa y Lorenzo padecían las angustias de su unión, y sufrían el uno por el otro.

Quando el aborrecimiento les acometió, acabaron por dirigirse miradas de cólera, llenas de sordas amenazas.

Forzosamente habia de sobrevenir el odio mutuo. Habíanse amado como brutos, con pasión intensa, pasión de sangre; luego, en medio de los enervamientos del crimen, su amor se habia trocado en miedo y habían experimentado una especie de espanto físico ante sus besos; hoy, bajo el sufrimiento que les imponía la vida común del matrimonio, se rebelaban y encolerizaban.

Fué un odio atroz, que tenía estallidos espantosos; conocían que se estorbaban mutuamente, y decíanse que su existencia pasaría más tranquila si no estuviesen siempre frente á frente; parecíanse que un peso enorme les ahogaba al encontrarse juntos y hubieran querido alejar este peso,

anonadarlo; mordíanse los labios á ideas violentas cruzaban por sus ojos; sentían feroz deseo de devorarse mutuamente.

En su interior un solo pensamiento les carcomía. Irritábanse contra su crimen, y se desesperaban al pensar que su vida estaba por él dislocada siempre; de ahí procedía toda su cólera y todo su odio; conocían que el mal era incurable, que hasta á la muerte les perseguiría el espectro de Camilo, y no sabiendo en quién vengarse, se execraban á sí mismos ante aquel pensamiento de perpetuo sufrir.

No querían reconocer á las claras que su matrimonio era el castigo fatal del asesinato, y rehusaban oír la voz interior que les clamaba la verdad, exponiéndoles la historia de su vida.

Empero en las crisis de terror que les sacudían, adivinaban claramente los furios de su sér egoísta que les impulsó al asesinato para satisfacer sus apetitos, y no hallaban en el asesinato, sino una existencia desolada é intolerable; acordábanse de lo pasado, y sabían que su esperanza, engañada por la lujuria, disfrazada de felicidad, únicamente les había conducido á los remordimientos.

Si hubiesen podido abrazarse tranquilamente y vivir en plena alegría, no hubieran llorado á Camilo sino que el crimen les hubiera servido de pasto para engordar.

Su cuerpo se revolvía rechazando el matrimonio, y ambos se preguntaban con terror á dónde les conduciría su espanto y su repulsión.

Sólo veían ante sí un porvenir espantoso de dolor y un desenlace siniestro y violento.

Entonces como dos enemigos á quienes se hubiera atado juntos y que hiciesen vanos esfuerzos para sustraerse á tan forzoso abrazo, extendían sus músculos y sus nervios; pero comprendiendo luego, que jamás se librarían de él, irritados por las ligaduras que torturaban su carne, teniendo asco de su propio contacto, sintiendo crecer de hora en hora su malestar, olvidando que ellos mismos se habían unido el uno al otro y no pudiendo aguantar

más tiempo los vínculos que les unían, dirigíanse sangrientos reproches, tratando de sufrir menos; curando las heridas que se causaban, injuriándose, embruteciéndose con sus gritos y sus acusaciones.

Cada noche tenían una querrela, y se hubiese dicho al verles que buscaban ocasiones propicias de exasperarse para dilatar sus nervios contraídos; se espiaban, se acechaban con la mirada, escudriñando en sus heridas, hiriéndose en lo más vivo de cada llaga, y sintiendo áspera voluptuosidad en recordarse su dolor.

Vivían en medio de continua irritación, repeliéndose á sí mismos, no pudiendo sufrir una palabra, un gesto, una mirada, sin padecer y sin que deliraran; todo su sér estaba dispuesto para la violencia, y las contrariedades se agrandaban de una manera enorme en su organismo dislocado, transformándose en groseros insultos.

Una nimiedad provocaba un verdadero huracán que duraba hasta el día siguiente.

Un plato demasiado caliente, una ventana abierta, un mentís, una sencilla observación, bastaban para exasperarles y originar crisis de locura; y, siempre, en el momento de las disputas, arrojábanse al rostro el ahogado.

De palabra en palabra llegaban á recriminarse por la terrible escena de Saint-Ouen, y entonces veíanlo todo de color de sangre y se exaltaban hasta la rabia, ocurriendo escenas atroces: ahogos, golpes, gritos innobles, brutalidades vergonzosas.

Ordinariamente Lorenzo y Teresa se exaltaban así después de la comida, y se encerraban en el comedor para que nadie oyese el ruido de su desesperación; allí, en el fondo de aquella pieza húmeda y sombría, de aquella especie de cueva, iluminada por los fulgores amarillentos de la lámpara, podían devorarse con más desahogo.

En medio del silencio y de la tranquilidad del aire, su voz tornábase seca y no callaban sino cuando estaban rendidos de fatiga.

Sólo entonces podían disfrutar algunas horas de reposo.

Sus disputas llegaron á ser para ellos como una necesidad, como un recurso para embolar sus nervios y conciliar el sueño.

La señora Raquín les escuchaba: estaba siempre allí, en su butaca, con las manos sobre las rodillas, la cabeza erguida, la faz muda. Oíalo todo y su carne muerta no sentía ni un calofrío siquiera.

Sus miradas se fijaban en los asesinos con aguda fijeza.

Su martirio debía ser atroz: poco á poco, detalle por detalle, conoció todos los hechos que precedieron y siguieron al asesinato de Camilo; conoció todas las porquerías y todos los crímenes de aquellos á quien ella llamaba sus hijos queridos.

Las querellas de los esposos la enteraron de todas las circunstancias del crimen: ellos mismos expusieron uno á uno ante su espíritu aterrizado los episodios de la horrible aventura.

Y mientras ambos revolvían aquel lodo sangriento, la pobre impedida demandaba clemencia, creía llegar al término de la infamia y le era preciso hundirse aun más en el cieno.

La primera confesión había sido brutal y aniquiladora, pero sufría más con aquellos golpes reiterados, con aquellos hechos sueltos que los esposos dejaban escapar en medio de sus arrebatos y que iluminaban su crimen con siniestros fulgores.

Cuando menos una vez al día oía aquella madre la narración del asesinato de su hijo, y cada día hacíase más espantoso el relato, más detallado, y era referido con más fuerza, con más crueldad ante sus propios oídos.

En ocasiones, Teresa, acosada por los remordimientos en presencia de la carátula inmóvil y descolorida de su tía, por la cual resbalaban gruesas lágrimas, dirigiase á Lorenzo cojurándole á que callase.

—¡Eh, déjame!—gritaba él con brutalidad.—¡Bien sabes que ella no nos ha de denunciar!... ¿Acaso soy yo más feliz que ella?... Ya tenemos su dinero y no tengo por qué mortificarme...

Y la querella continuaba, áspera, violenta, asesinando otra vez á Camilo.

Ni Teresa ni Lorenzo se atrevían á ceder ante los pensamientos de compasión que se les ocurrían á veces, encerrando á la parálitica en su cuarto cuando reñían, para evitarla así el relato del crimen.

Temían matarse si desapareciese de su presencia aquel cadáver medio vivo.

Su compasión se rendía ante su cobardía é imponían á la señora Raquín indecibles sufrimientos, porque necesitaban de ella para protegerse contra sus alucinaciones.

Todas sus disputas se parecían, y todas les arrastraban á las mismas acusaciones: desde que se pronunciaba el nombre de Camilo, desde que uno de ellos acusaba al otro de haber asesinado á aquel hombre, produciase un choque espantoso.

Una noche, á la hora de comer, Lorenzo, que buscaba un pretexto para irritarse, halló tibia el agua de la botella, y dijo que le causaba náuseas y que él quería agua fresca.

—No he podido encontrar hielo,—respondió secamente Teresa.

—Pues bien: no beberé,—replicó Lorenzo.

—¡Pero si esta agua es excelente!

—Está caliente y sabe á cieno. Diríase que es agua de río.

Teresa repitió:

—¡Agua de río!...

Y rompió súbitamente á llorar.

Todo un mundo de recuerdos se agolpó en su espíritu.

—¿Por qué lloras?—preguntó Lorenzo, que adivinaba la respuesta y estaba ya pálido.

—Lloro, lloro...—murmuró entre sollozos la joven.—¿Por qué? bien lo sabes... ¡Oh, Dios mío, Dios mío... Tú fuiste quien lo mató...

—¡Mientes! ¡Confíesalo!... Si lo arrojé al Sena, tú me impulsaste al asesinato...

—¡Yo, yo!

—¡Sí! ¡Tú!... No te finjas ignorante, ni me obligues á hacerte confesar la verdad á la fuerza.

Preciso es que confieses tu crimen, que aceptes la parte que te corresponda en el asesinato. Esto me tranquiliza y me alivia.

—¡Pero si no soy yo quien ha ahogado á Camilo!

—Sí, mil veces sí! ¡Eres tú!... ¡Oh! ¿Finges asombro y olvido? Espera. Voy á apelar á tus recuerdos.

Y se levantó, inclinóse hacia su mujer, y con el rostro amoratado, gritó iracundo, pegado á su cara:

—Tú estabas en la orilla, acuérdate... y te dije en voz baja: «Voy á echarle al río...» Entonces aceptaste, entrando en la lancha... ¡Tú le asesinaste como yo! ¡lo ves!

—¡Eso no es verdad!... Yo estaba loca; yo no sé lo que hice... pero jamás quise matarle. ¡Tú sólo cometiste el crimen!

Estas negativas atormentaban á Lorenzo, á quien, como él decía, la idea de tener un cómplice le causaba grande alivio; si á ello se hubiese atrevido, habría tratado de demostrarse á sí mismo que todo el horror del crimen recaía sobre Teresa.

Asaltábanle vehementes deseos de pegar á su mujer hasta obligarla á confesar que ella era más culpable.

Y se puso á pasear por el cuarto, gritando, delirando, seguido por las miradas lijas de la señora Raquín:

—¡Ah, miserable, miserable!...—balbuceaba con voz ahogada.—¡Quieres que me vuelva loco!... ¡Ah! ¿No subiste una tarde hasta mi cuarto, como una prostituta, á embriagarme con tus caricias para que me decidiera á librarte de tu marido? ¡Te repugnaba! ¡Olla á niño enfermo! ¿No me dijiste esto hace tres años, cuando vine á verte? ¿Pensaba entonces yo en esto? ¿Era acaso un bribón? Yo vivía muy tranquilo, como un hombre honrado, no haciendo mal á nadie... ¡Era incapaz de aplastar una mosca!

—¡Tú, tú has matado á Camilo!—repitió Teresa con obstinación desesperada, que hizo perder la cabeza á Lorenzo.

—¡No! ¡Tú fuiste! ¡Te digo que fuiste tú!—replicó Lorenzo con terrible arranque de desesperación.—¡Mira! ¡No me exasperes, porque esto acabaría

mal!... ¡Cómo, desgraciada! ¿Ya no te acuerdas? Te entregaste á mí como una meretriz, ahí mismo, en el cuarto de tu marido... ¡Ahí mismo, sí, me has hecho conocer liviandades que me enloquecieron!... Confiesa que tú lo habías calculado todo, que odiabas á Camilo, que hacía tiempo que anhelabas matarle. Me has tomado por querido para arrojarle sobre él y aplastarle...

—¡Eso no es verdad! ¡Es monstruoso lo que estás diciendo!... No tienes derecho para echarme en cara mi debilidad... Yo puedo decir, como tú, que antes de conocerte era mujer honrada, que nunca había hecho daño á nadie. Si yo te he vuelto loco, tú me has enloquecido aun más, ¿oyes, Lorenzo? porque tendrías muchas cosas que reprocharte.

—¿Que tendrías que reprocharme?

—¡Nada!... ¡No!... No me has librado de mí misma, te has aprovechado de mis abandonos, te has complacido en martirizar mi vida... Te lo perdono todo. Pero, por favor, no me acuses de haber matado á Camilo. Guarda tu crimen para ti, no trates de asustarme más...

Lorenzo levantó la mano para herir á Teresa en el rostro.

—¡Pégame!—añadió la joven.—¡Prefiero esto! ¡Sufriré menos!...

Y le presentó el rostro.

Pero Lorenzo se reprimió, tomó una silla y sentóse al lado de su mujer.

—Escucha,—la dijo con voz que se esforzaba por aparentar tranquila.—Eres cobarde al rehusar la parte que te corresponde en el crimen, sabes perfectamente que lo cometimos juntos, y que tú eres tan culpable como yo... ¿Por qué quieres hacer mi carga más pesada, diciendo que eres inocente? Si fuéses inocente, no habrías consentido en casarte conmigo... ¡Recuerda los dos años que han seguido al del asesinato!... ¿Quieres intentar una prueba? Pues bien: iré á decirselo todo al procurador imperial, y verás cómo ambos somos condenados.

Los dos se estremecieron, y Teresa replicó:

—Los hombres tal vez me condenarían, pero Camilo bien sabe que tú lo hiciste todo... ¡No me atormenta por la noche como te atormenta á tí!...

—¡Camilo me deja en paz!—exclamó Lorenzo pálido y trémulo.—¡Eres tú, tú sola, quien le ve pasar en tus pesadillas! ¡Yo te he oído gritar!

—¡No digas eso!—exclamó la joven con cólera.—¡Yo no he gritado! ¡Yo no quiero que venga el espectro!... ¡Oh! ¡Comprendo! ¡quieres apartarlo de tí... ¡Soy inocente, soy inocente!...

Y se miraron con terror, quebrantados por el cansancio, temiendo haber evocado el cadáver del ahogado.

Sus querellas terminaban siempre así: los dos se fingían inocentes; los dos procuraban engañarse á sí mismos, para ahuyentar sus lúgubres visiones; los dos hacían esfuerzos supremos para rechazar su responsabilidad en el crimen, y se defendían como ante un tribunal, dirigiéndose mutuamente los más graves cargos.

Y lo extraño era que jamás conseguían engañarse con sus propios juramentos, y que se acordaban perfectamente de todos los detalles del asesinato.

Leían estas confesiones en sus ojos, aunque sus labios mintiesen: eran mentiras pueriles, afirmaciones ridículas, disputa de palabras entre dos miserables que mentían, á sabiendas, sin poder ocultarse que mentían.

Llenaban sucesivamente el papel de acusador, y por más que el proceso que seguían el uno contra la otra no diese resultado alguno, volvían á reanudar sus sesiones cada noche con cruel encarnizamiento.

Sabían que nada lograrían demostrarse y que no borrarían lo pasado, pero se obstinaban en su tarea y la reanudaban siempre, aguijoneados por el dolor y por el espanto, vencidos anticipadamente por la aterradora realidad.

Sólo lograban que sus querellas producir una tempestad de voces y de gritos, y el ruido de aquella confusión les aturdiría algunos momentos.

Y mientras duraban sus arrebatos, mientras se acusaban, la paralítica no apartaba sus miradas de ellos.

Brillaba la alegría en sus ojos cuando Lorenzo levantaba su ancha mano sobre la cabeza de Teresa.

XXIX

Las cosas presentaron nuevo cariz.

Teresa, poseída de terror, sin encontrar un pensamiento que la consolara, no ocultaba á Lorenzo sus lágrimas de arrepentimiento.

Ella experimentó grande postración; sus nervios, ya demasiado rígidos, se rompieron, y su naturaleza, seca y violenta, se desplomó.

Ya durante los primeros días del matrimonio había sentido alguna ternura; ésta volvió y fué como una reacción necesaria y fatal.

Después de haber luchado con todas las fuerzas de su energía nerviosa contra el aspecto de Camilo, después de haber vivido durante muchos meses, irritada, revolviéndose secretamente contra sus sufrimientos, procurando curarse de ellos por la fuerza de su voluntad, experimentó tal cansancio, que al fin se doblegó y fué vencida.

Entonces, amedrentada como una niña, no sintiéndose con fuerza para sobreponerse á su terror, se entregó á la piedad, á las lágrimas, al remordimiento, creyendo sin duda que el ahogado, que no había cedido ante su exaltación, cedería ante sus lágrimas.

Tuvo así remordimientos por cálculo, diciéndose qué era sin duda el mejor medio de aplacar y de satisfacer á Camilo.

A la manera que ciertas devotas piensan engañar á Dios y alcanzar su perdón rezando con los labios y tomando la actitud humilde de la penitencia, así se humilló Teresa, golpeándose el pecho y profiriendo palabras de arrepentimiento, sin tener en el fondo del corazón otra cosa que terror y cobardía.

Además, sentía una especie de placer físico en

abandonarse, en caer en la molicié y en ofrecerse al dolor sin resistencia.

Atormentó á la señora Raquín con su desesperación lacrimosa, y la parálitica llegó á serle de uso diario; servíale como de reclinatorio, de mueble ante el cual podía sin temor confesar sus faltas y pedir perdón.

Desde que sentía la necesidad de llorar, de distraerse sollozando, se arrodillaba ante la imposibilitada, y allí gritaba, se ahogaba en sollozos y ejecutaba por sí sola una escena de remordimientos.

—¡Soy una miserable!—baluceaba.—¡No merezco perdón! ¡Os he engañado!... Yo he conducido que la aliviaban debilitándola.

vuestro hijo á la muerte, y jamás debéis perdonarme... Sin embargo, si leyeseis en mí los remordimientos que me desgarran, si supiéseis cuánto sufro, acaso me tendríais piedad... No, no, nada de piedad para mí: yo quisiera morir así á vuestros pies, consumida por la vergüenza y el dolor.

De esta manera hablaba Teresa durante horas enteras, pasando de la desesperación á la esperanza, condenándose primero y perdonándose después: ya tomaba el acento de una niña enferma, ora corto, ora quejumbroso, ya tocaba con su frente en el suelo, y en seguida se levantaba, obedeciendo á todas las ideas de humildad y de arrogancia, de arrepentimiento ó de rebelión que cruzaban por su mente.

Algunas veces hasta olvidaba que se hallaba arrodillada ante la señora Raquín, y continuaba su monólogo en desvarío, y cuando se había aturrido con sus propias palabras, se levantaba vacilante, atontada, y descendía á la tienda tranquila, sin temor de prorrumpir en sollozos delante de sus parroquianos.

Cuando la acometía una nueva necesidad de remordimientos, apresurábase en subir y volvía á arrodillarse ante la impedida.

La escena renovábase así diez veces al día.

Teresa no pensaba jamás en que sus lágrimas y

la exposición de su arrepentimiento debían producir angustias terribles en su anciana tía.

¡En verdad que si hubiera intentado buscar un suplicio para el mayor tormento de la señora Raquín, seguramente no se habría encontrado otro más espantoso que la comedia de los remordimientos ejecutada por su sobrina!

La parálitica adivinaba el egoísmo que escondían esas efusiones de dolor, y sufría horrorosamente con aquellos largos monólogos que se veía obligada á oír á cada instante, y que continuamente ponían ante sus ojos el asesinato de Camilo.

Ella no podía perdonar; encerrábase en un pensamiento implacable de venganza, que hacía más agudo su misma impotencia, y le era forzoso estar oyendo todo el día súplicas de perdón y oraciones humildes y cobardes, ella hubiera querido responder cuando ciertas frases de su sobrina hacían subir á su garganta violentas negativas, pero tenía que permanecer callada, dejando á Teresa defender su causa, sin interrumpirla jamás.

La imposibilidad de gritar y de taparse los oídos en que se hallaba, la causaban tormento inexplicable, y junta á una llegaban á su mente las palabras de la joven, lentas y quejasas como un canto irritante; hubo momento en que los asesinos le infligían aquella especie de suplicio por un pensamiento diabólico en cerrar los ojos tan luego como su sobrina se arrodillaba ante ella.

¡Si la oía, no la veía!
Teresa llegó á alentarse hasta abrazar á su tía.

•••

Un día, en un acceso de arrepentimiento, fingió haber sorprendido en los ojos de la parálitica un pensamiento de misericordia; se arrastró de rodillas, y se levantó exclamando con voz descompuesta:

—¡Vos me perdonáis!... ¡Vos me perdonáis!... Y luego besó la frente y las mejillas de la pobre anciana, que no pudo echar atrás su cabeza.

Teresa Raquín—13

La carne fría en donde puso los labios causó en Teresa suma repugnancia, y pensó que esta repugnancia, como las lágrimas y los remordimientos, serían un medio excelente para aplacar sus nervios, y así continuó todos los días abrazando á la parálitica por penitencia y para aliviarse.

—¡Oh, qué buena sois!—exclamaba Teresa algunas veces.—Yo veo perfectamente que mis lágrimas os han conmovido.. Vuestras miradas están llenas de piedad... ¡Me he salvado!...

Y la agobiaba con caricias, ponía su cabeza sobre sus rodillas, la besaba la mano, la sonreía con fingida felicidad y la cuidaba con muestras de apasionado afecto.

Al cabo de algún tiempo Teresa llegó á creer en la realidad de aquella comedia, é imaginóse que había obtenido el perdón de la señora Raquín, y no hablaba sino de la dicha de poseerlo.

Esto era demasiado para la parálitica, y creyó morir: con los besos de su sobrina experimentaba la misma sensación acre de repugnancia y de ira que la dominaba por la mañana y por la noche cuando Lorenzo la acogía entre sus brazos para levantarla ó acostarla.

Veíase obligada á sufrir las inmundas caricias de la miserable que había traicionado y asesinado á su hijo; no podía siquiera borrar con su mano los besos que aquella mujer estampaba en sus mejillas, y durante muchas horas sentía la impresión abrasadora de aquellos besos.

De esta manera había llegado á convertirse en muñeca de los asesinos de Camilo, muñeca que ellos vertían, que volvían á derecha é izquierda, que manejaban á su antojo, según sus necesidades y sus caprichos; y ella permanecía inerte entre sus manos, como si hubiera tenido vacías las entrañas, y sin embargo, sus entrañas estaban vivas, revueltas, destrozadas al menor contacto de Teresa ó de Lorenzo.

Lo que más le desesperaba era la burla atroz de la joven, cuando ésta pretendía leer en su mirada pensamientos de misericordia, siendo así que hubie-

ra querido más bien herir de un rayo á la criminal.

Muchas veces hizo esfuerzos supremos para lanzar un grito de protesta, y puso todo su odio en sus miradas; pero Teresa, que sentía igual fruición en repetirse veinte veces al día que estaba perdonada, redobló sus caricias, no queriendo adivinar nada.

¡Fué preciso que la parálitica aceptase el agradecimiento y las efusiones que su corazón rechazaba!

Desde entonces la señora Raquín vivió en amarga é impotente irritación, frente á su sobrina, que buscaba ternuras adorables para recompensarla de lo que ella llamaba su bondad celestial.

Cuando Lorenzo estaba allí, y su mujer se arrodillaba ante la señora Raquín, él la obligaba brutalmente á levantarse:

—¡No más comedias!—le decía.—¿Acaso lloro yo? ¿Acaso me prosterno también?... Tú haces todo esto para turbarme.

Los remordimientos de Teresa le agitaban de extraña manera; sufría más desde que su cómplice se arrastraba á su lado con los ojos encendidos por las lágrimas y los labios suplicantes.

La vista de aquel sentimiento vivo redoblaba sus terrores y aumentaba su malestar; era aquello como un reproche eterno que vivía en la casa.

Además, Lorenzo temía que el arrepentimiento llegara á impulsar á su mujer á revelarlo todo algún día, y hubiera deseado que ella hubiese permanecido rígida y amenazadora, defendiéndose con aspereza contra sus acusaciones.

Pero Teresa cambió de táctica: reconocía gustosa ahora la parte que tuvo en el crimen; se acusaba á sí misma, se hacía débil y temerosa, y de aquí procedía el que implorase redención con ardiente humildad. Esta actitud irritaba á Lorenzo, y sus querellas eran cada noche más impotentes y más siniestras.

—Escucha—decía Teresa á su marido:—nosotros

somos dos grandes culpables, y es necesario que nos arrepintamos si queremos gozar de alguna tranquilidad... Ve ahí; desde que yo lloro me encuentro más sosegada; imítame. Digamos juntos que somos justamente castigados por haber cometido un crimen horrible...

—¡Bah!—respondía bruscamente Lorenzo.—Dí lo que quieres, ya que eres hábil é hipócrita como el demonio. Lloro, si eso puede distraerte; pero te ruego que no me rompas la cabeza con tus lágrimas.

—¡Ah, cuán malo eres! Huyes del remordimiento. Eres cobarde, sin embargo, pues cogiste á Camilo descuidado, á traición.

—¿Quieres decir que yo sólo soy el culpable?

—No, no digo eso. Yo soy culpable; más culpable que tú. Yo debía salvar de tus manos á mi marido. ¡Oh! Conozco todo el horror de mi falta, pero procuro hacérmela perdonar y lo conseguiré; mientras que tú, Lorenzo, continuarás arrastrando una vida de desolación... Y ni aun tienes alma para evitar á mi pobre tía la presencia de tus innobles arrebatos de cólera. ¡Jamás le has dirigido la menor palabra que demuestre tu pesar!

Y Teresa abrazaba á la señora Raquín, que cerraba los ojos; daba vueltas á su alrededor, arreglándola bien la almohada en que reclinaba la cabeza, y prodigándola mil atenciones que exasperaban á Lorenzo.

—¡Eh! ¡Déjala!—gritaba él.—¿No observas que tu vista y tus cuidados la son odiosos? Si ella pudiera levantar la mano, te abofetearía.

Las palabras lentas y lastimeras de su mujer, y su actitud resignada, poco á poco le ponían ciego de cólera; observaba que ésta era ya una táctica adoptada, porque quería no hacer causa común con él; y encerrábase en sus recuerdos para evitar los abrazos del ahogado y á veces decíase que su mujer había elegido buen camino, que las lágrimas le curarían de su miedo y se estremecía ante la idea de quedar él solo para sufrir y tener miedo.

Y entonces hubiera que arrepentirse también ó por lo menos, desempeñar la comedia de los remor-

dimientos; pero no podía encontrar los sollozos ni las palabras necesarias, y adoptando la violencia, maltrataba á Teresa para irritarla y llegar ambos á los actos furiosos de locura.

Teresa procuraba permanecer inerte, respondiendo con lágrimas de sumisión á los gritos de cólera, y mostrarse tanto más humilde y arrepentida cuanto más ruido se manifestaba Lorenzo, á quien aquel contraste ponía furioso, y ella concluía entonces de llevarle al colmo de la rabia, haciendo el panegírico de Camilo, poniendo de manifiesto las virtudes de su víctima.

—¡El era bueno—decía ella,—y hemos debido ser muy crueles para acometer á aquel excelente corazón, que jamás tuvo un mal pensamiento!

—Era bueno, sí, ya lo sé—replicaba Lorenzo con ironía.—Quieres decir que era un bestia, ¿no es eso?... ¿Lo has olvidado?... Tú pretendías que la menor de sus palabras te irritaba, y que no podía abrir la boca como no fuese para soltar necedades.

—No critiques... Sólo te faltaba insultar al hombre que has asesinado... No conoces el corazón de las mujeres, Lorenzo: Camilo me amaba, y yo á él.

—¿Tú le amabas? ¡Ah! ¿De veras? ¡Vaya un chiste! Sin duda porque amabas á tu marido me tomaste por amante... ¡Todavía me acuerdo de cuando te revolcabas sobre mi pecho, diciéndome que Camilo te causaba repugnancia al hundirse tus dedos en su carne como en arcilla!...

—¡Yo le quería como un hermano!... Era hijo de mi bienhechora y tenía toda la delicadeza de los temperamentos endebles, mostrándose noble y generoso, servicial y amante!... ¡Y nosotros le hemos asesinado! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Teresa lloraba y se desmayaba; la señora Raquín la dirigía miradas fulgurantes de indignación al oír los elogios de Camilo en semejante boca; Lorenzo, no pudiendo nada contra aquel desbordamiento de lágrimas, se paseaba febril por el cuarto, buscando algún medio supremo para disipar los remordimientos de Teresa.

Todo el bien que oía decir de su víctima acababa por causarle cruel ansiedad, y algunas veces, arrastrado por los acentos desgarradores de su mujer, creía realmente en las virtudes de Camilo y redoblabla su terror.

Mas lo que le ponía fuera de sí, conduciéndole á actos de violencia, era el paralelo que la viuda del ahogado jamás dejaba de hacer entre su primero y su segundo marido, y siempre con ventaja de aquél.

—¡Y bien, sí!—gritaba ella.—¡Era mejor que tú!... Yo preferiría que él viviese aún y que tú ocupases su lugar en la tumba.

Lorenzo se encogía de hombros.
—Por más que digas—continuaba Teresa animándose.—Acaso yo no le he amado cuando vivía; pero ahora lo recuerdo y le amo... Le amo y te aborrezco, mira... ¡Tú! ¡tú eres un asesino!...

—¿Callarás?—bramaba Lorenzo.
—Y él, es una víctima, un hombre honrado á quien ha matado un bribón. ¡Oh, no me asustas, no!... Tú sabes muy bien que eres un miserable, un hombre brutal, sin corazón, sin alma. ¿Cómo quieres que yo te ame cuando estás manchado con la sangre de Camilo?... Camilo era muy afectuoso para conmigo, y yo te mataría, oyes, si así pudiera resucitar á Camilo y devolverme su amor...

—¿Callarás, miserable?
—¿Por qué callar? Digo la verdad; compraría el perdón al precio de tu sangre. ¡Ah! ¡Cuánto lloré y cuánto sufrí! Yo tengo la culpa si este infame ha asesinado á mi marido... Una noche he de ir á besar la tierra donde descansa. ¡Estos serán mis últimos deleites!

Lorenzo, ebrio, hecho una furia por los cuadros atroces que Teresa presentaba á su vista, se precipitaba sobre ella, la tiraba al suelo y la oprimía bajo sus rodillas, amenazándola con el puño.

—¡Eso es!—gritaba ella.—¡Pega, mátame!... ¡Jamás levantó Camilo su mano contra mí; pero tú, tú eres un monstruo!...

Y Lorenzo, irritado por aquellas palabras, la

sacudía furiosamente, la pegaba, hería su cuerpo á puñetazos, y en dos ocasiones estuvo á punto de estrangularla.

Teresa, molida á golpes, experimentaba áspero goce en ser castigada; se abandonaba, se ofrecía y hasta provocaba á su marido para que la quebrantase más.

Esto era otro remedio contra los sufrimientos de su vida.

Dormía mejor por la noche cuando había sido apaleada por la tarde.

La señora Raquín experimentaba vivas delicias cuando Lorenzo arrastraba á su sobrina por el suelo, magullándola el cuerpo á puntapiés.

La existencia del asesino era horrible desde el día en que Teresa tuvo la infernal ocurrencia de tener remordimientos y llamar á Camilo; á partir de aquel momento, el miserable vivió eternamente con su víctima; á todas horas oía á su mujer clogiar y recordar á su primer marido, y la menor circunstancia servía de pretexto para ello.

¡Camilo hacía esto! ¡Camilo hacía aquello! ¡Camilo tenía tal cualidad! ¡Camilo quería de esta suerte!...

Y siempre Camilo, siempre frases tristes que lloraban la muerte de Camilo.

Teresa empleaba toda su maldad en refinar aquella tortura que causaba á Lorenzo, para salvarse á sí misma, descendiendo á los detalles más íntimos: narraba las niñerías de su juventud, con suspiros de pesar, y así mezclaba el recuerdo del ahogado en cada uno de los actos de su vida diaria.

El cadáver, que frecuentaba ya la casa, fué introducido en ella completamente: sentóse en las sillas, junto á la mesa, tendióse en la cama, se sirvió de los muebles y de los objetos que ellos usaban.

Lorenzo no podía tomar un tenedor, un cepillo ni cosa alguna, sin que Teresa le hiciera saber que Camilo había tocado aquello antes que él, y chocando incesantemente contra el hombre á quien había matado, el asesino acabó por sufrir sensaciones raras que casi le enloquecieron.

Imaginóse, á fuerza de ser comparado con Camilo y de usar los objetos que éste había usado, que él era el mismo Camilo y que se identificaba con su víctima.

Su cerebro estallaba, y entonces se arrojaba sobre su mujer para hacerla callar, para no oír más las palabras que le llevaban al delirio.

Todas sus querellas terminaban á golpes.

XXX

Llegó un momento en que la señora Raquín, para librarse de los sufrimientos que la atormentaban, tuvo la idea de dejarse morir de hambre.

Ya le faltaba valor y no podía aguantar más tiempo el martirio que le causaba la continua presencia de los asesinos; deseaba encontrar en la muerte un supremo alivio, y sus angustias eran más intensas de día en día cuando Teresa la abrazaba ó Lorenzo la acogía en sus brazos para llevarla como á un niño.

Determinó librarse de aquellas caricias y de aquellos brazos, que tanto la horrorizaban.

La que no tenía suficiente vida para vengar á su hijo, prefería estar muerta del todo y no dejar entre las manos de los asesinos sino un cadáver que nada sentiría, y del cual podrían hacer lo que quisieran.

Durante dos días rechazó todo alimento, empleando sus postreras fuerzas en apretar los dientes, arrojando lo que se conseguía introducirle en la boca. Teresa estaba desesperada, preguntándose á sí misma al pie de qué guardacantón iría á llorar y arrepentirse cuando su tía hubiera dejado de existir.

Dirigió á ésta interminables discursos para probarle que debía vivir; gemía y aun se desesperaba, reproduciendo sus antiguos arrebatos y abriendo las quijadas de la parálitica, como se abren las de un animal cuando se resiste; pero la señora Raquín se mantenía firme en su resistencia. Aquella era una lucha repugnante.

Lorenzo permanecía neutral é indiferente, admirando el empeño de Teresa por impedir el suicidio de la imposibilitada; ya que la presencia de la vieja le era inútil, deseaba que muriese.

El no la hubiera matado; pero toda vez que ella deseaba morir, no veía la necesidad de negarle los medios.

—¡Y bien! ¡Déjala!—decía á su mujer.—Así nos libraremos de semejante estorbo... y acaso estaremos más felices cuando ya no exista..

Estas frases, repetidas con frecuencia, causaron á la señora Raquín extraña emoción; temió que se realizase la esperanza de Lorenzo, y que después de su muerte el matrimonio gozase horas de sosiego y de dicha, y entonces se dijo á sí misma que era una cobardía morir, que ella no tenía el derecho de suicidarse sin asistir al desenlace de la siniestra aventura, y que hasta entonces no debería bajar á la tumba para decir á Camilo:

«Estás vengado...»

La idea del suicidio la mortificó cuando repentinamente pensó en la ignorancia que la acompañaría al sepulcro: allí en medio del frío y del silencio de la tierra, dormiría eternamente atormentada por la incertidumbre del castigo de sus verdugos.

Para dormir tranquilamente el sueño de la muerte necesitaba adormecerse en la aguda alegría de la venganza, y llevar consigo un sueño de odio satisfecho; sueño que duraría toda una eternidad.

La parálitica tomó entonces los alimentos que le dió su sobrina, y consintió en seguir viviendo.

Por otra parte, adivinaba que el desenlace no podía hacerse esperar: cada día la situación entre los esposos era más tirante, más insostenible.

Era inminente un rompimiento que lo pondría todo de manifiesto: Teresa y Lorenzo se mostraron á cada instante más amenazadores el uno para con el otro; ya no era sólo por la noche cuando sufrían de su misma intimidad, sino que pasaban los días

Imaginóse, á fuerza de ser comparado con Camilo y de usar los objetos que éste había usado, que él era el mismo Camilo y que se identificaba con su víctima.

Su cerebro estallaba, y entonces se arrojaba sobre su mujer para hacerla callar, para no oír más las palabras que le llevaban al delirio.

Todas sus querellas terminaban á golpes.

XXX

Llegó un momento en que la señora Raquín, para librarse de los sufrimientos que la atormentaban, tuvo la idea de dejarse morir de hambre.

Ya le faltaba valor y no podía aguantar más tiempo el martirio que le causaba la continua presencia de los asesinos; deseaba encontrar en la muerte un supremo alivio, y sus angustias eran más intensas de día en día cuando Teresa la abrazaba ó Lorenzo la acogía en sus brazos para llevarla como á un niño.

Determinó librarse de aquellas caricias y de aquellos brazos, que tanto la horrorizaban.

La que no tenía suficiente vida para vengar á su hijo, prefería estar muerta del todo y no dejar entre las manos de los asesinos sino un cadáver que nada sentiría, y del cual podrían hacer lo que quisieran.

Durante dos días rechazó todo alimento, empleando sus postreras fuerzas en apretar los dientes, arrojando lo que se conseguía introducirle en la boca. Teresa estaba desesperada, preguntándose á sí misma al pie de qué guardacantón iría á llorar y arrepentirse cuando su tía hubiera dejado de existir.

Dirigió á ésta interminables discursos para probarle que debía vivir; gemía y aun se desesperaba, reproduciendo sus antiguos arrebatos y abriendo las quijadas de la parálitica, como se abren las de un animal cuando se resiste; pero la señora Raquín se mantenía firme en su resistencia. Aquella era una lucha repugnante.

Lorenzo permanecía neutral é indiferente, admirando el empeño de Teresa por impedir el suicidio de la imposibilitada; ya que la presencia de la vieja le era inútil, deseaba que muriese.

El no la hubiera matado; pero toda vez que ella deseaba morir, no veía la necesidad de negarle los medios.

—¡Y bien! ¡Déjala!—decía á su mujer.—Así nos libraremos de semejante estorbo... y acaso estaremos más felices cuando ya no exista..

Estas frases, repetidas con frecuencia, causaron á la señora Raquín extraña emoción; temió que se realizase la esperanza de Lorenzo, y que después de su muerte el matrimonio gozase horas de sosiego y de dicha, y entonces se dijo á sí misma que era una cobardía morir, que ella no tenía el derecho de suicidarse sin asistir al desenlace de la siniestra aventura, y que hasta entonces no debería bajar á la tumba para decir á Camilo:

«Estás vengado...»

La idea del suicidio la mortificó cuando repentinamente pensó en la ignorancia que la acompañaría al sepulcro: allí en medio del frío y del silencio de la tierra, dormiría eternamente atormentada por la incertidumbre del castigo de sus verdugos.

Para dormir tranquilamente el sueño de la muerte necesitaba adormecerse en la aguda alegría de la venganza, y llevar consigo un sueño de odio satisfecho; sueño que duraría toda una eternidad.

La parálitica tomó entonces los alimentos que le dió su sobrina, y consintió en seguir viviendo.

Por otra parte, adivinaba que el desenlace no podía hacerse esperar: cada día la situación entre los esposos era más tirante, más insostenible.

Era inminente un rompimiento que lo pondría todo de manifiesto: Teresa y Lorenzo se mostraron á cada instante más amenazadores el uno para con el otro; ya no era sólo por la noche cuando sufrían de su misma intimidad, sino que pasaban los días

enteros en medio de la ansiedad y las crisis más desgarradoras.

Todo era en ellos terror y sufrimiento: vivían en un infierno pegándose, convirtiéndose en amargo y cruel todo cuanto hacían y decían, impeliéndose mutuamente al fondo del abismo que tenían bajo sus pies y cayendo juntos.

Ambos á la vez habían concebido la idea de separarse, y había pensado cada cual en ir á disfrutar de algún reposo lejos de aquel pasaje del Pont-Neuf, cuya humedad y porquería parecían hechas para su vida de desolación; pero no se atrevían, y no podían huir: no despedazarse mutuamente, no estar allí para sufrir y hacer sufrir les parecía imposible.

Tenían la terquedad del aborrecimiento, y de la crueldad.

Una especie de repulsión y de atracción les separaba y les retenía á la vez, y sentían la sensación extraña de dos personas que, después de haber reñido, quieren separarse, y, sin embargo, vuelven siempre para inferirse mutuamente nuevas injurias y recriminaciones.

Se oponían además á su separación obstáculos materiales: no sabían qué hacer de la paralítica, ni qué decir á sus invitados de los jueves, y si huían, podían producir sospechas, y acaso serían perseguidos y se les guillotinaría.

Se quedaban, pues, por cobardía y continuaban arrastrándose miserablemente en el horror de su existencia.

Cuando Lorenzo no estaba allí, durante la mañana y por la tarde, Teresa iba, inquieta y turbada, del comedor á la tienda, sin saber cómo llenar el vacío que cada día se agrandaba á su alrededor, y se encontraba como si faltase algo cuando no estaba llorando á los pies de la señora Raquín ó no era apaleada ó injuriada por su marido.

Sola en la tienda, se apoderaba de ella el abatimiento: miraba con aire atontado á las personas que atravesaban la sucia y ennegrecida galería; se entristecía hasta morir en el fondo de aquella cueva sombría, oliendo á cementerio, y acababa

por rogar á Susana que la acompañase días enteros, esperando que la presencia de aquella pobre criatura, dulce y pálida, la calmase.

Susana aceptó la invitación con alegría, porque profesaba á Teresa amistad respetuosa, y hacía mucho tiempo que deseaba venir á trabajar junto á ella mientras Olivier estaba en su oficina: trajo, pues, su labor y se colocó detrás del mostrador en el lugar que acostumbraba á ocupar la señora Raquín.

Teresa, desde aquel día desatendió un poco á su tía, y subió menos frecuentemente á llorar sobre sus rodillas y besar su rostro muerto; tenía otra ocupación: escuchaba empeñándose en hacerlo con interés la pausada conversación de Susana, que hablaba de su hogar, y de las bagatelas de su monótona vida. Esto la distraía, y algunas veces comprendió que se interesaba por necedades, lo que la hizo sonreír amargamente.

•••

Poco á poco perdió Teresa toda la clientela que frecuentaba la tienda: desde que su tía se hallaba amarrada en su butaca, aquella dejaba pudrirse la tienda y abandonaba las mercancías al polvo y á la humedad.

Notábanse olores de moho; las telarañas pendían del techo, y el suelo casi nunca se barría.

Por otra parte, lo que más ahuyentó á las parroquianas, fué el modo extraño con que Teresa las recibía algunas veces.

Cuando estaba arriba, maltratada por Lorenzo ó dominada por una crisis de terror, y sonaba la campanilla de la puerta de la tienda, tenía que bajar casi sin tiempo de peinarse ni de enjugar sus lágrimas, y entonces servía con desagrado á la parroquiana que la esperaba y aun muchas veces no se tomaba el trabajo de servirla, respondiendo desde lo alto de la escalera de caracol que ya no que daba de aquello que la pedían.

Estos modales poco atractivos no eran á propósito para conservar la clientela, y las modisti-

llas del barrio, acostumbradas á la cariflosa amabilidad de la señora Raquín, se retiraron ante la rudeza y las miradas locas de Teresa.

Cuando ésta se llevó á Susana á su lado, la deserción fué completa; las dos jóvenes, para no ser molestadas en sus conversaciones, se arreglaron de manera que despidieron á las últimas compradoras que aun se solían presentar, y desde entonces el comercio de mercadería ya no suministró ni cinco céntimos para las atenciones de la casa, y fué necesario acudir al capital de los cuarenta y tantos mil francos.

Algunas veces salía Teresa y estaba fuera durante toda la tarde, sin que nadie supiera á dónde iba. Sin duda se había llevado á Susana consigo, no sólo para que la acompañara, sino para que vigilase la tienda durante sus ausencias.

Por la noche, cuando volvía, postrada, mostrando el abatimiento en sus ojos; encontraba á la mujer de Olivier detrás del mostrador, medio dormida, sonriendo vagamente, en la misma actitud en que la había dejado cinco horas antes.



A los cinco meses, poco más ó menos, de su casamiento, Teresa quedó sorprendida con espanto: ¡había adquirido la certidumbre de que se hallaba en cinta!

La idea de tener un hijo de Lorenzo la parecía monstruosa, y sin poder explicar el por qué, tenía un vago temor de dar á luz un ahogado; parecía sentir en sus entrañas el frío de un cadáver disuelto y reblandecido; quiso á todo precio arrojar de su seno aquella criatura, que la helaba y que no podía soportar más.

Nada dijo á su marido, y un día, después de haberle provocado cruelmente, como quiera que él levantase el pie para pegarla, ella presentó el vientre recibiendo un golpe que la puso en peligro de muerte.

Al día siguiente abortó.

Lorenzo también arrastraba una existencia ho-

rrorosa: los días le parecían insoportablemente largos, y cada uno de ellos traía las mismas angustias, los mismos disgustos que le agobiaban á horas fijas, con una monotonía y una regularidad aequiladoras.

Arrastrábase en su propia vida, asustado cada noche por el recuerdo de la jornada y por los tormentos del mañana.

Sabía que en adelante todos sus días se parecerían, que todos le traerían iguales sufrimientos, y veía las semanas, los meses y los años que le esperaban, sombríos é implacables, viniendo en fila á caer sobre él, ahogándole paulatinamente.

Cuando lo porvenir carece de esperanza, lo presente adquiere insoportable amargura. Lorenzo no se exaltaba ya: se apoltronaba, se abandonaba á la nada, que iba apoderándose de su sér.

Le mataba la ociosidad; por la mañana salía sin saber á donde ir, disgustado con la idea de hacer lo que había hecho la víspera, y obligado á pesar suyo á volverlo á hacer; regresaba á su taller por costumbre, por manía, y aquella habitación de paredes grises, desde la cual sólo se veía un desierto pedazo de cielo, le llenaba de horrible tristeza.

Revolvíase en su diván con los brazos caídos y el pensamiento entorpecido.

Por otra parte no se atrevía ya á tocar sus pinceles: había hecho nuevas tentativas, y siempre el rostro de Camilo se había presentado sobre el lienzo riendo á carcajadas, y por no llegar á la locura, acabó por arrojar la caja de colores á un rincón é imponerse la pereza más completa.

Esta pereza voluntaria abrumábale en extremo. Por la tarde se preguntaba, lleno de ansiedad, en qué se ocuparía, y quedábase parado más de media hora en la acera de la calle Mazarine, consultándose y titubeando acerca de las distracciones que podría procurarse.

Rechazando la idea de volverse á su taller, se decidía á bajar por la calle de Guénégaud, y andaba después á lo largo de los muelles, paseando hasta

la noche, acometido de bruscos estremecimientos cuando miraban al Sena.

Ya estuviere en el taller, ya en las calles, su postración era la misma.

Al día siguiente volvía á empezar; pasaba la mañana sobre el diván, y por las tardes volvía á pasear por los muelles y esto duraba desde hacía dos meses y podía durar algunos años.

Lorenzo pensaba á veces que había matado á Camilo para no ocuparse después en nada, y ahora se admiraba de que nada hacía y de padecer tanto.

Hubiera querido esforzarse por ser feliz; demostrábase que no tenía razón de sufrir, que acababa de tocar la suprema felicidad, que consistía en cruzarse de brazos, y que era un imbécil no disfrutando en paz de esta felicidad; pero sus raciocinios venían á tierra ante los hechos, y se veía obligado á confesar que su ociosidad exacerbaba sus angustias, dejándole todas las horas de su vida para pensar en su desesperación y en profundizar su amargo é incurable rigor.

La pereza, esa existencia del bruto con que había soñado, era su propio castigo.

A veces deseaba con vehemencia una ocupación que le sacase de sus pensamientos, y después se dejaba ir, y volvía á caer á los pies de la ciega fatalidad, que ligaba sus miembros para aplastarle con mayor certeza.

•••

Realmente Lorenzo no experimentaba alivio sino cuando pegaba á Teresa por la noche: esto le sacaba de su torpe dolor.

Su más agudo sufrimiento, sufrimiento físico y moral, provenía de la mordedura que Camilo le había hecho en el cuello, y en ciertos momentos se imaginaba que aquella cicatriz le cubría todo el cuerpo.

Si llegaba á olvidar lo pasado, una ardiente cohezón que el creía sentir, recordaba el asesinato á su carne y á su espíritu.

No podía mirarse á un espejo sin ver cumplirse

el fenómeno que tantas veces había notado, y que siempre le aterraba: bajo la emoción que experimentaba, la sangre se agolpaba á su cuello y enrojecía la herida, la cual empezaba como á roerle la piel, y esta especie de herida que vivía en él, despertándose, enrojeciéndose, mordiéndole á la menor excitación, le asustaba y atormentaba, acabando por creer que los dientes del ahogado habían introducido una bestia que le devoraba.

El sitio de su cuello en que se hallaba la cicatriz no le parecía pertenecer á su cuerpo: era como un pedazo de carne ajena que se hubiese colocado en aquel sitio, como una carne emponzoñada que pudría sus propios músculos.

De esta manera llevaba á todas partes consigo mismo el recuerdo vivo y devorador de su crimen.

Teresa, cuando él la maltrataba, procuraba arañarle en aquel sitio: muchas veces hincaba en él sus uñas, haciéndole aullar de dolor; ordinariamente ella fingía la mordedura, á fin de hacérsela más insoportable á Lorenzo.

Toda la venganza que sacaba de sus brutalidades era la de martirizarle con ayuda de aquella mordedura.

Muchas veces, al afeitarse, había tenido tentación de cortarse algo el cuello para hacer desaparecer las señales de los dientes del ahogado: ante el espejo, cuando se lavaba la barba y percibía la mancha encarnada bajo la blanca espuma de jabón, se exasperaba de pronto y se aproximaba con viveza la navaja, con propósito de cortar un pedazo de carne, pero el frío del acero sobre la piel le hacía volver de su acuerdo; desfallecía y se veía obligado á sentarse y esperar á que, repuesto de su cobardía le fuese posible afeitarse.

No salía de noche de su entorpecimiento sino para sumirse en una cólera ciega y pueril.

Luego que se había cansado de reñir con Teresa y maltratarla, daba, como los niños, patadas en la pared, buscando alguna cosa que romper.

Esto le aliviaba.

Tenía un odio particular hacia el gato atigrado

«Francisco», que desde que llegaba, se refugiaba en las rodillas de la parálitica, y si Lorenzo no le había matado aún, era porque en verdad, no se atrevía á cogerlo.

El gato le miraba con grandes ojos redondos de una fijeza diabólica; aquellos ojos siempre abiertos y fijos sobre él, le desesperaban y preguntábase qué querían decirle, que nunca se separaban de él, y acabó por espantarse verdaderamente, imaginando cosas absurdas.

Cuando en la mesa, en un momento cualquiera, en medio de una disputa ó de un largo silencio, Lorenzo volvía la cabeza y veía de pronto la mirada de «Francisco», que le examinaba con implacable fijeza, palidecía, perdía la cabeza y estaba á punto de gritar al gato:

—¡Eh! habla, dime al fin qué quieres de mí...

Cuando podía pisarle en una pata ó en la cola, lo hacía con una alegría espantosa, y entonces los maullidos del pobre animal le llenaban de terror, como si hubiera oído el grito de una persona.

Lorenzo tenía verdadero miedo de «Francisco», y sobre todo desde que este último vivía en las rodillas de la imposibilitada, como en el seno de una fortaleza inexpugnable, desde donde podía dirigir impunemente sus verdes ojos sobre su enemigo.

El asesino de Camilo establecía una vaga semejanza entre aquel animal irritado y la parálitica, y se decía, en fin, que el gato, así como la señora Raquín, conocía el crimen y le denunciaría si algún día llegase á hablar.

Al fin, una noche «Francisco» miró con tal fijeza á Lorenzo, que éste, en el colmo de su irritación, decidió acabar con él.

Al efecto, abrió de par en par por la ventana del comedor, y fué á coger al gato por el cuello.

La señora Raquín lo comprendió y corrieron por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

El gato se puso á «blasfemar» y á retorcerse, procurando morder la mano de Lorenzo; pero éste lo sujetó con firmeza: hizo dar al animal dos ó tres

vueltas y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el gran muro negro de enfrente.

«Francisco» se aplastó allí, se rompió el espinazo y cayó sobre los cristales del pasaje.

Durante toda la noche el pobre animal se arrastró á lo largo del canal de desagüe, partido en dos, lanzando roncós maullidos.

Aquella noche la señora Raquín lloró á «Francisco» casi tanto como había llorado á Camilo; Teresa tuvo un ataque atroz de nervios.

Los quejidos del gato eran siniestros, en la sombra, debajo de las ventanas.



No tardó Lorenzo en experimentar nuevas inquietudes; se asustó de ciertos cambios que observó en la actitud de su mujer.

Teresa se puso sombría y taciturna: no prodigaba ya á la señora Raquín sus efusiones de arrepentimiento ni sus besos de gratitud.

Ante la parálitica tomaba nuevamente un aspecto de fría crueldad y de egoísta indiferencia.

Hubiérase dicho que habiendo ensayado fingir remordimientos y no habiendo con ello conseguido tranquilizarse, había adoptado otro remedio: su tristeza procedía, sin duda, de su impotencia para calmar su vida.

Miró á su tía con una especie de desdén, como una cosa inútil que ya no podía servirla de consuelo, y no la prodigó más cuidados que los necesarios para no dejarla morir de hambre.

A partir de este momento, muda y agobiada, estuvo como arrastrándose por la casa; multiplicó sus salidas, y se ausentó hasta cuatro ó cinco veces por semana.

Estos cambios sorprendieron y alarmaron á Lorenzo.

Creó que los remordimientos, tomando una nueva forma en Teresa, se manifestaban ahora por aquel aburrimiento que observaba en ella, y pare-

cióle esto más alarmante que las frases de desesperación con que antes le agobiaba.

Ella nada decía ya, no buscaba riñas; parecía guardárselo todo en el fondo de su sér.

Más hubiera querido oírla agotar su sufrimiento, que verla así, encerrada en sí misma.

Temió que un día la angustia la ahogase y que para aliviarse, fuera á contárselo todo á un sacerdote ó á un juez de instrucción.

Las numerosas salidas de Teresa tomaron entonces á sus ojos aterradora significación.

Pensó que ella buscaba un confidente fuera de casa y que preparaba una traición.

Dos veces quiso seguirla, y la perdió en las calles.

La vigiló nuevamente, pues un pensamiento fijo se apoderó de él: Teresa iba sin duda á hacer revelaciones, no pudiendo aguantar ya más sus sufrimientos, y era necesario amordazarla y detener la confesión en su garganta.

XXXI

Una mañana Lorenzo, en lugar de subir á su taller, se colocó en casa de un tabernero que se hallaba en una esquina de la calle Guénégaud, enfrente del pasaje.

Desde allí se puso á observar las personas que desembocaban por la acera de la calle Mazarine. Acechaba á Teresa.

La vispera había dicho ésta que saldría temprano, y que probablemente no volvería hasta la noche.

Lorenzo esperó más de media hora; sabía que su mujer iba siempre por la calle Mazarine, temió empero un momento, que se hubiera escapado tomando por la calle de Sena.

Se le ocurrió volver á entrar en la galería y ocultarse en el corredor mismo de la casa.

Hallábase impaciente, cuando vió á Teresa salir precipitadamente del pasaje.

Iba vestida de claro, y por primera vez notó

Lorenzo que parecía una meretriz, con un traje de cola larga, y contoneándose de un modo provocativo por la acera, mirando á los hombres, levantándose muy arriba las faldas por delante, luciendo sus piernas, las botas y las medias blancas.

Subió por la calle Mazarine, y Lorenzo la siguió.

El tiempo estaba sereno; la joven andaba despacio, con la cabeza algo echada atrás, el cabello sobre la espalda, y los hombres que la habían visto de frente volvían la cabeza para verla por detrás.

Tomó por la calle de l'École de Médecine, y entonces Lorenzo quedó aterrado, porque sabía que había cerca de allí un comisario de policía, y se dijo que ya no podía dudar de que su mujer iba seguramente á delatarle; entonces propúsose lanzarse sobre ella si la veía franquear la puerta del comisariado, suplicarla, maltratarla, y forzarla, en fin, á callar.

En la esquina de una calle vió á un municipal que pasaba, y tembló pensando que ella iba á hablarle; ocultóse en el hueco de una puerta, sobrecogido por el miedo de ser detenido en el acto si se presentaba.

Aquel paseo fué para él un verdadero suplicio; mientras su mujer ostentábase al sol por la acera, arrastrando sus enaguas, suelta é impúdica, él iba detrás de ella pálido y tembloroso, repitiéndose que todo había acabado, que no podía salvarse y que le guillotinarían.

Cada paso que la veía dar le parecía un paso más hacia el castigo; el miedo le inspiraba una especie de ciega convicción, y los menores movimientos de la joven aumentaban su incertidumbre.

El la seguía, iba á donde iba ella, como se va al suplicio.

De repente, al desembocar en la antigua plaza de Saint-Michel, Teresa se dirigió hacia un café que entonces había en la esquina de la calle Monsieur-le-Prince, y se sentó en medio de un grupo de mujeres y de estudiantes, en una de las mesas colocadas en la acera.

Dió familiarmente la mano á todo el mundo, y después pidió una copa de ajenjo.

Teresa parecía estar á gusto, hablaba con un joven rubio, que sin duda la esperaba allí hacía rato.

Dos mujeres de vida alegre fueron á sentarse en la mesa que ocupaba Teresa, y empezaron á tutearla con voz enronquecida.

Alrededor suyo las mujeres fumaban cigarrillos; los hombres las abrazaban en medio de la calle, delante de los transeuntes, los cuales ni siquiera volvían la cara.

Las palabrotas y las risas estrepitosas llegaban hasta Lorenzo, que se había quedado inmóvil al otro lado de la plaza, medio oculto en una puerta cochera.

Cuando Teresa hubo sorbido su ajenjo, se levantó, tomó el brazo del joven rubio y ambos bajaron por la calle de la Harpe.

Lorenzo les siguió hasta la calle de Saint-Andrés-Arcs, y allí les vió entrar en un hotel amueblado, y se quedó en medio del arroyo mirando á la fachada de la casa. Su mujer se asomó un instante á una ventana abierta del segundo piso, y después él creyó distinguir las manos del joven rubio que cogían á Teresa por el talle.

Se cerró la ventana con un ruido seco.

Lorenzo lo comprendió todo; y sin esperar más se marchó tranquilo, calmado, dichoso.

—¡Bah!—se decía bajando hacia el muelle.—Más vale así. De ese modo ella tiene una ocupación y no piensa en lo malo... ¡Vaya, es mucho más lista que yo!

Lo que le admiraba era que él no hubiera sido el primero en tener la idea de darse al vicio; en el que podía encontrar un remedio contra el terror.

No había pensado en ello porque su carne había muerto y no sentía el menor apetito de disipación.

La infidelidad de su mujer le dejaba completamente frío, sin experimentar alteración ninguna en su sangre ni en sus nervios, pensando que su mujer se hallaba en los brazos de otro hombre; al con-

trario, esto le parecía gracioso; figurábase que él había seguido á la mujer de un camarada, y se reía de la pasada que aquella mujer jugaba á su marido.

Teresa había llegado á ser tan extraña que no la sentía vivir en su pecho; él la hubiera vendido y entregado cien veces para comprar una hora de tranquilidad.

Lorenzo se puso á callejear, gozando de la reacción brusca y afortunada que acababa de hacerle pasar del espanto á la paz.

Casi agradecía á su mujer el haber ido á casa de un amante cuando él creyó que acudía á la de un comisario de policía.

Aquella aventura tuvo un desenlace del todo imprevisto que le sorprendió agradablemente. Lo que Lorenzo vió más claro en todo esto, fué que no debía lanzarse en el vicio para ver si éste le aliviaba, distrayéndole de sus pensamientos.

Al volver Lorenzo por la noche á la tienda, se propuso pedir á su mujer algunos miles de francos, para conseguir lo cual, recurriría á grandes extremos.

Pensaba en que los vicios cuestan caros á un hombre, y envidiaba la suerte de las jóvenes, que pueden venderse.

Esperó con paciencia á Teresa, que aun no había regresado, y cuando ésta llegó la trató con dulzura, sin hablarla de su espionaje matutino.

Ella estaba borracha, y sus vestidos, desarreglados, exhalaban ese olor acre de tabaco y licor que se respira en los cafetines; casi derrengada, con el rostro sembrado de manchas lívidas, se tambaleaba, aturdida por las innobles fatigas de la jornada.

La comida fué silenciosa.

Teresa no comió; á los postres Lorenzo puso los codos sobre la mesa, y le pidió rotundamente cinco mil francos.

—No—respondió su mujer con sequedad.—Si yo te dejase libre, tú nos arruinarías... ¿Ignoras nuestra posición? Vamos derechos á la miseria.

—Es posible—replicó él tranquilamente,—pero no me importa; yo quiero dinero.

—¡No, y mil veces no!... Has abandonado tu destino; el comercio de mercería no produce nada, y no podemos vivir con las rentas de mi dote. Todos los días cerceno algo del capital para alimentarte y darte los cien francos mensuales que me has arrancado. No obtendrás más. Lo entiendes? Es inútil.

—Reflexiona y no niegues así: te digo que quiero cinco mil francos y los tendré; á pesar tuyo me los darás.

Esta tranquila terquedad irritó á Teresa y acabó de emborracharla.

—¡Ah! Ya sé,—gritó,—que quieres acabar como has principiado... Hace cuatro años que te mantenemos. No has venido á nuestra casa sino para comer y beber, y desde entonces vives á costa nuestra. El señor no hace nada; el señor se ha arreglado de modo que vive á expensas mías, con los brazos cruzados... No, tú no tendrás nada, ni un céntimo... ¿Quieres que te lo diga? ¡Pues bien! Eres un...

Y pronunció el vocablo. Lorenzo, riendo y alzando los hombros, se contentó con responder:

—Aprendes bonitas palabras en el mundo en que vives ahora.

Esta fué la única alusión que se permitió hacer acerca de los amores de Teresa.

Esta alzó vivamente la cabeza y dijo con un tono agrio:

—En todo caso, no vivo con asesinos.

Lorenzo palideció y guardó un momento silencio, fijando sus ojos en los de su mujer.

Después, con voz trémula:

—Escucha, hija mía—replicó,—no nos enfademos: eso no serviría de nada, ni para tí ni para mí. Estoy al cabo de mi valor. Será prudente que entendámos, si no queremos que nos suceda una desgracia... Te pido cinco mil francos porque los necesito; y aun puedo decirte que pienso emplearlos en asegurar nuestra tranquilidad.

Y sonriendo de un modo extraño, prosiguió:

—Veamos, reflexiona; dime tu última palabra.

—Está todo reflexionado—respondió Teresa;—te lo he dicho; no tendrás ni un céntimo.

Su marido se levantó con violencia.

Ella temió que la pegase y se encogió, decidida á no ceder á los golpes; pero Lorenzo no se la acercó siquiera, contentándose con declararle friamente que estaba cansado de la vida y que iba á referir la historia del asesinato al comisario de policía del barrio.

—Tú me obligas á ello—dijo,—me haces insoporrible la existencia. Prefiero concluir con todo... Seremos juzgados y condenados los dos. He ahí todo.

—¿Crees asustarme?—le respondió su mujer.—Tan cansada estoy yo como tú. Yo soy quien va á casa del comisario de policía, si tú no lo haces. ¡Ah! ¡Bien! Estoy pronta á seguirte al patíbulo; no tengo tu cobardía... Vamos, ven conmigo, á casa del comisario.

Teresa se había levantado, dirigiéndose hacia la escalera.

—Eso es—balbuceó Lorenzo,—vamos allá juntos.

Cuando hubieron bajado á la tienda se miraron inquietos, aterrados: parecióles que les acababan de clavar en el suelo.

Los contados segundos que habían invertido en descender la escalera, fueron suficientes para mostrarles en un rayo de luz las consecuencias de una denuncia.

Ambos vieron simultáneamente los gendarmes, la prisión, el jurado, la guillotina; todo esto lo vieron de golpe y con claridad, y en el fondo de su sér experimentaron el desaliento; estaban á punto de echarse de rodillas el uno ante el otro para suplicarse mutuamente no revelar nada y quedarse en casa.

El miedo, el embarazo, les mantuvo inmóviles y mudos durante dos ó tres minutos. Teresa fué quien primero se decidió á hablar y á ceder.

—Después de todo—dijo,—soy bien tonta al disputarte ese dinero. Acabarás siempre por comérmelo un día ú otro. Tanto vale que te lo entregué en seguida.

No intentó ocultar más su derrota: sentóse junto al mostrador y firmó un bono de cinco mil francos, que Lorenzo debía percibir en casa de un banquero.

Aquella noche no se habló más del comisario.

Luego que Lorenzo tuvo oro en sus bolsillos, se emborrachó, frecuentó el trato de las prostitutas, se arrastró por una vida escandalosa y disipada; no iba á dormir á su casa, y descansaba de día; corría por la noche buscando emociones fuertes, procurando huir de la realidad.

Pero sólo consiguió abatirse más.

Cuando se gritaba en torno suyo, comprendía el grande y terrible silencio que reinaba en su interior; cuando le abrazaba una querida, cuando vaciaba una copa, sólo encontraba en el fondo de la saciedad una lúgubre tristeza.

El no servía ya para la lujuria, ni la glotonería; su sér, enfriado, y como rígido en el interior, se enervaba con las caricias y los festines; harto, no lograba dar cuerda á su imaginación ni excitar sus sentidos y su estómago.

Sufría más esforzándose en el vicio, y esto era todo cuanto conseguía.

Luego, cuando volvía y veía nuevamente á la señora Raquín y á Teresa, su cansancio le entregaba á crisis horrorosas de terror.

Entonces juraba no salir más, y permanecer encerrado con su dolor para acostumbrarse á él y vencerlo.

Teresa, por su parte, salía con menos frecuencia; durante un mes vivió, como Lorenzo, por las aceras, en los cafés.

Regresaba á su casa un instante por la noche daba de comer á la señora Raquín; la acostaba se ausentaba de nuevo hasta el día siguiente.

En una ocasión, ella y su marido, estuvieron cuatro días sin verse.

Después ella sintió profundos disgustos; comprendió que el vicio no le daba mejor resultado que la comedia del remordimiento: en vano se había arrastrado por todos los hoteles amueblados del barrio Latino; en vano tuvo una vida crapulosa.

Sus nervios estaban gastados; el vicio, los placeres físicos, no la producían emociones bastante violentas para procurarle el olvido; estaba como uno de esos borrachos cuyo paladar, abrasado por la bebida, queda insensible al fuego de los hieores fuertes.

Quedaba inerte en la lujuria, y no hallando cerca de sus amantes sino el fastidio y el cansancio, les abandonó, comprendiendo que le eran inútiles.

Fué presa de una pereza desesperada, que le retuvo en casa mal vestida, con enaguas sucias, sin peinar y con las manos y la cara puercas.

Cayó en la suciedad.

Cuando los dos asesinos volvieron á encontrarse frente á frente, cansados, agotados los medios de huir el uno del otro, comprendieron que no tendrían ya fuerza para luchar.

La disipación les había rechazado y acababa de sumirles otra vez en sus angustias.

Estaban nuevamente instalados en la sombría y húmeda habitación del pasaje, donde se hallaban como presos para lo sucesivo, porque muchas veces habían intentado la salvación, y jamás pudieron romper el vínculo sangriento que les ligaba; así que no trataron ya de emprender una tarea imposible.

Sentíanse de tal manera impelidos, agobiados y ligados por los hechos, que estaban convencidos de que toda rebelión sería ridícula.

Recobraron su vida común, pero transformándose en rabia furiosa el odio que se profesaban.

Las disputas nocturnas se reanudaron, y los golpes y los gritos duraban todo el día.

Al odio vino á unirse la desconfianza, y ésta acabó por volverlos locos.

Tuvieron miedo el uno del otro.

La escena que siguió á la demanda de los cinco mil francos, se reprodujo pronto por mañana y tarde.

Su idea fija era que ambos querían entregarse mutuamente, y no salían de ahí.

Cuando uno de ellos decía una palabra ó hacía un ademán, el otro imaginaba que aquél tenía el proyecto de ir á casa del comisario de policía, y entonces se pegaban ó se imploraban.

En su cólera, gritaban que correrían á revelarlo todo y se espantaban hasta morir; luego se estremecían, se humillaban y se prometían con lágrimas amargas guardar silencio.

Sufrían horriblemente, pero no tenían valor para curarse poniendo un hierro candente sobre la llaga.

Si se amenazaban con confesar el crimen, era únicamente para amedrentarse y desvanecer aquella idea, pues jamás hubieran tenido fuerza suficiente para hablar y buscar la paz en el castigo.

Más de veinte veces llegaron hasta la puerta del comisario de policía, siguiéndose el uno al otro; ya era Lorenzo el que quería revelar el asesinato; ya Teresa, que corría á entregarse.

Ambos se alcanzaban siempre en la calle, y resolvían esperar aún, después de haber cambiado insultos y ruegos ardientes.

Cada nueva crisis aumentaba su rabia y su inquietud.

Desde la mañana á la noche se esperaban mutuamente.

Lorenzo no salía nunca de la habitación del pasaje, y Teresa no le dejaba salir solo.

Sus sospechas, sus temores de revelación les aproximaron, uniéndoles en atroz infimidad.

Nunca, desde su enlace, habían vivido tan estrechamente ligados, ni jamás habían sufrido tanto.

Pero á pesar de las angustias que se imponían, no se perdían de vista, prefiriendo aguantar los dolores más agudos á separarse durante una hora.

Si Teresa bajaba á la tienda, Lorenzo la seguía por temor de que hablase con alguna parroquiana.

si Lorenzo se ponía á la puerta, mirando á las gentes que atravesaban el pasaje, Teresa se colocaba á su lado para ver si hablaba con alguien.

El jueves por la noche, cuando los invitados estaban allí, los asesinos se dirigían miradas suplicantes, se escuchaban con terror, recelando cada cual la confesión de su cómplice, y dando á las frases comenzadas sentidos comprometedores.

Semejante estado de guerra no podía durar más.

Teresa y Lorenzo llegaron á soñar cada cual por su parte, en huir por medio de un nuevo crimen de las consecuencias del primero.

Era absolutamente necesario que uno de ellos desapareciese para que el otro disfrutase de algún reposo.

Ocurrióseles esta idea á un tiempo, y los dos sintieron la urgente necesidad de una separación eterna: el asesinato, que acudió á la mente de ambos, les pareció natural, fatal, como algo forzosamente traído por el asesinato de Camilo.

No lo discutieron siquiera, y aceptaron el proyecto como único medio de salvación.

Lorenzo decidió matar á Teresa, porque ésta le molestaba, podía perderle con una palabra, y le causaba sufrimientos insoportables; Teresa decidió matar á Lorenzo por las mismísimas razones.

Planteadas la resolución de un asesinato, calmáronse un poco y tomaron sus disposiciones.

Por otra parte, obraban guiados por la fiebre, y con poca prudencia: no pensaban bien en las probables consecuencias de un asesinato cometido sin tener asegurada la fuga y la impunidad; los dos sentían invenciblemente la necesidad de matarse, y obedecían á esta necesidad como bestias feroces.

Ciertamente no se hubieran entregado á la justicia por su primer crimen, el cual habían disimulado con tanta habilidad, y exponíanse á la guillotina perpetrando otro que no procuraban siquiera ocultar. Había en esto una contradicción de conducta que ellos no veían; decíanse simplemente que, si llegaban á huir, irían á vivir al extranjero, llevándose todo el dinero.

Teresa había retirado hacia unos quince ó veinte días los pocos miles de francos que le quedaban de su dote, y los guardaba encerrados en un cajón, que Lorenzo conocía.

Ninguno de ellos se preocupó un solo instante de lo que sería de la señora Raquín.

Lorenzo había encontrado algunas semanas antes á uno de sus antiguos compañeros de colegio, ayudante á la sazón de un químico célebre, que se ocupaba mucho en toxicología.

Este compañero le había hecho visitar el laboratorio en que trabajaba, enseñándole los aparatos y nombrándole las drogas.

Una noche, después de decidido el asesinato, Lorenzo, como quiera que Teresa bebiese un vaso de agua azucarada, recordó haber visto en aquel laboratorio un frasquito de vidrio, conteniendo ácido prúsico, y recordó también que su amigo le había explicado los terribles efectos de aquel veneno, que mataba dejando pocas señales; pensó que este era el veneno que necesitaba.

Al día siguiente logró escaparse; fué á visitar á su amigo, y en cuanto hubo éste vuelto las espaldas se apoderó del frasco indicado.

Aquel mismo día Teresa aprovechó la ausencia de Lorenzo para hacer afilar un enorme cuchillo de cocina con el cual solían romper terrones de azúcar, y que estaba mellado.

XXXII

El jueves siguiente, la velada en casa de los Raquín, como los amigos continuaban llamando á la casa de sus huéspedes, tuvo una alegría singéneris, prolongándose hasta las once y media. Grivet, al retirarse, manifestó que jamás había pasado horas más agradables.

Susana, que estaba embarazada, habló toda la noche á Teresa de sus dolores y de sus alegrías, y Teresa parecía escucharla con gran interés teniendo la mirada fija, los labios cerrados; inclinaba la cabeza algunas veces y sus párpados, que se

caían, sombreaban su rostro. Lorenzo, por su parte, prestaba mucha atención á los relatos del viejo Michaud y de Olivier: estos señores no callaron; Grivet apenas lograba colocar una palabra entre las frases del padre y el hijo, verdad es que les tenía cierto respeto pareciéndole que hablaban bien.

Aquella noche la discusión reemplazó al juego, y Lorenzo manifestó ingenuamente que la conversacion del antiguo comisario de policía le divertía tanto como una partida de dominó.

Durante los cuatro años que los Michaud y Grivet pasaban las noches de los jueves en casa de los Raquín, ni una sola vez se habían cansado de estas veladas monótonas, que se sucedían con una regularidad enervadora.

Jamás había sospechado, ni por un solo instante, el drama que se desarrollaba en aquella casa, tan apacible y tan grata cuando entraban en ella.

Olivier pretendía ordinariamente, con una broma de agente policíaco, que el comedor olía á hombre honrado.

Grivet, por no ser menos, le había llamado el Templo de la Paz.

Por dos ó tres veces, en los últimos tiempos, Teresa explicó las señales que surcaban su rostro diciendo á los invitados que se había caído, y ninguno de ellos, en verdad, hubieran creído que eran señales causadas por los puños de Lorenzo.

Estaban convencidos de que la casa de sus huéspedes era un lugar modelo, lleno de dulzura y de amor.

La parálitica no había intentado nuevamente revelarles las infamias que se ocultaban tras la triste tranquilidad de las veladas de los jueves.

Enfrente de las contiendas de los asesinos, adivinando la crisis que debía estallar un día ú otro, traída por la sucesión fatal de los acontecimientos, acabó por comprender que los hechos no tenían necesidad de ella, y desde entonces se separó, dejando obrar á las consecuencias del asesinato de Camilo, que debía matar á su vez á los asesinos.

Únicamente pidió al cielo que le concediese bas-

tante vida para asistir al violento desenlace que ella preveía.

Su último deseo era saciar sus ojos con el espectáculo de los supremos sufrimientos que destrozarían á Teresa y á Lorenzo.

Aquella noche Grivet vino á colocarse junto á ella, y habló detenidamente, haciendo, como de costumbre, las preguntas y las respuestas.

Pero no pudo obtener ni aun una mirada.

Al dar las once y media se retiraron los invita-

—Se está tan bien en vuestra casa—dijo Grivet, —que no piensa uno jamás en salir de aquí.

—El hecho es—apoyó Michaud,—que aquí nunca tengo sueño, y eso que acostumbro á acostarme á las nueve.

Olivier creyó deber dar también su broma.

—Ved ahí—dijo mostrando sus dientes amarillos,—huele á gente honrada en esta habitación; por eso se está en ella tan bien.

Grivet, disgustado de que se le hubiesen anticipado, se puso á declamar, haciendo un gesto enfático:

—¡Esta habitación es el Templo de la Paz!

Durante todo este tiempo Susana se ataba las cintas del sombrero, diciendo á Teresa:

—Vendré mañana por la mañana, á las nueve.

—No— se apresuró á contestar la joven,—no venga usted hasta la tarde... Seguramente saldré por la mañana.

Teresa hablaba con voz extraña, turbada.

Acompañó á los invitados hasta el pasaje y Lorenzo descendió también con una lámpara en la mano.

Luego que los esposos estuvieron solos, exhaló cada cual un suspiro de alivio; impaciencia sorda había debido devorarles durante toda la velada.

Desde la víspera se hallaban más sombríos y más inquietos el uno frente del otro; evitaron mirarse, y subieron silenciosamente; sus manos tenían ligeros estremecimientos convulsivos; Lorenzo tuvo que poner la lámpara sobre la mesa para no dejarla caer

Antes de acostar á la señora Raquin tenían la costumbre de arreglar* el comedor, preparar un vaso de agua azucarada para la noche, moviéndose alrededor de la parálitica hasta que todo estuviese listo.

Cuando aquella noche estuvieron ya arriba, sentáronse un instante, teniendo la mirada vaga y pálidos los labios.

Después de un corto silencio...

—¡Y bien! ¿No nos acostamos?—preguntó Lorenzo, que parecía salir sobresaltado de un sueño.

—Sí, sí, nos acostamos,—respondió Teresa temblando como si tuviese mucho frío.

Levantóse y cogió la jarra.

—Deja—gritó su marido con voz que se esforzaba en fingir natural;—yo prepararé el vaso de agua azucarada... Ocupate tú de tu tia.

Cogió la jarra de manos de su mujer y llenó un vaso de agua.

Después, medio vuelto, vertió el pequeño frasco de vidrio, poniendo un terrón de azúcar.

Durante este tiempo Teresa se había agachado delante del aparador.

Había cogido un cuchillo de cocina y procuraba burlarlo en uno de los grandes bolsillos que pendían de su cintura.

En aquel momento, esa sensación extraña que avisa de la proximidad de un peligro, hizo volver la cabeza de los dos esposos con un movimiento instintivo. Miráronse.

Teresa vió el frasco en las manos de Lorenzo, y éste percibió el blanco resplandor del cuchillo, que brillaba entre los pliegues de la falda de Teresa.

Se examinaron así durante algunos segundos, mudos y fríos; el marido, junto á la mesa, y la mujer doblegada ante el aparador.

Ambos comprendieron; permanecieron helados, encontrando su propio pensamiento en su cómplice.

Leyendo mutuamente su secreto designio en su trastornado semblante, se causaron á la vez piedad y horror.

La señora Raquín, adivinando que el desenlace estaba próximo, les miraba fijamente; de pronto Teresa y Lorenzo prorrumpieron en sollozos.

Destrozóles una crisis suprema, echádoles en brazos uno del otro, débiles como niños.

Parecióles que se despertaba en sus pechos un algo dulce y tierno.

Lloraron sin hablar, pensando en la vida cenagosa que habían arrastrado y que continuarían llevando si tenían la cobardía de seguir viviendo.

Entonces, ante el recuerdo del pasado, sintiéronse de tal modo cansados y hastiados de sí mismos, que experimentaron inmensa necesidad de reposo, de caer en la nada.

Cambiaron una última mirada, una mirada de agradecimiento en presencia del cuchillo y del vaso de veneno: Teresa tomó éste, bebió la mitad y se lo presentó á Lorenzo, que lo acabó de un trago.

Aquello fué un relámpago.

Cayeron el uno sobre el otro como heridos del rayo, hallando, al fin, un consuelo en la muerte.

La boca de la joven fué á chocar contra el cuello de su marido, sobre la cicatriz que habían dejado los dientes de Camilo.

Los cadáveres permanecieron toda la noche sobre el pavimento del comedor, retorcidos, convulsionados, iluminados con resplandores amarillentos por la claridad de la lámpara.

Y durante unas doce horas, hasta el mediodía siguiente, la señora Raquín, rígida y muda, les contempló á sus pies, no pudiendo saciar sus ojos, anonadándoles con miradas abrumadoras.

